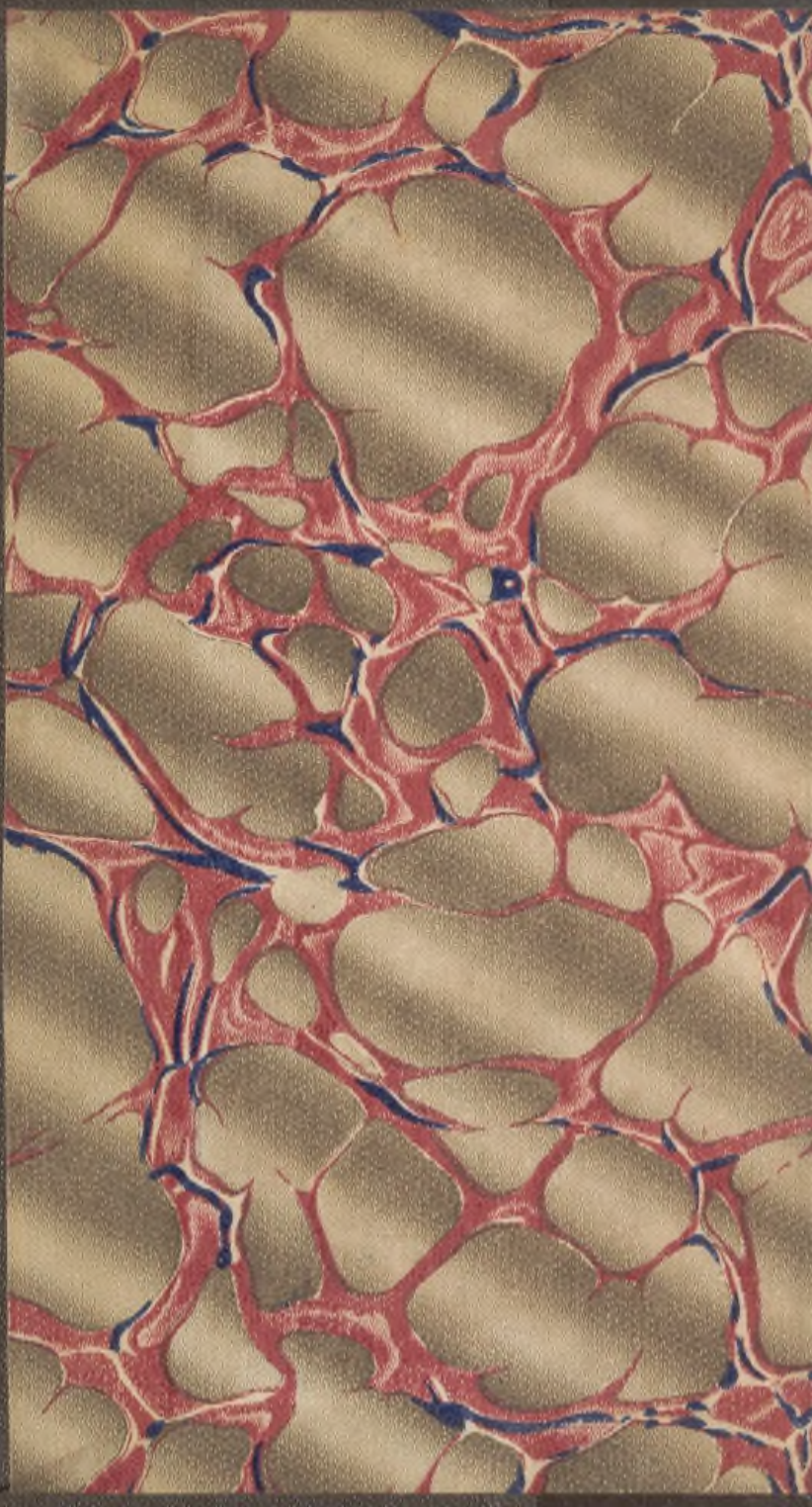


8249
NOVELA

EL HEBREO DE VERONA.

NOVELA HISTÓRICA ESCRITA EN ITALIANO

POR

P. A. BRESCIANI.

TOMO I.

HABANA:

IMPRENTA DEL PERIODICO LA "PRENSA."

CALLE DE AGUIAR, NUMERO 97.

1865.

EL

HEBREO DE VERONA.

I.

LA ERUPCION.

¡Que bellas y deliciosas se presentan las faldas del Vesubio al que las contempla desde la parte de acá de Portici y de la torre de Greco! La vista jamás se cansa de mirarlas, ni el entendimiento de considerar su grandeza, ni el corazon de gozar del deleite que respiran por todas partes aquellas florestas. El alma noble y sensible del Pontífice Pio IX, en medio de la amargura que le causaba su prolongado destierro, contemplaba á menudo desde el real palacio de Portici aquellas lomas risueñas: ya desde una ventana ó galería extendia la vista hácia el mar, midiendo el ámbito del golfo de Posílipo en Sorrento; ya en las dilatadas playas veia exten-

derse á lo lejos las quintas palacios, y felices poblaciones; ya los declives del monte, cubiertos de jardines de naranjos, cedros, viñedos de exquisitas uvas, huertos llenos de fresca verdura, de manzanos y de sabrosísimas frutas. La dulzura del clima, la tibieza del ambiente, la serenidad del cielo, la tranquila marina, los amorosos céfiros, el aroma de las flores, el brillo que hasta en invierno despiden en derredor los verdes bosquecillos de laureles, mirtos y naranjos, en parte suavizaban la tristeza de Pio IX, y calmaban el afan de aquel corazon traspasado de agudos pesares. ¡Cuántas veces exclamaba para consigo:

—¡Oh tierra bendita! ¡oh tranquila y amada mansion de la paz! (1)

Pero ¡ah! el dia 6 de febrero, vióse salir de la alta cumbre del Vesubio una columna de humo densa y vertiginosa, la cual aumentándose por instantes, subia negra y tenebrosa hasta las nubes. Empezóse á oir un ruido sordo y lejano en las hondas concavidades del monte; oscurecióse el cielo, amortiguóse el sol, y el mar hervia removido por el viento: agitábanse los caballos, relinchando, pateando, sacudiendo las crines y la cola, y aguzando las

(1) Por efecto de los tristes sucesos de 1848 en Roma, el sumo pontífice Pio IX se dirigió á Gaeta, en donde recibió una generosa y filial acogida del rey de Nápoles Francisco II. De Gaeta pasó en setiembre de 1849 á vivir en la quinta real de Portici, en cuyo punto permaneció hasta el abril de 1850. La erupcion del Vesubio tuvo lugar precisamente en febrero de este año.

orejas; corrian los perros de acá para allá aullando por las vías de Octaviano, de Resina y de Bosco: las aves con inseguro vuelo se dirigian hácia los montes de Amalfi: huian de las fuentes los ánades graznando, cantaban los gallos, las gallinas clocando recogian debajo de sus álas á los trémulos pollitos, y las palomas, tristes y silenciosas, buscaban un refugio en las torres.

De improviso avívanse furiosamente el fragor y los rugidos en las cavernas del monte; é impelidos por el huracan los torbellinos de humareda, revuélvense impetuosos y cubren los llanos inferiores; tiemblan las penas, ábrese el crater del volcan, y vomita piedras, llamas y cenizas, disparándolas á una desmedida elevacion con horrenda furia y estampido. Arrojado el negro y encendido humo por los ímpetus de la tempestad interior, despide relámpagos, truenos, rayos, y derrumba las candentes rocas en el abismo del cráter, al paso que precipita en los profundos valles grandes penascos. Por espacio de tres dias y tres noches no cesaron de vomitar fuego, piedras, humo y cenizas aquellas bocas del infierno. Extendíase el negro humo impelido del viento boreal por encima del golfo y á lo largo de los montes de Castellamare; luego, pasando por Sorrento, arrojábase á las costas de Amalfi, y siguiendo por el ancho seno de Salerno, llegaba hasta Pesto: acompañaba á sus tempestuosos giros el viento, la lobreguez y el hedor. En seguida, dilatándose por encima de las aguas, parecia que hasta el mar

humease y oscureciese el cielo con sus exhalaciones. Todo esto llenaba de pavor a los que estaban lejos; al paso que en medio del crater sucedíanse continuamente las columnas de fuego, como las olas de un torrente esparcidas por el aire, que luego caian por la loma de la montana hácia el camino de Octaviano. La ardiente lava, semejante al rio Fregotonte, bajaba centellante, relampagueando y sacudiendo las llamas entre al humo y las cenizas, y aumentando el horror de aquella infernal corriente. Los míseros habitantes de Octaviano, llenos de espanto al verla tan negra y amenazadora, abandonaban el techo doméstico para buscar refugio en otra parte: las madres estrechando en el seno á sus hijuelos, volvíanse y llamaban á sus esposos; quienes al ver avanzar las olas de fuego prontas á abrasar los campos, golpeábanse el pecho, y llenos de desesperacion se arrancaban los cabellos; pero la implacable corriente baja espumosa abrasando y destruyendo árboles, casas y cuantos obstáculos encuentra, sin detener su terrible avenida hasta la distancia de unas siete millas en una llanura inmediata al Sarno, en cuyo punto forma crugiendo y espumando un pantano de piedra pomez, azufre y betun. Los que desde Nápoles habian acudido para presenciar esta escena de terror, contemplaban la fatal avenida desde las alturas opuestas, y el vivo resplandor abrasaba sus ojos extraviados; ensordecíales el retumbar de los truenos, el mugido de las olas, los sacudimientos de la tierra y los estallidos de las

peñas, todo lo cual aumentaba el horror de tan infernal espectáculo. Sin embargo, mientras que algunos se arrepentian de su curiosidad, otros mas osados subian por la loma opuesta del Vesubio para alcanzar la cumbre y contemplar mas de cerca el impetuoso torrente arrojado al aire por el incendio interior del volcan. De estos insensatos algunos quedaron magullados bajo la lluvia de enormes piedras, otros con los brazos y piernas fracturados, y la mayor parte á duras penas escaparon huyendo precipitadamente lo mas lejos que les fué posible.

Entre los que desde la parte opuesta del monte contemplaban la erupcion, habia un romano llamado Bartolo Capegli, que viendo aquella escena, exclamó golpeándose la frente:

—¡Quién no ve representado en el Vesubio el destino de Italia! La Italia, nuestra generosa patria, convida al deleite al peregrino, quien jamás se cansaba de admirar la hermosura de sus lugares, la riqueza de su ornato, la calma y el sosiego de sus ciudades, el ardor de la juventud, la jovialidad de sus doncellas, y la industria, valor, talento y prudencia de sus habitantes! ¡Qué terrible y repentino trastorno ha sufrido! ¡Que volcan ha estallado en su seno, dejándola cubierta de humo, llamas, cenizas y de tan espantosa ruina! ¡Oh patria! dulce y sagrado objeto de mi amor y de todas mis alegres esperanzas! cual te veo despedazada, humillada y despojada de todos tus bienes, echada en el fango y con el pecho llagado y ensangren-

tado! Se hallan moribundos tus hijos; estos mismos hijos que trataste de engrandecer sobre las naciones, y que no conocieron la altura á que quisiste llevarlos! Estas eran tambien mis esperanzas, cuando un maléfico influjo vino á corromper y envenenar tus sublimes intentos, y convirtió en ruina cuanto en tu sabiduría deseaste obrar en beneficio de la libertad, del decoro, de la virtud y poderío de tus ciudadanos. No tuve valor para presenciar tantos estragos; y por otra parte, no pudiendo contener el vasto incendio que te consume, abandoné tus deliciosas comarcas, y me fuí á pais extranjero á llorar nuestras desgracias.

Esto decia Bartolo con el rostro inflamado de rabia y de despecho en medio de un ancho corro de amigos que habia encontrado en Nápoles, recien llegados de Suiza; y con los mismos habia subido á ver aquel vasto rio de lava que iba á dejar yermos los abundantes campos y deliciosos vergeles de las fertiles faldas del Vesubio.

Paréceme oiros preguntar quién podia ser este Caton, que comparando la Italia á las graciosas y floridas faldas del Vesubio, se lamentaba luego tan profundamente del volcan que reventó en el seno de aquella, y de las grandes ruinas que produjo; así tambien deseareis saber como, penetrado de íntimo pesar, salio de Roma y abandono la Italia, refugiándose en pais extranjero.

Sépase, pues, que era Bartolo hombre de unos cuarenta anos, de alta estatura,

hermosa presencia, y excelente entendimiento; afable con sus amigos, y en las reuniones de sus buenos tiempos siempre jovial y fecundo en agudezas, chistes picantes y noticias. En su casa era circunspecto y bondadoso con su familia, cuidadoso de sus negocios, probo, franco y de buen natural. Era hijo de uno de aquellos curiales de coleta y pelucon empolvado, que se dirigian al tribunal de la Rota, o al del Monte Citorio, con vestido de color violado y su gran capa, con que parecian grandes personajes.

Aquel viejo, pues, enjuto y discreto, llevábase consigo todas las mananas á Bartolino, cuando todavía era muchacho, á oir misa en Nuestra Señora de San Agustin; queríalo siempre á su lado en las funciones pontificias, y nunca dejó de acompañarle por las fiestas de Navidad, de Páscua, de San Pedro ó San Juan, á los Pontificales, á recibir la bendicion del Papa. Tenia ademas sus dias señalados para visitar á Nuestra Senora *del Archetto*, la de la *Piedad* en la plaza de Colonna, el Niño de *Aracœli*, y la Degollacion de San Juan en Cerchi. En la casa de Capegli, juntábanse cada noche varios abogados consistoriales, jueces de la Rota, consultores del Santo Oficio, prelados de la Signatura, del Breve, del Concilio y de la Dataria. Eran en su mayor parte ancianos, que recordaban los dichosos tiempos de Pio VI, el cual pintaban á Bartolino como el pontífice mas hermoso y lleno de dignidad que haya jamas ocupado la cátedra de San Pedro: siendo alto, robusto, con su augusto con-

tin ente y su paso grave y arrogante, su voz clara y sonora y sus régios y majestuosos ademanes, causaba maravilla verle dar la bendicion desde la tribuna del Vaticano.

—¡Y que dias tan crueles y angustiosos fueron aquellos (decia uno) en que unos bárbaros republicanos lo arrebataron de Roma para llevárselo á Francia! ¡Que llantos y gemidos resonaron por todo el Transtiber y por los Montes! que duelo en la ciudad!

—Hallábame aquel dia, añadia otro, por la parte de Viterbo, y no puedo acordarme de esto; sin embargo, tengo muy presente el escalamiento del palacio Quirinal, cuyo objeto era robarnos á Pio VII. Tu, mi Bartolino, eres muy joven, y tal vez no habias nacido aun; pero pregúntalo á tu padre, y te dirá cuán tristes dias fueron aquellos! ¿Os acordais, añadia volviéndose al padre, os acordais, señor Leonardo, de entonces que por no querer prestar juramento tuvimos que andar fugitivos, ocultándonos ya en una parte ya en otra, temiendo siempre por nuestras casas? ¿Teneis presente aquella matanza y pillaje, cuando tantos obres caballeros fueron encarcelados, y luego conducidos el uno á Fenestrella, el otro al fuerte de Alejandria, este á Córcega, aquel á los presidios de Génova, de Tolon ó de Burdeos?

—En cuanto á mi, decia otro, nunca salí de la casa de Barberini; pero pasé tales sustos, que no pocas veces tuve que huir á las caballerizas y disfrazarme de mozo de cuadra; entonces, mientras los franceses andaban huroneando y registrando to-

dos los rincones, hallábame con mi nuevo traje limpiando un caballo tan alto que apenas podia llegarle a las crines con el peine..... Luego de noche salia á veces á visitar á mis amigos y colegas: y era por cierto cosa de reirse ver alguno encaramado encima de un tejado, y metido en algun nicho ó escondrijo á donde se subia por una escala de mano, quitada la cual solo podia creerse habitacion de gatos ó de ratones. Otros se refugiaban en miserables casuchas de la Suburra ó de mas abajo de San Cosme; de modo que daba lástima ver á unos hombres de tanto juicio pasar dias y meses ociosos en medio de las lavanderas de la otra parte del Tiber y de las verduleras de los Montes.... Luego despues en casa de Ruspoli, jugábamos alguna partidilla con el arcipreste de Ariano, cuando entraba este de incognito en Roma viniendo del cortijo del príncipe, á donde habia ido á ocultarse como capellan de los mozos que cuidaban los caballos y búfalos de la hacienda. A veces entraba montado á caballo disfrazado de *butero* (1), con el sombrero en forma de pan de azúcar, y debajo de él un gorro de punto de color de escarlata, con una borla que le colgaba por encima del hombro derecho; ceñíale una gran faja de seda verde y azul, con ciertas franjas á lo matasiete; de modo que no le faltaba mas que el puñal y las pistolas para asemejar-

(1) Los romanos dan el nombre de *butero* al hombre que montado á caballo con una larga pica en la mano conduce vacas y búfalos.

se al mayor espadachin de la comarca. Con un chaleco encarnado y de relucientes botones, con sus botas con hebillas á lo largo de la pierna, sus grandes espuelas tomadas de oro, su largo baston pendiente del brazo, con su casaca y la capa revuelta, en que estaban tejidas las armas de Ruspoli, hacíase respetar de los centinelas francesas, los cuales cuando entraba en Roma le saludaban con urbanidad.

Cierto viejo del Santo Oficio, que iba los juéves y los domingos á pasar la velada en casa de Capegli, y habia visto en su tiempo á Clemente XIII, murmuraba sentado en su sillon de cuero, tosiendo y desahogando el pecho de sus mucosidades, y exclamaba á menudo:

—¡Pobre Roma! qué lástima verla sin Papa! que tristeza, que oprobio! Bien podia decir el general Miollis: «*L' Empereur* pronto vendrá á coronarse en el Capitolio.» ¿Qué quiere coronar? En el Capitolio desde la corona de los Césares, no hubo ni habrá otra que la tiara. *¡L' Empereur! ¡L' Empereur!* y mientras tanto Roma se hallaba tan doliente y miserable que daba horror verla: no habia ya forasteros, ni bellas artes, ni comercio: nosotros vimos crecer la yerba en la plaza de España y en el camino de Babbuino. Lloraba envilecido y sin esperanza el pueblo; todas las familias de los cardenales se hallaban fuera: los decanos, gentiles hombres de capa, palafreneros, cocheros, maestros de palacio, todos carecian de pan, y no pocos vivian de limosna. Dichosos si hubiese

habido pan en Roma donde la necesidad era grande; aunque los franceses, por no ver amotinados á los transtiberinos, debieron abrir los hornos de mas alla del puente de Sixto y de otros lugares; pues de lo contrario, el Emperador hubiera podido ver á mas de un dragon y á mas de un granadero volar al Tiber. Yo mismo, en la taberna de la Escala y de los Santos Cuarenta, ví á los transtiberinos rechinar los dientes exclamando: «Queremos el Papa, queremos el Papa. ¿Acaso no somos romanos? ¿no tenemos sangre troyana? Sin el Papa, Roma es un cadáver; y si el emperador Napoleon no deja libre al Papa, San Pedro le dará con las llaves en los hocicos. San Pedro los ha desbaratado mas hermosos que los suyos: ¡viva el Papa!»

—¡Oh Bartolino mio! ¡que tiempos! aunque vivieses mil años, no vieras á Roma tan triste y desierta. ¡Dichoso tu que no tienes memoria de nuestros trabajos! Ahora lo ves todo floreciente: la ciudad ha tomado un aspecto de reina; los forasteros acuden de todos los puntos á los Siete Collados, y encuentran feliz albergue las artes. Todo ha cobrado vida. ¿Sabes qué significa tanto oro y plata como nos llega de los ingleses, alemanes, francesee, rusos y otros grandes de todo el Norte, que vienen á pasar los veranos enteros en los amenos collados de Roma? Cuando eran catolicos pagaban el dinero de San Pedro; y ahora lo pagan multiplicado por causa del papa; pues sin este ni una sola vez hubieran venido á visitarnos. ¿Crees que

durante el cautiverio de Pio VI y de Pio VII estuviese el Pincio tan adornado y delicioso como ahora? Observa las hermosas casas, los agradables paseos, sombrías alamedas, anchas escalinatas de mármol, columnas rostradas, fuentes y estatuas antiguas y pequeños y deliciosos palacios. ¿Crees que en Villa Borghese se viesen tantos coches, tantas cabalgatas de brillantes ultramontanos y tantas señoras nobles y elegantes de todas las naciones? En aquellos dias, Roma sin Papa se habia convertido en una ciudad de provincia de las mas decaidas; al paso que Venecia, Milan, Génova, Turin, Florencia y Nápoles, siendo ciudades mercantiles, aunque perdieron de su senorío, no fué en menoscabo de las artes, de la industria o del comercio. En cuanto á Roma, si le quitamos el influjo de las bellas artes, no tiene otra vida que la Iglesia: á Roma sin Papa no le queda mas que mantenerse con monumentos, cosa que no se come asada ni frita.

¡Figúrese, pues, el lector si seria Bartolo afecto al Papa! Con semejantes conversaciones, que oia continuamente, veia en el Papa, á mas del vicario de Jesucristo y cabeza visible de la Iglesia, un soberano, o mejor un padre de Roma, luz y gloria de la misma. En medio de semejantes lecciones crecia el muchacho, y se le grababan mas profundamente en las escuelas del Colegio romano bajo el instituto de los sacerdotes; pues era el favorito del abate Laureani y del abate Graziosi, quienes con frecuencia lo llevaban con otros mu-

chos alumnos á esparcirse y recrearse en Monte Mario, en la *Villa Lodovisi* ó en la *Villa Panfili* ó en otros deliciosos sitios de las cercanías de Roma. Siendo mas crecido, era muy aficionado al juego de bolos en la *Villa Barberini*, en el cual llegó á ser tan diestro que podia habérselas con los primeros jugadores de Italia. Era de cuerpo ágil y gallardo, y tan buen mozo, que al verlo en medio de sus juegos y ejercicios parecia un modelo de los antiguos gladiadores romanos.

Era tal su aficion á montar á caballo, que pasaba todas las mañanas en el patio de la Datería y del príncipe Rospigliosi viendo como los adiestraban, metido siempre entre picadores y caballerizos; siempre con calzones de ante, grandes botas acampanadas y con el látigo en la mano. A la tarde paseábase por el Corso ó por la Villa Borghese ya montado en un caballo bayo, ya en uno negro ó blanco ó pardo. Al verle tan bien plantado en la silla, con un sombrero blanco, corbata de seda encarnada y un vestido verde oscuro, con botones dorados en que habia grabadas cabezas de ciervo, de jabalí ó de oso, y con sus botas relucientes y vueltas junto á las rodillas, dirigíanse á él todas las miradas, así de las mugeres romanas como de las jovenes viajeras de la otra parte de los montes. Hasta los príncipes romanos le admitian de muy buena gana en sus cabalgatas de la tarde, y en alegre compañía recorrian á medio galope las sendas sombrías de la Villa Borghese, las

praderas, la floresta y en torno de las pequeñas lagunas y pesquerías. No se cansaban de mirarle las doncellas, ora se paseasen, ora estuviesen tomando el fresco en los asientos que hay á lo largo de las fuentes y queseras de la Villa. Bartolo, al ver las lindas paseantes, separábase de sus compañeros y ponia al paso su cabalgadura, la cual era un blanco alazan, que ya daba saltos y corvetas, ya se empinaba, ya iba á paso de lado, y con un andar suave comunicaba la mayor gracia al ginete, quien ágil y flexible en la silla, se adaptaba á todos los movimientos, haciendo chasquear el látigo. El dulce vientecillo de la tarde agitaba las cintas de su blanco sombrero; y al tomar el galope ondeaban los faldones de su casaca y sus rizados cabellos. Todo esto le daba un aire tan noble, que las jovenes princesas decian entre sí con cierta especie de envidia: ¡Que no haya nacido príncipe ó duque! Bartolo, sin embargo, con toda su bizarría, no podia subir las escaleras de los grandes palacios para asistir á las tertulias y bailes de casa Doria, de casa Borghese, de casa Piombino y de otros príncipes romanos; siendo admitido todo lo mas durante el carnaval á las fiestas que el duque Torlonia daba á los forasteros sus corresponsales: y entonces se satisfacia todo lo posible.

Entre las hermosas doncellas romanas que mas admiraban la gallardía de Bartolo, hubo cierta joven hermosa y rica, hija de uno de esos maestros de obras que dirigen los edificios públicos, y que á causa de

las grandes empresas que intentaba el cardenal Gonsalvi, secretario de Estado del Papa Pio VII, se habian hecho opulentos en pocos anos. Este riquísimo arquitecto, viéndose tan acaudalado, quiso emplear sus capitales en la ciudad, y compró casas y palacios de gran valor con hermosos barrios para cardenales y nobles ultramontanos que venian á establecer su morada en Roma; y sacando de ellos crecidos alquileres, vivia en la mayor opulencia. Habia ademas en Roma, entre otros, un caballero que habia solicitado la mano de esta joven para un sobrino: y ya el padre estaba á punto de otorgarla, pero la joven Flavia se negó absolutamente, y se empeño en que queria á Bartolo á todo trance.

El padre, á quien la suerte habia negado un hijo varon, cedio, con la condicion de que Bartolo consintiese en vivir en su casa haciendo las veces de tal, á lo que convino sin dificultad Leonardo Capegli, puesto que le quedaban otros dos hijos.

Era Bartolo de un carácter muy propio para contentar á su joven esposa; nunca faltaba á aquellas delicadezas y respetos que son tan agradables á las mugeres; y especialmente le profesaba aquel aprecio y estimacion que daba á conocer al público cuanto era el amor que la tenia. Pero la ociosidad en que vivia en casa de su suegro fué casi la causa de su pérdida; puesto que entre los nuevos amigos que tuvo que admitir en su casa, atendido su nuevo estado, hubo algunos que lo llevaron á menudo por sendas peligrosas y lle-

nas de remordimientos. Ciertamente nada sufrieron en él algunos principios que tenia bien grabados en su corazon con respecto á la fiel observancia de los deberes de ciudadano, que le inculcó la probidad de su padre; pero olvidó ó descuidó otros con grave daño y desdoro de sí mismo. El ardor de la juventud nos echa á veces en ciertos pasos de los cuales creemos poder salir a nuestro arbitrio; y ya tarde advertimos que nos hallamos enredados en estrechos lazos. No pocas veces debió Bartolo al buen juicio y á los consejos de su esposa el salir bien del peligro; puesto que pasados los primeros años de matrimonio, esta acometió la magnánima empresa de detener las indiscreciones y fanfarronadas de su marido, quien en el fondo no era malo y algunas veces daba oidos á sus cuerdas y suaves advertencias.

Mucho contribuyó para corregir la poca experiencia de Bartolo su trato familiar con el abate Graziosi (1), quien ayudándole con sus consejos lo volvia al recto sendero de la discrecion, sacándolo de los malos pasos en que inopinadamente habia caido. De esta especie de servicios le eran deudores tambien muchos jovenes romanos, y no poco hubieran ganado, si todos le hubiesen prestado oidos, en las contingencias que les aguardaban despues de la muerte del pontífice Gregorio. Uno de los medios mas prudentes y suaves de

(1) El abate Graziosi, canónigo en San Juan de Letran, fué hombre de [illegible] sabiduría y en extremo celoso del cultivo de la piedad en la juventud romana.

que se valió Graziosi, fué inspirarle grande aficion al estudio de las antigüedades, pues Bartolo se dirigia dos ó tres veces á la semana al Museo Vaticano, en donde contrajo íntimas relaciones con monsenor Mezzofanti, persona muy amiga de los jóvenes, y dotada de suma amabilidad y dulce trato, propio para alimentar el entendimiento con buenos estudios, y para infundir buenas y virtuosas costumbres. De ahí á veces gozaba Bartolo de la satisfaccion de acompañar á Monsenor en su mismo coche hasta Roma; y entonces la íntima conversacion de este grande hombre servíale de viva escuela de sabiduría y de profundos conocimientos. Y hasta despues que fué Cardenal no disminuyo en un ápice el afecto que habia concebido por Bartolo cuando este frecuentaba el Museo y la Biblioteca del Vaticano. Por lo mismo, habiendo sido avisado secretamente de parte de Flavia, de que Bartolo frecuentaba muchas noches la casa de cierta aventurera inglesa, muger hermosa y seductora en extremo, en donde se entregaba al juego; el cardenal se compadeció de él, y para evitarle la pérdida del dinero y de la reputacion, buscó un medio honorífico de librarle de aquel miserable lazo. Y fué, que deseando el Papa ir á ver algunos monumentos de los muros pelasgicos y ciclópeos del Lacio, el cardenal envió á Bartolo, acompañado de algunos artistas, á examinar cuáles entre todos eran los mas hermosos y mejor conservados. Tuvolo Bartolo por grande honor, y desde luego fué á participarlo á los mas

célebres anticuarios y arquitectos de Roma; tales como el caballero Canina, el caballero Visconti, el comendador Campana, el marqués Melchorri, y cuantos supo que gozaban fama de inteligentes en esta clase de materias. Corrió á Rieti, y visitó todas las cumbres de los Aborígenes, buscando los vestigios de aquellos grandes muros polígonos y jigantescos: examinó Ameria y Spoleto en la Umbría, vió la cerca de Prenesto; recorrió las regiones de los Equos, descendió á los Volscos, rodeó á Norba, Segni, Sezze, Terracina y Circei; pero nada le pareció tan admirable como los muros cronicos de Ferentino y de la ciudadela de Alatri.

Aquí vio con asombro aquellas enormes piedras angulares y diferentes, tan sólidamente ajustadas y trabadas entre sí; midió sus dimensiones, dibujó sus formas y examinó su variedad. En la puerta Sanguinaria y en el segundo circuito de la Acrópolis de Ferentino admiró la grande maestría de los arquitectos y la destreza de los picapedreros. Pero sobre todo al contemplar Bartolo las gallardas fortificaciones de la pena de Alatri, tan perfectamente unidas, y tan bien dispuestas en los angulos y resaltos de los bastiones, parecíale imposible que pudiese haber otras iguales. Luego de haber cumplido con esta comision, regresó Bartolo á Roma, y tanto ponderó aquella maravilla del humano ingenio, y las fuerzas de aquellos primeros habitantes de Italia, que el Papa tomó la resolucion de ir á visitar la ciudadela Saturnina de Alatri.

II.

ELISA.

A principios de mayo de 1846, en una de las esplendorosas mananas en que el cielo de Roma deja admirados á los forasteros, viose asomar por la plaza del Quirinal un coche de viaje, el cual llegando á las Cuatro Fuentes, dio vuelta por la calle de Santa María la Mayor, y se paró delante de la puerta del monasterio de San Dionisio (1). Habiendo tocado la campana del torno, oyese á la tornera, que decia á otra conversa:

—Llamad á Elisa.

—Dicho y hecho.

—Oh! y qué pronto! Animo.

—Elisa, Elisa, papá ha llegado.

Viose á una jovencita de poco mas de quince años vestida en traje de marcha, y con un collarin blanco como la nieve, un vestido con listas blancas y de color de rosa, abierto de la cintura abajo y con botoncitos de madreperla y lazos con borlas azules; calzaba unas pequenas botas de color de amaranto, y toda ella respiraba ligereza y gracia virginal. Sus cabellos de un color castaño reluciente, desde la crencha se separaban formando una pe-

(1) Las religiosas de San Dionisio son de antigua institucion francesa. En su convento se educa la flor de las doncellas de Roma, saliendo algunas jóvenes de virtud sólida y muy diestras y aptas para el desempeno de los deberes de la familia.

quena trenza detras de las orejas; y la abundante cabellera, retorcida y arrollada en la cabeza, formábale un peinado en extremo elegante. Oyendo que su padre la estaba aguardando á la puerta, con el rostro encendido y los ojos llorosos se echo al cuello de sus dulces compañeras, las cuales entre sollozos le daban su triste despedida; luego abrazando a las queridas maestras, haciendo á la una mil caricias y á la otra dando mil besos; mientras la una le componia el vestido, y la otra apuntaba un alfiler en sus guarniciones; una conversa le ponia el sombrero de paja, y una jovencita, que entre ellas se hallaba escondida, se le puso en un punto delante, y quiso anudar las coloradas cintas debajo del manton, y aplicarle otro beso en la frente.

Al pasar Elisa por la sala de la labor, inclinose para mirar un bordado en terliz, y volviéndose luego á una compañera le dijo:

—Ah! amiga Laura, cuán agradecida te estará tu mama el dia de su fiesta! ¡Dichosa tu que tienes aun una madre!

Y esto diciendo suspiró tristemente. Viendo un piano, quiso recorrer sus teclas: luego llegó á la vuelta de un corredor donde habia una querida imagen de la Vírgen, á la que tenian suma devocion todas las alumnas; se inclinó, la miró con vivo afecto y exclamó:

—¡Madre mia, sed vos mi guarda! Julia, no te olvides de renovarle cada dia las flores; cosa de que siempre tuve buen cuidado: te recomiendo el jarrito de por-

celana de Sevres; cuidado con romperlo, y piensa que es para todos los dias de fiesta: aquel corazon encendido que en él esta pintado, es el mio.

Esto diciendo llegaron á la puerta en medio del tropel de todas las de la casa, que repetian sus besos, caricias y lágrimas; la superiora la entregó al padre, quien la dio el brazo, condújola al coche, y habiendo subido ligera á él, al instante partieron. Elisa se echo algo hácia atras, y con el pañuelo en los ojos y la frente baja permaneció taciturna; en tanto que su padre, repantigado y apoyando el pié en el asiento de enfrente, la contemplaba tambien silencioso, respetando aquellos primeros efectos de su hija.

Este padre era el mismo Bartolo, quien hacia tres años habia perdido su prudente y bondadosa Flavia, la cual murio de sobreparto de un niño. Despues de haberlo tanto deseado, al fin pudo darlo á luz; pero atacada de violentas convulsiones, espiró en los brazos y entre las angustias de su madre, la cual se afectó á tal extremo, que habiéndosele suprimido la leche é inflamándosele la sangre, no pudo resistir á la fuerza del mal, y acompañó á su hijo al sepulcro. Así Bartolo quedó solo con su primogénita Elisa, á la que con su consentimiento colocó la madre en San Dionisio desde muy pequeñita, y allí creció al lado de aquellas piadosas é instruidas religiosas, recibiendo una educacion virtuosa y modesta, al par que escogida y adornada de todos aquellos conocimientos que convienen á una donce-

lla para que sea instruida, prudente y agraciada así en casa como en el trato del mundo. Era Elisa hermosa, y estaba dotada de agudo y penetrante ingenio; pero de una imaginacion vivísima y de genio alegre y ligero; su corazon era dulce, candoroso y franco, pero en extremo sensible, ardiente y apasionado.

Muerta Flavia, aunque Bartolo no se entregó á una vida desordenada, sin embargo, viose impulsado á excederse en varias reuniones de amigos, que en medio de los placeres propios de la opulencia hablaban de política, y entre el movimiento de las copas discutian los mas altos y complicados asuntos de Estado. Gregorio XVI era ya muy anciano, aunque continuaba siendo siempre un gran Papa en el gobierno de la Iglesia, siempre pronto á combatir los insidiosos manejos de una diplomacia hostil a la Santa Sede; siempre firme é incontrastable en sostener su preeminencia y dignidad ante los gabinetes católicos, y robusto y decidido en contrastar el poder y los ataques de los gobiernos heterodoxos: era constante amigo, defensor y mecenas de las artes y de las ciencias, particularmente de las filológicas, y se complacio hasta el fin de sus dias en la rica y noble institucion del Museo etrusco vaticano.

—Todo esta bien, decian los amigos de Bartolo al oir estos elogios que hacia á menudo del anciano Papa; pero Gregorio es demasiado altivo, intratable y agreste, enemigo del progreso de la civilizacion europea y de las luces: combate las nue-

vas invenciones, y sofoca la llama de los ingenios italianos. A mas de esto, no entiende la administracion, y permite que el Estado se arruine agobiándolo con nuevas deudas y pesadas cargas.

—Concedamos, replicaba Bartolo, que tenga en aversion al progreso y que le disguste en atencion á ciertas miras pontificias; pero en lo respectivo á los gastos, el mal no procede de él, sino de las facciones y revueltas suscitadas en la Romania y otras partes, que hicieron necesario tomar á sueldo á los suizos, y antes que estos á los alemanes. Pero, creedme, si bajo un nuevo Papa forma toda Italia una confederacion, segun lo expone extensamente Gioberti en su Primado, veremos renacer á Roma, y recobrar bajo la presidencia del romano pontífice su antiguo ascendiente y su mayor grandeza.

—¡Que! ¿crees tu, decia otro, que el Austria consentiria en la confederacion italiana? ¡qué cándido eres!

—¡Oh! en cuanto al Austria, tenemos á César Balbo con sus esperanzas sobre Italia, quien ha encontrado un medio sumamente expedito de despachar este asunto. Pero hablando con formalidad, póngase el Papa al frente de la confederacion itálica, y Roma no solo pagará sus deudas, sino que será grande, rica, y prestará sus tesoros á otras naciones, como lo hizo en los pasados siglos, cuando el Papa era verdaderamente Papa; y regia los destinos del mundo cristiano.

Alguno decia:

—Es cierto.

Otro replicaba:

—Bartolo esta sonando siempre con Alejandro III y la liga lombarda; y ahora se le ha metido en la cabeza este pontífice, gefe de la liga italiana; pero si no aparece entre nosotros un pontífice joven, capaz de montar a caballo y dotado de un corazon napoleonico, no saldrá ciertamente de su capa pluvial, y en vez de cabalgar en los campos, sera conducido al Vaticano en su silla para darnos la bendicion.

—Poco á poco, amigos: Urbano VI era tambien muy viejo, y no obstante fué el primero en montar á caballo en el Gariglia-no á la cabeza de sus valientes; y Julio II habia visto no pocos abriles, y con todos sus anos recorrio a caballo el centro de la Lombardía, dirigio asaltos, y penetró animoso por la brecha de la vencida ciudad.

Al oir estas ardientes expresiones los amigos reian; excepto dos que lo miraron de soslayo y guardaron silencio.

Esta vida llevaba Bartolo hacia dos anos: fiel al Papa por afecto y por el interés de Roma; deseoso del engrandecimiento de Italia por amor á la patria comun; enemigo de las sociedades secretas por la altivez de su corazon libre; era sin embargo amigo de algunos sectarios, en parte por ligereza, en parte por ignorancia. No teniendo mas que á Elisa, parecíale que nunca llegaba el tiempo de dejar su estado de viudez, llevando á su casa este amado tesoro, que apreciaba mas que todo lo del mundo, teniéndola al lado, y hacién-

dola brillar en Roma y rejuvenecer con su compañía la vida doméstica. Mientras que el coche, despues de haber pasado ya la puerta de San Juan, adelantaba hácia el camino de Albano, en donde poseia Bartolo una pequena y alegre quinta, volviose este a su hija, y rompiendo su largo silencio, le dijo:

—Animo, hija mia, enjuga tus lágrimas y alegra á tu padre. No puedes figurarte cuan vivamente deseaba ver llegar este dia, que debe ser para mí el principio de una larga felicidad. Pasaremos en el campo la deliciosa primavera; y luego tengo intencion de llevarte á ver la Toscana, en donde tengo algunos amigos; despues á Florencia, Siena, Pisa y Liorna, en cuyas ciudades podrás disfrutar los placeres propios de una sociedad florida y elegante, y alimentar tu entendimiento y tu corazon con todos aquellos conocimientos que convienen á tu juventud. Y con el fin de evitarte el fastidio de la soledad doméstica, te he procurado una virtuosa y amable compañera, la que viviendo en tu compañía podrá serte muy util con su experiencia y sus luces: tu procura ser para ella una hermana y una amiga, y te corresponderá con iguales sentimientos; pudiendo ambas juntas cultivar el talento con el estudio de las letras y de las artes liberales de que es maestra.

En efecto; llegados á Albano, encontro Elisa en un pequeno jardin, por el cual se entraba á la quinta, una linda joven de unos veinte y ocho anos que la estaba aguardando; la cual apenas la vio, echosele

al cuello alegre y risueña, besola, abrazola con efusion, y luego tomando á Elisa del brazo la acompañó á una sala. En seguida le desató las cintas del sombrero de paja, y habiéndole dejado en la frente algunos cabellos para que fuese mas agraciada, la hizo tomar asiento en un divan, colocado en frente de una puerta-vidriera que daba á un terradito de encima del jardin.

Esta señorita, compañera y juntamente maestra de Elisa, ya sabemos que era buena y virtuosa segun las *piadosas* intenciones de la persona que la proporcionó á Bartolo, y al mismo tiempo la mas á propósito para formar el corazon de aquella inocente criatura, que acababa de salir de la compañía de beatas, llena de tantas nimiedades y supersticiones como hay entre monjas; lo que de ningun modo podia convenir á una jóven hermosa y poseedora de ochenta mil escudos que tenia de parte de su madre. La señora Pulisena, no obstante ser toscana, habia sido educada para el teatro en el Conservatorio de Milan, y fué bailarina hasta que tuvo veinte años; pero habiéndola sacado, no sé por que motivo, de la escena de Berlin un mecenas húngaro, regresó luego despues á Italia, donde en varias ciudades hizo profesion de curar ciertas enfermedades por el sistema homeopático y el magnetismo.

En cuanto á italiana, no habia otra, pues se habia consagrado enteramente á la *Joven Italia;* sin embargo, sabia guardar tan bien el secreto, que en ella la una ma-

no no sabia lo que hacia la otra. Cuando iba de ciudad en ciudad, llevaba ciertas embajadas de viva voz, de aquellas que no es prudente confiar al papel, puesto que era un correo de los mas activos: llevaba tambien las cartas y avisos importantes, escritas en un tejido de seda blanca, que luego cosia al rededor del palillo ó entre las ballenas del corsé: así la seda no crugia, como el papel, siempre que á algun empleado de policía poco modesto se le antojaba registrarla, y la astucia tenia un éxito completo.

Estaba Bartolo muy ageno de sospechar siquiera que tuviese aquella jóven semejantes habilidades; pues presentaba un aire elegante, una fisonomía tan franca y una mirada tan placentera y serena, que unido esto á un continente siempre comedido, era imposible penetrar sus verdaderos sentimientos. Sabia acomodarse á toda especie de conversaciones, para lo que tenia en todas ocasiones ciertos dichos propios, que aplicaba con oportunidad; de suerte que no hubieran podido competir con ella las personas mas sensatas y juiciosas. De vez en cuando soltaba algunas exclamaciones sobre la resurreccion de Italia, que dejaba embobado á Bartolo: particularmente despues de comer debajo de un pequeño emparrado de jazmines, tenian largas conversaciones tocante á los medios mas á propósito para restituir en el trono á esta hermosa reina de las naciones, que yacía triste y lánguida entre los andrajos y podredumbre de su larga miseria.

En aquellos primeros dias Elisa, unas veces con su padre, otras con Polisena, daba largos paseos por los verdes y sombríos senderos de los cerros inmediatos al lago Albano: subia al monte de Jupiter Lacial, visitaba la antigua selva de Ferento, e el bosque de los Nemios, que con sus oscuras sombras nos representa las sangrientas ceremonias del culto de Diana Ericina: alguna vez bajaba á ver el santuario de Galoro, custodiado por jesuitas, donde es venerada del pueblo de Aricia y de todo el Lacio inmediato una antiquísima y prodigiosa imágen de la Reina celestial, que al atroz sacrificio de víctimas humanas, propio del culto de Diana Nemorosa, sustituyo el dulce y suave holocausto de nuestros corazones.

En esto habian trascurrido mas de quince dias, cuando la virtuosa Elisa pidió dulcemente á Polisena que la llevase á confesarse en la iglesia de Nuestra Señora de Galoro, con un anciano jesuita que le habia indicado su madre-maestra de San Dionisio. A esta improvisada demanda, poniendo el rostro sério Polisena, y reprimiendo á duras penas su rabia, dijo con voz suave estas venenosas palabras:

—¿Que estás diciendo, ángel mio? ¿tú, tan buena, confesarte a un jesuita? ¡tú, que tienes un alma tan pura, noble y candorosa! ¡Lo mismo fuera que ir por tus propios pies á encerrarte en un sepulcro! ¿Ignoras que los jesuitas son los mayores enemigos de toda virtud; que con sus sútiles y refinados artificios pervierten las almas jovenes, les quitan toda la fuerza, y apagan

la llama de los mas tiernos afectos del corazon? Si desgraciadamente cayeses en los lazos de estos hombres, acabariase para tí todo amor á tu padre, pues te harian un deber de desamarle. ¡Guárdete Dios de confesarte á ellos! cada sábado irian tus pecados por el correo á la vista del P. General; quien todas las semanas, el sábado por la noche, hace su meditacion sobre las listas de los pecados de las doncellas. Así cuando alguna quiere tomar esposo, este pide en confianza dicha lista al general, y descubre en ella los hechos y hasta los mas íntimos pensamientos de la pobre muchacha. Has de saber que los jesuitas son unos zorrastrones, tristes, fraudulentos y crueles, y cubren sus vicios con una hipocrita piedad; ¡por Dios no te fies de ellos, si quieres salvar tu alma!

Quedó Elisa llena de asombro al oir lecciones tan nuevas, sin saber lo que le pasaba.

—Con todo, dijo, mi buena madre, de feliz memoria, tenia por confesor al P. Bonvicino, y sin embargo era tan piadosa, tan amable, paciente y magnánima, que la citaban por modelo de las senoras romanas. Y cuando os diga que desde algunas ventanas del convento de San Dionisio se vé á cierta distancia el jardin del Noviciado de los jesuitas; y no pocas veces con alguna de mis amigas veíamos pasearse los novicios de tres en tres rezando el rosario, ó callados; y aunque á su parecer nadie los veia, llevaban no obstante la vista baja, con tanta modestia y compostura, que parecian unos santos. Confieso que no

pocas veces, despues de haber presenciado un espectáculo tan ejemplar, íbame á mi querida Vírgen del corredor, y le suplicaba enternecida que me comunicase la misma virtud.

—¡Oh! ¡que buena eres! No conoces que los jesuitas adiestran á sus jovenes novicios á semejantes imposturas para engañar á los tontos y llamar la gente á su devocion, y que son astutos como el demonio? Ello es que jamás se te ocurra hablarme de los jesuitas.

La pobre Elisa vió que lo mejor era callar. Habia llevado consigo del colegio las eternas *Máximas* y las *Glorias de María* de Liguori, la hermosa novena del Sagrado Corazon, escrita por Borgo, y algun otro librito de devocion; pero, sin que nunca pudiese averiguar cómo, ello es que hoy desaparecia uno, mañana otro. Preguntábalo á Polisena, y esta se encogia de hombros diciendo:

—¿En dónde lo pusiste?

—En mi cajoncito.

—Nunca lo he reparado; acáso piensas habértelo traido y lo habrás dejado olvidado en el convento.

En su lugar le proporcionaba Polisena el *Marco Visconti*, de Grossi, *Los Lloronas* de Máximo de Azeglio y la *Margarita Pustrerla* de Cantú, diciendo;

—Ya verás, Elisa, en estos libros, como puede conciliarse la virtud con el amor á la Italia. Amiga mia, la que en sus venas no siente correr sangre italiana, no es digna de respirar ese aire vital que animaba á los primitivos Pelasgos. Aquí tienes á

Alba, Cori, Ardea, Laurento y la cercana Aricia; aquellos antiguos Opicos, Ausonios, Rutulos y Auruncios sentian hervir en sus pechos el orgullo de pertenecer á tan gran patria.

Entregábanse las dos jovenes á esta clase de lecturas, por lo regular á la mañana á la sombra de los cerros inmediatos al lago Albano, y Polisena hacia á su discípula sutiles comentarios sobre los pasajes mas ardientes y alusivos al futuro estado de Italia. Cierto dia, mientras que Elisa estaba leyendo un triste pasaje del libro de Grossi, pasó por la galería de los Capuchinos un joven á caballo, el cual, aunque iba á un trote largo, pudo observar los animados gestos de Elisa cuando, profundamente conmovida por la cruel agonía de Bicia en el castillo de Galarata, se hallaba sin pestanear ni respirar, con sus megillas ora tenidas de un vivo encarnado ora pálidas alternativamente, y su frente ya arrugada ó ya serena á impulso de los mil encontrados afectos que interiormente la agitaban.

Despues de haber llegado el caballero al extremo de la senda, volvió las riendas, y pasó otra vez mas rápido por delante de Elisa, la que apenas alzo los ojos para mirarle. Polisena viendo ya cerca la hora de marcharse, y queriendo evitar que el desconocido caballero las sorprendiese por tercera vez, interrumpió de repente la lectura, y volviéronse á su casa.

Dos dias despues, hallándose las dos sentadas bajo un grupo de alisos encima del lago, hablaban entre sí, cuando Elisa

vió oculto detras de las ramas a un joven pintor, sentado en un banquillo de cuero, dibujando en una tablilla el extenso ámbito del lago, con el monte Lacial y demas collados circunvecinos. Como en todos aquellos alrededores se ven pintores a emanes, suecos, belgas etc. que se deleitan contemplando tan magníficas vistas, las dos jovenes no pararon en él la atencion; solamente Elisa, habiendo levantado mas veces los ojos como por casualidad, vió por los intersticios del ramaje á un joven de larga y ensortijada cabellera, con bigotes retorcidos y barba terminada en punta: de modo que le pareció ser exactameste el mismo jóven que montado á caballo paso dos dias antes por el camino de los Capuchinos. Con las piernas cruzadas, apoyaba en las rodillas un cuadro de unos cuatro palmos; y á menudo, cubriéndose la cara con la paleta, y aplicando el ojo en el agujero por el cual entra el dedo pulgar para sostenerla, miraba al través del mismo [sin que Elisa supiese á donde], y exhalaba un profundo suspiro. ¡Pero quién hace caso de las rarezas de los pintores!

Vuelta á su casa para el almuerzo, entró de improviso Bartolo, arrojó su sombrero de paja encima del piano, asomose distraido al terrado que mira a Roma; y luego retrocediendo y volviéndose á las dos jóvenes, que lo estaban mirando con pasmo, exclamó:

—Pues senor, el pontífice Gregorio ha muerto! ¡Muerto! repitio Polisena, ¡ha muerto! ¡viva la Italia!

Paseabase agitado Bartolo por la sala, y a veces se paraba de repente; y pasándose la mano por la frente y por el rostro, apoyaba luego en ella la barba en ademan meditabundo; despues echándose en un sofa, y mirando al techo, decia como para sí á media voz:

—¡Como elegir un nuevo pontífice en medio de la actual agitacion de Italia! El Piamonte relampaguea, las Romanías rugen como un mar tempestuoso, la Toscana se entrega á los deleites, pero vuelve la vista á los amigos que tiene en su seno y á quienes lisongea; Nápoles al mismo tiempo que hace locuras, afila en secreto la espada; la Sicilia está muy postrada, lo mismo que su Encelado debajo del Etna; ¡pero ay! si se rehace! Entonces desquiciará los montes y vomitará fuego y llamas; el reino Lombardo-Veneto, en medio de su opulencia, tiene los ojos fijos á la otra parte del Po, esperando que aparezca una luz, ó que baje del Apenino el sonido de la trompeta. ¡Elegir un pontífice en estos tiempos! ¿Y será posible que los cardenales consientan en correr tanto riesgo reuniéndose en conclave?

Mirándolo estaba Polisena con los ojos entrecerrados y de un modo atrevido é impertinente:

—No lo dude V., señor Bartolo, tendremos conclave y Papa. Sin ambas cosas nunca vierais el renacimiento de Italia.

—Así debiera suceder en efecto, pero no sé si todos serán de vuestra opinion.

—Todos.

—Veo que hablais hoy muy resuelta.

—Yo sé porque hablo así.

En esto vino un criado á avisar que estaba pronto el almuerzo.

El dia 6 de junio llegó a Roma con la diligencia de Florencia el conde Pompeyo Campello, quien habiendo sabido por Bartolo y otros amigos de la misma clase, especialmente Polisena, se recreaban en Albano, fué á verlos, tanto para tratarlos como á fin de tomar algun descanso en medio de aquellas deliciosas alturas. Recibio una lisongera acogida, convidando á comer á los amigos, y mediando entre ellos largas y vivísimas conversaciones. El conde, hablando de su viaje por la alta Italia, decia:

—En cuanto á mí, tengo una firme conviccion de que nuestra estrella está despuntando, y que ya se divisan sus primeros rayos. Cuando la muerte del pontífice, hallábame en Florencia: tuve íntimas conferencias con los valientes de Toscana, y les comunique los proyectos de los amigos del Piamonte; los expuse despues en Parma á Pedro Giordani; y lo mismo á los demas italianos sensatos de Plasencia, de Regio, de Modena y de Bolonia: todos son de un mismo parecer. En este sentido se escribió, y allí donde no era seguro tratar por escrito, se enviaron mensajeros, especialmente á Lombardía y á Venecia.

Amigos, con las conspiraciones, con las abiertas rebeliones, con tumultos parciales, con el repentino estallido de los motines y sangrientas refriegas, es imposible

llevar á cabo el renacimiento de Italia. Pégase fuego en un punto, y se apaga en otro; y mientras tanto los monarcas toman sus medidas; todo son recelos y sospechas; los mas fuertes campeones de Italia son presos y sepultados en los calabozos de las torres y fortalezas. Es preciso cambiar de sistema, y seguir otro rumbo, haciendo como las ratas del lago de Venecia, que mientras el leon de San Marcos dormia en su dorada jaula en el patio del palacio ducal, se le subieron por la espalda, y a garrándosele por entre las crines de la melena, empezaron á lamerle y á morderle juntamente. Sintiendo el Leon aquellos suaves mordiscos, abria de cuando en cuando sus ojos soñolientos, pero como con las dulces lameduras curaban las heridas de los dientes, recosto otra vez el hocico en las garras, y durmióse tan profundamente que las ratas le royeron hasta el corazon, y murió. Quiero decir, que está resuelto entre los amigos de la Italia alcanzar la libertad empleando la miel, toda vez que la hiel no ha producido el fin propuesto. Los reyes rechazan las espadas y la artillería; pues por cada diez de las nuestras tienen ellos mil, que se nos echan encima mucho mas ejercitadas: nada les traspasa como el punal de la adulacion; no hay coraza de acero, ni cota de málla que pueda resistir á su punta: la lisonja empleada oportunamente, y el aplauso segun las circunstancias, los ablanda aunque sean de diamante. Por lo mismo, queda convenido en una conspiracion general, ahogar á los reyes en jarabe de violeta y

miel rosada; sepultarles bajo una nube de rosas, y deslumbrarles con el reflejo de los espejuelos, como si cazásemos alondras ó calandrias.

—Ya hemos hecho el primer ensayo en Turin el dia 6 del mes pasado, cuando uno de nuestros campeones, apenas llegó el rey al Campo de Marte para pasar revista, excitó á los soldados á que gritasen: *¡Viva Carlos Alberto, rey de Italia!* Toda la plaza Real, todo el Camino Nuevo y la plaza de San Cárlos hasta el Parque de Artillería, estaba lleno del concurso, y entre el pueblo habia apostados muchos hombres para que al regresar el rey gritasen, haciendo eco al hosanna del Campo de Marte. Las mugeres engalanadas ocupaban las alturas, ó estaban asomadas á las ventanas, unas para arrojar coronas de laurel, otras flores al pasar el rey, agitando banderillas con la cifra del rey de Italia bordada de oro, como las caballerescas insignias de las antiguas justas, que las doncellas ofrecian al vencedor. El rey lo supo, y se gozó interiormente: ya el caballo estaba ensillado, y el real palafrenero lo tenia por las riendas al pié de la escalera, cuando los infernales retrógrados, envidiosos de la gloria de Italia, entraron á ver al rey, y tanto le dijeron, y tanto le rompieron la cabeza, que no pasó la revista, y nuestro ensayo quedó frustrado. Sin embargo, supimos que el rey Cárlos Alberto quedó penetrado hasta los tuétanos al saber tales demostraciones. Creed que el medio encontrado es excelente y el

mas apto para alcanzar nuestro noble objeto.

—No conoceis á los Papas, dijo un hombre colorado y regordete, que ocupaba la cabecera de la mesa: los Papas regularmente son viejos y experimentados, y no se dejan prender en tales lazos; y si fuese tal un fraile, no extrañaria que volviese á levantarse un Sixto V, é hiciese rodar mas de cuatro cabezas por las almenas de las torres. El Papa Gregorio sin duda era bonachon: tenia miedo de los Carbonarios; pero cogidos y guardados bajo llave en San Angelo, en Civita-Castellana, en la torre de Spoleto y en la roca de Ancona, los dejo hacer; y si le incomodaban un tantito, los enviaba sanos y salvos á América, como sucedio á los del treinta y siete. Pero si saliese Papa el barbudo de encima del Triton de la plaza de Barberini (1), aunque solo fuese por medio año, veriamos ciertamente otro Sixto.

—Oh! en cuanto á los Sixtos, mi querido Pantaleon, dijo el conde, se perdio la semilla, y si germinase otra vez tan fuerte planta en el campo de San Pedro, pronto hallaria quien la arrancase hasta en sus mas pequenas raices. Digo, pues, que en su lugar se levantará un Papa algo conocedor de las condiciones de los tiempos, y sabra arreglar el negocio de manera que se dirija á dos objetos, á conjurar la tempestad que ruge sobre la cabeza de los reyes todos, y á hacer que la oprimida Ita-

(1) Hace alusion al cardenal Micara, capuchino, persona de un grande ánimo.

lia levante la cabeza del fango en que está hundida hasta los ojos. Por consiguiente, queremos un Papa, y pronto, y á menos que los cardenales hayan perdido el juicio, nos daran un Papa que no sea viejo, ni fraile, ni diplomático, ni inquisidor; sino hombre de Dios y conocedor, no de los tiempos de Gregorio VII, sino de los de Gregorio XVI; asi verá que por cada diez liberales que tiene entre cadenas, existen mil que están libres, y que han jurado resucitar la grandeza de Italia ó morir en la demanda. Verá que es fuerza pasar por entre horcas caudinas y bajar la cabeza: y si hay algun medio de superarlas honrosamente, no es otro que valerse de las álas de una política generosa, que pase por encima de las anejas ideas de la pasada supersticion de estado, y ser algo generoso con los pueblos que anhelan por algunas libertades. Dennos un Papa que tenga estas condiciones, y apuesto la cabeza que sera nuestro Dios.

—Pero hemos de saber, replicó Bartolo, si este Dios podrá dar á los liberales cuanto baste para aplacar su sed, ó si temerá que sean como el horno, en que cuanto mas lena se echa mas arde, cruge, devora y consume.

Dicho esto y terminado el almuerzo, salieron al jardin á tomar el café debajo de un templete cubierto de plantas enredaderas que lo esmaltaban de flores. Pero el conde hizo del ojo á Polisena y salio: luego habiéndola encontrado detras de un rosal que le estaba aguardando le estrecho la mano diciendo en voz baja:

—*Hasta la muerte.*

—La Italia te observa: para la nueva eleccion, Bartolo se hallará sin duda en Roma; ayuda á los hermanos; todo esta dispuesto.

—*Hasta la muerte.*

III.

LA LUNA DE MIEL.

Angel Brunetti, plebeyo romano, llamado despues por sus compañeros *Ciceruacchio*, era en su tiempo un mancebo denodado y amigo de pendencias: alto, robusto, de recia musculatura y capaz de hundir de un puñetazo las costillas á su contrario, ó desquijararle casi por broma. Llevaba un sombrero calabrés caido sobre la oreja izquierda, y adornado con una pluma de gallo; el chaleco corto, y entre este y la cintura de los calzones asomaba la camisa por debajo de una faja de seda encarnada y verde-mar; la chaqueta de terciopelo azul adornada con cordon amarillo; la cual los dias de fiesta se quitaba en la taberna y se la echaba encima del hombro izquierdo. Jugaba á los bolos y á los birlos como el mas diestro, y bailaba mejor que el primer transtiberino ó montañes. Las mugeres públicas de Eungareta ó de la calle de San Francisco salian á la puerta cuando él pasaba, en compañía de otros jóvenes, los dias festivos, al ir á jugar fuera de la puerta Portese; sin em-

bargo, él seguia su camino haciendo como quien no reparaba en ello. ¡Pero ¡ay! del jeven que pasase demasiado por la calle en que vivia su querida! Y las tuvo iguales á aquellas, por cuyo motivo sostuvo no pocas reyertas con los valentones de Regola, de Ripeta y de Borgo San Pietro. Era tan pronto á usar del punal como irascible; de consiguiente tuvo muchos lances y disputas con los tribunales de justicia; pero así como bajo un rostro lozano y una fisonomía franca ocultaba un alma llena de astucia, tambien las mas de las veces sabia salir libre del atolladero.

Era carretero de profesion, y llevaba en su carro el vino á los mesones y tabernas, principalmente de aquella parte de Roma que desde el puente de San Angelo da vuelta hasta la plaza de España, y hácia abajo por el Babuino hasta el Popolo: tenia íntima amistad con los barqueros que conducian vino, lena ó carbon; que de Sabina llegan al puerto de Ripeta en el Tiber. Era una misma cosa con los carreteros y con los mas osados perdonavidas; confiábales el trasporte del vino de Marino, de Veletri y de Genzano; y luego de haberlo descargado, llevabalos á merendar en la Via Felice, en la de la Vid, etc. pagando él el gasto. De manera que Angelo tenia fama de hombre honrado y valiente. Pero este era un malvado, falso y ocultaba una alma perversa y cruel, bajo un semblante afable y sereno. Desde el año 1830 que se habia entregado en cuerpo y alma á la secta de los Carbonarios, en la cual diosele el encargo de corromper y perver-

tir á la plebe romana acostumbrándola á la crápula, al juego y libertinaje; pero tanto supo disimular y fingir, que las autoridades de Roma nunca tuvieron motivo para echarle el guante.

Pero llamó toda la atencion de los conspiradores de la *Jóven Italia*, como hombre osado y emprendedor, y el mas activo y apto para ayudarles y servirles en toda empresa conforme a sus secretas intenciones. Así pues, habiendo sido elegido á mediados de junio con maravillosa solicitud por los cardenales reunidos en conclave para pontífice de la Santa Iglesia el cardenal Mastai, que tomó el nombre de Pio IX, quisieron los conspiradores poner en práctica el plan, determinado ya por la secta, de vencer á los reyes de Italia con el dulce halago de las adulaciones del pueblo, con el cebo de las alabanzas, embriagarles con aplausos, coronarles de rosas, y conducirlos al punto que querian llevándolos en palmas. Por consiguiente, el Pontificado, que desde mucho tiempo era un objeto de aversion, de despecho y de rabia para los impíos, desde que fué elegido Pio IX se convirtió de repente en la delicia y el amor de todos los pueblos, el ídolo de los católicos, el deseado de los protestantes y la admiracion de los musulmanes.

Cuando despues en julio concedió el Papa amnistía y perdon á los que por crímen de lesa majestad se hallaban presos en las torres de las ciudadelas y de las fortalezas, no hubo término para las ovaciones, para las glorias y triunfos del su-

mo pontificado, que Pio IX representaba con tanta dignidad y con una clemencia y sabiduría celestial. Algunas plumas infernales, que hacia algunos anos derramaban en sus páginas los mas venenosos y amargos conceptos contra la silla de San Pedro; que denigraban á los Papas, emponzonaban sus mas santas intenciones, y deprimian en el polvo y el fango sus actos mas nobles; que profanaban las virtudes, exageraban los defectos, detestaban la fortaleza, calumniaban á la justicia y declamaban contra el cielo; estas plumas malditas, convirtiendo la censura en alabanza y el envilecimiento en homanaje, no encontraban palabras bastantes para ensalsar el reinado de Pio IX.

De la tiara pontificia, decian, vinieron á Italia todos los bienes: la libertad, la paz, la gloria, el poderío, la civilizacion y la sabiduría: los Papas disiparon las tinieblas de la barbarie que envolvian la Italia y la Europa en oscura noche; de la tiara salio la luz de la ciencias divinas y humanas: leyes, estatutos, costumbres, sacados de la razon vandálica, goda y longobarda, se pulieron é irradiaron en derredor la mansedumbre, la discrecion y la caridad. De ahí fueron convertidos los tiranos en padres de los pueblos, el despotismo fue templado por la ley, la ley animada por la justicia, y la justicia unida al amor y á la clemencia. Los reyes hallaron en los Papas accion y consejo, y juntamente freno y castigo; los pueblos un estímulo á la obediencia, una represion á los tumultos; pero tambien nnos protec-

tores de sus derechos, promovedores de sus franquicias, abogados de las razones de los pobres, viudas y huérfanos. La verdadera libertad de las naciones cristianas permaneció íntegra mientras que la autoridad del pontífice fué sagrada para los gobernantes: luego, disminuida ó quebrantada esta, los pueblos desconocieron la autoridad de los gobiernos, y les hicieron sufrir la pena del Talion. Esto se imprimio durante aquellos primeros meses en mil opúsculos populares, en toda especié de poesía, en mil periódicos; y lo escribian personas conocidamente enemigas desde mucho tiempo, no solo del pontificado, sino de todo el orden sacerdotal.

La divisa blanca y amarilla del estandarte pontificio, que fué antes objeto de vituperio, volvióse de improviso en el resplandor del sol y de la luna que cubren de oro y plata el firmamento. Las salas se entapizaban con estos dos hermosos colores, y los mismos se veian en los cortinajes de las camas, de los balcones y ventanas, en las colgaduras de los palcos del teatro, en todas partes se ostentaban el blanco y amarillo, la plata y el oro. Blancos y amarillos eran los panuelos de las señoras mas elegantes de Roma, las cintas de los sombreros, las guarniciones y adornos de los vestidos, y hasta los esmaltes de los collares, brazaletes y pendientes.

En medio de un cambio tan completo, Bartolo estaba fuera de sí de gozo: y si por su educacion, su sensatez y su arraigada religiosidad era afecto al gobierno pontificio, como orígen de la gloria y ri-

queza de Roma; en las circunstancias presentes su amor y afecto á Pio IX llegaba al delirio. Hallábase en todos los festejos, en todas las demostraciones; tomaba parte en todas las disposiciones y proyectos para honrar y ensalzar al Papa: fatigábase recogiendo socorros para los *amnistiados;* subia escaleras, entraba en las fondas, y hasta en las cantinas donde venden vino y carbon, y á unos pedia un *esudo*, á otros un *bayoco*, segun sus posibilidades; y pedia estos socorros con una voz tan suave y apasionada, y con maneras y palabras tan compasivas que hacia asomar las lágrimas. Iba vestido de negro con una corbata listada de blanco y amarillo; y daba gusto verle entrar por la manana en el café de los Espejos, en el Nuevo, en el de las Bellas Artes, en la plaza Colonna y otros lugares frecuentados, y allí, en los escritorios donde se reunian los donativos, entregaba Bartolo los que habia recogido de los ciudadanos en favor de los infelices encarcelados, y sacaba ya una caja de plata, ya un bolsillo, y á cada oblacion besaba aquella bolsa como que contenia las preciosas reliquias de la caridad romana. Por la noche hacia su cuestacion en el teatro, yendo de uno á otro palco; y no hay que decir si sacaria cuantiosos donativos de las elegantes y compasivas senoras. No dejaba en olvido tampoco las sacristías; y allí donde se celebraba alguna festividad, acercábase á los sacerdotes que se disponian á celebrar los divinos oficios o se situaba en las basílicas y en las colegiatas, aguardando á que los canonigos sa-

liesen del coro, y les hacia las mas bellas reflexiones acerca de la caridad cristiana. Despues recorria los establecimientos de enseñanza, los conservatorios, los monasterios, etc., etc., y en todas partes empleaba los mas sublimes rasgos de elocuencia para pintar los sufrimientos y miserias de aquellos pobres presos de Estado, la oscuridad de los calabozos, la humedad de las fortalezas, el peso de las cadenas, la palidez del rostro, los vestidos hechos girones, etc.

Esto hacia Bartolo con la mejor voluntad del mundo. Afanábase, sudaba y se fatigaba desde la mañana hasta la noche rodeado siempre de una multitud de apasionados á Pio IX.

—A tí, Bartolo, te toca encender las antorchas para la nocturna subida á Montecaballo el mártes próximo (1): Giglia, Alberto, Carlos, se ocupan en las banderas; Ciceruachio recorre los montes; Borgo, el Trastiber, la Regola y la plaza Barberini para avisar al pueblo: Gerónimo el Carbonerito, y Materassi (2) corren como gamos por todas partes al arbitrio de Ciceruachio. Piensa en la comunion del Papa en *San Pedro in Vinculis*, del mismo modo que pensaste en acudir á las Salesas

(1) Habian reunido mucha gente, y no poca pagado, que llevaban de la plaza del palacio Apostólico al Quirinal, en donde el Papa bendecia al pueblo desde la tribuna.

(2) Nombres de los caudillos del populacho, que despues se hicieron célebres en los montes de Roma. Los Montes, la Regola, Borgo, Trastiber, son los barrios en que habita la plebe romana.

cuando se supo que el Papa iba allí á celebrar el dia 2 de julio, y como tambien animaste á los jovenes de la Universidad por San Vicente de Paul á tirar de la carroza pontifical.... Eres un héroe, Bartolo.

Al punto fué Bartolo á los Roquetinos para disponer lo necesario á la comunion que deseaban recibir los *amnistiados* de mano de Pio XI.

Pocos dias despues de aquella célebre comunion (1), en la plaza del Santo Espíritu, se dirigio á un capellan de San Pedro, y habiéndole estrechado amistosamente la mano, le dijo:

—Oh! mi amigo D. Alejandro, ¡qué dias tan felices! ¡qué nueva gloria para Roma! ¡qué repentina exaltacion de la santa Iglesia! ¡Qué dichoso cambio hemos experimentado en poco tiempo! cuando estabamos temiendo á cada instante motines, sediciones y furiosas revueltas; cuando nos parecia ver derruirse San Pedro y su cátedra, y abismarse el pontificado, hé aquí que con este pontífice, venido del cielo, todo ha mudado de aspecto, todo se ve rejuvenecido y floreciente; todo al rededor nuestro es regocijo, y hasta los mismos protestantes estan locos de alegría con es-

(1) Fué el dia 1° de agosto de 1846, por la festividad de *San Pedro in vinculis*, en que se veneran las cadenas con que fué atado San Pedro por órden de Herodes en Jerusalem; y en Roma por Neron en la cárcel Mamertina. Allí recibieron la comunion de manos de Pio IX los que habian sido puestos en libertad, la mayor parte de los cuales de allí á dos años cometieron la vileza de quitarle el Estado.

te varon celestial. Los protestantes; y sin embargo, ya sabeis que el odio al pontífice es su quinto elemento. En cuanto á los católicos, señor Alejandro, se observa una prodigiosa mudanza: la fé, que en muchos si no estaba muerta se hallaba muy amortiguada, ahora se levanta é inflama todos los pechos. Los jóvenes abandonados a todo vicio, hombres entregados al libertinaje, usureros, estafas, hombres disolutos, y mugeres publicas, vénse ahora frecuentando las iglesias, hablando de religion, ensalzando el Evangelio; y exceptuando al papa Gregorio, no hablan ya mal de los pontífices, ni blasfeman de ellos como tiempo atras. ¿Y los pobres amnistiados? ¡que devocion! ¡qué compostura! que piedad! ¿Les vísteis comulgar en San Pedro *in vinculis*? Conmovian los corazones.... Inundaban la sagrada mesa de lágrimas; y Pio IX en el acto de besarle el anillo sentíalas caer ardientes en la mano.

—¡Se las sacudiria soplando, replicó D. Alejandro, y le levantarian ampollas! Que semejantes gazmoñerías hallen crédito entre las hermosas que se pasean por el Corso no hay que extrañarlo: pero que vos, hombre de mundo y experiencia, os trageis el Colosen como un confite, es cosa que me saca de quicios. ¿Qué diablos de religion quereis que tengan esos pícaros renegados, que miran al cielo con desprecio, á Dios con odio, y á toda ley divina y humana con execracion? Bella devocion por cierto fué aquella mascarada de comunion! ¿Acaso no hubo muchos que se

alabaron de haber tomado un buen almuerzo antes de comulgar?

—Despacio, Alejandro mio, no os separeis de la verdad, replicó Bartolo alterado. Estas son calumnias; y los sacerdotes debiérais ser los primeros en dar á estos pobres extraviados el beso de la paz, y olvidar su pecado vistiéndoles, como el padre del hijo prodigo, el mas hermoso y rico vestido de la iglesia, cual es la caridad, ¿No veis á Pio IX como hace las obras de un padre?

—Sí, amigo mio, dijo el anciano capellan: Pio IX tiene entrañas de padre, pero estos no tienen entrañas de hijo. Creedme: el Papa los conoce mejor que nadie, los admite al abrazo del perdon; ve que si alguna esperanza hay de enmienda es tendiéndoles los brazos; pero quiera Dios que ellos no hagan como la serpiente de la fábula, que mientras estuvo amortiguada por el frio, permanecio en el seno de un hombre compasivo; y cuando este le volvio el calor y la vida le mordió en el corazon y le dio muerte. Bien podeis ponderar la religion de estos hombres, que ya yo sé cuantas son cinco; mientras que vos sois un atolondrado.

—Y vos sois un negro.

—Y vos un blanco, adios.

Esto dicho, fuése D. Alejandro con las manos cruzadas detras de la espalda, meneando la cabeza, y murmurando entre dientes:

—Sí, religion, religion!.... aguarda á que el leoncito saque las garras....¡religion!

Con todo, no estaba Bartolo tan falto de juicio que no previese un movimiento en Italia por obra especial de las *sociedades*; pero como era hombre de rectas intenciones, creia que la revolucion ocurriria por las vias honradas, que convenciendo á los príncipes italianos sobre las verdaderas y sólidas ventajas de toda la nacion, les conducirian voluntariamente á emprender las reformas necesarias. Principalmente tenia su mayor confianza en el Papa, de quien esperaba la mayor justicia, considerando que si este tomaba algunas disposiciones de modo que se anticipase á los demas príncipes en las concesiones, lo haria impulsado del noble deseo de hacer felices á sus pueblos, y de impedir las sacudidas violentas que amenazaban, promovidas por los *carbonarios*; logrando así desarraigar de Italia los gérmenes de revuelta que se hallaban en incubacion en todas las ciudades hacia ya muchos anos, y despuntaban acá y acullá terribles y amenazadores así á la iglesia como á todo orden humano y civil. No se equivocaba Bartolo en estos pensamientos que suponia en el ánimo del pontífice; pero no veia absolutamente el abismo de perfidia en que se agitaba el *carbonarismo* italiano. Bartolo, recreándose en su fantasía toda de color de rosa, veia en el brillante aspecto de los regocijos publicos los primeros albores de sus esperanzas.

—Papa, díjole á principios de setiembre Elisa, sabes que Ciceruachio, á quien me pintaste como buen cristiano, me huele á pícaro que trasciende! Ayer, volvien-

do de la quinta Borghese con Polisena, habiendo hecho detener el coche en la bajada de Pincio, junto á la posada de Meloni, me metí en medio del gentío para ver de cerca el hermoso arco triunfal por donde pasará el Papa el dia de Nuestra Senora. Y mientras que lo estaba contemplando, Ciceruachio blasfemaba como un hereje, se agitaba entre el gentío y gritaba como un desesperado. Yo, papá mio, bajé los ojos y sentí un trasudor que me banaba el rostro.

—¿Qué quieres, hija mia? Son hombres de taberna, y al fin y al cabo él no es mas que un carretero.

—¿Siendo, pues, un hombre tabernario, como es que nuestros senores le estiman tanto, le tratan con tanta familiaridad, y en las plazas y calles le dan tales apretones de mano como nunca se dieron los mas queridos amigos ó hermanos? Yo misma he visto á algun patricio romano darle el brazo, llamándole *tribuno del pueblo;* á otro quitárselo, introducirlo en su coche y llevarlo corriendo al *café Nuevo.*

—Sabe, querida, que Ciceruachio es muy ingenioso, y en todo se halla para al arreglo de la fiesta del dia 8. Es necesario un ejército para adornar el Corso con el esplendor que requiere tan grande triunfo; la arena amarilla con que suele cubrirse el camino que ha de seguir el pontífice desde el Quirinal al Popolo, necesita muchos carros para conducirla; y lo mismo requieren infinitos cuidados y deligencias los demas preparativos de la fiesta; y Ciceruachio piensa en todo, y todo lo hace

con una diligencia, oficiosidad y conocimiento que admira. Por esto, hija mia, le quieren tanto hasta los patricios, que por medio de finezas le animan para el arreglo de la fiesta.

—Me llevarás á verla, papa, ¿no es verdad? Pero quisiera estar en la ventana de un primer piso, porque deseo ver bien á Pio IX, y que él me vea cuando agite el pañuelo gritando con todas mis fuerzas ¡viva! y entonces con su celestial sonrisa me dará su bendicion. Cuando me oiga aclamarle, levantará los ojos y me bendecirá en particular. ¿Y no hay despues indulgencias?

—Sí, por cierto.

—Entonces las aplicaré al alma bendita de mi madre. ¡Oh si mi madre pudiese presenciar estas fiestas, que alegría fuera la suya!

Despues de haber ido el pontífice con tanta solemnidad y aplauso á Nuestra Señora del Popolo, sucedio que Elisa fué en compañía de Polisena por el mes de octubre á la Academia de San Lucas á ver la exposicion de pinturas que habian concurrido al premio aquel año. En aquella extensa galería veíanse ordenados en hermosa disposicion los diferentes estilos de la escuela romana; el grandioso aire de Podesti, con sus fisonomías alegres y animadas, los ropajes llenos de viveza y gallardía y sus toques atrevidos; las ropas aterciopeladas ó sedosas, con las luces amortiguadas y suaves, y aquellos retoques dorados ó plateados manifiestan que el pintor reune al bello ideal un pincel há-

bil y lleno de animacion. Mas alla se ostenta el estilo limitado, dulce y llano de Oderbech, con esa gracia en los rostros, esos ojos pacíficos, la dulce sonrisa y gentileza de contornos propios del divino pincel de Angélico, y las bellas actitudes de Perugino; la delicadeza del dibujo y de los contornos de la escuela Florentina de Giotto en el cuadro de *la Guirnalda*. Decoraban la pared opuesta los discípulos del grande y noble estilo de Minardi, quien en la pureza del dibujo participa de Leonardo; en lo atrevido de los escorzos se asemeja á Miguel Angel; en la sublimidad de las actitudes á Rafael, en la claridad y amenidad de los semblantes á Corregio, y en las proporciones y la animacion al Dominiquino.

Elisa, dotada como estaba de una sensibilidad exquisita para apreciar lo bello, no se cansaba de contemplar aquellas pinturas, y ora se paraba delante de una hermosa cópia de Albani, ora delante de una piadosa Vírgen de Dolci, ó ante un retrato de Ticiano, de Pordenon, o de Vandick. En otro punto admiraba alguna copia de Guido, de Andres del Sarto ó de Aníbal Caracci, ó algunos ninos de Gianbellini, del Parmesano, ó de Tribolo. Paseábase Polisena con dos jovenes y gallardos pintores; y si hemos de juzgar por ciertas miradas animadas y por sus palabras entrecortadas, el objeto de su conversacion era muy distinto de la pintura; cuando Elisa, de repente se detuvo delante de un cuadro de paisaje que representaba al natural el lago de Albano y sus

contornos. Se paró á examinarlo, y vio en medio de un hermoso grupo de collados á una jóven aldeana con el traje de Aricia, sentada en una piedra, con un corderillo que tenia el hocico arrimado al regazo, mirándola amoroso, en tanto que la doncella, para corresponder á su cariño le ponia una guirnalda de narcisos que acababa de coger y de entrelazar. Pero lo mas extraño es que Elisa vió, ó le pareció ver, su propio retrato en aquella hermosa aldeana. Examinóla con mas atencion y mas de cerca, comparada con su propia imágen representada en el cristal de una ventana que tenia cerca, y no le quedó duda de que era su exactísimo retrato. Se le agruparon mil ideas, palpitábale el corazon, sudábale la frente, y cubrió su rostro un carmin virginal.

—¿Pero quién puede haberme retratado? ¿Dónde?....¿Quién puede ser este?

La inocente Elisa no se acordaba del desconocido que por el mes de mayo la vió al pasar á caballo por los senderos de Albano; y verla y quedar profundamente enamorado de ella fué obra de un instante.

Mientras que Elisa se estaba contemplando á sí misma, veíase en el fondo de la galería un jóven que apoyaba el codo en el pedestal de una estátua de Zeuxis, pálido y silencioso, con los ojos ya fijos en Elisa, ya clavados en el suelo. Leyó la jóven la tarjeta puesta al pié del cuadro, y vió escrito el nombre *Aser*, debajo del cual se leia: *primer premio de paisaje*.

—Aser! decia Elisa entre sí, ¿quién será este hombre? y sacó de su bolsillo una tablita de marfil en la que solia anotar sus memorias, y con un lapicero de plata, en una página en que no habia nota alguna, escribió trémula el nombre «Aser»; siendo tal su temblor y agitacion que no acertaba a cerrar el librito de memorias.

Habiéndosele acercado en aquel instante Polisena, le dijo:

—Pues bien, amiga mia, ¿te gustan estas hermosas pinturas? Estas son las glorias italianas. Que venga á verlas el envidioso extranjero y que rabie: resplandece la llama del génio; el que con ella quiera inflamarse venga aquí, y si no la siente en su pecho, ó sera un bárbaro o un hombre insensible.

Dicho esto, bajo la escalera, entro en el coche y desembocando en el campo Vaccino, subió al Capitolio, encima de la vía triunfal que se extiende en los fosos entre el arco de Septimio Severo y el templo de la Concordia.

—Observa, Elisa, dijo Polisena con mas ardor que nunca, observa los restos de la grandeza romana. ¿No te hablan estas al corazon? ¿No te dicen que desde esta roca Roma dominaba el mundo? Allí aquellas oscuras piedras, que formaban los cimientos de la fortaleza capitolina, las puso el rey Tarquino; pero siempre fueron los tiranos el escabel de la libertad: Tarquino cercó de muros los cimientos del Capitolio; pero la república levantó la roca que jamas se desplomará.

La pobre Elisa miraba distraida los tem-

plos, arcos y columnas, y se mostraba fria y silenciosa á los trágicos y heróicos arranques de su amiga, pues tenia el pensamiento preocupado en su Aser. Por espacio de tres o cuatro dias estuvo haciendo cálculos acerca de su retrato; pero como niña y ligera, los públicos regocijos de Roma, que se sucedian con rapidez así de dia como de noche, la llevaban tan agitada y arrebatada en aquel torbellino incesante, que el ánimo no podia atender á los impulsos secretos del corazon. Su padre, que se envanecia presentándose con una flor tan bella al lado, la llevaba consigo á todas las fiestas así publicas como particulares. Nunca faltaba, pues, Elisa al teatro por la noche, á las conversaciones mas alegres, á los paseos de mas animado concurso, y a las reuniones de las mas elegantes señoras así romanas como forasteras, vestida siempre con extremada gracia, con ricos trajes, y brillantes joyas del mejor gusto. Llevaba á menudo un sombrero de seda de color pajizo con blanquisimas plumas de ave del paraiso, para simbolizar así la divisa blanca y amarilla del Papa. En el brazo derecho llevaba un brazalete con un precioso camafeo que representaba Pio IX, y en el izquierdo una gruesa amatista, en que habia grabadas las palabras *Fé* y *Gloria*. Los zapatos de seda amarilla, inmediatos á las medias blancas como la nieve, hacian que la doncella desde la cabeza á los pies pudiese considerarse como una divisa pontificia; á semejanza de las doncellas antiguas en las cortes de amor ó en los torneos.

Cuantas hermosas habia en Roma ostentaban estos dos colores, ó en los cenidores, ó en varias prendas del vestido, ó á lo menos en los abanicos y en las cintas: y lo mismo los hombres lucian dichos colores en las corbatas, panuelos, etc.

Era Elisa siempre la primera que subia á Montecaballo para presenciar como el Papa desde la tribuna daba la bendicion al pueblo romano; y todas las tardes iba ya á pié, ya en coche, á la gran calle de Puerta-Pia, para ver al Papa á su regreso de paseo; y se gozaba mirándolo, admirándolo y aplaudiéndolo con la multitud que se agrupaba al rededor del Quirinal. Otras veces, despues de haber observado si el pontífice habia salido fuera de la Puerta Mayor, á donde subia á pié para hacer algun ejercicio, esperábale en el camino con su padre, y echábase á besarle los piés con tal viveza, que excitaba en Su Santidad una dulce sonrisa. Un dia que la dió á besar el anillo, pregunto á Bartolo, á quien ya conocia, si era su hija aquella jovencita; lloró Elisa de satisfaccion, y durante muchos dias se complacia refiriéndolo á sus amigas, y teniéndolo por el instante mas feliz de su vida.

Ello es indudable que desde que N. S. Jesucristo invistio á San Pedro con la gran dignidad de cabeza y maestro de su Iglesia en la tierra, no presenta la historia semejante conmocion en los ánimos por la eleccion de un pontífice. Bien pudo Roma en los hermosos dias del pontificado, y cuando la Europa entera fué un solo rebano con un solo pastor, hacer fiestas

y regocijos mas espléndidos y pomposos, arcos triunfales, cabalgatas, luminarias y maravillosas decoraciones, como leemos en antiguos historiadores: pero nunca vió Roma, ni verá acaso jamás, la embriaguez, el delirio universal que á principios de la eleccion de Pio IX se difundió por todo el género humano. Dios quiso manifestar un rayo de su gloria; quiso mostrar al mundo como en los ultimos siglos podrá reavivar la fé que estará casi muerta en los hombres, atrayéndolos detras de este divino sol á que solo formen un solo rebaño, y sigan dociles y mansos á un solo pastor. Bastole para esto al Omnipotente suscitar el dia 17 de junio de 1846 á Pio IX; y cuando yacía postrada la dignidad pontificia, basto un hombre solo para realzarla hasta tal punto, que el mundo asombrado no supo explicarse la razon de semejante prodigio.

Muchos hombres de limitada comprension y de corazon mezquino dirán que tal entusiasmo fué producido por la misteriosa excitacion de las sociedades secretas. Estas ideas son verdaderamente dignas de lástima, como si todo el mundo fuese una sociedad secreta; y como si no hubiésemos visto lo que valen y pueden valer estas sociedades. De su seno sale la ira, el odío, la traicion, las heridas y la desolacion; pero la paz, la alegría, el gozo, la admiracion, los mas nobles sentimientos del alma, jamás. Sin embargo, esas sectas, que no tuvieron poder para producir tanto bien, lo tuvieron para emponzoñarlo. Los hombres sinceros y generosos que veian

en el Papa el solido y verdadero principio del renacimiento de la Italia, primeramente sin advertirlo, y luego por extravío del corazon, cedieron el campo á la demagogia, la cual saltando dentro de él á pié puntillas lo recorrio con violencia é inquietud, como conquista suya. No vieron que en lugar de censurar á los reyes y de hacerles objeto de escarnio; en vez de atribuirles las faltas de algun ministro o magistrado, era para ellos un deber sagrado defenderlos ante el pueblo dándole á conocer su corazon bondadoso y paternal. Acaso nunca tuvo la Italia príncipes, tan buenos amables y clementes como en nuestros dias: ninguno tan propenso como estos por su carácter condescendiente y bondadoso á hacer aquellas saludables reformas que podian engrandecer la Italia en el concepto de las otras naciones; pero los hombres de Estado no supieron aprovecharse de semejantes disposiciones.

Las sectas vencieron á los buenos italianos, no por medio del valor, sino por su mayor talento; pues tambien tienen su talento los perversos, y saben dirigir sus tiros á todos los puntos débiles de sus contrarios. No es cierto que todos aquellos que desde mucho tiempo clamaban con ardor por el renacimiento de Italia fuesen sectarios o religiosos; hubo entre ellos, como tambien los hay ahora, almas grandes, piadosas y deseosas del bien, que lo apetecian aunque fuese necesario el mayor sacrificio, como fuese este honesto; pero no tuvieron bastante prudencia para cono-

cer que el primer sacrificio que debe hacerse á la patria consiste en la union del brazo con el consejo; en el desprendimiento de las garantías municipales, el noble desinterés, la generosidad de las ofertas, la actividad en las operaciones, la eficacia de la palabra, la franqueza y libertad de opiniones, el sagrado denuedo que vence los obstáculos, y en los casos extremos de la patria hasta el sacrificio de la propia vida.

Todo esto lo hicieron y lo hacen todavía las sectas, que bajo diferentes nombres se hallan tan estrechamente unidas así en su espíritu como en objeto, que parecen dirigidas por una sola alma. Tienen una cabeza, y á ella dejan la direccion y el consejo; tienen miembros, y cada uno acude á desempeñar su particular mision; y ni el ojo hace de mano, ni el pié de lengua, acomodándose á todos los lenguajes y estilos y á todas las provincias de Italia; el noble se acompaña con el plebeyo; el ciudadano con el aldeano; y en todas partes tratándose de su conjuracion se estrechan la mano y se abrazan como hermanos. Son astutos y sutiles, falsos, disimulados, prontos y atrevidos, pacientes y constantes. Ni les atemoriza el ojo de la justicia, ni los mengua el encarcelamiento de sus hermanos; sino que se multiplican y aumentan ante las cadenas y la cuchilla preparada á castigar su traicion: arriman todos el hombro á las mas arriesgadas empresas; son prodigos de su dinero en favor de la caja de la secta, y hasta muchos por esta razon se llenan de deu-

das, empobrecen á sus hijos y arruinan á sus familias. Sofocados en una provincia, renacen en otra: condenados á destierro, aguardan la ocasion; y lo mismo cargados de grillos ó encerrados bajo los plomos de las torres, y hasta cuando doblan la cerviz al cuchillo insultan al verdugo, echan una mirada amenazadora á los conjurados y los excitan á la venganza.

Es menester que la Italia no se haga la ilusion de creerse en paz, porque ahora ya están los sectarios mas rabiosos que nunca: reúnense y tratan de sus asuntos en los sitios mas secretos de la ciudad; apuran el ingenio, preparan nuevas inteligencias, aumentan los enganos, estimulan á los perezosos, animan á los tímidos, detienen á los atolondrados, atienden siempre á sus ventajas, aprovechan las ocasiones, toman nota de las faltas de los gobiernos, les rodean, y les ponen obstáculos para hacerles caer en mayores errores. La falsedad y la hipocresía les abre entrada al lado de los príncipes, en los secretos del gabinete, en las intenciones de los ministros, en los misterios de la policía, entre las filas de los ejércitos, en los buques de la flota y en el interior de los fuertes. Todo lo saben, de todo se aprovechan y en sus manos todo se convierte en armas peligrosas.

Esta actividad y talento son dignos de mejor causa; y si los italianos probos y honrados no emplean estas mismas artes para la consecucion del bien, la Italia se verá siempre conmovida y agitada por las

facciones, y en vez de renacer para la gloria, caerá en una completa ruina.

Nos hemos desviado de los festejos que hacia Roma á Pio IX, para lamentar la ceguedad de los hombres sencillos que no quisieron atender á las intrigas y manejos de la secta respectivamente á los mismos. Por consiguiente, mientras que los hombres de bien, pasmados y fuera de sí, estaban con la boca abierta en el llano de Montecaballo admirando al pontífice cuando salia á la tribuna; y postrados con las lágrimas en los ojos y golpeándose el pecho, se persignaban haciendo grandes cruces al recibir la bendicion pontificia, ellos, los miserables, interiormente se reian, aunque eran los primeros en hacerse cruces inmensas en el pecho.

Al descender Bartolo del Quirinal, dirigióse á un jóven con ferreruelo de seda, y le dijo:

—¡Oh amigo D. Aquiles, que ternura! ¿No habeis visto á Renzi, Sterbini y Galleti, con qué devocion se persignaban como buenos cristianos?

—¿Qué quereis? respondio el elegante señorito: son milagros..... La religion triunfa.

—Y el demonio se rie y se prepara, murmuraba entre sí un barrendero de palacio que se hallaba al paso.

Ellos le miraron de soslayo, y se dijeron estrechándose la mano:

—Estos viejos son como los buhos de las termas de Caracalla, que cuando mas brilla el sol mas les ofende la vista.

—Los buhos sois vosotros, pobres clérí-

ges, continuaba diciendo entre dientes el viejo, y dia vendrá que todos los agujeros de las termas no bastarán á ocultaros de las garras de esos buitres insaciables y que no se cansan de perseguir al clero.

Dicho esto, subió al Quirinal casi sin aliento.

—Vienen aquí, decia, en gran tropel así de dia como de noche á pedir la bendicion, y si el santo Padre tarda un poco, gritan como energúmenos y la quieren por fuerza; bendicion en la tribuna, y luego maldiciones á la memoria de Gregorio: señales de la cruz y odio á los cardenales: es cosa de volver loco á uno.

—Poco á poco, señor Pacífico, ¿qué teneis que os trae tan amostazado? dijo el decano de un cardenal que á la sazon salia de palacio.

—Hablo de esos hipócritas de la bendicion. Si el amo los conociera, por vida de San Pedro, que los arreglaria!

—¿Y creeis, señor Pacífico, que el Papa no los conoce? al contrario, los penetra hasta la médula de sus huesos. Mi amo el cardenal cierto dia convidó á comer á un caballero anciano de los del tiempo del pontífice Leon; y como el anciano murmurase de la molestia que estos causan al Papa con tanta frecuencia, y viendo el amo que los criados habian salido y que yo estaba distraido arreglando la vajilla de plata en la alhacena, le respondio: Tranquilizaos, amigo mio; el Papa me ha hablado muchas veces de las altas razones que le inducen á obrar de un modo tan paternal con esta gente. A mas de que, si

vencidos por tanta bondad, se ablandan y abandonan su rencor, y su conciencia les obliga á arrepentirse de su mal comportamiento, de suerte que permanezcan tranquilos en adelante: entonces el Papa habrá comprado á tan dulce precio la paz de sus estados y de toda la Italia; o bien, si al contrario, abusando de tanta bondad y de tanta clemencia, siguen en su perfidia y en sus traiciones, y se obstinan en atacar á la autoridad legítima, rebelándose mas y mas contra Dios y su iglesia, en este último caso se atraerán sobre sí con sus propias manos el odio universal; y la Italia, la Europa y todo el mundo verán patente la incorregibilidad de sus almas, el espíritu rebelde, y la ingratitud que las gobierna; y entonces todos los hombres sensatos y honrados se les echarán encima para arrojarlos de la tierra que contaminan con su hálito, incendiándola con las antorchas revolucionarias.

A tan justas como naturales razones, D. Pacífico respondió al decano:

—Así me gusta, y así debiera ser precisamente como lo dice vuestro cardenal; pero yo os digo que si se realizase la segunda de vuestras suposiciones, esos ingratos atraerian sobre ellos el odio; pero tambien atraerian á sus cajas los tesoros de la Iglesia, y sobre nosotros el temor y la miseria.

En medio de todos esos festejos, regocijos y triunfos, y despues del viaje de otoño que hizo el Papa á las colinas de Albano y de Frascati, llegó el noviembre, y los señores del Norte que habian venido

ya en gran número á Roma esperaban con ansia ver las fiestas y magnificencias de la toma de posesion de Pio IX en la basílica de Letran.

Monsenor de Ligny, maestro de ceremonias, lo tenia todo dispuesto para tan solemne aparato, cuando el Papa quiso resucitar la antigua cabalgata, que yacía olvidada desde que cayó del caballo Clemente XIV, y mandó que toda la córte cabalgase delante de la carroza.

Abria aquella grande y gloriosa comitiva un escuadron de caballería de dragones, con morrion de pelo y plumaje blanco y amarillo, cordones blancos, guantes de ante en forma de manopla y botas de montar. Seguian despues las trompetas de los suizos, con corazas de acero, llevando la divisa pontificia de las llaves y de la tiara en la cota de armas y en los adornos de las trompetas.

Tras estos iban los camareros de honor, montados en hermosos corceles con ricas gualdrapas, y vestidos á la italiana, á la moda del siglo XVI, con preciosas guarnachas de terciopelo negro, y pendiales del pecho una cadenilla de oro con la cruz palatina. Los birretes eran tambien de terciopelo negro, y de su lado izquierdo colgaba una pluma negra que les daba mucha gracia.

Los camareros elesiásticos vestian grandes capas de purpura, tan holgadas y largas, que bajaban majestuosamente hasta cubrir los caballos, lo que hacia una vista magnífica.

Venian detras los colegios de los prela-

dos, con grandes capas violadas, y los obispos asistentes al trono pontificio con sombreros verdes y montados en caballos soberbiamente enjaezados; luego los capellanes y clérigos de camara y otros personajes de la familia pontificia; y todos, lo mismo que los obispos y prelados, llevaban dos palafreneros que tenian del diestro las respectivas cabalgaduras.

Tiraban de la carroza pontificia seis caballos negros, con seis palafreneros montados, y presentaba un espectáculo tan espléndido, que parecia un monte de oro rodando por las calles de Roma.

Terminaban el cortejo los coches del Papa tirados por cuatro á seis caballos cada uno, y tras ellos los demas de los cardenales con riquísimas libreas, y cerraba la marcha triunfal el Senado romano precedido de los trompetas á caballo; los guerreros en cuyos escudos se veian doradas las letras S. P. Q. R. y los maceros á pié delante de los caballos.

Roma entera se hallaba aquel dia en la carrera que debia seguir el Papa desde la cumbre del Quirinal hasta la vastísima plaza de la basílica de Letran. Pio IX desde su trono ambulante con sobrepelliz, muceta y estola, veia en todos los puntos de la carrera levantarse mil manos que le aplaudian, oia mil voces que le aclamaban y en todas las fisonomías observaba la expresion de jubilo que llenaba todos los corazones. Al ver tanto amor en el pueblo, correspondia el pontífice con una mirada y sonrisa angelicales dándole la bendicion de Dios.

Elisa, desde una ventana de enfrente de San Silvestre, contemplaba aquel magnífico acompañamiento, el cual, partiendo del Quirinal, se extendia desde la gran fuente de los caballos de Fidias, hasta la quinta de Aldobrandino; pero luego de haber pasado Pio IX, ansiosa de volverle a ver, tanto suplicó á su padre, que le obligo á llevarla á la plaza del foro Trajano, en donde vivia una amiga suya. Bajó por la escalinata de las tres Cañitas, y apresuró el paso á lo largo de la iglesia de Santa María para dar vuelta á la entrada de la carnicería de los Cuervos. Pero era tan inmenso el gentío y tal la apretura que no pudo llegar á tiempo para ganar la delantera á los dragones que abrian la marcha, los cuales ya hacian retirar la multitud. Fastidiado Bartolo con este accidente, se retiró con su hija lo mas cerca que le fué posible de la pared. Los caballos alineados de frente ocupaban la mayor parte de la calle; el gentío se hallaba sumamènte apretado; las madres levantaban en brazos á sus hijuelos, cuando de improviso viose caer desde un poyo un pañuelo blanco de los que las señoras tenian preparados para desplegar al aire así que llegase el Papa. Esto fué causa de que se espantase el caballo de uno de los dragones, el cual se empinó sobre sus pies traseros inclinándose á un lado y amenazando caer encima del pecho de Elisa. Esta con el susto dio un agudo grito, cuando de repente un joven se arrojo por debajo del caballo, la tomo en brazos, se abrio paso á viva fuerza, la depuso en segu-

ridad en el umbral de una puerta, y desaparecio.

Pero el caballo, pateando habia herido con la herradura al joven en el hombro izquierdo, el cual apretando los dientes y conteniendo las lágrimas que le arrancaba lo agudo del dolor, penetró furioso entre el gentío empleando todos sus esfuerzos para abrirse paso y marchar á su casa. No obstante, apenas llego á la esquina de la calle que conduce á los Santos Apóstoles, no pudo resistir mas el dolor, perdió el conocimiento y cayo desmayado entre la gente. Dos mozos robustos del pueblo lo llevaron en brazos á una botica que estaba allí cerca, y lo sentaron en un sillon.

Pronto le prestaron sus cuidados el boticario y un medico, y desabrochándole el pecho le hacian aire, creyendo que se habia desmayado por efecto de la compresion de tanta gente; y tanto hicieron con agua fresca y con el alcali volatil, que al fin el joven volvió en su acuerdo; pero el dolor del hombro era tan intenso y agudo, que no le dejaba respirar. En vista de ello, quisieron desnudar el brazo y el hombro; pero se habian hinchado tan extraordinariamente que fué preciso desgarrar la manga y hasta la camisa. Luego le banaron varias veces la parte herida con agua de saturno, con que le proporcionaron algun alivio.

Al desabrocharle el vestido vieron entre una finísima camisa de holanda un gran collar, del que pendia un retrato con marco de oro y de gruesos diamantes; cer-

raba el collar un solitario de bellísimas aguas y de mucho valor, de lo que dedujeron los circunstantes que era un jóven de alto nacimiento. Y habiendo examinado atentamente el retrato, mientras aun el jóven permanecia sin sentido, vieron ser de una hermosísima jóven, que ninguno de ellos conocia; pero un sacerdote que se habia acercado, habiendo examinado el retrato, exclamó:

—¡Es la misma!

—¿Quién? le pregunto el médico.

—La hija de Bartolo Capegli, de ese hombre rico que vive alla abajo en medio del Corso.

El jóven, mientras que le ponian el vendaje en el hombro, buscó el retrato, y lo volvió al revés para que no lo vieran, y en el reverso vióse que estaba escrito con sangre: *Sin esperanza*. El médico preguntó al herido quién era y en donde vivia para llevarlo en coche á su casa; y él respondió:

—Llámome Aser, y vivo en la calle de la Vid.

IV.

ASER.

Mientras que todas las clases, nobles, ciudadanos y plebeyos se hallaban en Roma arrebatados por tantos y tan cordiales festejos en honra y gloria del gran pontífice, de cuando en cuando dejábase tras-

lucir á la vista de los hombres sagaces y conocedores algunos rayos de siniestro agüero salidos de las sociedades secretas, y esto les ponia en gran recelo para lo porvenir. Ciceruachio nunca dejaba de sacar del trabajo al pueblo de Trastiber y de los Montes, tomando ocasion de cualquier accidente para llevarse las turbas á la taberna haciéndoles gritar en medio de los brindis: *¡Viva Pio IX! ¡Viva la Italia!* Y allí donde no podia estar Ciceruachio, multiplicábase por medio de sus camaradas, tales como Geronimo, Tofanello, Mecocetto, el Carbonerito y otros de su misma calaña de la Regola, del Olmo, del Burgo nuevo y de Ripetta.

Este desaforado entusiasmo en favor de Pio IX estableció sus reales en el Café Nuevo, en el de las Bellas Artes, en la pequeña tienda de tabaco de Piccioni, en las boticas, en los talleres de los pintores, bajo los porticos de la Sapienza; y allí algunos celosos alternativamente soplaban con tal fuerza el fuego, que encendian los animos mas frios, haciéndoles despedir llamas y centellas; por lo mismo viérais salir de allí sangradores, medicastros, bachilleres, pintores, escribanos, curiales, mozos de fonda, agentes de negocios y aspirantes á toda especie de oficio que lleva consigo buena vida y poco ó ningun trabajo; y correr acá y acullá por la ciudad, hablando, preguntando, respondiendo, agitándose y clamando á son de trompeta:

—¡Felices nosotros! ¡feliz el mundo! Sale ya la aurora, despiertan sus albores, el cielo se pone rubicundo, y se ven ya los

primeros rayos del sol en las cumbres de los montes. ¡Oh Italia! afortunada entre todas las naciones, ya vemos brillar la primera joya de tu corona!.... Aquí tienes a Pio IX, postrate, adórale y espera!....

Maravilladas las gentes al oir tales exclamaciones, preguntaban:

—¿Qué hay? ¿Qué ha sido? ¿Quién es esa reina no coronada? ¿Llegara pronto? ¿En donde habitará?

—¡Oh! esto ya lo sabemos, respondia un sabiondo; en la posada Meloni.

—¡Viva la reina!

Bártolo, con sus utopias, se llenaba de satisfaccion, viendo tanta vida y animacion en Roma, habiendo sido siempre indolente y perezoso, y mas amante del placer y de la ociosidad que del trabajo y la aplicacion; y decia con aire satisfecho á sus amigos:

—¡Ved que pueblo mas activo! cómo se ha despertado de su largo sueno! Creedme, el pueblo romano conserva en el pecho las virtudes de sus padres, y con sus gritos despertará á la sonolienta Italia, la reanimará y la impulsará á acometer grandes empresas. ¿Que son los cantones suizos al lado de los ricos y extensos estados de Italia? No hablo de los mas pequenos cantones como Uri, Schwitz, Underwald y Glaris; sino de los mayores y mas aguerridos como son los de Lucerna, Losana, Argovia y Berna, cuyos cuatro cantones juntos no igualan á la mitad del Piamonte, de Toscana o de Lombardía. Esto no obstante, por medio de su confederacion

constituyen la invicta y noble Helvecia, que mira de frente con orgullo como á hermanos á los mas altos reyes y emperadores de Europa.

—Organícese la liga italiana; póngase por presidente del Papa; constituya Roma el centro de la Dieta; y luego Roma se levantará desde su Capitolio cual émula de la antigua. Sean no obstante soberanos todos los estados de Italia; y ríjase cada cual segun sus leyes, estatutos, usos y costumbres; pero manténganse unidos recíprocamente por el pacto federal; formen un solo sistema de pesos y medidas, de monedas, peajes y predios; tenga cada cual su ejército en pié de guerra, y esté pronto á acudir al auxilio de sus vecinos; y finalmente que tenga la Dieta pleno derecho de paz y de guerra bajo las órdenes de sus consejos y estatutos corregidos por los reyes.

—Muy bueno es lo que estais diciendo, replicó un dia el abate Palma, que se hallaba en un círculo de amigos, y oyó tales discursos; pero el profundo establecimiento de las confederaciones, debe dejarse para los monarcas de Italia: lo que es yo no concibo como de las boticas, de los cafés, de los despachos de sal y de tabaco, hayan salido tantos grandes estadistas y políticos profundos, ni como arrojan sentencias tan graves acerca de asuntos públicos de tamaña importancia. Os digo la verdad: mientras tanto charlan los romanos y las romanas, convertidas en Sempronias, Cornelias y Hortensias, veo por la ciudad ciertas caras siniestras, ciertos

gestos atravesados, que no me gustan.... Mientras tanto por San Juan de diciembre, que fué el dia del santo particular del Papa, y tambien ayer por San Pio V, nombre que tomo en el pontificado, recorri yo mismo detenidamente el pueblo, organizado en compañías y banderas, con sus cabos, con insignias y divisas en el pecho. Y este pueblo, sacado repentinamente de su trabajo, ¿cómo se mantiene? ¿como alimenta á sus familias? Alguna mano oculta debe tenerlo á sueldo para tales fiestas. Y tanto dinero, ¿quién lo derrama y de dónde sale?

—Amigos, las fiestas de Pio IX el ano pasado se hicieron espontáneamente, salian del corazon, todos acudian á ellas, el júbilo era universal. Pero ahora este populacho, que á una senal se reune de dia, vésele por la noche recorrer las calles de taberna en taberna gritando, aullando, y cantando ciertas cosas que ofenden el oido. Ahora empiezan á oirse las voces de partido, de junta, de convencion, y especialmente las voces de negros y de blancos, de retrogrados y de progresistas, de bigotes y de coletas, de liberales y de papistas, de ilustrados y de jesuíticos. ¿Y así se quiere hacer la confederacion itálica con semejante division de güelfos y gibelinos? Y luego los hombres de bien son muertos á punaladas á la mitad del dia en los camino, encrucijadas y plazas de mercado; mientras que los asesinos desaparecen entre la multitud rodeados de gentuza, puesta allí de propósito para facilitar su fuga y ocultarlos al ojo vigilante de

la justicia. Amigo¡ Bartolo, me hareis el favor de descifrarme estos enigmas. Ilustradme con respecto á algunos cardenales tenidos en el mayor desprecio por ciertos calumniadores, que van esparciendo acerca de ellos mil indignidades, que al pasar por la calle no les dan ninguna muestra de respeto, y los denigran llamándolos enemigos del Papa, amigos de la noche y parricidas de la patria.

Y luego ¿qué especie de libertad es esta que no permite a uno ir á sus asuntos peinado como mejor le agrade; sino que debe llevar el pelo partido á un lado; ni puede presentar la cara como no se deje crecer los bigotes y la barba? Y los bigotes deben ser segun tal moda, y la barba puntiaguda, redonda ó cuadrada, segun el capricho de los campeones del Café Nuevo? ¿Y cuando el pobre tabaquista, hallando que el bigote le estorba para sonarse las narices, se hace afeitar, es menester que sea un objeto de sarcasmo para los que lo encuentran por la calle? Espero que querreis que hasta nosotros los sacerdotes llevemos barba majestuosamente, como el cardenal Bembo, Sadoletto y monseñor de la Casa; y que despreciareis nuestro sombrero tricornio, llevándonos el figurin de algun gorro de nueva moda. ¿Sabeis que pienso? que al fin vendremos á parar al gorro colorado con la punta caida.

Ojalá nunca hubiese hablado así el tal abate (que ya se habia ido de allí) pues hizo que se levantara entre la turba un rumor sordo, un rechinamiento de dientes, y un pateamiento extraordinario, con las

exclamaciones de—oscurantista, retrogrado, calumniador del pueblo romano, etc.

—Nuestro clero está atrasado cien anos de la moderna civilizacion: figuraos que no saben mas que el derecho canonico, las decretales y el concilio de Trento; pero en cuanto á conocer el mundo, en especial los viejos, no entienden un ápice.

Mientras tanto corria la primavera llena de vida y juventud por las hermosas colinas del Lacio, y alegre y coronada de flores esparcia en derredor su dulcísima fragancia. Los régios sitios de recreo de las quintas romanas desplegaban toda la pompa de su verdura; la gracia de sus pequenos lagos, la alegría de los prados, la amenidad y delicias de los jardines; y por la tarde, mientras que el Pincio y la Villa Borghese se abrian al tropel de nobles, así forasteros como romanos, las quintas de Panfilo, de Albani, de Patrici, y dentro de los muros de la ciudad, las de Ludovico, de Máximo, de Altieri y de otros príncipes y senores, eran visitadas por alegres comitivas de ciudadanos, quienes retirados á algun sitio oculto, ó al rededor de las pesquerías, ó á lo largo de las floridas espalderas, merendaban alegremente.... Aquello era una contínua agitacion de botellas, un afan de cortar jamones y quesos, y la salsa de estas campestres meriendas eran siempre conversaciones sobre política, alabanzas á Pio IX, y hablar de las esperanzas de la patria y de los medios de llegar mas pronto y con mayor seguridad al renacimiento de Italia.

Como estas reuniones parciales no cor-

respondian plenamente á los deseos de los mas exaltados, quienes hubieran querido ascender de clase, ó para emplear la expresion del dia, *salir de casta*, y que confraternizasen las gerarquías de la ciudad de modo que formasen un solo cuerpo indivisible de filántropos, resolvieron dar banquetes publicos, confundiéndose en ellos los nobles con los ciudadanos y con la plebe. Habiéndolo encargado á Ciceruachio, Sterbini y Masi, pusieron manos á la obra, y desde aquel mismo mes de mayo en adelante, los almuerzos, las comidas y meriendas en las quintas, en las cercanías de Roma, pudieron competir con las reales provisiones de Asuero en los huertos de su palacio que duraron ciento y tantos dias seguidos.

Un dia, entre otros, el doctor Sterbini, que habia llegado á ser médico de la casa de Bartolo y su familiar amigo, fué á verle, y le dijo:

—Amigo Bartolo, ya ves como Roma entera esta tranquila y el pueblo animado, de manera que se van acercando los dias de su rescate. Nuestras reuniones se asemejan á las comidas cívicas de Esparta, de las cuales se levantaba la juventud con el pecho rebosando de amor patrio, con altos y poderosos pensamientos y con nuevas virtudes para emprender las magnánimas operaciones de la guerra. Ya lo ves, amigo Bartolo, tú que nunca dejas de intervenir en nuestros banquetes, y eres tan generoso en tus ofertas para sufragar á los gastos de vino, pan y queso para la plebe romana: hoy la comision popular no

te pide dinero; solo quisiera que tuvieses la satisfaccion de franquear el lunes tu hermosa hacienda de Puente Molle, con motivo de la gran comida que se ha resuelto dar á los amigos. No te causará el menor gasto, pues todo está arreglado para los pabellones, las mesas, los terraplenes, etc.: los vinos te aguardan, la volateria y salvagina, los terneros y demas está ya encargado: tendremos admirables mayordomos y criados.

Bartolo dio por respuesta que se creia muy honrado pudiendo ofrecer á la patria tan leve prueba de su adhesion á Italia, y principalmente á Roma.

—Muy bien, respondió Sterbini; quedamos corrientes. No os movais de vuestro escritorio, que vosotros los ricos siempre traeis cuentas entre manos; mientras tanto pasaré al cuarto de la señora Polisena, pues le duele algo la cabeza.... No os movais os digo: con los amigos no se gastan cumplimientos.

Habiendo dejado, pues, á Bartolo, en la grande antesala, se fué Sterbini al cuarto de Polisena, cerro bien la puerta, miro en derredor, y luego dijo:

—Pues bien, no andamos ya con los pies sino que volamos con álas desplegadas. Todo está por nosotros: los hermanos de Suiza han saltado las barreras: aquellos tontos del agua santa y de las romerías de Nuestra Señora de Einsiedeln, pronto se irán con las manos en la cabeza. En Viena la mina está ya abierta, y solo falta llenarla de pólvora, atacándola de manera que no haga ruido. En Alemania están

tirantes los hilos de la trama. La Francia aprueba, y Luis Felipe volará por los aires con su Maquiavelo en la mano. Piamonte, Toscana y todo lo restante de Italia es semejante á un vivero en que se han echado ya las redes, y no ha de escapar ningun pez grande o pequeno, porque las mallas son muy recias. Inglaterra derrama el cebo á pequenos bocados; los judíos de Italia, Alemania, Polonia, Bohemia y Hungría nos prestan auxilios de todas clases; unos dinero, otros prensas tipográficas, quienes libros, quienes laminas de todos buriles; sobre todo, y es lo que mas nos interesa, tenemos esos hombres de todas condiciones y de todas edades, que viajan bajo el nombre de comisionados de comercio, haciéndonos un servicio de los mas ficles y seguros. Estos se encuentran repartidos por todas partes, acechan por todos resquicios, se meten en todos los agujeros, y en una palabra, son nuestro telégrafo electro-magnético.

—¿Y os fiais de judíos, respondio Polisena, gente baja, ignorante, mezquina y vil, que por dos reales venderia á Judea?

—Por lo mismo, replico el doctor, no es la grandeza de alma, ni la generosidad, ni la adhesion, lo que tan estrechamente los une á nosotros, sino la rabia de Judea; así, á fin de que el renacimiento de Europa vuelva á sacrificar y á sepultar al Nazareno, nos darian hasta la camisa.

—Pero tú juzgas de los judíos de Ultramontes, por nuestros judíos de Italia, tan súcios y miserables; en esto te enga-

nas completamente; aquellos son libres, cultos y ricos, frecuentan las universidades, son acogidos entre las nobles reuniones, tienen comercio en todas partes, bancos en todas las capitales; están admitidos á todos los empleos y cargos del gobierno, y les falta poquísimo para ser gentiles-hombres de cámara en los palacios reales.

Animo, Polisena, que pronto verás á los amigos de Liorna: estamos esperando de Romanía algunos *de la legion de la Muerte*, cuatro o seis calabreses, el *Leon* de Ancona, el *Leopardo* de Rieti, el *Dragon* de Prusia, el *Alma desesperada* de Viterbo; y solo estos cuatro valen por mil. La policía nos dejará la piel; dos de ellos no perderan de vista á Nardoni, y los otros dos harán lo mismo con respecto á Freddi: en cuanto al *Desesperado* le sobran brios para dar una puñalada al lucero del alba; por último, los demas siempre tras las huellas de los comisarios, de los espías y de los gefes de carabineros. No tengas cuidado, Polisena, verdadera hija de Italia. Y con respecto á Elisa, ¿qué resolvemos? No puedo menos de recomendártela encarecidamente, porque siendo rica, hermosa y con talento, es imposible que no sea una buena italiana. Sobre todo necesitamos mugeres; puesto que tienen en sus manos mil medios de hacer nuestros á sus amantes, maridos é hijos: ellas gobiernan la casa y reinan fuera de ella; llevan las conversaciones al objeto que quieren; en las tertulias dan el tono á la música, y en el teatro hacen caer en sus redes y en

su liga á los pájaros que atraen con su bello rostro y con sus gracias y sus zalamerías, con que de todo triunfan. En resúmen, sin ellas el apostolado se debilita; y nuestras romanas, hechas de manteca, no saben mas que rezar é ir á las estaciones. Esos jesuitas tienen largas cuentas que arreglar con nosotros. Las princesas y nobles romanas todo el dia están lamiendo las rejas de sus confesonarios, las alumnas del Sagrado Corazon, de las *Madres piadosas*, de las *Doroteas*, del *Niño Jesus* y demas beatas de esa cloaca de San Pedro no ven con otros ojos, ni oyen con otros oidos, ni hablan con otra lengua que con los ojos, oidos y lengua de los jesuitas, que el demonio se lleve.

Polisena, con la sonrisa en los lábios, respondió á semejantes blasfemias:

—¿Qué quereis que os diga, amigo mio? de Elisa hay muy poco que esperar; ahora tocante á los jesuitas, no tengais cuidado que no la dejo acercarse á ellos. Sin embargo, las monjas de San Dionisio la hechizaron de tal suerte que no la puedo separar de la Vírgen; siempre tiene á su Vírgen en lo íntimo del corazon: y todos mis esfuerzos, todas mis manas para borrar en ella tales supersticiones, se estrellan en su devocion. Le dí á leer libros de los nuestros, que vos ya sabeis, le pongo en las manos los periódicos de la *Jóven Suiza*, el *Judío errante*, la *Religion del porvenir* por Feurbach, las poesías de Jorge Herwech, las arengas de Weitling y de Marr: pero ella, ó bosteza, ó rabia, ó hace la señal de la cruz. Hasta aquí con todos

mis artificios solo he logrado distraer su corazon, y excitar su ardor juvenil llevándola á las diversiones y fiestas de que inundais á Roma: hé aquí cuanto es asequible de ella, no obstante sus pocos años.

Añádase que el dia de la toma de posesion del Papa en Letran, corrió Elisa gran riesgo de ser atropellada por un caballo, si cierto joven no la hubiera arrebatado de entre las patas del animal, aunque salió con un hombro magullado. Lleváronlo á una botica en medio de su desmayo, y desabrochándole el pecho se le encontró pendiente del cuello un retrato que cierto sacerdote reconoció por la efigie de Elisa. Este joven es un extranjero llamado Aser. Supo Elisa lo sucedido, y desde aquel dia se la ve retirada, distraida, pensativa y no gusta ya de diversiones ni de regocijos. Creo que el tal extranjero la ama extremadamente, pues le veo siempre siguiéndonos: en el teatro nos aguarda en la puerta, luego se sienta en un palco superior fronterizo del nuestro, y detras de la cortina, no aparta un instante la vista de nosotros. En las bendiciones del Papa, allí estuvo entre el gentío, y en las revistas del Corso, siempre enfrente del sitio que ocupaba Elisa, y siempre solo y taciturno. Es hermoso, de espaciosa frente, y ojos ardientes; viste á la italiana, lleva un sombrero con una pluma negra algo caida encima de la oreja derecha; ¿acaso le conoceis?

—Este Aser, querida, es un hombre misterioso, aun para nosotros; con todo, no

es un misterio su gran corazon; y sus hechos en favor de la Italia y de Roma nos muestran que con dificultad se hallará otro jóven mas audaz y arriesgado que este, ó que mas contribuya á las prácticas y secretos manejos de nuestro partido; pues es capitan y gefe de la *sacra-cohorte:* él hace el alistamiento de hombres fuertes y animosos, listos y activos así en publico como privadamente. Toma á sueldo jovenes atolondrados, libertinos, fraudulentos, holgazanes y llenos de vicios: alista á los vagos, á los pródigos, á los que maltratan á sus mugeres, á los que aborrecen á sus hijos, á los que han derrochado sus caudales, cargados de usuras y de empeños en el Monte de Piedad, á los que solo les queda que empeñar su honra, la de sus mugeres o de sus hijas. De este cieno necesitamos para varias empresas: son carne de matadero, buena para arrojarla al frente del peligro, al que se arrojan con la cabeza baja como ciegos y desesperados; y ora venzan, ora se pierdan, siempre continúan siendo una chusma desconocida y vil, propia para hacer de sus pechos un escudo, y para salvar nuestra vida con su sangre. Para tales manejos Aser vale un Peru, y ya tenemos en Roma muchísimos de sus alistados, mas de los que piensan Nardoni y los Cardenales.

Por lo demas, quien sea este Aser nadie lo sabe, pues se lo guarda en impenetrable secreto. La mayor parte creen que es hijo natural de algun príncipe del Norte; y en efecto, llegó á Roma con pasaporte de Hamburgo; trajo cartas de recomendacion

de los principales banqueros de las ciudades Anseáticas; fué recomendado á varios cónsules, y se hallaba siempre al lado de Lord Minto: sin embargo, huye siempre del embajador de Rusia y muy particularmente del de Austria. Gasta con profusion y jamás le escasea el dinero; viste con elegancia, tiene su casa amueblada á lo grande; presta á todos los artistas, en especial á los prusianos, hannoverianos, suecos, dinamarqueses y noruegos; habla bien diferentes idiomas y con perfeccion el francés, el inglés y el italiano, en que se expresa con una pronunciacion muy dulce, cosa que no se observa en ningun aleman. Toca el arpa y el piano, canta con gracia, pinta con maestría, y monta con majestad y elegancia.

—No hay duda que me parece jóven de grandes brios, dijo Polisena; ¡lástima que se ignore su linaje!

—¿Qué me importa saberlo? replicó Sterbini; si tal quisiésemos nuestra policía lo descubriria muy pronto y tendríamos noticia del padre, de la madre, de los parientes y deudos hasta la quinta generacion; pero lo que interesa es que nos ayude. Sabe, pues, que Aser es amigo de Mazzini, de Ruffini y de Rosales; que esta en contínua correspondencia con los hombres de Scharpff, de Breidestein, de Barth y de Stemeyer, quienes, como no ignoras, son caudillos de la *Jóven Alemania*. Nada te digo de los suizos; pero has de saber que tiene mucha intimidad con todos los regeneradores de Lucerna, de Berna, de Ginebra, de Zurich y de otros cantones. Esto

para nosotros es un motivo de alegría; así, Polisena, anímate y dedícate con todas tus fuerzas á esta miserable Italia que queremos sacar de su miseria.

Dicho esto, marchóse Sterbini á sus asuntos.

V.

EL FESTIN CAMPESTRE.

Bartolo no descanso un momento en disponer su hacienda, llamó al viñador, le encargo que limpiase y barriese los senderos, que echase arenilla en los caminos del prado, que recortase los laureles, que recompusiese las espalderas del jardin, que arreglase los rosales, limpiase las fuentes y los bancos, y quitase de todas partes la hojarasca y residuos vejetales que al fin del invierno caen por todas partes. Envió pintores á la quinta para que pintasen algunas paredes descoloridas por la humedad y el polvo; ebanistas y taraceadores para que barnizasen, puliesen y recompusiesen los muebles de las habitaciones; tapiceros para arreglar los cortinajes y colgaduras de las camas, de las ventanas, las alfombras y tapicerías de los sofas, pastorinas, divanes, etc., etc., de manera que toda la casa se hallaba en movimiento.

Pero abajo en el prado acudieron artesanos de todas clases con infinitos lienzos, damascos, tapices y paños. En el centro se levantó un pabellon circular á la per-

siana, con tiras de lienzo alternativamente blancas y amarillas. En el centro del pabellon se unian los cordones de oro de que pendian encima de las mesas tres ordenes de luces; y la gran lucerna central contenia numerosos globos de finísimo cristal con facetas, de manera que al llegar la noche aquel inmenso entoldado debia resplandecer como a la mitad del dia. Las cortinas que formaban las paredes del pabellon eran igualmente de lienzo blanco y amarillo, rodeadas de colgaduras festoneadas con guirnaldas de rosas y bollos dispuestos con el mayor gusto. Desde el centro del círculo, que constituia el principal entoldado, se extendian por los cuatro vientos cuatro extensas galerias formadas por lienzos de los mismos colores que los del pabellon principal y con el techo llano; pero recorria toda su extension una cornisa de colgaduras con franjas, borlas y guirnaldas doradas. En lugar de grandes luces, habia á pequenas distancias espejos reunidos en forma de abanico y palmatorias con tres luces cada una.

En el centro del pabellon pusieron una grande alhacena con gradas, cuyo remate estaba formado por emblemas de guerra y de triunfo, como armas, banderas, etc., y de su centro salia el alto chorro de un surtidor perenne cuya agua caia formando mil juegos y vislumbres en una magnífica pila de mármol, la cual por conductos ocultos la llevaba al jardin. Las gradas superiores de la alhacena estaban llenas de botellas de vinos ultramontanos y ultramarinos que debian servirse en el festin: en las gradas

del medio habia los dulces, confituras y almíbares y toda especie de pastas: inferiormente estaban dispuestas con el mayor orden y simetría las tortas, los embutidos ingleses, la crema de Berna, la natilla de Apenzell, los quesos de Holanda, de Lodi y del Nortumberland; en las otras gradas veíanse las salsas, las ciruelas, aceitunas, alcaparras y anchoas, y por último, frutas así en conserva como de la estacion, puestas en grandes vasos, formando pirámides, de modo que los colores mas vivos fuesen los mas visibles: así hacíanse admirar las manzanas de todas especies, peras, naranjas de Bari y de Palermo, melocotones, albérchigos, fresas y uvas invernizas. Al pié de esta bien provista gradería extendíase una tabla como base de la misma, en la que se veian rimeros de platos de porcelana, la vajilla de plata con los cubiertos en sus estuches. Todo esto estaba lleno de verdes y frescas hojas y rosas esparcidas por entre los platos, vasos y demas.

Todo este magnífico salon redondo, semejante al panteon de Agripa, estaba lleno en derredor de mesas, y habia en los intersticios jarrones de floridas plantas de cedros, naranjos, limoneros y olivos. En la parte superior de la entrada de las cuatro galerías por la parte del pabellon habia cuatro espaciosos palcos, destinados para las damas y doncellas romanas, que fuesen á disfrutar de la fiesta y á embellecerla y animarla con su presencia; las cuales, en lugar de estar sentadas á la me-

sa, tenian en distintos puntos del palco unos escabeles de hermosísimos mármoles, y encima de ellos habia fuentes de plata con frutas, pastas y confituras, arreglado con admirable elegancia.

Bartolo mandó traer de su hermoso jardin de la quinta de Albano gran cantidad de flores para colocar en jarros encima de las mesas, y á mas de las plantas de su jardin, pidió otras á los amigos que como él poseian quintas y jardines: de manera que reunio una coleccion de macetas con sus plantas floridas así del pais como extranjeras, de arbustos crecidos dentro de invernáculos y que en esta hermosa estacion se sacan a aire y al sol para darles mas vida y mayor brillo á sus colores. Entre estas plantas figuraban la *Achea protearea* de puerto Jackson, la *Antolicia mayor*, el *Gandasulio naranjo*, la *Dulcamelia rubia* del Peru, la *Idranga hortensia*, el *Erantemo bicolor* de Madagascar, la *Caprinela celeste* de Tranvancor, el *Aconito variegado*, el *Rododendro pontico*, y otras que seria largo enumerar, basta decir que eran de las mas raras y preciosas y de las mas exquisitas y brillantes flores.

Estas macetas y las plantas que contenian adornaban por la parte exterior todo el recinto del pabellon y las rectas y largas empalizadas que habia en toda la extension de las cuatro galerias, y que servian para dejar libre el espacio que mediaba entre las mesas del pueblo romano y los espectadores, á fin de que pudiesen maniobrar sin obstáculos los encargados del servicio, y tuviesen el tránsito des-

embarazado los heraldos que debian llevar consigo las órdenes del tribuno de la plebe. En las galerias no habia ni alhacenas, ni confituras, ni gollerías propias para hombres de delicado paladar acostumbrados á las mesas de los ricos ciudadanos: sino que á trechos habian colocado entre una y otra mesa pequeños toneles de vino de Genzano, barrilitos y cubos cubiertos por adorno hasta las espitas con pedazos de damasco, con franjas de oropel, y encima de cada uno habian fijado banderitas de papel con las letras S. P. Q. R. Acá y acullá, encima de escabeles, habia colocados grandes quesos de Parma, de Gruyere, de Holanda y de los cortijos de los nobles romanos; en otros habia colocados en forma de pirámide jamones, morcillas, embutidos y salazon de toda especie, cubierto todo con hojas de laurel mezcladas entre el oropel y con pétalos de rosa y de otras flores, lo que hacia muy agradable su vista.

Al llegar el dia señalado, compareció Ciceruachio con sus satélites para poner en órden las filas de los plebeyos, y en medio de los cantares y gritería los condujo á fuera de la puerta del Pópolo, y de allí á la Granja de Bartolo: mas tarde llegaron los coches de los artistas de todas naciones, pintores, escultores, grabadores, estatuarios, y vaciadores en yeso, músicos, cantores, fundidores de obras de bronce, los hombres alquilados para servir de modelo en las academias de dibujo, y hasta los mozos y los moledores de colores. Despues vinieron los ciudadanos, oficiales de

varios oficios, magistrados de Roma, mercaderes y traficantes en todos géneros, holgazanes, nobles, patricios y príncipes de todas y categorías. Era aquella reunion una extraña mescolanza, una confusion, una algaravia, una fraternidad, una reunion abigarrada, cual nunca se vio otra igual. Fué semejante á aquellas aguas que saliendo de diversos manantiales, por diferentes conductos van á desaguar en un lago, en donde pierden sus nombres y cualidades, refundiéndose en un solo líquido: de la misma manera las diferentes clases de ciudadanos romanos en aquel prado y dentro de aquel pabellon parecian todos de una misma condicion. Ciceruachio era el hilo de oro, el *funiculus charitatis* que con las dulces cadenas del amor ensalzaba todos los estados y clases; quien estrechaba la mano de un príncipe, tomaba el brazo á un duque, abrazaba á un marqués, ó besaba á un conde, pellizcaba á un banquero, á un coronel le alisaba por broma los bigotes, y delante de un juez de Monte Citorio o de un presidente de Rion poníase en jarras, y se contoneaba un poco. Luego recorria las galerías dando con el puno en el hombro de un fagin de Ripetta ó de un carromatero de la plaza de la Oca, y gritaba:

—Buenos dias, con mil diablos, ¿qué haces ahí tu, Pepillo? Ea, gritad todos, ¡Viva Pio IX! Viva la Italia!

—Viva maese Angelo, *nuestro tributo de la prebe*, exclamaban alla abajo un grupo de zurradores de la Regola. ¡Viva! repe-

ltian los que recogen la cebada para las ca-
:ballerías.

Unos cuantos jóvenes de los mas ele-
gantes tenian el encargo de salir á recibir
á las señoras, y de acompañarlas á los
palcos que le estaban destinados, y todos
iban vestidos á la italiana, con pequeñas
túnicas y calzones de terciopelo negro,
con plumas en el gorro, con faja, y dentro
de ella un punalito con el puño en forma
de cruz.

Aser aquel dia estaba mas hermoso é in-
teresante que nunca: su túnica era de ter-
ciopelo negro doble; llevaba una finísima
golilla de encajes: el cinturon estaba cer-
rado por una hebilla de oro, y un escudo
delicadamente cincelado con una hermo-
sísima esmeralda en el centro. El peque-
ño punal no tenia la empuñadura en forma
de cruz, como los de los demas; sino que
la formaba una serpiente enroscada, que
teniendo levantada un poco la cabeza for-
maba con esta la extremidad del puño: la
hoja era de acero damasquino, con precio-
sas cinceladuras y adornos dorados; la
preciosa vaina era de oro y su puntera ter-
minaba en un bello rubí. Llevaba en el
sombrero de fieltro una graciosa pluma de
avestruz; y el collar, formado por una ca-
denita de oro, sostenia una medalla que
representaba la Italia coronada por un gé-
nio, y en el exergo leíase: LEVÀNTATE Y
REINA. Tenia metidos en el cinturon cerca
del punal unos guantes de color amarillo
claro, y llevaba unas vueltas blancas como
la nieve que recibian gran realce del co-
lor negro de las mangas de la túnica. Sus

bigotes, terminados en punta, lo mismo que su pequeña barba á lo Vandick, y sus cabellos peinados á semejanza de los del Buonnelmonte de Cimabue, le daban el aire de un antiguo italiano. Apenas acababa Aser de acompañar alguna noble dama á la galería ó palco, volvia á bajar rápidamente la escalerilla, y volaba fuera del pabellon. Parecia preocupado en mil pensamientos, y con mucha frecuencia dirigia la vista á la puerta de entrada.

Habiendo llegado Bartolo con Elisa y Polisena, Aser de un salto se puso á la portezuela del coche, y alargó la mano á Elisa á fin de ayudarla á apearse; y la jóven con grande admiracion sintió temblar debajo de su brazo la mano de Aser como si se hallase en un fuerte acceso de calentura. Polisena se adelantó con un jóven de Rímini; y la siguieron Aser con Elisa, á la cual no dijo este otra palabra fuera de preguntarle si habia llegado con felicidad.

—Perfectamente, respondió Elisa; el viaje es muy corto, y ademas el dia está muy hermoso y la estacion es deliciosísima. Esta fiesta deberá ser muy alegre!

Y esto diciendo llegaron á la galería.

Poco despues, todos los señores del gran pabellon sentáronse á las mesas, y empezaron los conciertos de las músicas militares, colocadas debajo de las galerías, y otra música compuesta de los primeros profesores ocupaba la rotunda, y tocaban alternativamente, derramando el placer y el júbilo en las mesas. Por entre las señoras giraban los azafates de los refrescos y

pastas, y aquellos gallardos mancebos hallábanse en contínuo movimiento haciéndose todos ojos y manos para presentar y ofrecer, mudar los platos y echar los helados.

Sin embargo, Aser, fijo detras de la silla de Elisa, permanecia inmovil, siempre pronto á detener los azafates, y á mudarle el plato á cada nuevo manjar. Si al quitarle el plato habia quedado en él algun confite u otro dulce, lo tomaba disimuladamente, y lo guardaba, feliz en conservar algun objeto que le recordase aquel hermoso dia.

Pero mientras se consumia Aser interiormente, un tal Casemirski (polaco atrevido y vacío de sesos que se moria por armar contienda con todo el mundo, y aunque en sus rinas habia algunas veces hallado la horma de su zapato, con todo no dejaba de inquietar al perro que duerme), Casemirski, pues, habiéndose acercado á Aser, le dijo:

—¿Que haces tú ahí lame-platos? Sábete que esta señorita me gusta.

Aser sintió hervirle la sangre, le miró con ojos de fuego, y callo. Casemirski le dio un codazo en el costado, diciendo:

—Quita allá, que aquí estoy yo.

Aser lo cogio por el brazo, apretándolo como con unas tenazas, y en dos saltos le hizo bajar la escalera y se lo llevó al prado. Otros tres polacos querian echársele encima con el punal desenvainado; pero Aser sacando el suyo, siempre sin decir una palabra, defendíase con valor de los cuatro. Entonces pusiéronse de por medio

algunos romanos y sicilianos, y los separaron, y se llevaron á Aser á otra parte. Pero Casemirski, mordiéndose las unas, dijo:

—Hasta mañana; te aguardo con la pistola.

Mientras tanto, en las mesas de abajo, el orden, la elegancia y delicadeza de los manjares y servicios y lo exquisito de los vinos hacian la admiracion de todos; y los extranjeros que habian acudido al festin ponderaban la grandeza de los romanos, que se manifiesta en todos sus actos así públicos como particulares. Pero aquella reunion, que la mayor parte de los comensales, y aun la mayoría de espectadores, consideraban como una diversion de primavera, como una alegre mañana de mayo, una deliciosa concurrencia de gozosos ciudadanos, un esparcimiento y fiesta popular en testimonio de la felicidad publica bajo los benéficos auspicios del glorioso reinado de Pio IX, en concepto de los sectarios, de los iniciados en las sociedades secretas, debia convertirse en una manifestacion bastante clara y explícita para cualquiera que tuviese ojos, de los primeros movimientos de la mas negra conspiracion que nunca se hubiese tramado contra el mas paternal de los príncipes, contra el mas benéfico y benigno vicario de Jesucristo. Entre el ruido de las copas levantábanse las voces fatídicas de los bardos del Tíber, quienes habiendo impuesto silencio en torno de las mesas por medio de sus heraldos, subieron á una tribuna puesta allí en un lugar que pudie-

sen ser oidos de todos, y entonaron los himnos de Italia.

Sobre todos, los poetas Guerrini, Gherardi, Sterbini, Meucci y Tomasoni, en desvariados metros proletizaban ya, (tan seguros estaban de lograr sus intentos) los triunfos futuros de Roma.

«Allí, allí, decian, ¡oh pueblo romano! descendiente de héroes, en las cimas de esos siete collados estaba sentada tu inmortal Roma, señora del universo. El Capitolio fué la roca de la libertad, en cima de la misma se desplegaba al aire majestuosa tu bandera; de ella levantaban el vuelo las águilas del Quirino para ir á dominar, á civilizar y á derramar por el mundo la felicidad, y en la misma roca replegaban sus álas triunfantes en medio de las aclamaciones y aplausos de vuestros padres. Pueblo romano, despierta; rompe tus cadenas y reina.

«La primitiva Roma tenia limitado su recinto por el monte Aventino y el Palacio; sin embargo, recibia dentro del pequeño espacio contenido entre sus murallas á los hombres de mayor corazon que habia en el mundo. De allí descendian los caballeros romanos armados á las asambleas del foro, y el pueblo de Quirino en aquel foro tenia un íntimo sentimiento de su soberanía; pues en cada ciudadano palpitaba un corazon de rey; cada plebeyo levantaba su mano omnipotente al dar su voto en la eleccion de los cónsules y dictadores; en aquel mismo foro vuestros padres concluian las paces é intimaban las guerras, y por último, en aquel foro se de-

cretaba el destino de todas las naciones! »

Otro mas osado cantaba:

« ¡Pueblo de Roma! tú eres soberano, tu diste el Vaticano á los Papas; pero te reservaste el Capitolio. »

Y otros decian en verso:

« ¡Oh Roma! toda Italia tiene fijos los ojos en tí, de tu brazo y de tu inteligencia espera su renacimiento. ¿Veis el monte Janículo? El nos trae á la memoria al extranjero etrusco que vino á combatir á Roma para imponerla un aborrecido rey. Acordaos de Mucio Scévola, que se abrasó la mano por no haber acertado el golpe destinado á traspasar el corazon de Porsena. Acuérdate de Coclites, quien por sí solo detuvo al ejercito enemigo en el puente Sublicio. Y vosotras, ¡oh romanas! acordaos de vuestra Clelia, que huyo de la esclavitud del extranjero, arrojándose á nado con otras doncellas romanas al rio Tíber, y tomo tierra en las faldas del monte Aventino. »

A cada una de estas arengas Ciceruachio enviaba sus agentes á las galerías para hacer gritar al populacho: ¡Viva Roma, Viva Italia!—Y para ocultar á los hombres de bien las malignas intenciones de la sociedad secreta, al dia siguiente se hizo divulgar por Roma que habiendo cierto liornes sacado una pequeña bandera tricolor que llevaba escondida, apenas la vio el pueblo, que queria hacerle trizas, gritando:

—Fuera estos colores; nuestra divisa es el blanco y el amarillo, y ¡ay! de quien se atreva á tocar á ella! ¡Viva Pio IX!

Dichas poesías fueron luego impresas y esparcidas por todos los puntos de la ciudad: unos admiraban la sublimidad de sus conceptos, otros decian que eran alardes teatrales, otros que fanfarronadas.

—Que vayan en el dia á buscar los Coclites y los Mucios! Ahora han cambiado el monte Aventino en el monte Testaccio (1). En aquellas cuevas ponen las manos en las botellas, y no en braseros encendidos.

—¡Que! mejor cantaba mi Pataca en la plaza Barberina y en las encrucijadas de la Suburra.

Pero las personas juiciosas, los romanos de sanos y honrados principios, mirábanse despavoridos, diciendo:

—Si siguen las cosas así, pronto el Papa tendra que refugiarse en San Juan por arcipreste, pues estos foragidos caerán sobre Roma á bandadas como los cuervos: y por otra parte dan tales graznidos, que no nos dejarán un instante de quietud.

Estos veian condensarse encima de Roma negras y tempestuosas nubes; diciendo los que tenian mejor vista que ya veian los rayos cruzarse dentro de ellas y que percibian el lejano rumor de los truenos.

Las senoras que el dia antes estuvieron en las tribunas del pabellon, por la noche en el teatro hicieron objeto de todas sus

(1) El monte Testaccio está formado de los escombros de la antigua Roma, y contiene dentro bodegas para depósito de vinos. Allí en el mes de octubre van los romanos á beber y á solazarse.

conversaciones de lo ocurrido detras del asiento que tuvo Elisa en el festin; y mientras que esta apenas noto el altercado suscitado entre los dos rivales: las remilgadas doncellas, y las envidiosas madres que estaban a su lado no dejaron escapar ninguna circunstancia.

—Mira tú, decíanse, tan jovencita, y ya tan cortejante, que se enreda con unos aventureros. ¡Oh! cómo se complacia teniendo detrás de sí un criado tan hermoso! Y no obstante se hacia la desdeñosa sin dirigirle una sola mirada.

—Aún no tiene la edad de mi Virginia, decia otra, y ya, percibiendo el olor de sus ochenta mil escudos de dote, se ensoberbece, y halla muy poca cosa para ella los jóvenes. Dicen que aquel bello joven del broche de diamantes es un duque suizo; sin embargo, tiene unas miradas que mete miedo á cualquiera á quien las dirige.

—Si Flavia pudiese salir del sepulcro, exclamaba otra, cierto que no veríamos este escándalo. ¿Quién ha visto nunca una muchacha que acaba de salir del convento, correr sin freno tras de todas las fiestas, vestir con tanto lujo y elegancia y mezclarse en todas las reuniones?.... Pero esta señorita de compañía, ó aya o consejera ó como quiera que se la llame, verdaderamente me gusta poquísimo. Afecta reserva y compostura; pero yo tengo mucha experiencia, y no me engañan esos pájaros que vuelan á diversos nidos, y son mas astútos que las urracas. O si no, díganme: ¿se le ve nunca en el templo? Al contra-

rio, siempre le da jaqueca cuando Elisa va á ver al padre Buenaventura, y entonces la hace acompañar por la camarera, ó la acompaña su mismo padre el señor Bartolo. Al fin y al cabo Elisa es hija de una señora de esclarecida virtud, y ojalá Dios la libre de ese suizo: ¿quién sabe las diabluras que hará este con el polaco con quien tuvo ayer tan terrible contienda?

Casemirski, indignado contra Aser, y no contento con el reto que le habia dirido en el prado, hizo llegar á sus manos en el teatro una esquela, en que le intimaba que el dia siguiente al medio dia se hallase en las antiguas ruinas que existen detras de la iglesia de San Estéban: que se previniese de padrinos, y que si queria llevase las pistolas á su gusto. Acompañaron á Aser un joven de Palermo y otro de Liorna, y á Casemirski un hungaro y un parisiense. Llegaron en dos coches, que dejaron en el prado de la Navecilla, y habiéndose dirigido á un llano en las faldas del monte Celio, los padrinos cargaron las pistolas y los dos combatientes se pusieron en mangas de camisa. Pero como Polisena habia tenido noticia de este duelo, envio apresuradamente al sitio donde debia efectuarse a dos jovenes romanos á suplicarles que no expusiesen sus vidas en unos momentos tan críticos y solemnes para la patria; que guardasen su sangre para defenderla del extranjero, y su ardimiento y valor para romper las cadenas de la Italia; puesto que para esta sublime empresa uno y otro habian abandonado su pais nativo, haciéndose unos verdaderos italia-

nos; que recordasen sus juramentos, y por último que considerasen que, cualquiera de ellos que tuviese la desgracia de perecer, siempre habria un campeon de menos en las falanjes de los valientes.

Aser contestó con frialdad:

—Mi sangre la he consagrado ya á la Italia; así decid á esa alma generosa que os envia, que perdono á Casemirski, aunque he sido ofendido y desafiado por él; pero mi sangre no es vil, y si es necesario que combata y sucumba, mi última gota echará en rostro á mi enemigo el haberla derramado en vano en el césped de Roma en vez de dejarme regar con ella los campos del Adige y del Po.

Casemirsk, con unas miradas atroces, dijo:

—Ahora por cobardía la quieres echar de héroe: combate y muere, infame.

Dicho esto, saco del bolsillo un pañuelo blanco, y alargando un cabo del mismo á Aser, queria que disparasen á quema-ropa; pero los padrinos no lo consintieron, poniéndose de por medio, y diciendo que debian observarse todas las reglas del duelo cortés, y tirarse á la distancia de cinco pasos.

Luego vendáronles los ojos. y habiendo echado suertes para ver quien debia disparar primero, toco á Casemirski. Apunta el arma, dispara, y la bala, pasando por junto á la sien derecha de Aser se le llevo algunos cabellos. Este al oir el silbido, no se movio un punto, ni en su fisonomía se vió la menor senal de espanto. Entonces Aser se puso en guardia; y en lugar

de apuntar la pistola al pecho de su contrario, levanto el brazo y disparo al aire gritando:

—¡Viva la Italia!

VI.

LAS SOCIEDADES SECRETAS.

El que examina atentamente las condiciones de nuestro siglo, al leer las historias de las naciones europeas, ó al representarse los hechos ó sucesos de que él mismo ha sido testigo de vista ó de oidos, desde luego busca las causas que en tan breve tiempo han podido ocasionar tantas revoluciones, y entonces por los efectos ve claramente que siempre es el mismo y único principio que las ha producido; y aunque este principio quiera presentarse á los pueblos como variado y distinto, con todo, sus constantes é idénticos resultados nos demuestran que la causa es la misma, sin que pueda confundirse con otra alguna. Quien diga lo contrario, ó no conoce las presentes circunstancias de Europa, ó no tiene juicio y vive al acaso.

El alma, pues, de todas las repentinas é imprevistas mudanzas de los estados europeos es el *pandemonio* de las sociedades secretas; este es el misterioso *demiurgo* de las religiones orientales, que todo lo animaba, así en la naturaleza física como en el mundo moral; que se presentaba bajo todas las formas; que con su oculto fuego

enardecia á todos los corazones; que inspiraba la inteligencia de los séres invisibles esparcidos por el universo. Este sumo *protógono*, al que todo reconocia por causa, era el principio activo y pasivo del mundo simbolizado en la figura de la serpiente por excelencia, que entre los egipcios era el *Pfta* y entre los griegos *Apolo Pitonio*.

Imposible era que las sociedades secretas adoptasen un emblema mas adecuado que este. La serpiente arrástrase callada entre las yerbas, se acerca y se enrosca sin hacer el menor ruido en lo mas íntimo y oscuro de las ruinas de los muros, dentro de las hendiduras de las rocas y de los agujeros de la tierra; permanece entre los escombros y bajo los cimientos de los torreones, bajo las raices de los árboles y hasta bajo los altares del Señor. Vive solitaria en lo profundo de los pozos y cisternas, de los sepulcros vacíos, de las lóbregas cuevas; y aun envuelta en su oscuridad está trazando planes de destruccion, acumula su veneno, aguza los dientes, y en medio de su rabia despiden sus ojos una luz sangrienta. Una vez que ha salido al sol despliega altanera y mortífera sus anillos, deja la antigua piel y ostenta con pompa sus nuevos colores; vibra su horquillada lengua, y arrójase con la cabeza inhiesta silbando. Su silbido es tan agudo, que si cuando quieta su vista hiela el corazon, cuando silba hace estremecer amenazando de muerte.

Pero lo que aumenta aun la semejanza que hay entre la serpiente y los socieda-

des secretas es la fascinacion que llevan consigo sus miradas: ese ojo inmóvil, agudo y sutil de la serpiente en el acto de fascinar al animal en que fija su mirada, le deja envuelto en misterioso encanto; en términos que no sabe ó no puede huir, y se deja matar con toda seguridad. Así tambien el mundo odia las sectas, teme su horrible misterio, lamenta sus estragos, y con todo se deja caer sin oponer resistencia en sus mortales asechanzas. Así tambien las sociedades secretas esconden la cabeza lo mismo que la serpiente, que enroscándose sobre sí misma deja expuesta la espalda y la cola á los golpes; pero la cabeza nunca.

Las sociedades secretas, tantas veces descubiertas y heridas, renacen poco á poco de la cabeza que quedó entera y sin daño, volviendo á curar de sus heridas, recobra nuevo vigor y un veneno mas homicida.

La Europa entera ve hoy mas que nunca señales manifiestas y evidentes de la extension y fuerza de estas sociedades que la emponzoñan hasta en sus mas íntimas y vitales raices sociales; los reyes lo saben; los gobiernos, cualquiera que sea su régimen, lo conocen; sin embargo, á cada nueva sacudida enarcan las cejas admirados y se preguntan unos á otros: ¿Que es esto? ¿qué hay? ¿Es posible? ¡Quién habia de decirlo!..... Y todavía no se hallan del todo recobrados de su primer aturdimiento, que vienen nuevos tumultos á derribar tronos y á poner en descubierto á

todas las clases de la sociedad, y á todos los ordenes religiosos y civiles.

Hé aquí lo que estamos presenciando en el corto espacio de pocos años.

En 1830 derríbase en Francia de un estallido el trono de San Luis: su Carlos X es desterrado, y puesto en su lugar Luis Felipe de Orleans por algunos pocos que supieron contener á la multitud.

La España, despues de sofocado el movimiento de 1820, gobernábase monárquicamente bajo el rey Fernando VII: muere este, despues de haber derogado la ley Sálica y de destinar para sucederle una niña; empéñase la contienda con D. Carlos, hermano del difunto rey, sobre el derecho á la corona; y vienen guerras, agitaciones y mudanzas infinitas en el reino.

En Portugal reinaba tranquilo Miguel de Braganza. Su hermano Pedro, señor del Brasil, arrojado de este imperio, navegaba con escasas prevenciones delante de Oporto, mas á modo de *flibustero* que de príncipe. Aquella pobre embarcacion lo condujo en derechura á Oporto; desde este punto lo llevó á Lisboa á combatir á su propio hermano, que tenia bajo sus órdenes todas las fuerzas de la monarquía: lo venció y lo echó del reino.

La Italia, desde 1831 se arroja desesperadamente á las conspiraciones, toma las armas y grita libertad hundiendo todo cuanto pisa.

El Austria mitiga el incendio, pero no lo apaga, y así le vemos de repente extenderse á Bolonia, luego á Rímini, y des-

pues cesar para reproducirse con mayor fuerza.

La Suiza, que gozaba de la libertad mas antigua y pacífica de Europa, vemos que desde 1830 esta hirviendo y revienta al fin como una bomba que con sus cascos estropea, hiere y mata á cuantos halla á su alrededor, y que con su fuego lleva á todas partes el incendio.

Todos estos grandes y rápidos trastornos dejaron asombrados á aquellos que principalmente debian vigilar hasta conocer el incendio que debian producir las chispas que de cuando en cuando se veian salir de la fragua donde soplaban las sociedades secretas.

Y luego gritan:

—¡Traidores! malvados! asesinos!

—Esto ya lo sabemos: ellos cumplen con su profesion y lo verifican con astucia y por medio de sutilísimas é ingeniosas artes. No mienten mas que á los hombres descuidados; puesto que de mil maneras os están diciendo que no quieren á Jesucristo ni á su iglesia, ni emperadores, ni reyes, ni gobiernos; y al fin tanto harán que echarán abajo altares y tronos.

—Y luego, si llegan á cumplir sus palabras entonces vienen las exclamaciones!

Y como es posible quedar admirados, despues de haber visto los triunfos de Druey y de toda su comitiva, que despues de derribado el legítimo gobierno de Losana, gritaba:

—*Fuera el buen Dios! Muera Cristo! mueran los que hacen oracion, mueran los curas*

metodistas, los limosneros, los ministros de la Iglesia reformada!

En Echalens fuerzan las puertas de los diáconos protestantes; rompen y hacen anicos cuantos muebles hallan en su casa, roban lo mas precioso y pisotean y escupen á la Biblia. En Oron, un padre de familia que habia reunido á sus hijuelos en el hogar doméstico para la oracion de la velada, vióse de improviso acometido por aquellos sicarios del radicalismo, que descargaron una nube de garrotazos sobre la cabeza del padre y de los hijos. Hasta los mismos ministros protestantes se ven arrojados como jesuitas, y huyen en busca de seguridad al lado de los catolicos del Valais. Por los caminos se oye al populacho que vocifera clamando:

—*Mueran los ricos! mueran los que tienen criados!*

Treichler, Fournier y Cosiderant predican en Losana el comunismo de la *falange*, llamado *bestial* é *infame* por el mismísimo Prudhom; tan horrible en su atrocidad, y tan bárbaro en su desenfrenado espíritu de rapina.

Berna en su constitucion de julio de 1846 arrojo al fango al impío Neauhaus para sustituirle el no menos impío, pero mas cruel Ochsenbein; y este llama para enseñar teología á los jovenes clérigos de Berna al ateo Zeller de Tubingen, á quien las mismas *gacetas* de Berna llaman *el antecristo descendido de incógnito á la universidad de Berna bajo los despojos de este discípulo de Straus*. Celébrase ya la perfidia de los cuerpos francos, y se empieza la

guerra no solo contra el catolicismo, sino hasta contra la misma confesion protestante, y se amenaza con la servidumbre a los estados libres de los cantones conservadores. Despues de unos ejemplos tan recientes, que se presentan ante nuestros mismos ojos, ¿es posible continuar mostrando extrañeza y admiracion con respecto á la fuerza y á los perversos intentos de las sociedades secretas?

Nos hallábamos ya en el mes de julio de 1847. Ciceruachio estaba en continuo movimiento para erigir un gran trofeo en la plaza del Popolo, puesto que el dia 17 de dicho mes era el aniversario de la amnistía que el Papa habia concedido á los reos de Estado..... Toda la ciudad de Roma tenia la vista fija en este sitio, y en ella no se pensaba, ni se hablaba de otra cosa que de hacer una fiesta que sobrepujase á todas las demas. Arcos triunfales, estatuas jigantescas, galerias de buena vista, todo debia formar como un inmenso templo dedicado á la inmortalidad. Pero mientras que los pueblos acudian á ver los públicos preparativos, la *Joven Italia* en secreto preparaba otras maquinaciones para triunfar de la libertad de Roma y de la felicidad de Italia. Roma, (segun habia decidido Mazini en un conventículo celebrado el 4 de marzo en París por los corifeos del socialismo) debia ser, segun sus secretos designios, el centro oculto, y despues la fragua publica, de todas las conspiraciones y de todas las novedades contrarias á las antiguas instituciones de los estados italianos; por la razon de que nin-

gun otro reino podia secundar tan bien la arriesgada empresa meditada contra Roma; pues siendo esta el centro de la Cristiandad, el soberano asiento de la Fé, la augusta morada del que es cabeza de la Iglesia, y la ciudad reina de toda la familia cristiana, habria enardecido con su ejemplo á todos los pueblos no solo de Italia, sino de Europa.

Ya habian bajado de los Alpes, uno á uno y dirigídose á Roma, los satélites mas feroces y perversos de la *Jóven Italia*, Alemania, Suiza y Polonia, bajo las órdenes de Mazini, Ruffini, Dybowsky, Zalesky, Marr y Weitling. Hallábanse entre ellos los sicarios que asesinaron á Emiliani y Lazzareschi en Rodes, los que dieron muerte á los comisarios de policía y á otros empleados del gobierno en la plaza de Ravena, en el puente de Faenza, bajo los porticos de Bolonia, y al pié del castillo de Cesena; los asesinos de Liorna, que desde algunos años se ejercitaban en los caminos dando puñaladas á los que la sociedad secreta les señalaba. Todos estos bandidos, bajo diversos nombres, y tomando todos los disfraces, presentábanse unos como artistas, otros como mercaderes, estos como vendedores de estampas, aquellos como caballeros, etc., y por medio de senas convenidas, o con los sellos de la sociedad, tenian sus citas, y se comunicaban las noticias, órdenes ó avisos y resoluciones. Entrometíanse en las reuniones; sentábanse á la mesa del pueblo en las tabernas, en las fondas y demas establecimientos publicos, donde tentaban el va-

do y sondeaban los corazones de los romanos. Aquí soltaban una expresion, allí una mentira, en unos sitios se hacian del partido pontifical, en otros republicanos, segun el ambiente de que estaban rodeados.

A fin de librarse de las pesquisas de la policía, no permanecian siempre en un mismo sitio, sino que buscaban los callejones mas retirados y desiertos de Roma: quien iba de noche al del *Pavo*, quien al del *Cinco*, quien detras de la plaza de la *Sarten*, ó de la *Higuera*, y tambien al lado del *Puente Roto*: un dia se presentaban con camisolin á la italiana, otro con blusa lombarda, otro en traje de petrimetres, con los cabellos cuidadosamente arreglados y olorosos, y con un pequeno peine en la mano para peinarse los bigotes y la barba, hasta habia algunos que vestian sotana y manteo: tambien los habia en traje de mercaderes ambulantes, con el pequeño mostrador pendiente del pecho, en que estaban arreglados, espejitos, pinzas, navajas y otros varios objetos de quincalla, con lo que recorrian una y otra tienda por las tintorerías y molinos del Tíber, por las carnicerías de fuera de la puerta de la ciudad y por los establecimientos de fabricantes de pieles, zurradores y cerrajeros: todos gente de la plebe, y allí conversando y respondiendo á las preguntas—pues los romanos son sumamente curiosos—supieron sacar partido de ellos enseñándoles varias cosas que por su parte aprendieron con harta facilidad y con pocas lecciones.

Pero la caverna de donde salian toda especie de iniquidades hallábase detras de la *Lungara*, allí en aquellos sitios retirados y yermos, se reunian todas las noches; allí arreglaban y fraguaban todas las conspiraciones y seducciones y se resolvian los asesinatos; allí sacaban á la suerte los sicarios que debian matar á traicion á las víctimas de la sociedad; allí se decia á los incendiarios:

—Tu anda á pegar fuego á tal pajar, tu á tal granero, y tú á tal tienda, puesto que pertenecen á esos infames á quienes los hermanos de la Suiza mandan castigar.

A los envenenadores intimábaseles que procurasen dar tósigo á alguna muger de su misma sociedad por temor de que con su charla descubriese algunos secretos importantes; y que mezclasen un poco de morfina en los confites ó en el vino de ciertas infelices muchachas que víctimas de los artificios de los iniciados, no podian ya ocultar su desgracia, y por efecto del sutil veneno caian en tal estado de postracion y de consuncion, que conducidas al hospital por sus padres, morian miserablemente en pocos dias en medio de terribles paroxismos y de una fiebre abrasadora. En aquel sitio habia las prensas en que se imprimian infernales folletos, que con grande admiracion de los hombres de bien aparecian fijados en las esquinas de Roma durante la noche, y excitaban al pueblo romano á cometer los actos mas funestos. Allí por fin estaba el deposito de aguarrás y espíritu de vitriolo, con que llevaban á

ejecucion sus destructores y execrables intentos (1).

En aquel centro se cobijaban toda especie de maldades y de impiedad: el altar de Satanás—permitiéndolo Dios segun los inescrutables designios de su saber infinito—se levantaba en competencia con el del Omnipotente. Allí se adoraba al demonio como el Dios supremo, allí recibia incienso, allí los votos tremendos, los sacramentos obscenos y los presentes nefandos. En torno de aquella ara danzaban todas las noches doce desvergonzadas meretrices, las que hechas sacerdotisas celebraban el execrable sacrificio. Otras impiedades cometian que la pluma se resiste á escribirlas.

Cometíanse, pues, todas las noches en Roma los mas horrendos secrilegios precisamente en el mismo monte Janículo, donde San Pedro fué crucificado en testimonio de su amor y fidelidad á Jesucristo nuestro divino Redentor; en aquella tierra banada con la sangre de tantas legiones de mártires, no lejos de la augusta cátedra de la verdad, á vista mismo del Sumo Pontífice, quien mientras estos hacian tal escarnio del Salvador, se hallaba postrado ante su divina imágen pasando en profunda oracion todas las noches y suplicándole que tuviese misericordia de Roma, que iluminase los entendimientos, y moviese el corazon á tantos impíos como contami-

(1) En 1851 todo esto y mucho mas que no se expresa dejó de ser un misterio; pues las causas formadas á los iniciados dieron á luz las mayores infamias.

naban á la metrópoli del mundo cristiano. Mientras tanto la ciega y mísera Roma bailaba encima del volcan que iba á estallar en su seno.

Cierta tarde Bartolo, conforme solia hacerlo alguna vez, fué al colegio de la *Propaganda* para esperar y en seguida acompañar al cardenal Mezzofanti á su casa. Este todos los dias, despues del paseo de los alumnos, se complacia hablando para ejercitarse en la lengua birmana con los naturales del Pegu, ó con los indios del Maduré para adiestrarse en la lengua tamulica, y mucho mas á menudo aun con los chinos para practicarse no solo en la lengua de los mandarines, sino tambien en los dialectos de Siam-si.

Terminado que hubo el cardenal su conversacion, habiendo encontrado á Bartolo al pié de la escalera, le ofrecio el coche, y se lo llevó consigo á su casa. Aquella tarde estaba Bartolo algo taciturno y pensativo, y se hallaba como en una lucha interior sobre si debia ó no debia manifestar una duda á aquel doctísimo purpurado, que se dignaba dispensarle toda confianza.

El cardenal, que era hombre de genio dulce y amable, le dijo:

—¿Qué teneis, amigo?

Entonces Bartolo, no pudiendo ya contenerse, respondió:

—Vea Su Eminencia un extraño caso que acaba de sucederme aun no hace dos horas. Acababa de salir de la botica de enfrente de San Pantaleon, á donde habia ido á fin de que me compusiesen un cor-

dial para mi hija Elisa, que hace algun tiempo adolece de ligeros espasmos, cuando al acaso me encontre con monsenor Morini (1), con quien tengo antigua amistad, aunque no estamos conformes en opiniones. Este, pues, habiéndome llamado aparte debajo de los porticos de casa Braschi, me enseño una bolsita encarnada llena de chucherias. Aquí vereis, mi amigo Bartolo, vos que tanto porfiais en creer que la religion prospera hoy mas que nunca en Roma y que todos estos antiguos *carbonarios* están arrepentidos de sus pasadas felonías, aquí, digo, vereis una prueba de lo contrario en estos objetos é instrumentos de maleficios, que me ha entregado un infeliz esta mañana antes de amanecer, movido no sé si por la conciencia o por el miedo.

Entonces miré fijamente á monsenor Morini, y le dije: ¿Pero qué significa esto? —Quiero confiaros bajo el mayor secreto, me respondio, lo que me dijo aquel desconocido, que fué lo siguiente:—Monseñor, esta noche he visto con mis propios ojos al demonio, y le he adorado, y he oido su voz que animaba á todos mis compañeros—éramos seis—para que obrasen con ardimiento, que él estaria con nosotros y no nos abandonaria. Estoy aun sobrecogido de un horror mortal, así os ruego que me echeis agua bendita y me persigneis. Le calmé algo, y le dije que volviese á la noche que le aplicaria los remedios que tiene en su mano la Iglesia para semejan-

(1) Morini fué muerto á traicion cerca de Faenza.

tes casos. Amigo Bartolo, me dijo cosas que hace estremecer solo el pensarlas: tened juicio, y manteneos firme en la fé, no olvideis la religion; pues no dudeis que estos impíos nos van á jugar un mal tercio.

Dicho esto, se fué. En cuanto á mí, lo tengo por cuentos; aunque de todos modos me remito á lo que Su Eminencia me diga. ¿Os parece posible que el demonio aparezca por medio de conjuros? ¿O que haya verdaderamente en Roma una secta tan malvada que adore por su dios al diablo, habiendo hecho con él pactos y convenios para que con su poder les ayude en sus conspiraciones y rebeldía? Ciertamente son cosas que se me hace muy duro creerlas.

El cardenal entonces, como hombre sabio y prudente, contestó á Bartolo, diciendo que esta cuestion era un laberinto muy intrincado, cuyos senderos y revueltas era sumamente difícil conocer, y principalmente sus salidas, ó el punto á que conducen; que si bien no podia asegurar que existiese en Roma semejante boca del infierno, no dudaba que habia en Europa una secta tenebrosa que era el alma de todas las sociedades secretas; cosa que no podia negarlo quien tuviese una idea de la humana perversidad. En cuanto á la intervencion del espíritu maligno, aunque algunos se reian con desprecio, *San Leon* la afirma gravemente hablando de la secta de los maniqueos, y lo mismo defienden otros varones de reconocido talento y sabiduría. Me lo dan sobre todo á creer en

la actualidad esos libros que pueden llamarse en verdad satánicos, en cuyos principales personajes se ven retratados todos los rasgos característicos del espíritu del mal: tales son, en especial, los escritos de Balzac, de Dumas, de Víctor Hugo, de Jorge Sand, de Fourier, de Considerant, y sobre todo los mas recientes libros de los comunistas alemanes.

Oyendo estas palabras, quedó Bartolo mas triste y meditabundo, y si antes dudaba, ahora quedó pasmado al oir la profunda iniquidad de que era capaz el corazon humano. Pero el cardenal cogiéndole suavemente la mano añadió:

—Amigo, no por ello hay motivo para desesperar, ni aun para desanimarse considerando la guerra que Satanás declara al verdadero Dios: hoy mas que nunca debemos tener presente que aunque es rebelde se halla vencido y encadenado por Jesucristo; que puede ladrar, pero no morder, y que si alguna vez nos parece ver todo el infierno sobre la tierra, no puede pasar ni una línea del límite que Dios le ha señalado. Si los malos cristianos son presa del demonio, es porque ellos mismos se echan en sus garras. Si Dios permite que se haga tan cruda guerra a su Iglesia es para concederla nuevos triunfos y nuevas coronas. Nuestros tiempos son verdaderamente tristes, pero los que se mantienen fieles á Dios no sufren escándalos por tales excesos ni sienten menguar sus esperanzas. Estas persecuciones terribles que se levantan en la tierra son seguro indicio de la vida eterna que nos espera tras

las pruebas que habrá tenido que sufrir nuestra fé en este hondo valle de nuestra peregrinacion.

VII.

CONSPIRACION DEL 17 DE JULIO.

Mientras tanto hallábase Polisena poseida del humor mas negro. Era el caso que Elisa, despues de aquel célebre banquete de mediados de mayo, habia caido en una melancolía, que rayaba en la languidez y decaimiento propios de un ánimo afligido. Salia muy raras veces, y en las fiestas no se presentaba tan placentera y espansiva con sus conocidas; al contrario, gustábale permanecer sola en su estancia, leia menos las novelas de que se hallaba atestado el gabinete de Polisena, principalmente las de Balzac, que miraba esta con particular predileccion. Hacia cinco o seis dias que se sentia con pequeña calentura, agitada por frecuentes movimientos espasmodicos, lo que hizo decir á los médicos que le convenia guardar cama. Como Polisena tenia que estar todo el dia á su lado, no podia salir de casa á desempenar los encargos que la tenian en relaciones con los promovedores de la causa italiana, de que era ella uno de los agentes mas activos. Por otra parte Sterbini estaba fuera de Roma, en el Ernico, á propagar por allí la corrupcion. Viendo, pues, que ninguna excusa aceptable tenia para

salir sin que Bartolo entrase en recelos— puesto que guardaba sumamente secretos sus manejos,—tomó la resolucion de escribir una esquela á Agustini, quien hacia de galopin en la sociedad y valia en su oficio un Perú.

Así, pues, mientras que Elisa cerró los ojos para dormir un poco, vuelta de lado y como dando la espalda á Polisena, esta escribió de prisa lo siguiente:

«*Amigo y fiel italiano:*

«Reviento de mal humor y de rabia por no poder ver un instante, ni á vos, ni á Pinto, ni á Guerrini, ni á otro alguno de los hermanos, ni oir que partidos os pasan por la cabeza á fin de llevar á cabo con facilidad nuestros proyectos: esa maldita policía no nos aparta de encima sus mil ojos, de que solo Freddi tiene ciento, y otros ciento Nardoni. ¿Qué haremos? Es menester hallar medio de cerrárselos para siempre; porque creed que mientras estos tunantes del palacio de Madama hagan la ronda como mastines nada bueno lograremos. Y luego, ¿qué hacemos así ociosos y con las manos vacías? ¿Quereis arrojar al extranjero con nueces, o hacer sin armas que los *negros* os teman? Ya sabeis que los *negros* se nos echarán siempre encima mientras estemos desarmados; pero poneos un fusil al hombro y callarán como muertos.

«En cuanto á Pio IX, es Papa y esto basta: su plan es alimentarnos con confites y endulzarnos la boca con alguna reforma. Concédase que le tengamos como un prin-

cipio, pero si no estamos armados, nunca llegaremos á la comida y todo acabará con un poco de miel. Nosotros queremos beber con abundancia y á menudo la libertad y que nos inunde á modo de un diluvio; al paso que Pio IX nos quiere dar solo lo que bastaria para apagar la sed de un gorrion. ¡Bravísimo! ¡él lo ha acertado! O todo ó nada; ó nos la da de buenas—y esto no lo hará jamás,—o se la arrancaremos con maña ó de por fuerza. El mundo nos llamará ingratos, perjuros, impíos; pero dejemos cantar á los imbéciles. Cuando los hermanos juraron por su honor ser fieles al Papa, no tenian espadas ni bayonetas; ahora las tendremos, y estos cortarán perfectamente cualquier compromiso..... ¡*Viva nosotros!*

« Reflexionad, amigo, que soy muger y que deben serme gratos todas las virtudes de mi sexo; por lo mismo escoged con mucha discrecion vuestros medios para verme. Si Elisa ha cogido el sueño, como lo espero, y Bartolo está ya acostado, vereis á la media noche abierta la tercera ventana del segundo piso. Entonces entrad bajo del portico, que siempre queda abierto, dad vuelta á mano izquierda, y hallareis una puertecita que da á un pequeño patio, en que hay los lavaderos. En el fondo hay otra puertecita que da á una escalerilla secreta, la cual pasa precisamente por detras de mi gabinete de estudio. He dado ya unto á los goznes de las puertas á fin de que no rechinen al abrirlas: así, no teneis mas que poneros detras del pilar de la segunda fuente que se ha-

lla junto á la puertecita de la escalera secreta; y como yo os vea entrar desde una pequeña ventana, bajaré inmediatamente. Así nadie podrá oirnos ni vernos, pues no da al patio otra ventana que la mia. Adios: os aguardo sin falta.

« *Libertad y fraternidad.*—AMATISTA. »

Amatista era el nombre de guerra de Polisena, puesto que cada hermano tiene su particular nombre y divisa para darse á conocer en caso necesario.

Habia en casa de Bartolo cierto jovencito llamado Alfredo, quien estaba á las ordenes del administrador, y desempeñaba los servicios del escritorio, llevaba las cartas á los abogados y curiales, ayudaba al cobro de alquileres y al desempeño de los demas negocios corrientes. Sobre este mancebo habia dirigido sus miras Polisena, y le habia inculcado muy diestramente las doctrinas Mazzinianas; el pichoncito empezaba á sacar las plumas de las álas y daba algun vuelo que prometia mucho.

Polisena, despues de haber sellado el billete, llamó á Alfredo bajo el pretexto de hacerle comprar no sé que cintas de seda, y se lo dio con gran recomendacion, y sobre todo bajo el mayor secreto: añadiendo que hiciese lo posible para que llegase con seguridad á manos de Agustini.

Entre las doce y la una de la noche salio Agustini del café de las *Bellas Artes*, dirigióse agazapado al portico de la casa de Bartolo, dio vuelta á mano izquierda, y se coloco detras de la pila de la segunda

fuente. Polisena, que estaba ya de acecho, bajó sin hacer ruido la escalera secreta, y abierta la puertecilla, dió un apreton de mano al caballero, y ambos se sentaron en el borde de la fuente, que era de hermoso marmol blanco.

—Pues señor, exclamó Polisena, hijo de Italia, ¿quedaremos sofocados bajo los aplausos de Pio IX? ¿qué se ha hecho? ¿qué se hace? ¿qué se piensa hacer?

Agustini retorciéndose los bigotes, respondió:

—Todo va perfectamente; el diablo nos lleva en palmas, ¿y te asombras? Has de saber que ya tenemos en Roma hace algunos meses los mas valientes genízaros de la *Jóven Italia*, campeones tan intrépidos y firmes, que cada uno daria de puñaladas á su padre por la libertad de Italia. Ahora en nuestro venerable colegio se han sacado á la suerte los valientes que deben quitar del mundo á Nardoni, Freddi, Benvenuti y otros malvados que con sus artes se oponen á nuestros sagrados intentos.

Salieron para llevar á efecto esta noble venganza cuatro de los mas audaces, cada uno de los cuales ha dado ya muerte á muchos de esos abominables satélites de la tiranía; todo estaba arreglado, y señalado el dia, la hora y el sitio en que debia caer sobre ellos el puñal; uno debia morir en el acto de regresar á su casa bastante tarde; otro al salir de casa del Fiscal; otro en el trayecto que desde la plaza de Madama da vuelta al arco de San Agustin, en un rincon oscuro donde acostumbraba

detenerse. Pero Pio IX, que sin duda tiene algun angel por comisario de policía, y descubre por su medio todos nuestros secretos, olió la trama; y desde ayer han desaparecido Nardoni y Freddi, y la policía esta muy sobre sí.

El malogro de esta magnífica empresa contra esta nuestra mortal enemiga va á producir sin embargo resultados mas gloriosos, puesto que, desconcertado el golpe, hemos tomado la resolucion de achacarlo todo á los mismos que debian ser las víctimas de nuestra venganza..... La conspiracion que nos disponíamos á hacer caer encima de la policía, vamos á suponer que esta la preparaba contra el pueblo romano, diciendo que el dia de la gran fiesta por el aniversario de la amnistía, debia proporcionar ocasion á los *negros* para pasar á cuchillo á los romanos reunidos en la plaza del Popolo en el arco triunfal de Pio IX.

—¡Tontería! dijo Polisena. ¿Creeis que los romanos sean tan estúpidos que den crédito á semejantes paparruchas? ¿Quién es el nécio que ha dado tan pueril consejo?

—¿Necio le llamas? Pues has de saber que es hombre de gran talento, cabo de nuestra fraternidad, á quien ocurrio este plan tan sutil. Tú no puedes figurarte cuanta credulidad y tontería háy en la multitud; en general todo se lo tragan, y esto sin perjuicio de tenerse ellos mismos por los mas sagaces y astutos del mundo. Pero la cosa es muy sencilla: hemos enviado ya á todas partes algunos de los nuestros pa-

ra que difundan la voz de que el dia de la fiesta ha de haber una catástrofe; que se ven por la ciudad muchos emisarios austriacos con los bolsillos bien provistos de dinero en monedas del Imperio. Otros propalan que fueron depositados en manos de los jesuitas, que son bien conocidos, dos cajones de estoques, que llegaron á la aduana ocultos entre libros de devocion y de teologia; que un diluvio de faventinos, amigos todos de los clérigos y papistas hasta los huesos, han venido á Roma desde el Burgo de Favencia, pagados por los retrogrados, y como enemigos que son ya del pueblo romano.

Muchos están tan creidos de esto, que varias senoras por miedo, dieron orden á los sastres y modistas que suspendiesen los encargos que les habian hecho para lucir nuevos trajes y brillantes galas el dia consabido.

—¿Será verdad? repuso Polisena; con todo, habíanse mandado a París brillantísimos encargos á Madama *Papelin Dudarré*, sombreros hermosísimos, que debian venir de los almacenes de *Baudrault*, *Guichard y Bidault:* adornos de tocado de las admirables modistas *Barenne*, *Elia y Perrot:* botines y zapatillas de *Melnotte* y de *Dufossée*; delicados y ligeros guantes de *Mayer*, y perfumes de *Durand* y de *Pinaud*. Toda la elegancia de París debia de venir a Roma. ¡Que telas! ¡que velos! ¡que blondas! ¡qué gracias debia enviarnos el Sena! ¿Y todas dieron contra-órden? Es regular que....

—¡Ah! avergüénzate, Polisena, de tus

pasiones mugeriles en medio de una conspiracion, y en los instantes supremos de la patria.

—Disimúlame, amigo, un desahogo de placer por ver mortificadas á estas romanas, que no tienen un corazon italiano y que son papistas hasta los tuétanos.

—Toma un poco de paciencia, y las arreglaremos á nuestro gusto. No hay duda que desesperamos de dar un bautismo de libertad á las princesas y á la mayor parte de las nobles matronas de Roma; sin embargo, en la clase media hallaremos abundante cosecha. Pero prosigamos nuestro asunto: para el dia 15 Ciceruachio dirá que ha descubierto una conjuracion austro jesuítica; leerá en las esquinas la lista de los conjurados; nuestros hermanos recorrerán los corrillos, los cafés, todos los puntos de reunion, y propalarán al oido de cuantos encuentren los horrores y los estragos que se maquinaban contra el pueblo, y anadirán:—¡Qué infame policía tenemos en Roma! Los bárbaros querian lavarse las manos en nuestra sangre! Nuestra sangre fué vendida á los austriacos! Mueran los *negros!* muera Nardoni! muera Faeddi....!

Figúrate qué diabluras haremos, qué alaridos, qué desesperacion! Mientras tanto, en medio del general asombro y temor, improvisaremos una guardia ciudadana para la seguridad y salvacion de Roma. Todo está ya dispuesto, así fusiles como toda especie de municiones. Aser, á quien sin duda debes conocer, hace un mes que recibio letras por valor de 25,000 escudos,

procedentes de los hermanos de las ciudades Anseáticas y de Hannover; nuestros establecimientos de seguros marítimos y contra incendios nos envian abundantes socorros. Mecocetto de la Régola, Geronimo de los Montes, Estevanillo por Trastiber, y otros por Ripa grande y por Ripetta han pagado á varios gefes del pueblo para que difundan entre este el miedo de dicha conspiracion. Pio IX nos hallará armados, y tendra que agradecérnoslo, pues le haremos creer que Roma nos debe su salvacion. Apuesto á que daremos tal apariencia de verdad á nuestra farsa, que obligaremos á los clérigos y frailes a cantar un *Te-Deum* en accion de gracias por haber Dios salvado al pueblo romano!....

¡Esto mas!.... Así sucederá (1). Y lo mejor del caso sera que á nuestro ejemplo toda la Italia gritará á una voz que tambien quiere su guardia nacional. ¿Te parece esto poco? ¡La Italia armada! Oh! veremos heroicidades: haremos temblar á los reyes, huir á los extranjeros, y Roma será mas grande que la antigua.

— A proposito de Aser, dijo Polisena: he tenido carta de Moedelf de Basilea, en que me dice que me ponga en relacion con aquel, pues esta iniciado en todos los secretos de la alta y baja Alemania. Procura acompañarle aquí una noche, ó á lo me-

(1) En efecto así fué, y no faltaron algunos párrocos que dieron publicamente gracias á Dios en sus templos por el feliz descubrimiento de aquella conspira-

nos indícale el secreto de la ventanilla abierta, y no olvides que quedo aguardando á que venga sin falta. Que rasque en la puertecita, y desde que le oiga, bajaré en un intante.

—Estoy enterado; adios.

Dicho esto fuése Agustini del patio agachándose por no ser visto, y se dirigió al Círculo romano.

En efecto, el dia 15 de julio, Roma se convirtió en un infierno. Hallábase la ciudad oprimida por un general espanto y terror á causa de una misteriosa conjuracion que debia estallar y sembrar la destruccion entre el pueblo. Todos temian, y ninguno sabia qué, recelándose de amigos y de enemigos: cada cual al hallar un hombre con chaqueta de terciopelo con grandes bolsillos parecíale ver un faventino, y pasaba de largo, ó volvia la primera esquina por temor de algun chubasco. En todas partes se les representaban punales, estoques, é instrumentos de muerte y de destruccion.

—Allí hay un conjurado, decian algunos.

Y todos huian gritando;

—Allí esta.

—¡En dónde?

—Allí estaba, en aquella esquina.

Luego se movia un bullicio terrible: llantos de mugeres; chillidos de niños, gemidos de viejos.

—Dios mio, y qué atrocidad! ¡pobres de nosotros! matarnos á todos! ¿No sabeis que se han encontrado cincuenta conjurados ocultos en las cloacas, y un militar en las

grandes cuevas de las Termas? Ciceruachio los ha llevado atados al castillo; yo mismo los he visto.

Grupos y reunion de gente armada por todas partes; unos con garrotes, otros con grandes fusiles llenos de orin, otros con mochila y bayoneta, estos con sombrero, aquellos con la cabeza descubierta, y la mayor parte con su pedazo de escarapela.

—Adelante; haced la ronda alineados. Arriba al campo de Marte.

—Toca la caja á paso de carga.

La gente acude, y salen todos á las puertas y á las ventanas, preguntando:

—¿Qué es esto? ¿qué hay?

—La Guardia cívica.

—Jesus! y que fachas! ¿Y que van á hacer?

—Van á prender á los conspiradores que querian matarnos.

—¡Dios os asista! ¡y que benditos que sois!

En medio de esta baraunda, la casa de Bartolo se asemejaba á un mercado ó á una lonja de mercaderes: todo era ir y volver con muestras de paño de todos los colores, de botones, de charoles, galones de oro y canutillo de todas clases y medidas. Montegrande, Torre, Spini; el droguero Galleti y otros mil nuevos Fabios, Cincinatos, Coriolanos y Camilos hallábanse en conferencia con Bartolo, para resolver acerca del uniforme que deberia adoptar la guardia ciudadana. Uno queria que fuese á la moda bávara, diciendo que los bávaros son soldados ligeros, elegantes y de

buena talla. Otro contestábale que no, y que el yelmo con aquella cola por cimera no le gustaba. Un polaco decia:

—No hay uniforme en el mundo tan hermoso como el de los hulanos; casaca con falbaláes muy cortos, trenzas y cordones encima del hombro izquierdo, y morrion cuadrado y cóncavo en la copa, con hermosa visera!.....

—Qué! gritaba un lombardo; á los hulanos de caballería les va muy bien esa casaca, lo mismo que la chaqueta de pieles á los húsares hungaros; pero á las tropas de infantería les estará muy mal.

Un vizcaino propuso el uniforme español con dos hileras de botones en el pecho y sombrero apuntado con grande escarapela.

—Lo mismo que nuestros bomberos, observo un romano.

Bartolo habia reunido una coleccion de figurines de todos los soldados de Europa; y ya examinaba los franceses, ya los ingleses, ya los portugueses y demas; pero ninguno le cuadraba del todo; en unos dominaba demasiado el color encarnado, en otros las vueltas eran anchas, en otros en demasía largos los faldones..... Finalmente, estaba indeciso entre el trage ligero y desabrigado de los *Maoners* tiroleses, y de la pequeña blusa militar de los prusianos y de los piamonteses.

—¡Qué *Maoners!* grito Galletti; no veis que esto huele á austriaco que trasciende? No queremos croatas.

Esto hizo que todos se resolviesen en favor de la blusa prusiana y piamontesa,

la cual perfeccionaron los romanos dando mayor gracia á las vueltas y mas ligereza á las faldas. En cuanto al yelmo adoptaron el bávaro, con ciertas variaciones que le asemejaban al antiguo capacete romano, con algunas guarniciones de laton encima del cuero negro, y un largo y espeso penacho de crines coloradas que desde la cimera caian profusamente por la espalda, lo que ofrecia una vista hermosa é imponente.

Los sables eran unos machetes semejantes á las espadas de los antiguos romanos, y los llevaban pendientes de un cinturon. Los pantalones, con trabillas, eran segun la moda corsa, con una tira de escarlata, y todo el vestido era de color azul turquí con filetes encarnados. Luego el capote tenia capucho como el de los antiguos romanos.

Arreglado ya el uniforme de la nueva milicia, los señores fueron los primeros que lo vistieron; y no hay que decir cuanto lucian los jovenes con aquel noble y vistoso uniforme. Durante los primeros dias, no se oia una llamada de los cívicos, ni se verificaba reunion al son de la caja, que todo el mundo no corriese á verlos, y se atropellaba la gente llevada de su curiosidad. Pero los bolsillos de los romanos pronto conocieron que no era para ser visto de balde tan hermoso espectáculo; gracias á que los primeros padres de la patria, divididos de dos en dos, recorrian todas las reuniones de la ciudad llamando á las puertas del *amor nacional*, estimulándolo de mil maneras, halagándolo,

solicitándolo y acaso punzándolo agudamente á fin de que se mostrase generoso y cortés con la *Guardia ciudadana*, honor, defensa y gloria de Roma.

No bastaban mil subsidios extraordinarios para acudir á los gastos de iluminaciones, fiestas y banquetes, cuando vinieron nuevas cuestaciones para vestir á los jovenes romanos, tan ricos de amor patrio como pobres de dinero. No hubo puerta á que no se llamase, conservatorios, cofradias, comunidades religiosas, clérigos, sacristanes, todos debian contribuir á tan grande obra. Hasta las monjas debian distinguirse por sus donativos, puesto que les decian:

—Oh! vosotras, vírgenes celestiales, no basta que rogueis á Dios por la causa de Italia, sino que es necesario que os mostreis liberales en esta tan sagrada y magnanima caridad. Sí, debeis ofreceros a sostener con todos vuestros recursos á la patriotica milicia, la cual por su parte velara en vuestra defensa; y mientras que vosotras estareis arrodilladas delante de los altares y hablareis con el divino Esposo, nuestros valientes cruzados combatirán á los enemigos de nuestra santa Religion, y en favor de la libertad de la Iglesia, del sumo Gerarca, de la inmunidad de las sacrosantas basílicas, de la guardia del santo sepulcro del príncipe de los Apostoles, y de los venerados altares de millones de mártires, que con su sangre sellaron esta metropoli del universo. La Guardia cívica hará triunfar la justicia en los tribunales, la fidelidad en las adminis-

traciones, la solicitud y celo en los magistrados: acudirá al socorro de la viuda y del huérfano; velará por la seguridad de las posadas publicas, por la inviolabilidad de los domicilios, por las riquezas de los palacios y las modestas alhajas de las casas de los ciudadanos.

Aquellas cándidas madres abadesas, prioras, discretas y ancianas de las Clarisas, de las Crucifijas, de las Capuchinas, ó de las Sepultadas en vida, al oir aquella elocuencia de los Crisóstomos y Crisólogos, llenas de devota compuncion y oprimidas, decian por bajo sus velos:

—Pero, señor! que es esto! ¿Vienen acaso los turcos á saquear á Roma y á destruir nuestra santa religion? ¡Que Dios nos libre de tantos males!

—No temais, piadosas madres, que para eso están ahí los Guardias cívicos romanos: fiad en ellos, y mostraos generosas en vuestros donativos.

Y aquellas benditas entregaban su tributo, y pedian al confesor que celebrase una misa contra la invasion de los turcos.

Cierto dia, estando el cardenal Ostini y el canonigo Graziosi en conversacion, vinieron á hablar de esa guardia cívica: Graziosi, que era naturalmente chistoso y tomaba fácilmente las cosas por su lado risueno, burlábase así un poquito de estos nuevos Scipiones y Pompeyos:

—¿Cree vuestra eminencia, decia, que los romanos tardarán mucho en cansarse de estas ideas marciales?

Mientras no se trate mas que de hacer-

se arreglar el pelo y los bigotes por el peluquero, y de pasear por la villa Borgnese con sus vistosos uniformes, ostentando el yelmo con su hermoso penacho de crines encarnadas, *que hórridamente sobre el yelmo ondea;* como el de Acheo de Homero, creo que, al menos los oficiales, se mantendrán firmes; pero para enero los aguardo, cuando tengan que dar patrullas nocturnas y hacer centinela en medio de las lluvias y del frio de aquellas oscuras y largas noches. ¡Pobrecitos! están acostumbrados á levantarse de la cama á las diez! Luego tantos artesanos y tenderos, tantos como comen el pan del dia, tantos padres de familia, metidos en contínuos negocios y obligaciones públicas y particulares, ¿como podrán abandonarlo las veinte y cuatro horas necesarias para estar de guardia cuando les llegue el turno? Vamos, digo que no lo aguantarán un mes.

—Estais extrañamente equivocado, amigo mio, replicó el cardenal. La realidad es muy diferente de lo que parece á primera vista, y esto Roma por su desgracia lo conocerá muy pronto. Si este nuevo levantamiento de la guardia cívica fuese efecto de un ímpetu del corazon, excitado por alguna fogosa pasion propia de estos tiempos, habiendo nacido de ligereza, caeria por su misma insubsistencia; pero en la actualidad las causas secretas tienen profundas raices en la conspiracion general de las sociedades del *Iluminismo*, que es la peste y contagio del mundo moderno.

Siendo esto la verdad, lo es tambien

que esa secta de los Iluminados con su maligna sutileza pondrá en obra todos aquellos medios capaces de neutralizar en los romanos su natural deseo de descanso y de vida regular. Pagará en secreto, por medio de las cajas ocultas, á los artesanos, y ademas tendrá á su sueldo á los hombres viciosos de todas clases, libertinos, jugadores, estafas, truhanes y barateros; y tendremos una guardia cívica, que renovará la fabula de los lobos y de los perros, cuando aquellos se presentaron con humilde aspecto á los pastores ofreciéndose á guardarles el aprisco sin sueldo ni recompensa de ninguna especie. Engañados los pastores por la fingida lealtad y desinterés de los lobos, resolvieron aceptar la oferta. Viendo estos que les habia salido bien su primer trato, anadieron: ¿Y para qué son buenos estos perros holgazanes, que no sirven mas que para comer el pan y lamer el suero de las cubetas? Quitaos de delante. Los pastores despidieron á los mastines, conque habiendo quedado los lobos únicos guardas del rebano hicieron en él espantosos estragos.

Las sociedades secretas dispusieron en Suiza los descubridores, y de estos nacieron los cuerpos francos, que tantos años hace están despedazando las entrañas de la patria, la que casi se halla en el ultimo trance, y morirá bajo el puñal de la libertad.

Cuando estuve en Viena, en mis conferencias con el príncipe de Metternich, hablábamos de la situacion de la Alemania, la cual se hallaba entonces presa de todas

las seducciones del iluminismo. El príncipe auguraba inminentes y grandes males, y bajo el juego de *tirar al blanco*, veia un general adiestramiento de la juventud alemana para insureccionarse y tomar las armas. Y vos vereis, amigo Graziosi, que ya el gran cataclismo germánico se aproxima al dia de su estallido: la juventud arde en deseos de novedades; las milicias ciudadanas tienen las armas, y el iluminismo las hostiga sin dejarles un punto de descanso. Actualmente hasta la Italia se ve en la pendiente del abismo que esa secta ha estado socavando bajo sus piés durante muchos anos. No tardareis en ver los penachos rojos ondear en la cabeza de todos los italianos; vereis trastornos inauditos; y los reyes, si Dios no pone remedio, tendrán que pasar por pruebas muy duras, puesto que el iluminismo ha tomado ya todos los vados y todas las salidas para poder expugnar la peña de las antiguas instituciones.

—¿Pero que pretende ser el tal iluminismo? replicó Graziosi.

Y el cardenal le contestó:

—El iluminismo es el enemigo de todo órden y de toda autoridad; tiene guerra jurada á Dios, á los monarcas, á las repúblicas, á las constituciones y á todo poder legítimo, con el objeto de poner al mundo en el mayor desconcierto; y para llegar á este fin todos los medios son buenos. El iluminismo esta fundado en la perversa maxima de Maquiavelo, en la que defiende y justifica á Rómulo por haber muerto con su propia mano á su hermano

Remo, y hecho asesinar á Tito Tacio Sabino, con el inícuo fin de reinar solo. Y luego anade:—*Jamás ningun hombre sábio reprenderá á otro por algun acto extraordinario cometido para ordenar un reino ó constituir una republica. Y conviene en que si el acto le acusa, el efecto le justifica.* Por actos *extraordinarios* entiende Maquiavelo, asesinatos, traiciones, envenenamientos, incendios, perjurios y felonías de toda especie; pues despues de justificar á Romulo de tales crímenes, alaba al espartano Cleomeno, quien *para reunir él solo toda la autoridad, hizo matar á todos los éforos y demas que pudiesen serle obstáculo. Cuya resolucion era propia para hacer resucitar á Esparta y dar á Cleomno una fama igual á a que tuvo Licurgo.*

Aquí teneis, amigo mio, el dogma del Iluminismo de Weishaupt, quien ahora manda como soberano en esa corrompida civilizacion de Europa, por medio de sus campeones de las sociedades secretas.... Barruel nos hace el horrible retrato de dicha secta; con todo, en realidad es mil veces mas malvada y atroz de lo que nos la pinto este autor, el cual deberia ser leido de todos los príncipes; pero que se les quito de las manos como un libro mas mentiroso que los cuentos árabes. Sobre esto refiriome una persona muy discreta y de grande experiencia, que pocos años atras cierta excelsa reina preguntó que libro era mejor para poner en manos de un príncipe joven en los tiempos presentes; y como se le dijese que el del abate Barruel, dicha senora lo hallo á mal y dijo:

—¿Pero qué libro mas extravagante vais á proponerme?

Hoy, aunque tarde, empieza á conocer cuan prudente fué el consejo; y llora sin consuelo por los estragos que ha causado la desenfrenada secta.

Al principio el iluminismo se hallaba circunscrito, y se avergonzaba de salir de Baviera y de Alemania; pero una vez traspuesto el Elba y difundido hasta el corazon de la Rusia, y por otra parte hasta Inglaterra, derribó á Napoleon y con él á la *fracmasonería*, que hoy es un juego de niños comparada con el *iluminismo*. Este en la actualidad es inmenso, se ha derramado por todas partes bajo diferentes denominaciones. El *carbonarismo* italiano fué una de las innumerables ramas de este tronco, la cual hoy se halla casi muerta; al paso que toda su vida y robustez ha pasado al *socialismo* y al *comunismo*, bajo la direccion de Mazini y de otros italianos coaligados suyos.

Por consiguiente, es muy claro que este asunto de la Guardia cívica romana, lejos de ser cosa de juego, es una poderosa maquinacion para quitar al Papa y á los demas reyes de Italia las riendas de la soberanía, y conducirlos á los mas terribles extremos.

Los revolucionarios se preparan sin cesar reuniendo armas en secreto. Catilina fué su gran maestro; pues cuando, so color de libertad, queria dar muerte á la flor de los ciudadanos romanos; abrasar la ciudad y arruinar todo lo sagrado y huma-

no, tenia escondidas las armas para los conjurados, y otras preparadas en Fiesoli y en la Pulla. Ya veis como aclamada la «Guardia ciudadana» de Roma, se desentierran armas que estaban escondidas en los campos y otros lugares solitarios de la Romanía, de las Legaciones y de las Marcas. Ya vereis como se repetirá esto mismo en Sicilia, en Nápoles, en Toscana y el Piamonte. Las revoluciones de Portugal y otras tuvieron por indispensable aditamento la formacion de la guardia ciudadana, que luego fué el principal medio de subversion de todos los órdenes en dichos reinos, escudando el furor de la secta en el despojo de la Iglesia, empezando por los cálices y acabando por las campanas.

—Vuestra Eminencia me asusta, replicó Graziosi; ¡de los cálices á las campanas!

¡Vaya! empecé hablando en chanza y Vuestra Eminencia termina llenándome de espanto. Pero de todos modos debemos estar sumamente agradecidos á la guardia cívica por haber salvado á Roma de una conspiracion mas cruel y tremenda que la de Catilina. Solo pensarlo me llena de terror, y no puede negarse que nuestros jovenes se han mostrado valientes.... Yo mismo los ví desde las ventanas del colegio de la Propaganda, á donde habia ido para abrir la clase; ¡y con qué destreza procuraban los guardias cívicos contener al populacho que queria matar al pobre Magnardi, refugiado en la Vaccara, junto á la plaza de San Andres de las Breñas!

Algunos subian á los tejados, y corrian por ellos como gatos; salian de todas las guardillas, se encaramaban á las chimeneas y examinaban el interior de las mismas; otros saltaban á los tejados mas bajos, y penetraban en las habitaciones de los pisos; en terminos que semejante ligereza y temeridad me dejo aturdido. A mas de esto, los vemos todas las noches de ronda, sacando de sus escondrijos á los ladronzuelos, rateros y toda especie de gente perdida; de suerte que durante la noche las calles de Roma se han convertido en corredores de monasterio, cuando los religiosos se hallan entregados á su primer sueño. Ahora ninguna necesidad tenemos de esbirros ni de agentes de policía.

—Es mucha verdad lo que estais diciendo, supuesto que la policía ya no existe, de este modo han tenido la profunda astucia de quitar al Papa todo medio de vigilar los manejos de los sectarios, á quienes ha quedado libre el campo. Viendo los pueblos hace mas de un año los muchos asesinatos y excesos cometidos contra los buenos, laméntanse de que el Padre Santo no ponga un remedio, castigando, encarcelando, sentenciando á los malvados; pero no ven en medio de su ceguedad que el gobierno esta sin brazos, atado y mutilado por los conspiradores; y no pocas veces corrompidos, en términos que los ocultos motores de la rebelion, habiendo penetrado con la mas fina hipocresía en lo mas íntimo de la policía, descubren sus secretos, impiden sus operaciones, desvian sus intentos, amenazan á los fieles y atemori-

zan á los buenos; siendo lo peor que ayudan á los homicidas para quitar á estos buenos del mundo. Ahora que Roma se halla á merced de la *Guardia ciudadana*, que arrebató las armas del Papa, so pretexto de conspiracion, vereis tal libertad como nunca se vio.

¿Os acordais, amigo Graziosi, de la historia de Pisistrato?

—Me acuerdo perfectamente; pero no sé que relacion tenga con lo que tratamos.

—Tiene relacion en cuanto al objeto de la *Jóven Italia* al armar al pueblo con tan sutil engaño. Sabeis que Pisistrato, habiéndose ensangrentado el rostro, los brazos y el pecho, corrio á la plaza fluyéndole la sangre por todas partes, y gritando que sus enemigos habian hecho en él aquella cruel carnicería, y que no estarian contentos hasta haber bebido la ultima gota de su sangre; pero que él se echaba en los brazos de sus conciudadanos que no dejarian de ampararle. Los atenienses le señalaron cincuenta guardias; Pisistrato poco á poco fué aumentando su numero, y llegó á ser el tirano de la patria.

Ahí teneis la conjuracion de Roma, á cuyo frente figuran el cardenal Lambruschini! el padre Roothaan! D. Vicente Pallotta, y otros conspiradores de la misma especie que atentan á la vida del pueblo romano! Añadidles el padre Bernardo Paulotto (1), y sobre todo los estragos debian

(1) El P. Bernardo, religioso mínimo, estuvo en opinion de santidad por muchos años en Roma; en términos que al pasar por la calle acudia la gente á be-

ser tan terribles, que toda Roma debia nadar en sangre. Ahora Pisistrato esta ya armado, y tendremos la libertad a ochavo la libra.

—Adios, amigo, pues debo salir a un ajuste con el cardenal Gizzi.

VIII.

AMOR Y ENTUSIASMO.

El aspecto de Roma iba cambiando de un dia á otro y bajo ciertos respectos empeorando; sin embargo, el Sumo Pontifice era siempre lo mismo, bueno, clemente y benévolo con todos; y hubiera deseado que cada cual pudiese leer en su corazon y ver todo el fondo de ternura con que, como padre mas que como señor, consideraba á sus subditos de todas condiciones. Así, habiendo entendido con el mayor pesar que sus enemigos y de la Iglesia esparcian la voz de que no amaba a los jesuitas, y que por su parte estos tampoco le amaban, quiso dar á Roma y al mundo un testimonio de cuán falsos y malignos eran semejantes dichos; y con motivo de la fiesta de San Luis, anuncio que el dia

---

sarle el hábito y á pedirle su bendicion. Era muy devoto del mismo el rey Carlos Alberto, quien le llamo á Turin cuando las bodas de Víctor Manuel, actual soberano. Murió el año pasado en la Calabria. El abate Vicente Paulotto fué otro santo varon lleno de celo y de caridad.

27 de junio, dominica infraoctava, daria con su propia mano el Pan eucarístico á todos los alumnos del Colegio romano. Este ejemplo de benignidad pontificia jamás se habia visto desde que Gregorio XIII fundo aquella universidad. La alegría que semejante anuncio causé tanto á los maestros como á los discípulos fué tan extraordinaria, que determinaron preparar al Papa una fiesta en que se demostrase así la grandeza del beneficio como la profunda gratitud de los que debian recibirle.

El colegio romano, uno de los edificios mas vastos y suntuosos que nos ha dejado la magnificencia de los pontífices, comunica con la universidad Gregoriana por medio de un espacioso patio cuadrado, rodeado de un ancho portico, y de una grandiosa tribuna superior, á la que corresponden las entradas de las clases. Este espacioso patio cuadrado fué convertido para festejar la llegada del Santo Padre en un vasto salon, rodeado de galerias y cubierto de brillantes adornos. Desde la cornisa superior, arrancaba un inmenso entoldado, y cubria el patio, de manera que resaltaban debajo del mismo los dobles arcos de los claustros, dándole cierta semejanza á los antiguos teatros. El pavimento aparecio convertido en un verde y delicioso jardin, salido allí como por encanto, y cuajado de las mas hermosas flores así del pais como exoticas. Por medio de varios senderos se salia á un gran círculo puesto en el centro.

Cada comparticion del jardin era un

campo de verdor, simétricamente adornadas con macetas de rosas, de tulipanes, narcisos, anémonas, junquillos, ranúnculos, lirios, etc., y en los intersticios ostentábanse otras florecillas y yerbas aromáticas como tomillo, espliego, mejorana y otras. Divisabanse tambien dentro del círculo nuevos encantos de flores de todos matices dispuestas con el mas exquisito gusto; allí con la mas artificiosa disposicion de las flores entrelazadas veíanse formadas y dibujadas las armas y blasones de la familia Mastai, al rededor de las insignias pontificias.

Para ordenar y embellecer una obra tan magnífica, no quisieron los alumnos que nadie les dirigiese ni ayudase; ellos mismos la idearon, y la llevaron á cabo con tal perfeccion, que es menester darles todo el mérito.

Con los pétalos de las flores imitaron las piedras preciosas, los colores, los esmaltes, y diéronles degradacion de sombras y de claro oscuro con un arte verdaderamente inimitable.

Para que nada faltase en aquel delicioso jardin, levantáronse en los cuatro ángulos otros tantos palcos para los coros que debian cantar en aquel alegre sitio las alabanzas y los hechos de Pio IX. El padre José Marchi, director del museo de Kirkeriano, puso todo su afan en adornar las cuatro galerías de aquel átrio con un aparato espléndido, digno de recibir al inmortal Pio IX. Llamado á tomar parte en la empresa el ilustre caballero Carretti con otros célebres artistas, les manifestó

su plan, y cada cual echo mano de todos los recursos de su ingenio; por lo que salió fecundo en la invencion, riquísimo en sus pormenores y vario en su artificio.

Dentro de las semi-lunas de los arcos interiores de las galerias hizo pintar al temple otros tantos medallones que representasen al natural los retratos de los nueve pontífices que en su adolescencia estudiaron la literatura y las ciencias sagradas y profanas en el Colegio romano, y juntamente los retratos de los santos que en el mismo cultivaron su entendimiento con la doctrina y formaron su corazon en las virtudes, que sembradas por los maestros y fecundadas por el Espíritu Santo dieron opimos frutos de vida eterna. Los cardenales que primero desempeñaron las cátedras de la universidad Gregoriana durante muchos anos, instruyendo á la escogida multitud que se agrupaba á su alrededor, y que luego brillaron esplendorosamente en la purpura senatorial de la Iglesia romana. Finalmente los retratos de aquellos padres que mientras instruian de viva voz en las cátedras, en noblecian con sus escritos las letras y las ciencias.

Elegidos para tan grande obra no solo los jovenes de bellas esperanzas, sino los mas aventajados, reuniéndose todos en el espacioso patio del colegio romano; y allí como en publica palestra de ingenio y de arte, y hallándose juntos, siendo todos testigos y jueces del mérito de cada uno, emprendieron con grande ardor su traba-

jo. Era un espectáculo digno de Roma ver á tantos jovenes pintores, unos tirando líneas, otros arreglando los campos; otros dando las sombras; otros dilatando las masas de colores; estrechando los contornos, dando cuerpo á los huecos y á los realces, arreglando el claro-oscuro; otros inventando las figuras, perfilando los extremos, arreglando los pliegues de los ropajes, dándoles aire en sus posiciones, animando sus fisonomías, y derramando en todas ellas la llama que les da vida, y que no pudiendo expresarse por la palabra, se trasluce con los ojos, en los gestos y en las posiciones.

Mientras que los jovenes alumnos mútuamente se estimulaban y se admiraban, los estudiantes de las ciencias dictaban disertaciones, componian tratados, referian historias, resolvian calculos, desarrollaban sistemas de astronomía, de física, de química, de geología y de historia natural.

Los que cultivaban las letras, preparaban oraciones, arengas, descripciones y poesías de toda especie, en todos metros y estilos, así en griego como en latin y en lengua vulgar.

Los filologos disponian inscripciones en prosa y en verso en las lenguas antiguas y modernas con caractéres fonéticos y geroglíficos, empezando por las letras sagitiformes, babilonicas, medas, asirias y persianas, y viniendo á parar á las sanscritas, itálicas, etruscas, umbrías, latinas y arcaicas, hasta los hermosos y conspícuos caractéres del tiempo de Augusto.

Ornato de la Iglesia.

Arreglábase en el templo la capilla de San Luis, ya de sí tan hermosa y rica con sus mármoles, los mas finos y preciosos que produce la naturaleza, con sus esculturas y dorados bronces, con las placas de plata de que está incrustrada la urna de lapislázuli en que descansa el santo, con sus columnas de verde antiguo, con el puro alabástro oriental con basamentos de porfido y de diaspro. Allí hasta el término de aquella maravillosa altura, se colocaron mas de cuarenta palmatorias con dos ó tres círculos de luces en cada una y dispuestas de modo que formaban hermosísimos dibujos; y lo mismo desde la parte superior de la boveda, ó de las ultimas cornisas hasta abajo en los arimeces; y las luces de esas toscas aranas despedian mil reflejos que presentaban todos los colores del íris.

En los modillos, saledizos y rosetones, habia igualmente relucientes palmatorias.

En el centro de los arcos de las capillas menores pendian dos candelabros dorados con grande arte y preciosos relieves; en unas partes el oro era terso y bruñido, y en otras apagado y mate formando su mayor mérito los follajes y arabescos que en ellos trabajó un cincel maestro.

El altar, que en sí es ya tan hermoso como todos saben, aquel dia heria la vista con un brillo y resplandor verdaderamente

prodigiosos, con las luces de los grandes candelabros del tabernáculo y del arca, adornada con arabescos de oro y de plata, con cabezas de querubines, y guirnaldas y lazos formados con hojas en elegante disposicion. El confesonario estaba cubierto con un rico tapete de felpa, con varios dibujos de flores de vivísimos matices. En las balaustradas habia estatuas de bronce sosteniendo antorchas, lámparas y palmatorias doradas, y entre las estatuas preciosísimos jarros con bellos y odoríferos ramilletes de varias flores. Habia enfrente del altar un reclinatorio cubierto de un grande y rico paño de escarlata, y encima y debajo del mismo unos almohadones de seda con borlas de oro en sus esquinas.

Por toda la extension del templo, en los arcos, resaltes y pilastras se veia un grandioso ornato de tapices y colgaduras de damasco formando anchos y majestuosos pliegues, y por todos los contornos y cornisamento corrian inmensas tiras y franjas doradas. Las dos tribunas que dan á la capilla de San Luis estaban destinadas para las damas y princesas romanas, que se hallaban sumamente deseosas de oir la misa del santo Pontífice, y de verle distribuir el pan de los ángeles á aquella multitud de alumnos.

Ornato de las galerías.

En cuanto á los ricos adornos de las paredes y de los arcos fué muy admirado y alabado Fornari, no solamente por la excelencia de los ropajes, sino por la armonía

de los colores, y la variedad del entretejido, de los movimientos, de los grupos y de los altos y bajos relieves. Veíanse varios crespones, arreglados en pliegues anchos ó delgados, suaves ó secos y como cortados; los cuales ya se dilataban de arriba abajo á modo de abanico, ya formaban elegantes ondas con delicados pliegues recogidos por cordones y cintas. Aquí veíase un majestuoso vuelo de ropajes, de cortinas y de pabellones, allí formaban semicírculos sobrepuestos; y en fin colgaduras regias que cayendo con majestad estaban fijas en hermosísimos rosetones.

Cada una de las partes arquitectónicas tenia su particular ornato, desde las cornisas exteriores, las cuales estaban ricamente adornadas debajo de los espléndidos cortinajes y colgaduras que las rodeaban. Luego, en medio de los arcos internos debian colocarse los medallones de los retratos en campo azul; por lo que tambien se pintaron de este color las aristas de las bovedas á fin de que hiciesen mayor armonía los fondos con el cielo: así presentaba un aspecto muy alegre ese color vivo, rodeado de fajas doradas, que se extendian por todas las bóvedas y formaban como un marco á toda la ornamentacion inferior.

Los grandes arcos externos estaban cubiertos en toda su extension hasta la cornisa de un ropaje fijo, en el cual se colocaron los carteles de las inscripciones: de la parte inferior de estos salian dos grandes cortinas de muselina blanca con caidas que formaban pabellones, y tanto estos como los cortinajes estaban adornados con u-

na franja de oro de grande anchura. Luego los pilares estaban revestidos de un paño carmesí con tiras de oro; y en medio de los arcos pendian unos cuadros que tambien contenian inscripciones.

Enfrente de aquel punto en que los arcos forman medio relieve encima de la pared interna, veianse hermosos adornos, y en los intersticios de los arcos exteriores, adornados con espejos, leianse otras inscripciones. En el centro de estos arcos, como ya dije, se suspendieron los medallones en campo azul, festoneados de color carmesí, y rodeados de una franja de oro. De la parte media del círculo pendian dos hermosas colgaduras de raso color de naranja con estrellas doradas.

En fin, fuera enteramente imposible referir todo el artificio, la riqueza, la esplendidez, el gusto, la elegancia y el mérito de las pinturas, y la oportunidad de aquella vasta ornamentacion, tanto considerada en su grandioso conjunto como en cada una de sus partes, aun las mas secundarias. Dichosos fueron aquellos jovenes que en una ocasion tan oportuna pudieron dar á Roma, muy hábil en distinguir y apreciar el mérito, tan magníficas pruebas de sus talentos.

La mayor parte de los retratos se representaban sentados, tanto para que se descubriese mayor parte de la persona, como para dar mas majestad á su posicion y ademan. Los sillones en que se hallaban sentados, á mas de favorecer muchísimo á la perspectiva, presentaban suma variedad de escultura y dorados, de que saco gran par-

tido la habilidad del pintor: todos fueron dibujados segun antiguos modelos, y á su sencillez reunian la mayor grandeza y magnificencia, terminando sus respaldos con los escudos y blasones de las familias de los pontífices y cardenales allí representados. Antes de entrar á recrear la vista en el pomposo claustro de las tribunas, haciase admirar el vestíbulo de la puerta principal, llena toda ella de colgaduras de seda y de riquísimos adornos. Desde el arco de entrada brillaban grandes cortinajes bordados de oro, de color blanco y amarillo alternativamente.

En medio de dos grandes espejos de ornato, veíanse en ambos lados del vestíbulo dos grandes cuadros, uno de los cuales representaba al pontífice Gregorio XIII, fundador del Colegio romano; y el otro á Leon XII, que lo devolvió á los antiguos maestros. Estos dos grandes pontífices, siendo los primeros en el beneficio, debian serlo tambien en recibir el testimonio de la inmortal gratitud que les profesa la Compañía de Jesus.

Retrato de Gregorio XIII, pintura de Sereni.

Este retrato era de cuerpo entero: representaba al pontífice sentado en un sillon macizo y galoneado en todo su contorno, con el almohadon del respaldo franjeado, y en su parte superior se ostentaban los blasones de la familia de Buoncompagni, cuyas armas se veian tambien al pié del sillon sostenidas por dos dragones alados.

El pontífice estaba retratado con gorro pontificio y capa de terciopelo carmesí graciosamente levantada con el movimiento del brazo puesto en actitud de dar la bendicion á cuantos entraban. El sobrepelliz era riquísimo con preciosos encajes, los cuales formaban transparencia con el falbala de color de rosa que tenian debajo. Llevaba lo demas del vestido de sarga blanca, con magníficos pliegues que caian hasta los piés. Pendíale del cuello hasta la rodilla una bellísima estola de brocado, cuajada de joyas y de pedrería, que recreaba la vista con sus bellas luces y reflejos. Las crucecitas de la estola, estaban llenas igualmente de piedras preciosas y de perlas. En los dos manípulos debajo de las perlas de las cruces, habia un camafeo con las insignias pontificias en bajo relieve. La estola estaba atada con una cinta de seda con hermosas borlas tambien de seda mezclada con oro. Debajo del cuadro leíase la inscripcion siguiente:

GREGORIUS XIII PONT. MAX.

CONDIDIT ANN MDLXXXII.

Retrato de Leon XII, PINTURA DE SOZZI.

Al lado izquierdo figuraba el retrato del pontífice Leon XII sentado: era su figura llena, y bellas sus facciones y actitud. Llevaba solideo y sotana blanca, que dibujaba majestuosos pliegues y hacía un hermoso

contraste con la muceta de color de amaranto, forrada de armino. Pendíale la estola, que era de un rico tejido tornasolado y formaba metálicos cambiantes. Apoyaba el pontífice la mano gravemente en la mesa, sosteniendo el breve de restitucion del colegio á la Compañía de Jesus; el sillon estaba cubierto de terciopelo encarnado con galones de oro, y lo superaba el escudo de armas de la casa de Genga con el águila correspondiente. Leíase debajo de este cuadro:

LEO XII PONT. MAX.

RESTITUIT AN. MDCCCXXIV.

Retrato de Pio IX, OBRA DE CARTA.

En medio de los medallones estaba pintaco al natural por el caballero Carta el sumo pontífice Pio XI en un gran lienzo que descansaba en el plinto de una base á manera de ara. Todo al rededor de este cuadro, el cual estaba tambien aplicado á un fondo azul, eran festones de color carmesí graciosamente pegados, y en medio de estas colgaduras habia varias tiras de tela de oro, que con su brillo aumentaban la hermosura de los adornos que rodeaban aquella obra maestra de pintura.

El pintor supo echar mano de todos los accidentes y objetos secundarios para dar mayor realce á la figura del pontífice. Representó el altar de San Luis. El Papa es-

taba vuelto de cara al pueblo con el copon en la mano y la sagrada forma levantada en el acto del *Ecce Agnus Dei*. En la tarima y gradas del altar extendio el pintor una grande alfombra verde, que daba sumo relieve á la cándida blancura del alba y al pantufluo del pié derecho, que asomaba por debajo del vestido con la cruz de oro en su parte superior.

Al lado de la Epístola represento el pintor al maestro de ceremonias arrodillado é inclinado con reverencia para levantarle el alba en el acto de bajar del altar; y al lado del Evangelio puso encorvado en ademan de adoracion un alumno del colegio Capranica, en traje negro y con una hacha encendida en la mano. En la ultima grada colocó un alumno del colegio Germanico devotamente arrodillado con sobrevesta encarnada, á su lado otro alumno de los Huérfanos con zamarreta blanca, y por último un alumno del colegio Escoces y Panfilo, que visten de color violado claro. Allado habia un muchacho de la clase de ciudadanos, y algo mas alla el padre director de la Congregacion de los escolares.

Pero sobre todo el artista se sobrepujo á sí mismo en el rostro y fisonomía del Pontifice, comunicándole aquella celestial expresion que recibia de la viva presencia de Jesucristo que tenia en la mano, y que reflejaba un rayo de su divina esencia en la frente de Pio IX. Aquellos ojos fijos en la hostia, la frente compungida, el aire humilde al par que sublime, el fuego que coloreaba sus mejillas, y los labios entreabiertos al pronunciar las suaves palabrs de

Ecce Agnus Dei, no hay pluma que baste á describirlo ni pincel que sea capaz de producirlo sin ser inspirado el artista por el augusto semblante de Pio. Este cuadro quedará como perpetua memoria de la altísima dignacion y paternal amor de tan excelso pontífice á las escuelas del colegio romano, y sera nuestra suerte y nuestra gloria envidiada de los que nos sucedan.

La inscripcion refería la historia de aquel fausto acontecimiento con estas palabras:

In memoriam diei auspicatissimi
v. cal. iul. an. á p. v. DCCCXXXVII
cum in sacris annivers. Aloisii Gonzagæ
alumni incolæ patroni cœlestis coll. rom.
Pius IX. pont. max.
parens juventutis auctor felicitatis publicæ
ad pietatem excitandam
ad optima quæque studia provehenda
in templo sancti Ignatii patris.
alumnos lycei Gregoriani
de salutari Jesu Christi mensa
lubens sua manu pavit
in porticu pro adventu principis indulgentissimi
imaginibus virorum illustrium enitenti
doctores decuriales obsequii significationem
alumnos ingenii voluntatisque suæ fructus
reverentius exhibentes
paterna adloquii suavitate excepit.

IX.

VISITA DE SU SANTIDAD A LA IGLESIA DE SAN IGNACIO.

No habian transcurrido veinte y cinco dias desde que se tuvo noticia de que Su Santidad debia ir por la octava de San Luis á celebrar en el altar de su santo, que todas las pinturas y ornamentacion que acabamos de describir, las inscripciones, disertaciones, poesías, música etc. estaba ya dispuesto y preparado en espectacion de tan grande acontecimiento. El dia anterior el cardenal Tosti envió muy cortesmente al colegio las admirables tapicerías que se fabricaron en el hospicio de San Miguel, para adornar las gradas del trono levantado al extremo de la galería que esta á mano derecha de la puerta del colegio, y presentaban un alfombrado regio y magnífico.

A la mañana siguiente llego al colegio la guardia suiza, y todos los alumnos, que desde muy temprano estaban reunidos en las escuelas, entraron en la iglesia de San Ignacio, donde se colocaron en orden de clases con sus maestros entre ellos. Y los colegios que frecuentan la escuela, cada cual formaba una brigada aparte, con los colores que constituyen sus divisas: así el colegio Germánico vestia de color de escarlata; el Irlandes con listas encarnadas; el Escocés, amoratado; el de Capranica, negro; el de Pánfilo, violado, y el de Huerfanos, blanco. Todos estos colegios vestian

el traje clerical. En traje seglar seguian el colegio de Nobles con cinta purpurea y un lirio de oro en el pecho; el de Ghislieri la llevaba de color negro, y por ultimo veíanse todos los estudiantes de Roma vestidos de fiesta.

Para las princesas romanas y forasteras, se destinaron las tribunas de San Luis, y las grandes señoras y nobles matronas estaban colocadas de frente entre los pequeños pilares que rodean el altar de Nuestra Señora. Los príncipes, embajadores, gentiles hombres romanos y extranjeros tenian sus puestos señalados, para separarlos y distinguirlos de la multitud. Todo en fin estaba dispuesto y arreglado con tanto orden y bella disposicion, que á la llegada del Papa pudiesen contemplarle á su sabor sin incomodidad, y admirar á tan gran pontífice, llenándose de la devocion que inspira el inmenso amor de que esta poseido en el acto de celebrar los augustos misterios del altar.

Apenas habian dado las siete de la mañana, que ya Pio IX salia del palacio Quirinal, en la carroza custodiada por la guardia de honor. Al lado iba el caballerizo de portezuela, gran gentil hombre romano, y le precedian dos hombres á caballo que formaban la vanguardia. Llegado que hubo á la plaza de San Ignacio, bajó á pié la graderia, bendiciendo al pueblo en el acto de subir á la plataforma. Al umbral de la puerta hallábase el general de la compañía con sus asistentes, el rector del Colegio romano con los profesores, y todos los escolares de las facultades de filosofía y de

teología, ordenados como dos legiones, formaban ala á la carrera del Papa. Apenas puso Su Santidad el pié en el umbral del templo, que monseñor Sacrista le presento el agua bendita: Pio IX, despues de haberse persignado, dio la bendicion á los Padres, que se habian arrodillado, y á todo el pueblo, que se habia agrupado y postrado para recibir la bendicion.

Mientras tanto el coro de ninos cantaba con dulce melodía y agradable concierto de voces argentinas de sopranos y tenores, un himno de alabanza, cuya acertada composicion y combinacion de sonidos resonaba en las bóvedas con una armonía inexplicable. Así, conmovido el corazon paternal del pontífice, iba adelantando con lentitud por la iglesia, siendo para todos un objeto de admiracion y de reverencia. Llegado al reclinatorio, arrodillose para rezar las oraciones preparatorias, y tambien se arrodillaron algo mas abajo de la tarima dos prelados de cámara, que le asistian á cada lado, mientras que la guardia de honor estaba formada en ala con las espadas al brazo, ofreciendo hermosísima vista con sus nuevos y bruñidos yelmos, de cuya cimera pendia el espeso penacho de crines de caballo, a semejanza de los antiguos dragones romanos.

Concluida la preparacion levantose, subio al altar, tomó agua en las manos, y monsenor Romill, arzobispo de Milan, que aquel dia habia venido á Roma á tributarle homenaje, le vistio las sagradas insignias, y permanecio á su lado como asistente durante la misa. Despues de la

comunion volviose Su Beatitud al pueblo; y dicho el *Ecce Agnus Dei*, descendió á dar el Pan eucarístico á los escolares. Entre aquella innumerable multitud de jovenes el Papa se ofreció á dar la comunion á trescientos, los cuales tuvieron que sacarse por suertes, puesto que todos estaban ansiosos de gozar de tal dicha. Pero los alumnos de varios colegios que frecuentan las escuelas del colegio romano fueron privilegiados, y se acercaron los primeros á la sagrada mesa. Habia en el altar otros dos copones consagrados por el Papa: uno de estos tomó el arzobispo de Urbino monsenor Angeloni, y el otro el obispo de Anagni monsenor Trucchi y ambos dieron la comunion al lado del pontífice á lo largo de los bancos preparados para los demas estudiantes.

Mientras esto sucedia en la Iglesia, en la botica del colegio todo estaba de fiesta. Compónese dicho establecimiento de tres grandes salas, y todas se hallaban adornadas con macizas albacenas, llenas de preciosas esculturas, así entre las columnitas como en la base y en la cornisa. En los estantes habia grandes jarros de porcelana del Japon y de la China ricamente adornados con arabescos y dorados; y otros del pais, de loza fina, con bellos dibujos azules y de un brillante barniz. El pié de los morteros era de porfido, y estos de bronce bruñido como el oro. Las balanzas relucian tambien como un espejo. En ambos extremos del mostrador habia dos pilas ó conchas de mármol griego; y encima de la albacena figuraban algunos her-

mosos cuadros, que representaban los retratos de Hipocrates, Galeno, Averroes y de otros célebres médicos y naturalistas.

En las dos primeras salas y en otra al lado del laboratorio, en el centro de cada cual habia una larga mesa con blancos manteles, y en medio platos de pan de España, dulces y confituras: á esta mesa se sentaron todos los prelados de palacio; en la otra sala hicieron otro tanto los oficiales de las guardias, y en la del laboratorio los familiares de Su Santidad. En la última estancia, que es la del estudio del farmacéutico, habia dispuesta una ancha tarima alfombrada, y la mesa estaba cubierta de un precioso damasco y encima finísimos manteles con guarniciones de encajes y calados en todo su alrededor. En el centro habia un magnífico templete, y á cada lado dos jarros de flores de las mas exquisitas y raras. Junto á la mesa habia un trono de terciopelo carmesí con un sillon magníficamente esculpido, todo lo cual estaba preparado para el refresco del pontífice.

Terminada la comunion de los alumnos, y despues de la misa, Su Santidad oyó otra de gracias, que celebró su capellan. Luego se levantó, y con el acostumbrado acompañamiento se dirigió á la farmacia por el pequeño jardin interior. Este jardinito tiene en el centro un surtidor de alto chorro, el cual cae en una hermosa pila, en que nadan dorados pececillos. Las tablas y macetas contienen plantas medicinales y de uso de la farmacia, y en un

ángulo se levanta la mas arrogante palmera que existe en Roma. Los arcos del claustro que rodea el jardin están sombreados por bellas espalderas de oleandro con flores blancas y coloradas, formando como una vistosa tapicería.

El sumo Pontífice adelantábase por debajo del portico, ya mirando al jardin, ya parándose á veces para hablar benignamente acerca de la devocion y compostura con que los alumnos se presentaron á recibir la comunion.

En la farmacia se detuvo instantes en cada sala, complaciéndose al ver aquellos vasos y el aspecto grave y solemne que los antiguos acostumbraban dar á tales santuarios de Esculapio, mayormente escribiendo en los vasitos sus terminachos arábigo-grecos. Cuando hubo entrado en la última estancia, y sentado que estuvo á la mesa que le habian destinado, su credenciero sacó de dentro de un cofrecito de marroquí encarnado y forrado de terciopelo una preciosa taza de porcelana dorada con salvilla de graciosos y delicados esmaltes, y habiéndole puesto café y leche de dos vasos de oro, le presentó el pan cortado en una pequena fuente de plata. Conversaba Su Santidad agradablemente con el cardenal Castracane, con monsenor d'Isoart, auditor de Francia, y con otras personas respetables.

Entonces todo estaba dispuesto en el atrio de las escuelas. Fueron convidados todos los colegios de Roma, lo mismo los eclesiásticos que los seglares, quienes enviaron tantos alumnos como cabian en ca-

da una de las arcadas de la galería. Tambien fueron convidados los príncipes, prelados y señores romanos. Los coros y las orquestas situáronse en los cuatro ángulos del patio: los estudiantes que salieron de la iglesia se arreglaron ordenadamente en los sitios por donde debia pasar el Pontífice: los de las escuelas inferiores con sus trofeos, lábaros, manípulos y estandartes formando una vistosa variedad de colores con sus banderas, insignias y divisas romanas y cartaginesas. Cada escuela formaba dos legiones, las que tenian su infantería, caballería, velites, etc. y se dividia cada una en centurias y decurias, con sus emperadores, cónsules, tribunos, cuestores y legados. Su Santidad recibió el mayor placer viendo como aquellos atrevidillos y alegres estudiantes inclinaban delante de él sus insignias clamando con todo su esfuerzo: Viva Pio IX.

Cuando el Pontífice entró en la galería fueron infinitos los aplausos y aclamaciones. Los coros hacian el mas agradable concierto cantando dos, tres y cuatro juntos; despues cada cual solo, y por fin respondiéndose unos á otros: luego venian pausas, repeticiones, piezas concertantes, pianos y fuertes de todo el lleno de las voces, y finalmente cavatinas, duetos, tercetos de sopranos y contraltos. Mientras tanto Su Santidad avanzaba lentamente, ya alabando el ornato de las galerías, ya deteniéndose delante de los retratos de los medallones, ya celebrando un objeto, ya otro, con aquel dulce y paternal sonrís que

alegra los corazones y aviva los ingenios.

El padre Manero, rector del colegio, y los profesores de diferentes idiomas le interpretaban las inscripciones hebraicas, egipcias, babilonicas, caldeas, etruscas, sanscritas, umbrias y oscas, en lo que Su Santidad en extremo se complacia.

Cuando llegaron al trono, Su Santidad tomó asiento en medio de los ardientes vivas de los asistentes. Entonces el rector del colegio se arrodilló en la última grada del trono, y dió al Santo Padre las mas expresivas gracias debidas á su extrema benignidad y clemencia; se las dió tambien por el altísimo honor que se habia dignado conceder al Colegio con su presencia, animando á aquella fervorosa juventud á seguir con mas entusiasmo la senda de los estudios bajo los auspicios de un príncipe tan generoso y tan sábio. Le suplicó que por último término de su excelsa clemencia, se dignase dirigir una mirada paternal á los alumnos de todas las facultades, admitiendo sus leves ofertas, que le presentaban como fruto de sus estudios, y que no podian apetecer mayor premio ni mas noble corona que el ponerse á los pies de Su Santidad.

A esto contestó con su particular gracia el Pontífice, diciendo: que admitia las composiciones y con ellas el afecto y adhesion de su querida juventud romana.

Estas palabras del Papa levantaron un clamor unanime de ¡Viva Pio IX!

Estaban alineados delante del trono el

profesor y dos alumnos de cada facultad á clase; y adelantándose una despues de otra las escuelas y arrodillándose á los pies de Su Santidad, le presentaron sus disertaciones. No es posible escribir toda la benévola acogida, las palabras cariñosas y los generosos impulsos que salian de los lábios del admirable pontífice, quien se hacia todo para todos, y estimulaba á cada uno con sus dulces miradas que inspiran confianza y con aquellos suaves modales que le atraen los corazones de todo el mundo.

Los pobres ninos cursantes de gramática, no pudiendo ofrecer cosa mejor en verso ó en prosa, atuviéronse á las flores, las cuales hacen esperar con el tiempo sabrosos frutos. Así, habiéndose aproximado á los pies de Su Santidad uno de los ninos recitó algunos versos presentando al propio tiempo un precioso ramillete de exquisitas flores. Pronunció los versos con tan gracioso despejo, que Su Santidad, al recibir las flores, le hizo varias caricias poniéndole dulcemente las manos en la cabeza.

Este rasgo de benevolencia reanimó las aclamaciones de los demas alumnos, y despues se levantó el Pontífice, dió la bendicion á toda aquella entusiasmada juventud y se dispuso á salir del átrio. Pero hé aquí que habiendo llegado á la mitad de la galería, vió delante de sí el gran cuadro de Carta, en el que Su Santidad estaba representado en el altar de San Luis en actitud de dar la comunion á los alumnos. Mientras que alababa la maestría

de aquella obra, la delicadeza del arte, la finura del dibujo, y el carácter de la composicion, el rector del colegio, doblada la rodilla, le ofrecio un cuadrito en que el profesor de física habia copiado al daguerreotipo, en una lamina de plata, todo el lienzo de Carta. Sonriose el Papa dulcemente al verlo; y tomándolo de manos del rector, lo dió al maestro de ceremonias diciendo:

—Lo aprecio infinito, y lo conservaré para memoria de tan bello dia y de tan alegre fiesta.

Dicho esto se fué por la portería hácia la puerta del lado del colegio, en donde aguardaban los coches y las guardias. Luego saludó benignamente á los Padres, dió su bendicion al pueblo, y volvio al Quirinal entre las aclamaciones de los estudiantes. Despues se permitio la entrada al pueblo romano por espacio de tres dias, para que viese los adornos de las galerias, y fué tan numerosa la concurrencia, que con dificultad podian los reverendos Padres entrar ó salir de casa.

Bartolo no fué ciertamente de los últimos que anduvieron á visitar tan hermosas decoraciones, y quiso presenciar toda aquella solemnidad, que luego trato de describir á Elisa. Esta sentia muchisimo no poder entrar en las galerias; aunque estuvo en la iglesia y asistio á la misa del Papa, de modo que cuando este se volvió con la hostia en la mano, sintió la jóven una conmocion tan viva, que derramo dulces lágrimas mientras duró la comunion.

¡Quién hubiera dicho que la impiedad

y la rabia republicana habian de robar y destruir aquella rica farmacia, y devastar é incendiar aquel magnífico colegio romano para hacerles pagar por medio del fuego y de la destruccion el honor de un dia tan grande!

X.

BARBARINA DE INTERLAKEN.

Aser, bajo la apariencia de un viajero comisionado de una casa de comercio de Dantzick, habiendo encargado á Spini los intereses de la faccion romana, dirigiose primeramente á Toscana, á fin de conferenciar con Guerrazi y Montanelli; paso a ver á los conjurados de Liorna, Pisa y Luca; les animó y enardeció para su empresa, y luego marchó á Génova. Aquí aguardábanle ya Pellegrini, Rota, Canale, Bisio y demas consocios distinguidos por muy ardientes. Se dirigio despues á Turin, conferenció con Sineo, Brofferio, Borella, Valerio y otras buenas piezas que deseaban hacer volar los tronos hasta las estrellas.

Con ciertas muestras de tejidos de seda, queria dar una vuelta á Milan, para bajar luego por el San Gotardo ó el Espluga á Suiza: pero sus amigos del Piamonte le aconsejaron que no se arriesgase á caer en las garras de la policía alemana; que por lo demas no tuviese cuidado, puesto que se trabajaba con el mayor ahinco; que

fuese aquella misma tarde al café de San Cárlos, donde habria ocasion de hablar extensamente de los asuntos relativos á la Lombardía, á Venecia y á la Italia central.

Aser, conforme á las noticias que recibió aquella tarde, habiendo ido debajo del portico de la plaza y encontrado en el café á Bofferio que le aguardaba, fuése con este hasta Santa Pelagia, á una casa que tenia la entrada junto á un callejon transversal, el cual estaba casi siempre desierto, principalmente de noche.

Allí subio á un tercer piso, y pasando por un corredor algo oscuro, entró en una hermosa estancia adornada con elegancia, entapizadas las paredes con papel felpudo, con bellos cuadros y estampas grabadas en acero puestas en dorados marcos. Estas representaban la historia de los esfuerzos hechos por varios pueblos para conquistar su libertad, tales como el incendio de Misolongi, la batalla de Nauplia, de Idria y de Tripolitza. Veíanse mugeres combatiendo animosas á los turcos, en medio de los valientes batallones de los griegos; otras curando las heridas de sus hermanos; otras llevando en hombros los cadáveres de sus esposos; otras detras de las columnas, al pié de los árboles, cargar los mosquetes de los combatientes, llevar municiones, y disponer los bálsamos y vendas.

En otros cuadros se representaban los esfuerzos de Varsovia contra los rusos, y de Cracovia contra los prusianos y sus aliados. Los adustos montaneses del Cau

caso, atacando á los cosacos en los despeñaderos y profundidades de sus valles: los maronitas del Líbano, que defendian la entrada de sus aldeas á fin de impedir que cayesen en poder de los egipcios, e saltando de roca en roca, huyendo de la servidumbre, con sus hijuelos en hombros, y dejándolos á veces detras de una peña, mientras disparaban un arcabuzaso á un emir, al que derribaban del caballo. Todas estas historias estaban tan al vivo representadas, que al contemplarlas el que entraba en aquella estancia se hallaba movido de mil afectos.

Encima de una gran mesa de mármol blanco habia un quinqué con seis luces, encerradas en hermosos globos de cristal esmerilado, y que despedian una luz blanca é intensa. Encima de la mesa habia esparcidos los periódicos mas furiosos de la Alemania, de Suiza y de Francia, los cuales predicaban los principios y máximas mas infernales acerca de las rebeliones, conspiraciones y traiciones; las doctrinas del Proletario ladron de Weithling, del Panteismo de Hegel, del Comunismo de Prudhom, del Estado salvaje de Marr, y del Hombre Dios de Moedeff.

En aquella estancia encontro Aser algunas personas que habian llegado antes: estaban leyendo echados en una especie de sillones elásticos en actitudes groseras é irregulares, uno con la pierna cruzada con el brazo del sillon; otro tendido en un sofá apuntalando las botas en el damasco del mismo; otro con el sombrero puesto, con una gran corbata desatada y

echados los cabos encima del hombro, y con el codo apoyado en la mesa, rascándose la barba y leyendo en alta voz aquel pasaje de Desmoulins, que dice:

«Cuando los hermanos de Francia den la senal, la Italia hará pedazos de sus príncipes y de sus Papas.»

Y murmurando ó gruñendo decia:

—Muy bien, en cuanto á mí, yo quisiera despedazar á una docena de ellos con estas manos, empezando por el teólogo Gaula, y acabando por....

—Antes de acabar, gritaba otro desternillándose de risa, yo te daré una cuerda recia y untada con jabon para extrangular á todos los jesuitas del Piamonte, y á tres ó cuatro Esmeraldinas del Sagrado Corazon por anadidura.

En medio de estas risas de lobo y de hiena, entraron Aser y Bolferio, y despues de haber estrechado la mano á algunos, y dándoles un beso en la boca, hundióse Aser en un sillon.

—Pues señores, ¿qué se hace en Roma? dijo un hombrecillo flaco, que estaba sentado en un rincon junto á otro grueso y rechoncho. ¿Se hace algo? ¿no ha llegado todavía Mamiani? ¿Sterbini se ha hermoseado el rostro? ¿Galletti se esta perfumando las barbas? ¡Oh ese Pio! la gente cree que nos ha de proteger, pero tengo para mí que si no andamos alerta nos hace volar por los aires: es necesario gritar, aturdirle, perdir, y luego de obtenida una cosa pedir otra y otra, hasta que solo le quede la cabeza para darnos.

Aser anadió:

—Nos estaria muy bien si ahora que tenemos las armas en la mano nos dejásemos pisar; pero no somos tan estúpidos. Mientras tanto, desde julio que el Papa no tiene ya policía ni fuerza. Muchos gefes de carabineros aparentan ser del Papa, pero son nuestros en alma y cuerpo. A fuerza de aullidos, de calumnias y de terror hemos quitado de los alrededores del trono á todos aquellos que nos hacian sombra, y al fin tanto gritaremos y aullaremos, que cuando no quede ya gota romperemos la botella. Ahora necesítase obrar allá arriba, y luego decirme en qué estado se hallan las cosas.

Mientras que Aser se dirigia á aquellos dos sugetos de los principales de la secta, entró un jóven metido en un gran sobretodo de camelote impermeable, con un boa de lana del Japon revuelto por el cuello, con bellos y pequenos bigotes, y con rizada cabellera caida sobre la oreja derecha. Llevaba botas de corte inglés con espuelas que resonaban en el pavimento cuando el joven andaba; el cual entró haciendo chasquear su látigo. Despues de haber saludado á la reunion y reparado en la presencia de Aser, le dió un ligero latigazo en la espalda, é hizo una pirueta girando sobre sus talones, plantándosele delante y mirándole fijamente. Aser lo midió de arriba abajo con una ojeada, se puso la mano en la frente como para refrescar la memoria; le parece reconocer á aquel jóven, y permanece indeciso; mientras que este dobla el índice sobre el pulgar, coge un pequeno resorte de debajo

de la nariz y se quita los pequeños bigotes.

Cuando vio Aser el rostro limpio y sin bigotes, cayó en la cuenta, y exclamó:

—¡Hola, Babeta! ¿Cómo estás ahí en semejante traje? Ya sé que eres una valerosa muchacha, capaz de grandes empresas; pero en verdad no te creí ginete. Te has hecho acaso caballero andante para arrojar á los monstruos de la selva negra?

—Si me hubiese cruzado para tal empresa, respondió alegremente Babeta, tu estarias ya muerto.

—Muy bien: no creí que fuese yo tan monstruo, replicó Aser, y arrimando una silla, hizo que Babeta tomase asiento á su lado.

Era esta la célebre Babeta de Interlaken, digna sobrina de Weishaupt, á quien el pastor Veyermann llamaba la gran Vírgen del comunismo helvético. Su nacimiento fué fraudulento, y se crio desde muy niña en medio de los cuerpos francos como criadita de una vivandera; fué creciendo entre la crápula, los hurtos, la rapiña y la sangre, y solo conocia á Dios por haber oido de contínuo blasfemar su nombre. En las escaramuzas en Lucerna cuando los radicales mataban algun catolico de los cantones primitivos, le hacian arrancar el corazon por Babeta, sacarle los ojos o las entrañas, y llevarlo en triunfo á los demas bandidos, quienes la pagaban con un beso y un vasito de Kirschenwasser.

Pero pasado el 28 de agosto de 1846, y

creados magistrados de Berna Ochsembein, Funck Stokmar y compañía, Babeta fué el heraldo mas astuto entre estos y las sociedades secretas, el agente de todos los manejos, astacias, tratos é intrigas de las misteriosas reuniones. Apareciase de improviso en todas partes, y desaparecia en un instante como un duende, sabia impenetrables secretos, robaba despachos diplomáticos sin alterar los sellos, se deslizaba como un áspid en los recónditos gabinetes de Viena y de Berlin, hasta de San Petersburgo, fabricaba letras de cambio, y alteraba las cifras de los pasaportes. Siendo aun tan niña que todavía se hallaba en la escuela de Lamastre, conocia el arte de confeccionar venenos, y de propinarlos segun las ordenes de la secta. Blasfemaba como un bandido, bebia como un argoviano, fumaba como un turco, disparaba la carabina como el mas diestro tirador al blanco, y manejaba el puñal como un maestro de esgrima. Parecia tener el diablo en el cuerpo, tal era la fuerza de su fibra, la actitud de sus brazos, la fascinacion de sus miradas, la audacia, temeridad y fiereza de su semblante cuando se encolerizaba ó amenazaba á alguno.

Atravesando un dia el lago Lemano desde Roll á Tonon en el Ciablese á fin de descubrir la huella de un sectario que habia huido de Lausana con una respetable cantidad de dinero de la Joven Suiza, se encontro con cuatro carabineros saboyardos, quienes habiéndola visto desembarcar del barquichuelo, la rodearon en una pequeña selva junto á la ribera. Entonces

Babeta les clava la vista, apunta la pistola al pecho de uno de ellos, y grita:

—¡Ea, cobardes, cuatro contra una muchacha!

Da un brinco, sale del bosque, salta en el esquife, y á toda fuerza de remos surca el lago, y deja á los cuatro carabineros mirándose atónitos sin saber lo que les pasaba.

Ahí teneis la buena alhaja que era Babeta, joven de veinte y tres años, y ya tan perversa y cruel; pero no debemos maravillarnos de que saliese tan endiablada de aquella escuela de sangre, de blasfemias é iniquidades. Otras mugeres por el mismo estilo se vieron en Roma, á las que varias veces se oyo cantar en las tabernas: ¡Viva el infierno y los que van á él! Muera San Pedro! Y no pocas junto con los bandidos de Garibaldi cometian latrocinios, sacrilegios y homicidios. De donde salieron semejantes furias, no podemos decirlo, como no sea de alguna tenebrosa caverna de conspiradores (1).

(1) Algunos han dicho en el alta Italia que tales mugeres nunca se vieron en Roma. Pero las vimos con nuestros propios ojos: algunas iban enteramente vestidas de soldado y con carabina; otras llevaban el traje de muger con basquiña y calzones. Cuando en la hacienda de Macao prendieron al jesuita Casaccia en traje de vinador, habia entre los agresores dos mugeres armadas con picas, las cuales no conociéndole le dijeron:—«Enséñanos al jesuita, que queremos arrancarle el corazon;» y cuando hirieron en el puente de San Angelo á aquellos tres que creyeron ser jesuitas, y á otros los arrojaron al Tiber; mugeres armadas eran las que les dieron de puñaladas y se lavaron las manos con su sangre como resulta del proceso. Estas furias vinieron á Roma con otros muchos malvados.

Así Babeta en aquel primer encuentro con Aser, le dijo:

—Despacha pronto, porque Ochesembein te aguarda en Berna, y necesita tus trabajos para ciertas comisiones suyas en el alta Alemania. Sabe, amigo, que el jesuitismo de los catolicos y de los protestantes está en su agonía; pero es necesario apagar el fuego del romanismo, que siempre está vivo en Italia, y principalmente en Roma. A tu vuelta te ocuparás en este asunto, seguro de que arrimarán tambien el hombro muchos amigos. Pero entretanto, ¿cuándo partes á Berna?

—El miércoles, respondio Aser; aunque primeramente debo escribir á Sterbini con respecto á lo que debe hacerse en Italia.

—Siendo así, escríbele, y yo me encargo de entregarle tus cartas con mis propias manos.

—¿Cómo? ¿acaso vas á Roma? ¿para que? dímelo.

—Pasaré por Roma, como quien dice, al vuelo, puesto que mi viaje es á Sicilia. Debes saber que Cestio, católico de los Grisones, uno de los primeros justos de Woithling, despues de haberse enterado de los secretos de nuestra sociedad, desapareció de Nidau, y en Lucerna se hizo espía del Sonderbund. Conque mira si puede pasar esto así: nuestro artículo 46 dice: Toda traicion de parte de algun miembro de la asociacion merece la muerte. Todo miembro está obligado á ser el ejecutor de la sentencia. Cayó la suerte en Porcio de Liestal; pero este perdida-

mente enamorado de cierta muger de Laufen, fué sorprendido por el esposo (que se habia ocultado en el huerto), y viéndole entrar por una ventanilla escondida detras del establo, le disparo un tiro que lo dejo tendido. En consecuencia, se me dió á mí el encargo de ejecutar la sentencia de Cestio, como empresa difícil de llevar á cabo, tanto por la astucia de ese traidor, como por la dificultad de envolverle en nuestras redes.

—¿Y como sabes que se halla en Sicilia? dijo Aser.

—No ignoras la perspicacia de nuestra policía, replicó Babeta. Cuando traslució que nuestros jefes habian notado su traicion y tenian conocimiento de su morada, desapareció de Lucerna, y á través de inaccesibles montes, se dirigio al Vallés, y se acomodó con un aldeano de Grampel. Allí permaneció de incognito hasta el mes de junio, en que habiendo venido del bajo Vallés algunos segadores, hallosa acaso entre estos cierto jóven de Bex, á quien reconocio Cestio por haberle visto entre los tiradores al blanco en el tiro de Aaran. No se necesito mas para que encaramándose por las escabrosidades del Simplon y subiendo á las neveras, descendiese luego por vías desconocidas y arriesgadas, y por entre enormes penascos á los valles de Italia, y despues bajo diferentes nombres se dirigio hasta Génova. Aquí tenia un hermano mayor en una casa de comercio, quien le vistió de nuevo y le dió dinero; y llevándolo á bordo del Castor, le hizo viajar hasta Nápoles. Tenia un primo ca-

pitan de las Guardias Suizas, la cual le acogió afectuosamente, y hubiera deseado que se alistase en el primer regimiento; pero como prudente y previsor, pensó que en Nápoles podian conocerle y denunciarle á los papistas de Berna, y le persuadió á que se trasladase á Sicilia, á donde en efecto partió con cartas de recomendacion para el gobernador de la isla.

Habiéndosele pedido que fuese maestro y ayo de los hijuelos de cierto príncipe de Palermo, aceptó de buena gana, y á su lado se halla actualmente: pero te juro que no durará mucho. Por causa de la sorda inquietud que reina en Palermo, el príncipe vive la mayor parte del año en una magnífica quinta de los amenos collados de la Bagheria, y últimamente se supo que se habia trasladado con los niños á otra bella mansion del príncipe en los alrededores de Siracusa. Pero aunque se esconda en las entrañas de la tierra, ó si quiere en los abismos del Etna, no ha de escapar de la punta de mi puñal, capaz de traspasar un diamante.

—Anda con cuidado, que con los sicilianos no hay que gastar chanzas, y si te pesa la vida, tienes buena proporcion para desembarazarte de ella; pues si el príncipe que dices, quiere á Cestio, sabrá defenderle ó vengarle.

—Si es por esto, replicó Babeta, no te dé cuidado, que le heriré entre sus mismos brazos. Pero no habrá necesidad, puesto que soy bastante fecunda en estratajemas. ¿Quién crees tú que sacó el alma del cuerpo al Arquidiablo de Turgovia,

que era enemigo del partido de Ochsembein, para defender los conservatorios de Berna? Yo.

—¿De veras?

—Tan cierto como hace tres meses que lo esta comiendo la tierra. Lo ejecuté del modo siguiente:

Ya sabes que era temido como un tigre; iba siempre cubierto de una cota de malla tan densa que no la atravesaba una aguja de tapicero; y á mas iba siempre armado con su estoque y con dos cachorrillos en cada bolsillo. ¿Qué hice yo para echarle el guante? Pagué un hombrecillo contrahecho que casi no tenia piernas ni brazos, sino solamente el cuerpo, y este con una joroba delante y otra detras: caminaba á gatas, apoyando las contrahechas manos en unos zuecos de palo. Este, pues, siendo un infeliz, hizo cuanto quise por poco dinero. Supe que Arquidiablo debia pasar por un camino solitario: al mismo tiempo el jorabado hizo como que se dirigia á una cabaña á pedir un poco de abrigo, y pasaba por la márgen del camino á orillas de una zanja. Así que este le vio venir hizo como que pusiese en falso el retorcido pié, y se dejó rodar á la zanja, desde cuyo fondo gritaba pidiendo socorro por amor de Dios. El otro al instante bajó á la zanja y procuraba cargarse á cuestas al contrahecho para sacarle del peligro. Pero mientras él estaba así inclinado, salí de repente de entre unas matas donde me habia puesto en acecho, y á la distancia de seis pasos le disparé mi carabina en la sien, de modo que la bala le

atraveso el cerebro. Cargué con el jorobado y le llevé lo mas lejos que pude al través de los campos, y despues de haberme desembarazado tambien de él, me dirigí á Gruningen.

—Eres ciertamente un angel, dijo Aser; mañana hablaremos con mas comodidad. Ahora que estos señores deben estar ya hartos de Gacetas, debemos deliberar acerca de los asuntos de Italia; pues ya sabes cuanto importan estos á los hermanos de Suiza y de Alemania.

Esto hablaron en voz baja y en aleman Aser y Babeta; mientras que Brelferio disputaba con dos saboyardos de Montier y de Bonneville sobre los medios mas seguros de corromper la piedad y fidelidad de las aldeas de Saboya, que conservaban su antigua sencillez de costumbres, gracias al celo de sus curas á quienes aquellas dulces bocas llamaban lirones, marmotas y osos silvestres.

Aser permaneció en medio de aquella junta hasta mas de la media noche: allí cada cual hablaba con seguridad de las disposiciones comunes, y proponia las desmedidas y malignas artes de la rebelion cubierta con el velo y el engañoso oropel del bien póblico, y de la seguridad y libertad de los ciudadanos; pero presentadas á modo de pacíficas peticiones de los pueblos adictos á sus reyes. Sin embargo, se convinieron tácitamente en fabricar todos á una bajo la sombra de tales artificios, los grillos y cadenas con que debian sujetar á la autoridad de las monarquías italianas. Sobre todo que se fuese siempre a-

vanzando con la religion en los lábios y la hipocresía en el corazon, llevando en la mano un gran libro en cuya portada se leyese impreso en caractéres de oro: «Los Santos Evangelios de Jesucristo»; pero desde la primera pagina, en todo lo restante del libro, en la primera parte el código de Lutero y de Calvino; y en la segunda los misterios del panteismo, con el decálogo del socialismo, y del comunismo de Prudhom, de Fourrier y de Considerant.

El dia siguiente Aser escribió á Sterbini:

«Querido mio: Ahí te envio la presente por mano segura, y te suplico que trates al dador con la amorosa cortesía que te sea posible; y pues sueles ser la misma gentileza, en especial con los valientes, sabe que la mano que te la entregará aunque blanca y pequeñita, es tan robusta que donde aprieta deja impresos sus cinco dedos.

1º «De aquí en adelante recibirás mis cartas y las de los hermanos por los peones de Liorna, puesto que se ha establecido un telégrafo viviente por el estilo del que hay en el imperio chinesco. Liorna es el punto central, y sus radios se extienden por toda Italia á manera de una telaraña.

«A cada diez millas en todas direcciones tendremos una estacion de correo secreta. Un mensajero parte de Liorna y á diez millas hácia Roma, Florencia, Turin, Milan, Venecia o Nápoles encuentra otro, á quien entrega el pliego, o trasmite de palabra su mensaje, cuando este es breve y

de pocas palabras, lo que se repite sucesivamente hasta el punto determinado. De esta suerte en pocas horas tenemos un correo seguro, activo, rapidísimo, y ni la policía podrá abrirnos la correspondencia, ni conocer nuestros secretos intentos.

2º «Lo que mas interesa ahora á la sagrada Liga es el asunto de los jesuitas. No queremos que haya en Italia esos suizos al rededor de los reverendos Padres. Pequeños consejos, grandes consejos cantonales, dietas federales en el Vorort de Zurik, de Lucerna y de Berna tardarán muchos anos en poder desarraigar tan ma la semilla del suelo helvético; y al fin es necesario todo el esfuerzo de los cuerpos francos para desanidarlos. Ahora el comité central de Mazzini, de Bridensteind, de Zaleski y de Druey ha adoptado la sabia resolucion de exterminarlos en todo el territorio de Italia y de Alemania con artes muy especiales y muy sencillamente, sin herir á nadie y sin derramar una sola gota de sangre italiana, gracias á que desea conservarnos para combatir al extranjero.

« Así lo mismo en Turin que en Génova, Cerdena y Nápoles, en la Romanía y en la Italia central, conviene dar á los jesuitas un asalto general y simultáneo, sin otras armas que gritos, silbidos, aullidos; y todo lo mas algunas piedras en los vidrios de las ventanas, y si conviene algunas botellas de aguarrás y unas cuantas faginas.

«El Jesuita moderno del abate Gioberti nos ha despejado el terreno, allanado las

sendas, hecho transitables los montes, llenado los valles y consolidado el mar; esta es la mejor ocasion que puede presentarse. Si con todo hay alguna dificultad ó algun obstáculo nos sale al paso precisamente debe venir de Roma. Pio IX da pruebas de estar en buena amistad con los jesuitas, y así cree tenernos distraidos, y que nuestra atencion, fija únicamente en la regeneracion de la Italia, no se dirigirá á esos reverendos á quienes ama y amó siempre. Pero precisamente porque queremos regenerar la Italia no podemos sufrir en ella estos repugnantes fuertes.

«Por consiguiente, amigo Sterbini, es menester mucha astucia para cogerlos en el lazo. Hacedlos pasar por retrogrados, por enemigos de toda nueva franquicia concedida por el Papa á sus estados, engañadores de la plebe para mantenerla sumida en la ignorancia, coligados con el Austria, traidores á la patria, adversarios de toda institucion noble, usurpadores do las dignidades y oficios del clero romano, envidiosos detractores de las virtudes y de la sabiduría de los demas religiosos, llenos de crímenes y de infidelidad á Pio IX, á quien profesan un odio infernal. Ciertamente Pio IX no lo creera, pero si él no lo cree, lo creerán otros muchos, y esto basta para nuestro objeto.

«Tenemos enteramente de nuestra parte á la Guardia cívica; y únicamente los buenos romanos, los papas barrigudos y con papada, y los de los bigotes grises exclamarán:

«—¡Por vida de....! ¿qué manejos son

estos? ¿Acaso hemos olvidado la triste época del cólera, en que tanto bien hicieron los jesuitas al pueblo romano? ¡Como se entiende! ¡arrojarlos de Roma! ¡Nunca!

«Y echando la panza adelante bajo sus capotes, y puesta la mano en la daga, jurarán defenderlos de los cañones. Pero son majaderías, pues uno solo de nuestros cívicos marcados vale por ciento de esos cobardes. Adelante, Sterbini; esta es la voluntad de los hermanos.

3º «El rey Carlos Alberto partio para Genova el 2 de noviembre, y ya todo esta pronto para las fiestas populares. En ellas, aprovechando el motivo de los jesuitas, probaremos á impeler los fagines del puerto y demas populacho á que se reunan y agrupen debajo de banderas para resistir con su masa numerosa y compacta los ímpetus de la caballería.

«En Turin aun no ha llegado la ocasion á juicio de los hermanos y segun sus intentos: la gravedad de la córte y de la metrópoli no debe comprometerse tan de ligero; pero en cuanto á Génova, todavía conserva bajo la ceniza las áscuas de la república; y te aseguro que bajo el pretexto de los jesuitas haria buen juego de ajedrez. Ya Constantino Reta esta acechando el castillo, y moviendo un peon quiere quitar aquellas torres del tablero, gritando luego: ¡jaque al rey! Los jesuitas en Suiza se cubrieron con sus sombreros; los genoveses tambien bajo la sombra de las anchas sotanas quisieron tenir

la cruz blanca de Saboya en la colorada de San Jorge.

4º «En Francia Guizot, Montalivet y otros moderados tienen muy buen olfato; huelen de lejos los banquetes reformistas a la inglesa; y este solo olor ya se les indigesta y da empacho. Así es que están buscando medios de quitar á los cocineros Ledru-Rollin y Prudhon las cacerolas y sartenes, y de apagar tambien el fuego de sus hornillos; pero los dos cocineros tienen unos ayudantes y galopines tan hábiles y decididos, que guisarán con salsa á estos ingenios, y ya preparan la cazuela para recoger el caldo de Luis Felipe á quien nos lo daran asado! Ya la Inglaterra ha enviado la manteca y la salvia para condimentar el guiso. Dentro de algunos meses llegará el olorcillo hasta acá en Roma.

«Con respecto á Viena y á Berlin te escribiré desde Francfort: ahora parto para Ginebra, de allí á Berna, Constanza y otras ciudades del Rhin, y por último á Swerin. He desempenado ya la comision relativa á los fusiles: arreglad como es debido la Guardia cívica. Pio IX querrá hacerlo á su modo, os dará leyes militares, ordenanzas de disciplina: aceptadlo todo y dadle las gracias, pero obrad como conviene. Te recomiendo la juventud romana; haz la guerra, pues con Padre-nuestros no se combate al extranjero. Ya me entiendes. Adios.

«Tu amigo — *Aser.*»

XI.

ARTES Y ASTUCIAS.

Los asuntos de Roma cada dia giraban mas y mas en torno de los principios profundísimos que socavaban debajo de ella los mineros de la Jóven Europa. No se trabajaba ya sordamente ni de oculto, sino á la luz del sol, y á la vista de toda la cristiandad se arrancaba de manos del pontífice la augusta autoridad de que se hallaba investido en sus dominios. Apenas acababa de hacer alguna generosa concesion al pueblo, todo eran festejos y prolijas gracias, pero luego seguian nuevos clamores y exigencias aun mas exhorbitantes. No se permitia al Papa un instante de sosiego, ó al menos de tregua; sino que abusando pérfidamente de las mismas concesiones, las convertian en arma para nuevos alborotos, hasta que por medio de perfidias y de amenazas pedian ó mejor arrancaban de manos de su señor mayores libertades. Semejante trastorno de sucesivas concesiones era muy semejante á un penasco desprendido de la cumbre de un monte, el cual hallando en su caida algun punto llano parece que se detiene, pero solo es para dar la vuelta con mayor ímpetu derrumbándose hasta el profundo valle, donde permanece sobre sus mismas ruinas.

Cualquiera que en Roma tuviese expe-

riencia de la índole de las sociedades secretas, de sus perversas artes y de su actividad, que aumenta las fuerzas haciéndolas obrar con rapidez; quien conocia toda la apariencia de bien con que se ocultaban perversos fines cubriéndolos con el manto de las virtudes cívicas; y quien comparaba las palabras con los hechos, y los actos públicos con los particulares, veia en aquellos formidables manejos un designio ya formado con sutilísima perspicacia; consideraba las fuerzas y las resistencias; distinguia lo aparente de lo oculto, lo resuelto y lo ensayado; veia las causas y los efectos, los estudios hechos sobre el carácter de la plebe, las inclinaciones de los grandes, y la presuncion de las clases medias: y á mas de esto, como quien navega en un mar nuevo é incierto, observaba los escollos, las pruebas, las tentativas en lo íntimo del clero para proceder con tiento y no echar á perder el juego.

Pero las perversas artes se habian vuelto en daño de la juventud romana, los crueles instrumentos de la seduccion le socavaban el terreno por todos lados, de suerte que caia á pié juntillas en las redes que le tendian sin poder escapar por ninguna parte.

El que habia llegado á veinte años era alistado en la Guardia cívica, sin valerle causa ni pretexto, ni decir que aun seguia los estudios y que no podia interrumpirlos á la mitad de su carrera: pues los que traficaban con la muchedumbre del pueblo romano habian formado en el seno mismo

de las escuelas, inclusa la de la *Sapienza*, una legion de estudiantes poniéndoles por jefes los mismos catedráticos de leyes, de matemáticas y de medicina. Algunos por no caer en semejante lazo vistieron el hábito eclesiástico; otros se marcharon de Roma so pretexto de que los médicos les habian ordenado viajar, o por tener que ausentarse para sus negocios, ó porque deseaban emprender nuevos estudios.

En medio de tal desconcierto, era sumamente aflictivo para las personas piadosas y sensatas ver por una parte el estrago y por otra el olvido de la religion de nuestros padres, y se lamentaban del abandono de la fé y de las buenas costumbres bajo capa de amor patrio, de la publica felicidad, del renacimiento de Italia, y de muchas otras farsas que debian hacer caer sobre Roma é Italia tantas calamidades. Pero el sumo Pontífice, con sus miradas paternales, vio claramente que los impíos iban corrompiendo la parte mas tierna y sensible de la gloria romana, y deploraba que se arrancase de los corazones de la incauta juventud el preciosísimo tesoro de la fé y de la piedad.

—¡Ah! exclamaba con frecuencia, me roban á los jovenes! ¡manchan su candor! ¡y matan sus bellas almas!

Cierta mañana fué á visitar á Elisa una tia suya, hermana de Flavia su madre: Polisena, bajo el pretexto de ir á comprar no sé que guarniciones para un sobrecama, salio ocultamente de casa, y entró luego en una tienda de modista, en donde la a-

guardaba Masi, el secretario de cierto personaje. Hallándose solas la tia y la sobrina, aquella le dijo:

—Hijita mia, que tal puedo llamarte segun lo que te me recomendó tu buena madre Flavia: ya sabes de cierto que Aser desapareció de improviso hace algunos dias: conozco bien que eres muy discreta y reservada; de todos modos eres muy jóven y todavía no tienes experiencia de la malicia de los hombres; quiera Dios, y así se lo ruegue el alma bendita de tu madre, que jamás llegues á sufrir tales desengaños, ni tengas que mirarte en semejante espejo, donde solo se ve el rubor de la verguenza y la palidez de los remordimientos.

El tal Aser, hija mia, te ha puesto en lenguas de medio Roma; y por cierto no puedo comprender la obcecacion ó el descuido de tu padre, que no se haga cargo de esto. Hállase tan fuera de sí con estas novedades de Roma, que mientras esta asomado á la ventana por ver lo que se hace en el exterior, no oye ni ve cosa alguna de lo que sucede en su casa. Este Aser es un desconocido; y si unos dicen que es hijo de un rey, otros al contrario aseguran que es un pícaro vagabundo, un miserable agente de las sociedades secretas; y no faltan otros que lo tienen por un asesino oculto bajo hermosos y ricos vestidos.

—¡Ay, amada tia! ¿qué decís de asesino? Yo creo que Aser tiene un alma noble y franca, replicó Elisa. Me ama bastante, y me salvó la vida con notable riesgo de la

suya. Sin embargo, nunca se ha atrevido á decirme que me ama, ni aun á hacérmelo saber por ningun medio. Conténtase con verme en la calle y en el teatro, y nunca ha puesto los pies en esta casa. Muy al contrario, mis amigas me llaman fria é ingrata, y quisieran que me mostrase mas afable y sensible; pero tengo grabados profundamente en el corazon los consejos de mi pobre mama, quien muchas veces cuando iba á verme á San Dionisio, deciame: «Considera, Elisa, que una jóven cristiana debe tener modestia y rubor y no dar el mas leve indicio de ligereza á los jovenes. Si alguno de estos ama con buena intencion ya sabe lo que le toca hacer, esto es, dirigirse á los padres.» Así, querida tia, aunque no pueda negar que lo quiero bien, con todo no me separaré de mi comportamiento modesto.

Esto diciendo se le asomaron las lágrimas.

—Me complazco en creerte enteramente, repuso la tia: pero es el caso que en Roma se habla mucho de ello; y Matilde del Campo de Marte, y Julia de la plaza Farnesia, que, como sabes, son muy buenas madres, decian ayer en una reunion de caballeros que habian prohibido á sus hijas todo trato familiar contigo por temor de que se hablase mal de ellas. Ahora que por fortuna se ha marchado Aser á otra parte, procura enmendar lo pasado; supuesto que—y cree á tu tia que te ama—Aser debe de ser un gran fracmason.

—Querreis decir, querida tia, que todo su afan es por el bien de Italia, que solo

piensa en la grandeza y en la libertad de la patria, y estoy muy lejos de creer que estas cualidades lleven consigo nada de fracmason ó de carbonario. Mi padre desea el mismo triunto para Italia, y con todo es muy buen cristiano, y ama y reverencia al Sumo Pontífice; cosas todas que no hacen los carbonarios.

—Tu padre debiera ser algo mas romano de lo que es en realidad, dijo la tia; pues segun él nada bueno hay actualmente en Roma. Siempre esta con los suizos, con los franceses, con los húngaros, etc.... entre estos todo es bello, magnífico y grande; al paso que entre nosotros todo es oscuridad, y parece que nunca nos salga el sol. Envanécese con su uniforme de capitan de la Guardia cívica pareciéndole ser otro Napoleon; y cuantas veces me encuentra me apura para que aliste á mi Severo en el batallon de la Esperanza (1). Considera que aun no ha cumplido once años. Bastante tengo con Mimo y Lando, que desde que han entrado en esa Guardia cívica no puedo ya hacer carrera con ellos.

—A propósito, tia, decidme: ¿por qué no vienen ya los juéves ni los domingos á pasar la velada con nosotros? No obstante, tengo preparada para Mimo una nueva pieza de Verdi á cuatro manos para piano, y es hermosísima. A Lando le tenemos preparada aquella hermosa romanza para arpa con acompanamiento de flau-

(1) Los demagogos constituyeron un batallon de niños con uniforme verde, que se llamaba de la «Esperanza.»

ta. Allí esta mi pobre arpa, vedla; no la he tocado desde que se fué mi primo; pues sola no me da gusto; al paso que con el acompañamiento de flauta la estaria tocando todo el dia. Polisena cuando nos oye se estremece, diciendo que las antiguas italianas animaban con el arpa á los guerreros lombardos para combatir á Barbaroja. Decidles á entrambos que los aguardo, y que es una vergüenza olvidar así la música.

—¿Qué quieres, hija mia? dijo aquella pobre madre: desde que se ha establecido el cuartel de la cívica, yo misma no los conozco. Siempre están con el fusil en la mano; continuamente vienen a casa ciertos mocetones barbudos con aborrascados bigotes, que al verlos no puedo menos de hacer la señal de la cruz. Abajo en el plan terreno hacen el ejercicio; Mimo ensena á Lando; luego este manda á Mimo, y así pierden el tiempo hasta deshora de noche. Luego, cuando viene el maestro de esgrima hacen un ruido, un pateamiento y dan unos gritos capaces de despertar á un difunto.

Tú sabes cuán bueno y dócil era mi Landoncito, cuán amable é interesante; pues has de saber que se ha vuelto una víbora. Ademas, le veia muy humilde, era muy amigo del padre de Vico, cada ocho dias frecuentaba los sacramentos, y todas las mananas oia misa en el altar de San Luis. Ahora, casi no me atrevo a decirlo, harto consigo si logro con todos mis esfuerzos que no pierda la ultima misa de los domingos: pues desperdicia el tiempo

engalanándose para la parada que hace el coronel en la plaza del Pueblo, ó en la de San Pedro, á las dos de la tarde. Empiezan limpiando uno el canon del fusil y otro las abrazaderas; llaman á su hermana Anita para que blanquee con yeso el cinturon de la cartuchera; y la pobrecilla, apenas levantada, con los cabellos en desórden, se embadurna las manos con el albayalde; otro brune, otro frota, otro rasca, otro limpia las hebillas y los botones; de manera que tu prima se ha convertido en un verdadero ordenanza; y cuidado que no lo haga á buenas, que Mimo se enfurece y le arroja á la carà el trapo súcio.

En aquel instante entró Bartolo en el cuarto de Elisa por haberle dicho al volver á casa que en él se hallaba su cunada, y fué á saludarla.

—Buenos dias, Adela; ¿cómo estamos?

—Muy bien si no fuese madre; pero esta calidad tan dulce y suave por sí misma, ahora me entristece y llena de afan. Amigo Bartolo, no puedo mas.

—¿Qué sucede? ¿tienes algun hijo enfermo?

—Ojalá que todos enfermasen.

—Ciertamente es esto muy extrano!

Entonces Adela, vuelta á Elisa, le dijo:

—Querida, ¿podrias hacerme una naranjada? tengo muchísima sed y tú sabes prepararla que es un prodigio.

Despues que salio Elisa, volviéndose su tia á Bartolo, le dijo con las lágrimas en los ojos:

—Sí, cuñado mio, me hallo en cuanto á mis hijos en el extremo de desear que

estuviesen sumidos en el lecho: la cívica me los asesina.

—¿Como así? dijo Bartolo.

—Porque, repuso Adela, porque de buenos cristianos que los crié, se hallan en camino de perdicion por la impía y malvada escuela que frecuentan de noche y de dia en el cuartel, donde oyen conversaciones que hacen estremecer, blasfemias, juramentos y heregías de nuevo cuno.

Los primeros dias que mi Lando estaba de guardia, volvia á casa todo desconcertado, los ojos encendidos, la frente arrugada, la cara pálida y el pecho anhelante; me cogia de la mano y estrechándomela la besaba con viveza: ¡que palpitaciones! parecia que el corazon queria salírsele del pecho. Luego me decia llorando: «Mamá, libradme de ese infierno, pues en él pierdo mi alma. Allí no se habla mas que de suciedades; uno cuenta ses hazañas con las bailarinas, otro las asechanzas puestas al pudor mas exquisito, otro las torpezas cometidas hasta en la santa basílica; y citan las personas por sus nombres, diciendo: con esta hice tal cosa, á la otra dije tal otra; y los demas rien, se hacen señas, y exclaman: bien, muy bien, perfectamente.

«Ya podeis figuraros, mamá, qué noches se pasan en medio de tan escandalosas conversaciones. Una de ellas al dar la campana el Ave-María, yo me quité el sombrero como es debido. Pero qué silbidos, qué escarnio y befa no hicieron de mí por causa de aquel acto. Uno me llamo tonto, otro imbécil, otro que era un asno en em-

pañar la gloria de las armas con el Ave-María. Vete á decirla con esos bribones jesuitas, que son supersticiones suyas. ¡Infames! hé aquí como embrutecen y hacen estúpidos á los jovenes de talento! ¡Mueran los jesuitas! ¡Viva Gioberti! De dia leen los pasajes mas furiosos del *Jesuita moderno*, y ¡ay! del que no pone toda su atencion á tal lectura; la cual glosan y la aplican al padre A, o al padre B.... Y observad, mama, que hay muchos entre ellos que todo lo deben á los jesuitas, y que iban á lamerles los pies. Luego, despues de leer aquel perverso libro, leen otras mil habladurías é impiedades. Denigran á los cardenales, y hasta hay alguno que en voz baja va diciendo á los mas pervertidos:

—De aquí en adelante el Papa tendra que haberlas con nuestras bayonetas.

—Ensartaremos á los jesuitas; los guisaremos condimentados con grasa de frailes y prelados, y sera un manjar exquisito.

Todo esto me referia Lando los primeros dias; pero despues, ya porque Mimo tenia mas respetos humanos y le renía por su devocion, ya tambien porque una manzana podrida malea la que está sana, Lando poco á poco se volvio incorregible, provocador y libertino; desprecia las cosas sagradas, se ha vuelto altanero en casa, y trata de pervertirme a Severino. Además, Mimo y Lando me roban continuamente, y ya han desaparecido de mi casa varios objetos de plata, que Dios nos guarde de que mi esposa lo note. En fin, Bartolo, el gobierno

debiera poner remedio, ó de lo contrario Roma va á ser una abominacion.

Bartolo contesto:

—Nada tiene que ver en esto el gobierno: el Papa dice, manda, suplica, exije, pero el mal esta hecho. Luego, ya se sabe: ¿quereis que un cuartel sea una sacristía? en ellos se fuma, se gastan algunas bromas, se habla un poco de flores frescas, se rie; pero en el fondo son buenos muchachos los romanos. Ya vereis, Adela, como todo se arreglará, y cuando la confederacion italiana se halle efectuada, la religion florecerá mas que nunca.

—Mucho importan estas esperanzas, replico Adela, á una madre que con tanta ansiedad vé como se separa á sus hijos del temor de Dios, y se les lleva á su perdicion. Pero quisiera que fuéseis mas avisado, que vigiláseis algo mas á Elisa, y tomáseis en cuenta lo que de ella hablan las amigas de la difunta Flavia tocante á ese mozo suizo.... Pero hé aquí á Elisa, que llega con la naranjada.

Mientras tanto, á fin de noviembre, dos horas despues de medio dia llego corriendo un coche á la fonda de Serny, en la plaza de España: iba en él la jóven baronesa de Derberg, con un vestido de raso, una esclavina de pieles de marta y un sombrero de felpa rodeado de una trenza de oro. En un asiento detrás del coche iba la camarera y un lacayo de grandes bigotes que le cubrian el lábio enteramente.

Así que paro el coche en el umbral de la fonda, salieron de ella dos mozos, que se apresuraron á abrir la portezuela á su Ex-

celencia la baronesa, dándole en francés la bien venida. La baronesa mandó que le preparasen la mejor estancia de la fonda; y habiéndose hecho traer los baules y maletas, dijo al dueno:

—Sabeis si se halla en Roma el senor Sterbini?

—Si, excelentísima senora.

—Le mandareis á decir, pues, en nombre de la Baronesa de Derberg, que me haga el obsequio de pasar á verme un instante.

¡Ya podeis figuraros si fué puntual Sterbini! ¡Una baronesa de Derberg! ¿Quién podia ser? Acaso alguna hermana de la Santa Alianza germánica? En medio de tales pensamientos llego Sterbini á la fonda Serny. Al entrar vio una hermosísima é interesantísima joven, con un magnífico vestido de terciopelo azul turquí á lo María Stuarda, con una grande soguilla de oro al cuello, de la que pendian joyas preciosas sujetas por medio de anillos. La baronesa inclinó suavemente la cabeza, y extendió la mano, la cual besó Sterbini con respeto. Luego la baronesa le dijo:

—Sentaos, amigo mio.

En seguida saco de una carterita una carta, y anadió:

—Aquí me teneis, que os traigo una carta que me entrego con gran confianza nuestro amigo Aser en Turin.... Aquí esta leedla.

Mientras que Sterbini, puestos los anteojos, recorria con rapidez el contenido de la carta, la baronesa, apoyando el brazo izquierdo en el sillon, y la mejilla en

la mano, con la otra hacia dar vueltas á los cordones que en gruesas borlas caíanle delante; y así al soslayo observaba los varios efectos que en la frente de Sterbini traslucian á la lectura de aquel escrito. Luego que este se enteró del contenido, soltó una risita; y volviéndose a la senora, le dijo:

—Perdonad, señora baronesa; pero segun se expresa Aser, parece que esta carta se habia entregado á un hombre, y no á una tan graciosa viajera.

—No os dé cuidado, replicó; Aser debió sin duda estar distraido al escribirla. En cuanto á mí, me alegro de que la fortuna romana en todo os sonria, manteneos firme en la empresa, pues la Alemania tiene la vista fija en Roma, y tambien en Viena y Paris están esperando la señal.

—Vuestra venida nos infundirá valor, añadió el doctor Sterbini, pues supongo que nos traereis muchas indicaciones á propósito de nuestro intento. Tendremos por mucho tiempo el gusto de teneros aquí?

—Manana parto para Civita--Vechia, dijo la baronesa.

—¿Cómo mañana? ¿Y no vereis á los hermanos?

—No.

—Y cuál es el término de vuestro viaje?

—Malta, dijo la astuta jóven.

—Si necesitais cartas para Aquiles ó para De Sanctis, excelentes y virtuosos amigos, tendré el placer de proporcionároslas.

—No hay necesidad, pero os lo agradezco infinito: tengo cartas para estos tambien, y les llevaré noticias vuestras.

Sterbini, despues de hacerle otras muchas preguntas, viendo que era tarde y creyendo que la jóven necesitaba descansar de su viaje, se despidió cortésmente. Babeta el dia siguiente partio para Civitavechia, desde donde se embarco para Sicilia en busca de Cestio.

XII.

LA FRAGATA SAN MIGUEL.

Aser, despues de haber recorrido gran parte de Alemania hasta Danzick, siempre dedicado á arreglar nuevas coligaciones para las novedades que iba preparando la Joven Europa, en daño de los príncipes y de los gobiernos, lo mismo católicos que protestantes; despues de haber dado esta vuelta, dirigióse á Italia. Los asuntos de Roma ocupaban vivamente la atencion de Mazzini y de los radicales de Suiza; pues creian no poder llegar enteramente á su objeto, mientras la metropoli del mundo cristiano no hubiese dado al traste en medio de todos los excesos y trastornos civiles y religiosos. Aser habia recibido de estos las mas perversas instrucciones: llevaba su provision de noticias para exaltar los animos; espuelas para aguijonear, frenos para sujetar: llevaba consigo los diseños de todas las trincheras para animar los asaltos de todos los baluartes, con el doble objeto de atacar y de defenderse; de todas las minas para las sorpresas, de

todos los acechos para las emboscadas, y de todos los senderos para la fuga. Roma debia caer en poder de la secta secreta; pero mas bien como aquel que paseando entra en un laberinto en cuyo centro hay una cueva de ladrones, que despojan y atropellan al que entró por gusto, que no como quien, sabiendo que el enemigo le aguarda, se arma, procede con cautela, y no cede sino despues de haber con valor combatido. Roma se perdió, tocando, cantando, bailando y riéndose de aquellos que compadecidos le gritaban: Cuidado que si continúas en estas locuras te verás arruinada cuando menos lo pienses.

Aser, despues de haber visto otra vez en Turin á los amigos de la calle de Santa Pelagia, en medio de los cuales habia hallado en noviembre á Babeta; y despues de haber conferenciado con ellos acerca de los intentos de los gefes de la Sacra Alianza, fuése á Genova, no á confortar y enardecer á sus compañeros, sino á alabarles por todo lo que ya habian hecho, y por lo que estaban en ánimo de hacer. Por la tarde, aunque el cielo estaba turbio y el mar agitado, metióse Aser en una lancha del puerto y se hizo llevar á bordo de la fragata de guerra *San Miguel*, cuyo gran casco descansaba sujeto por el áncora. Allí preguntó por un oficial de á bordo, á quien debia comunicar varios secretos de parte de un ginebrino, quien le habia informado de los procedimientos helvéticos contra el Sunderbund, que habia caido antes por traicion, que por las armas de

un ejército de mas de 90,000 hombres mandados por el general Dufour.

Recibióle en la cubierta del buque un viejo contramaestre, que con adusto semblante, pero con ojos serenos, le dijo que el tal oficial habia bajado á tierra para asuntos del almirantazgo; pero que no tardaria mucho en volver y que si queria esperarle mientras tanto le ensenaria aquel hermoso buque.

Condescendio Aser con mucho gusto. El marino le hizo notar la limpieza del puente; la pulidez de los metales, la maestría de la brújula, el grosor y la altura de los mástiles, los canoncitos de las gabias, lo hermoso de las velas plegadas sobre las vergas, la admirable distribucion del cordaje y demas; de manera que Aser quedó maravillado. Bajando despues á la cámara de popa, entraron en la sala de armas, y vieron espadas y cuchillos dispuestos en forma de estrella, y las paredes cubiertas de puñales, pistolas, trompetas, amarras y falconetes para el abordaje; todo colocado en tan buen órden y hermosa disposicion, que formaba la mejor vista imaginable.

Examinó la cámara del comandante, y los camarotes de los oficiales y el lujo extraordinario y las magníficas y lustrosas maderas de los muebles, con filetes y embutidos de varios colores, de modo que ellos solos equivalian á las mas ricas tapicerías orientales. Paso a la gran cocina, y admiró los ingeniosos hornillos de hierro, tan bien colocados en el centro de la nave, que aun en medio de la mayor

agitacion del mar y de las borrascas no se derramaba nada de lo contenido en los calderos, ni se esparcian las áscuas con riesgo de causar un incendio. Al rededor estaban suspendidas de travesanos las hamacas, lechos de lienzo para los soldados y marineros; á los lados de las troneras vió los cañones con gúmenas y garfios para resistir el contragolpe del disparo. Allí estaban sentados en buen órden formando corro partidas de seis y de ocho soldados, que estaban comiendo unas sopas con yerbas, y bebian con frascos de cuero, haciendo de mesa las tablas del buque.

Habiendo bajado despues Aser á la estiva, vió otros dormitorios de soldados, y en la proa la enfermería muy bien arreglada y limpia, lo mismo que el botiquin, provisto de cuantas sustancias y medicamentos podian necesitarse, así como de trapos, vendas, hilas y apositos de toda clase para las heridas recibidas en los combates. En medio de aquella oscuridad que solo á trechos disipaban algunas lamparas con su luz lánguida y moribunda, en medio de aquel silencio interrumpido solo por las olas que azotaban los costados del buque, Aser se dirigió poco a poco á un rincon, que formaba una estancia, dentro de la cual se oia un rumor sordo de mucha gente que hablaba en voz baja interrumpida por graves suspiros. Exteriormente se paseaba triste y silencioso un centinela, con pasos lentos y los brazos cruzados, con el sable que casi le resbalaba del hombro izquierdo.

El viejo marino, volviéndose á Aser, le dijo:

—Aquí dentro, caballero, están encerrados los jesuitas que anteayer á media noche, como por un milagro de la Vírgen, se salvaron de un terrible asalto que dió el populacho escalando la casa profesa de San Ambrosio, y al mismo tiempo el Colegio real en el palacio Doria-Tursi. Los pobrecillos son capaces de conmover a las piedras: al ver á unos sacerdotes dedicados hace tantos años y con tanto celo al bien del pueblo con limosnas, predicaciones, confesiones, asistencia a los enfermos y á los moribundos; perseguidos ahora hace tantos meses como unos malvados ó ladrones, y al fin asaltados por una plebe feroz que queria asesinarlos!....

—¿Sabeis cómo han escapado?

—Los del Colegio real, que tenian á pension tantos jóvenes, al ver casi derribada la puerta principal y puestas las escalas á las ventanas, huyeron con aquellos inocentes por un pequeño sendero que desde el jardin conduce debajo del fuerte de Castelletto, y por un favor de Dios hallaron abierto el cancel de hierro, el cual regularmente para guarda del fuerte esta cerrado; desde allí pudieron refugiarse en las casas de los ciudadanos, quienes compadecidos los acogieron y pusieron en salvo.

Los de San Ambrosio, atacados con una rabia de tigre y en medio de aullidos y blasfemias, vieron que no habia modo de escapar; y estaban ya á punto de caer en las garras de los furiosos, quienes ya se

afianzaban en los antepechos de las ventanas con el punal cogido entre los dientes, la baba en la boca, y la muerte, el estrago y la desolacion en el corazon. Los infelices Padres, viendo rodeada toda la casa y la iglesia por innumerables turbas de amotinados, no podian arrojarse á la calle por las ventanas mas bajas, ni escapar por los tejados, por estar la casa enteramente aislada.

Pero, Dios, que queria librarles de aquel martirio, les trajo á la memoria muy oportunamente que la antigua tribuna, en la que iba el Dux los dias festivos á oir el oficio divino, tenia comunicacion con el palacio Ducal por medio de un pasillo que daba á las habitaciones interiores de la familia. Así arrimaron escalas á la tribuna, subieron, y despues de haberlas arrojado detras de sí, se refugiaron en el palacio, donde actualmente vive el gobernador de Génova. Hé aquí que S. E. vió entrar de improviso en su casa á aquellos sacerdotes descoloridos y aterrorizados, erizados los cabellos y con la frente bañada en sudor mortal.

Mientras tanto los mas feroces enemigos de la casa de Dios entraron por la ventana y corrieron á abrir las puertas: una porcion de guardias cívicos se precipitaron al átrio, y la otra impidió con las bayonetas que entrase el populacho, diciendo que le arrojaria por la ventana las riquezas de los jesuitas. Debeis saber que en aquel átrio hay muchos confesonarios, donde por la tarde iban á confesarse los genoveses; y no pocas veces yo mismo me

confesé y recibí grandes consuelos. Al rededor de los pilares y en las paredes estaban suspendidos los retratos de tantísimos padres como fueron martirizados en el Japon, en las Indias, en America y en la China. Pues lo primero que hicieron algunos fué destruir á sablazos los confesonarios, y con un furor satánico traspasaban los ojos de aquellos mártires con las puntas de las bayonetas, y con las dagas los desgarraron é hicieron trizas, dándoles un segundo martirio, diciendo:

—Ojalá pudiésemos arrancar las entrañas y despedazar á aquellos malvados reverendos (1).

Aser permanecia inmovil contemplando á ese anciano marino tan lleno de fé y de piedad; y al oir tan execrables hechos, sentia en su corazon una conmocion muy rara entre sus semejantes, la cual trataba de reprimir cuanto le era posible. Pero el contramaestre proseguia diciendo:

---

(1) Un diario democrático de Génova quiso desmentir esta gravísima relación diciendo que [illegible] cívica aun no se habia organizado en Genova en aquel tiempo —Solo les preguntarémos ¿quién destruyo los confesonarios y desgarró los cuadros? La tropa regular piamontesa no era tan vil que se bardonase á [illegible] sacrilegas y torpezas.

Pero sí la guardia cívica, la cual invadió el colegio Dória Turs: cuando el P. Severo Gastaldi, salido [illegible] fué entre [illegible] á la guardia cívica, y [illegible] escarnecido [illegible] lo, lo mismo que Jesucristo en casa de Caifás haciéndole horrorizar con las mas asquerosas torpezas. La historia, imparcial conservadora de los hechos, tiene anotados ya los nombres de los que promovieron aquella atroz y fu[illegible] asechanza de jesuitas.

—Despues no hubo rincon de aquel vasto edificio en que no huroneasen, ni mueble que no rompiesen ó arrojasen al populacho por la ventana; camas, colchones, sabanas, manteles, sillas, mesas, cajones, utiles de cocina, cuadros, y por ultimo millares de libros y de manuscritos de la biblioteca: de manera que causaba a mas profunda lástima ver tantas preciosidades arrojadas confusamente por algunos desalmados, que cargaban con cuanto podian llevar, y adelante.

Pero lo mas horrible fué que para hacer ver al pueblo que los Padres eran unos disolutos y malvados dignos de toda especie de castigo, arrojaban por las ventas fajas de chiquillos de teta, gorros de muger, sayas, estampas obscenas y otros objetos propios de un lupanar. Así fué que la plebe, ora lo creyese, ora fingiese creerlo, gritaba:

—Mueran los infames! vayan á la horca los hipocritas! al fuego los malvados!

Aser, no pudiendo contenerse, interrumpió al marino diciendo:

—Oh! esto es ya demasiado. Eugenio Sué en el *Judio errante*, Gioberto en el *Jesuita moderno*, que achacan á los jesuitas toda especie de iniquidades, nunca les atribuyen estas asquerosas torpezas; semejante honor estaba reservado á los genoveses.

—Mejor direis, repuso el anciano, á un médico malvado que se alabo delante de algunos de nuestros oficiales de haber traido él mismo debajo de la capa todos aquellos objetos abominables y de haberlos ar-

rojado por las ventanas; como tambien fué él mismo quien arrojo el cadaver de una criatura al terrado del pabellon en el jardin del Colegio real, esparciendo luego la voz de que los jesuitas eran infanticidas. El comisario de policía fue al Colegio, y habiendo hecho arrimar una escala, subio al terrado, envolvió en un pano la criatura, y entrando en la estancia del Rector se la presentó. El pobre religioso quedo como fuera de sí del susto; pero el comisario le dijo: «Tranquilizaos, padre mio; que la policía sabe ya de qué manera fué llevada alla arriba esta criatura, y hasta conoce á su madre desnaturalizada y al malvado que la mato y que la arrojo al terrado.

Aser exclamó:

—¡Ah mónstruos! Pero estos jesuitas deben ser muy odiados del pueblo cuando tanto se ha enfurecido contra ellos.

—¿Odiados del pueblo? Muy al contrario; el buen pueblo genovés ha dado siempre pruebas de que los ama y reverencia; á ellos acudia en sus necesidades con toda confianza, y ellos en cambio le trataban con grande amor. En cuanto a mí, los tengo en el concepto de bienhechores, y nunca podré olvidar cuanto hicieron en mi casa en tiempo del colera. Figuraos que tenia un hijo ya crecido, que entonces acababa de llegar de Buenos-Aires: el colera ataco a mi esposa: el muchacho y una hija mia de diez y seis años la cuidaban, dábanle friegas con franela, le aplicaban los fomentos y demas; pero luego, uno tras otro cogen la enfermedad y su estado es gravísimo. Continuamente permanecieron junto al le-

cho dos jesuitas. Los vecinos, cada uno procuraba guardarse, y no se encontraban asistentes por todo el oro del mundo; al paso que los jesuitas, a mas de confesarlos y animarlos con santas palabras, les daban á beber aceite, calentaban mantas y los envolvian con ellas, les levantaban la cabeza, y muchas veces en medio de la violencia del vomito parte de lo arrojado les caia en el hábito; pero ellos firmes, sin que nada les amedrentase ni les hiciese asco. Mi esposa murio; pero gracias á tan solicitos cuidados mis hijos se libraron de una muerte casi inevitable. Uno de aquellos dos Padres se halla tambien encerrado aquí dentro. ¿Quereis verles un instante? Se os partira el corazon al verles tan abandonados, pues huyeron con solo el hábito que llevaban encima.

Aser le respondio que en efecto gustaria de verlos. Entonces el viejo marino abrió poco á poco la puerta, é hizo entrar al joven forastero, quien á dos pasos se detuvo como desmayado. En aquel estrecho recinto, á la funebre luz de un ahumado farol, en el interior de una especie de sepulcro de cinco metros de largo sobre cuatro metros de ancho y uno y medio de alto, habia mas de veinte religiosos, pálidos, macilentos, con los ojos mústios y la cabeza inclinada, sentados en el suelo, arrimados unos á otros como bestias, en medio de un tufo, un hedor y un afan mortal.

En un rincon habia sentado encima de un monton de paja un viejo, envuelto en una colcha, atormentado por dolores, y tan

angustiado, que á cada respiracion parecia querer exhalar el alma; á su lado habia un hermano joven aleman, quien con una mano sostenia la cabeza del moribundo, y con la otra le enjugaba el sudor que en sus accesos asmáticos le chorreaba de la frente.

Dijo este algunas palabras á otro Padre, y conocio Aser en la pronunciacion que era aleman; por lo que animándose le pregunto en su lengua patria, quien fuese aquel enfermo. El hermano Winterhalter levanto la cabeza, y contento con hallar en medio de aquel extremo abandono un compatricio suyo, le respondio:

—Senor, esta víctima de la crueldad humana es el viejo polaco Wisoski, echado del imperio ruso con los demas jesuitas en 1820, hombre que empleo sus mejores anos acompanando á los misioneros á las áridas tierras de Siberia y á los ásperos montes del Cáucaso, en donde cada ano iban los jesuitas en busca de los infelices catolicos de Polonia allí desterrados, á fin de proporcionarles los consuelos de la religion, y tambien lo que puede dar el hombre, llevando ropa y pieles para que se abrigasen en aquellos rigorosos hielos, y alguna botella de ron con bizcochos, que era para ellos un beneficio inestimable. Así este noble y generoso hermano, quebrantado por tantos viajes y por la humedad de aquellos frios y nebulosos paises, se vio atacado de terribles dolores en los huesos que le obligan á ir encorvado hasta el suelo, y principalmente le han ata-

cado en las articulaciones de los dedos, que como veis, tiene encallecidos.

Este infortunado habitaba en el Colegio real, en donde hacia muchos meses que estaba imposibilitado y sumido en un lecho por sus espasmos y achaques; ahora hace dos semanas que su estado era gravísimo. La otra noche, en el asalto del colegio, mientras huian los Padres y demas comensales, uno de dichos Padres, joven magnánimo [el mismo que veis allí sentado disfrazado (1) á la italiana], no quiso separarse del lecho del enfermo, y Dios le salvo milagrosamente de las manos de aquellos furibundos. Cesado algun tanto el tumulto despues de media noche, salio ocultamente, y fué á pedir por favor que aquel viejo fuese admitido en el hospital publico; pero se lo negaron con inaudita crueldad. Así el mismo Padre fué detenido en el cuerpo de guardia; y Visoski, cogido envuelto en la colcha por cuatro soldados, lo llevaron en brazos á bordo, y lo echaron, como veis, en el fondo de este buque.

Aser rechinaba los dientes á impulso de la rabia que tamana crueldad le infundia, y sentia en lo íntimo del corazon un punzante remordimiento por haber él mismo, segun las órdenes de Mazzíni, impulsado á aquella cacería á los tigres de la secta. Pregunto á Winterhalter quien era el superior.

—Ahí esta echado, contestó el hermano.

---

(1) Era un misionero de los Estados-Unidos de América.

Es breton, y por espacio de veinte años estuvo haciendo grandes beneficios en Génova; por lo que era amado y respetado de todos los buenos (1).

Aser se inclinó, y compadecido de su situacion, le pregunto en francés, quién le habia así sepultado, y como habia sido ello.

El superior, que era benevolo y cortés, despues de haberle dado las gracias por sus compasivos sentimientos le dijo así:

—Despues de noviembre del año pasado y á la vista del rey, los seductores del pueblo empezaron á formar grupos y turbas, con banderas que llevaban por las calles, gritando: ¡Viva la Italia! Viva Gioberti! Llegados al Colegio real y debajo de San Ambrosio, aullaban, mugian, rugian como fieras, vociferando: ¡Fuera los jesuitas! ¡Fuera el austriaco! Habiendo partido el rey en diciembre, el motin no tuvo ya tregua, y así de dia como de noche se oian los gritos de ¡mueran los jesuitas!

Largo fuera de contar nuestras zozobras, las terribles noches y espantosos dias que hemos debido pasar por espacio de mas de tres meses, encerrados en casa, y reducidos hasta á decir la misa en la iglesia con las puertas cerradas, puesto que ni aun el santo templo del Señor era respe-

(1) El P. Luciano Cuiberto, despues de haber sufrido tantos males en Italia, pasó á América: de allí fué á Flandes al lado del conde de Ultramontes, con quien fué el año pasado á Roma y Nápoles, y ahora se halla en los colegios de Francia.

tado. Algunos de nuestros hermanos legos que salieron á comprar lo indispensable, viéronse acometidos en la calle por hombres feroces pagados y atizados por la secta, que les maltrataron, y hubiéranles asesinado á no haberles sacado algunas personas compasivas de las garras de semejantes malvados.

Desde muchos años que teníamos en casa al P. Jordan, portugués, sugeto de gran celo y virtud, quien enviado por la Compañía á Inglaterra, y de allí á San Petersburgo, hizo admirables conversiones entre los príncipes y nobles de Rusia. Arrojado de allí en 1815, y de toda la Polonia en 1820, primeramente fué á Francia, despues á Italia, y por último desde hace mas de veinte años que se hallaba en Génova. Convirtió él solo mayor número de judios y de protestantes que ningun otro de nuestros Padres. Ya podeis pensar cuanto le aborrecerian los impíos. Debio ir prófugo y errante por el Piamonte, y consumido por los años, las persecuciones y los sustos, siempre con la muerte que le estaba amenazando, cayó en una grave enfermedad, y aun así demacrado y exhausto, echado de una á otra ciudad, sin que ningun hospital ni persona alguna caritativa pudiese recogerlo de la calle, fué llevado en medio de los frios en unas angarillas al través de los hielos de los Alpes á Niza de Provenza, en donde murió apenas acababa de llegar.

Ni sus venerables canas, ni la memoria de las abundantes limosnas que hizo continuamente á los pobres de Génova, ni el

agradecimiento por tantos beneficios como hizo á los desgraciados que acudian siempre á su bondadoso corazon; nada de esto pudo mover en lo mas mínimo los crueles corazones de sus enemigos. Así, habiendo escapado de sus manos, no sabiendo estos como vengarse de sus virtudes, corrieron furiosos á la plaza del Teatro, en donde habia caido una copiosa nevada, y amontonando la nieve, formaron como un catafalco y con dos palos y un travesano arreglaron una horca. Luego hicieron un maniquí en figura de jesuita, poniéndole el nombre del *infame* Padre Jordan, lo ahorcaron por mano del verdugo en medio de los silbidos y rugidos del populacho, el cual le escupia y arrojaba pelotones de nieve. No se contentó con esto todavía su ferocidad, sino que descolgándolo lo pusieron en un féretro, é hicieron una procesion nocturna con antorchas de resina, y recorrieron la ciudad cantando el *Miserere*, hasta que al llegar á San Teodoro, precipitaron el maniquí al mar por entre los penascos y llenando el aire de maldiciones.

Aser callaba, y trasudaba, y el superior prosiguio su relacion:

—Despues de tantos horrores y abominaciones; dieron el asalto á nuestra casa derribando las puertas y escalando las ventanas. La divina Providencia nos deparo un medio de salvacion en la tribuna que desde la iglesia comunica con el palacio del gobernador; pero allí apenas llegamos á salvo, se nos quitaron inmediatamente los manuscritos de sermones y de leccio-

nes de humanidades y de filosofía, lo único que pudimos llevarnos: nos encerraron en una estancia, y al cabo de dos horas, habiéndonos hecho poner unos capotes y yelmos de soldados, así disfrazados y estrechados en medio de un numeroso batallon, fuimos llevados á esta oscuridad, sin permitirnos hasta despues de un dia y medio subir á cubierta ni aun de noche a respirar un sorbo de aire puro, puesto que, como podeis experimentar vos mismo, aquí nos ahogamos.

El viejo marino, al contemplar el triste aspecto de aquellos sacerdotes, lloraba, y habiéndose vuelto al padre que con tanta caridad habia salvado á sus hijos en tiempo del colera, le cogio la mano, y sin decir palabra la béso exhalando un profundo suspiro.

Aser dijo:

—Pero entre estos Padres no pocos serán ciudadanos y naturales del reino; siendo así, ¿por qué razon no se les permite volver á sus casas?

—Ya lo hemos solicitado, dijo el superior, pero no nos dan respuesta, ni nos dejan los medios de acudir al rey; antes al contrario, á algun oficial se le escaparon ciertas palabras que nos dan muchísimo que recelar.

Aser, llevado de su enojo, exclamó:

—Estos hombres empedernidos son dignos de todo vuestro odio.

—No, senor mio; ellos merecen toda nuestra compasion.

—¿Es posible? despues de haber sido tan crueles con vosotros—al paso que si no

querian que estuviéseis reunidos, podian separaros y enviar á cada uno á su respectiva familia;—¿y no los odiais?

—Muy lejos de desearles el menor mal, rogamos á Dios por ellos.

Aser, al oir la expresion de tan nobles y cristianos sentimientos, quedó profundamente conmovido: despidióse y salio de allí con unos afectos del todo nuevos en su corazon.

Dos dias despues partio en posta para Luca, y en la bajada del Poyo entre el Borghetto y Spezia, en uno de los saltos que dió el carruaje, se rompio un muelle, por cuya causa debió detenerse algo en esa ciudad. Mientras estaba paseándose a lo largo de aquel admirable golfo, en el que pueden fondear varias flotas sin verse la una á la otra, y estar con toda seguridad, divisó á lo lejos la humareda de un pequeño buque de vapor que habia vuelto la proa hacia aquel lado.

—Miradlos! miradlos! empezaron á gritar algunos hombres de cara feroz, ¡ahi vienen! arriba! mano á las piedras: vienen jesuitas, los cuales son enemigos de la Italia: no les dejeis acercar[illegible] entregarla al Austria, abrasar nuestras casas y asesinar á nuestros hijos.

Eran aquellos furiosos algunos genoveses, que habiendo oido decir que el gobierno habia trasladado los jesuitas desde la fragata *San Miguel* al *San Jorge* para enviarlos á Spezia, y de ahí á los estados del duque de Modena en Massa, habian venido de antemano con intento de amotinar al populacho para insultar á aquellos

infelices desterrados. Semejante rumor y gritería atrajo á los carabineros; y cuando el buque estuvo surto y anclado, echo al agua algunos botes para desembarcar á los jesuitas. Pero aun no habian llegado al muelle, que aquellos frenéticos, atizados por otros, arrojaron una nube de piedras. Los carabineros gritaban al pueblo que se estuviese quieto, pues obraban por orden del rey, y aquellos sacerdotes estaban bajo su salvaguardia; añadiendo que allí estaban los coches en que debian ser trasladados, hallándose todo dispuesto para que partiesen inmediatamente.

—¡No! matar á los traidores!

Pusiéronse de por medio algunos caballeros, y Aser entre ellos, y tanto hicieron, que al fin aquellos infelices pudieron subir á los coches. Pero en medio de tan encarnizado furor y de tan fiero tumulto, ¿cómo trasladar al anciano Wisoski, dolorido de todo su cuerpo, enteramente encorvado y casi moribundo? El padre joven del Colegio real, de quien hemos hablado, vestido como estaba á la italiana con una gran corbata tricolor al cuello, cargo con el enfermo á cuestas, envuelto como estaba en la manta, y gritando como si fuese un agente de policía: ¡Ea! fuera, canalla, paso! lo llevo á un coche, en el que le acomodo del mejor modo posible en medio de tan extraordinario tumulto.

Partieron aquellos desterrados sacerdotes en medio de los aullidos y silbidos de la turba soez; y aunque custodiaba cada coche un carabinero y habian ya pasado la Magra, los dos carabineros que iban de

vanguardia retrocedieron asustados, diciendo á sus compañeros:

—Vamos á morir todos; de Sarzana salen mas de mil furiosos que fueron avisados por un expreso enviado de Spezia: estan armados y gritan: ¡Mueran los traidores!

Los carabineros se pusieron alerta y mandaron á los postillones que se mantuviesen apartados de la ciudad, y que diesen la vuelta á las murallas hasta llegar al otro extremo de la misma, en donde renovados los tiros partirian á Carrara. En tan angustiosa situacion, los desventurados jesuitas encomendaban su alma á Dios, confesábanse y se absolvian mútuamente en artículo de muerte, levantaban la vista al cielo, invocaban á la Vírgen, y se ofrecian en pleno holocausto al Señor.

Aser, despues de haber arreglado el coche, prosiguio su camino, y llego á Sarzana precisamente cuando aquellos tigres desencadenados corrian por dentro de la ciudad á tomar la delantera á los Padres. Aser, como vio la tempestad que iba á caer sobre aquellos desdichados, detuvo su carruage algun tanto en la plaza ó esplanada que hay fuera de la ciudad, y vio el atroz espectáculo que ofrecian aquellos centenares de bárbaros reuniendo grandes piedras, precipitándose á los carruages en que iban los Padres, y con el brazo levantado, aguardando la señal para arrojarlas. La mayor parte de los espectadores se estremecieron, heléseles la sangre, bajaron la vista, y volvieron la cara para no ver

tanto estrago. Unos llenos de odio se arrimaban á las portezuelas y arrojaban fango y estiércol de buey y de caballo á la cara de los Padres; de modo que estos, pálidos y desfigurados, apenas tenian figura humana; pues cabellos, vestidos, rostro, todo estaba cubierto de fango y de suciedad. Nada vivo presentaban, ni aun los ojos, que tenian cerrados por temor de quedar ciegos, y á algunos mezclada con el fango les cayo alguna piedra que les descompuso el rostro (1).

Cuando Dios quiso llegaron al sitio destinado á la muda de caballos, los que rompieron algun tanto por entre la muchedumbre, y fué un milagro de la Providencia que ninguno arrojase la primera piedra, pues de lo contrario indudablemente hubieran caido tantas sobre aquellos mártires de las sociedades secretas, que hubieran quedado sepultados bajo las mismas. Al salir por la cerca de Lavenza del territorio piamontés, bendijeron á la Providencia, y llegaron á Carrara en un estado tan miserable que el verlos causaba espanto.

---

(1) Pedro Starbini, en su larga palabrería impresa en Roma en su diario, dijo:—Ya no hay un solo jesuita en los colegios de Italia: los pueblos no los quisieron; pero los respetaron; á nadie se hizo daño ni se tocó á ninguno siquiera en un cabello.—No sé si al Sr. Starbini le hubieran gustado mucho semejantes obsequios.

XIII.

CESTIO.

Por ese mismo tiempo Babeta de Interlaken, ya desde fines de noviembre del año antecedente se dirigio, como queda dicho en otro capítulo, á la isla de Sicilia bajo el nombre de Baronesa de Deberg, con el piadoso designio de quitar del mundo al joven Cestio, el cual movido por los impulsos de su conciencia habia abandonado las sociedades secretas, á las que por desgracia habia dicho su nombre y su profesion. Llegada Babeta á Palermo, y habiendo alquilado allí una casa elegante cerca de la marina, estuvo acechando los pasos y las acciones de Cestio, con que tuvo conocimiento de que por Navidad debia volver á Siracusa con los hijos del príncipe, de quienes era ayo é institutor. Mientras que—como el gato que dormitando acecha el agujero donde esta metido el raton—aguardaba á su víctima, no permaneció ociosa; sino que usando de toda su actividad para promover y ayudar á los perversos intentos de la secta, se introdujo en las reuniones de la Joven Sicilia para animarla á acometer grandes y súbitas novedades. Obraba parte en público y parte en secreto; frecuentaba las juntas de los mas ardientes demagogos en casa del príncipe de Scordia ó del viejo Rugerio Septimio, en donde le sucedia en-

contrar todas las tardes uno u otro imitador de Juan de Prócida, quienes ayudándose con los secretos manejos con que se gobiernan los agitadores de Suiza y de Alemania, agradecian á la baronesa sus provechosas lecciones.

Vuelto ya Cestio á Palermo, Babeta, que era muy hábil en falsificar escrituras, valiose de un ardid diabólico, escribiendo á Cestio una carta como que fuese de su prima de Lucerna, á quien el jóven amaba; y al mismo tiempo le envió de letra propia una esquela, diciéndole que tuviese la condescendencia de pasar á verla, pues tenia que hablarle muchas cosas de parte de su prima Enriqueta. Cestio quedó contentísimo; y la baronesa le dio tan halagüena acogida, que quedó prendado de aquella noble señora, y no contento con la primera visita, siguió tratándola familiarmente todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, y hasta alguna vez salia á paseo en su compañía.

En resúmen, supo aquella miserable tomar tan bien sus medidas, que ya le pareció haber llegado el momento de dar el golpe.

Una tarde paseándose fuera de Palermo por una espesa selva de laureles, dirigióse con él detras de una pequeña altura llevándolo por sendas extraviadas, y en que cruzándose las ramas forman como una bóveda de verdura, y despiden una sombra que despues del crepúsculo tiene la oscuridad de la noche. Pero en el instante en que la fingida baronesa iba á clavar traidoramente en el costado de Cestio

un largo estilete, hirio sus oidos el repentino ladrido de una perra de casta de lebrel, que saltaba y jugueteaba con otros perros por entre el laberinto de aquellos senderos; por lo que temiendo Babeta que los dueños de los perros podian entrar de improviso en la selva, aparentó que queria volver á los sitios frecuentados, y se volvio con Cestio á la ciudad.

Como le salio mal el golpe, se puso á imaginar nuevos ardides para lograr su intento. Así, cierto dia que estaban solos en casa, tomando un aspecto grave y sério, le dijo:

—¿Sabeis, mi querido Ernesto,—este era el nombre que le habia puesto la secta de los iluminados al entrar en ella—que el año pasado, en una romería que hice con otras nobles señoras alemanas á vuestro santuario de la Ermita, al contemplar á vuestra Vírgen Santísima sentí en mi pecho tan viva conmocion, que no pude ya recobrar otra vez la calma? Trato continuamente de combatirme á mí misma, pero es inutil, pues la idea de dejar de ser luterana por abrazar el catolicismo me persigue y atormenta con una tenacidad increible. Vos, que sois catolico, ¿no pudiérais darme alguna luz que me ilustrase y guiase en este asunto?

Cestio, que se habia convertido de veras al buen camino, se alegro muchísimo de lo que estaba oyendo, y le propuso ponerla en manos de un piadoso sacerdote que desvaneceria sus errores, y le daria mucha luz acerca de la verdad del catolicismo.

Babeta le respondio al punto:

—Os lo agradeceré muchísimo: mientras tanto os ruego que mañana vayais á la basílica de Monreal, en la capilla donde están los sepulcros de los reyes, y allí, sin temor de que nadie os interrumpa, como sin duda sucederia aquí en mi casa, podremos hablar de este asunto con mas seguridad y comodidad.

Cestio respondió que de muy buena gana iria, y que antes pasaria á buscarla.

—No, repuso Babeta: vos vais allá solito, y yo por mi parte iré tambien sola; no os haré esperar; ved que no tardeis. A propósito, despedid el coche que volveremos juntos en el mio.

Al dia siguiente al ponerse el sol dirigióse Cestio al grandioso templo de Monreal, y despues de haber examinado con asombro aquel vasto y magnífico edificio, que levantó la magnificencia de los reyes normandos, fundadores de la monarquía de Sicilia, dirigió sus pasos solitarios al recinto de los sepulcros. Los dias de invierno son cortos, sombríos y por la tarde se aumenta la oscuridad, y la arquitectura gótica forma siempre majestuosas sombras: así fué que en aquella hora los mausoleos de los reyes solo tenian una leve tintura de luz. Cestio, viéndose solo, se arrodilló al pié de uno de los pilares, y rogó á Dios, en medio de aquel triste y solemne silencio, que en su misericordia le perdonase las culpas de su juventud; y principalmente el haber apostatado de la fé con los juramentos y secretas abominaciones de los iluminados.

Cuando estaba íntimamente conmovido su corazon con estos pensamientos y compungido brotaban lágrimas de sus ojos, oyó el ruido de ligeros pasos y vió que entraba la baronesa. Iba vestida con un manton oscuro, y llevaba las manos metidas en un gran manguito de piel de fuina forrado de negro. Adelantose, y despues de haberle dado las gracias por la puntualidad con que habia acudido, saco la mano del manguito, y se la alargó cogiéndole la suya.

—Muy bien; pero parece que estaríamos mejor sentados detras del sepulcro de Guillermo el Malo.

Dieron vuelta al mausoleo, y antes de sentarse, la baronesa detuvose algo como examinándolo; luego bajando la vista al pie del sepulcro, dijo á Cestio:

—¿Habeis jamas leido la inscripcion del sepulcro de este gran monarca? Por favor leedme algo de ella, y veremos qué dice.

Cestio se bajo un poco por causa de la oscuridad aproximando la vista al marmol. Entonces Babeta saco de dentro del manguito un agudo punal de tres filos, y le clavo su agudísima punta en la articulacion de la cerviz; luego en un abrir de ojos retiró el punal, echóse á un lado y clavoselo por los rinones hasta el corazon.

Aquella satanica muger enjugo friamente el punal en el mismo vestido de su víctima, lo metio en la vaina y salio de la basílica sin ser vista de nadie; subio otra vez al coche; y sin que nadie del mundo pudiese sospecharlo, fuese como acostumbra-

ba á pasar la velada á casa del príncipe Rugerio Septimio, donde estaban reunidos los conjurados que dentro de pocos dias habian de presentarse en abierta rebelion, y trastornar la isla á los gritos de viva la libertad (1).

En aquellos primeros dias de furor y de estragos, Babeta, vestida de hombre ocupábase enteramente en poner barricadas en las calles, y atrincherada detras de los paisanos, tiraba á la guarnicion con un pequeño canon inglés que barria con su metralla á cuantos soldados se ponian delante. Cuando fué asaltado el cuartel real, fué de los primeros que entraron, semejante á una pantera, dentro de las habitaciones, y mataba sin piedad á los oficiales. Pero como tenia muy á pechos las cercanas revueltas de Viena, y como seguia con los conjurados de este pais tratos que la llamaban á Alemania, resolvió salir de Sicilia. Por aquella parte el mar le estaba cerrado, por lo que subio á un buque británico, navegó á Malta, y de abí á Nápoles.

Habiendo llegado al puerto y desembarcado en el muelle nuevo, pidio una de las

(1) Hemos recibido de Sicilia amargas y prolijas quejas, suponiendo que hemos calumniado al príncipe Rugerio Septimio atribuyéndole inteligencia secreta en el asesinato de Babeta; y esto por haber dicho que despues de cometido el crimen fué á pasar la velada á casa de dicho príncipe.—Buen Dios! quién pudo sospechar que nuestras palabras contuviesen semejante indignidad! Los sicarios de la secta, despues de cometer un homicidio, y á fin de alejar de sí toda sospecha, van á las casas honradas, con una cara tan serena que nada deja traslucir del horroroso secreto del corazon.

mejores posadas con vista al rio Chiaia. Luego, viendo á lo lejos en la direccion del castillo grande conlusion, agrupamiento de pueblo, y gentes que se preguntaban y respondian mútuamente, ó retrocedian espantadas; y arriba los terrados y balcones llenos de curiosos, y un gran movimiento de cabezas, salió Babeta á la portezuela del coche y pregunto qué era aquel tumulto.

Respondiéronle que la guardia nacional se habia llevado los jesuitas, y ahora los custodiaba en el Castillo, desde donde se trasladarian á un buque y se marcharian con Dios. Babeta ya no pudo contenerse; y apeandose del coche, metióse entre los amotinados, y tantos esfuerzos hizo, que penetró hasta la fuente Medina. Allí con la espalda apoyada en el cancel de hierro, espero que pasasen por allí los coches, que ya asomaban por la puerta de San José, y llegaron á la fuente formando una hilera de mas de treinta carruajes.

Estaban los pobres proscriptos repartidos cuatro en cada carruaje, pálidos y silenciosos, pero serenos: custodiábalos la guardia nacional con los auxiliares á lo largo del pequeno mercado, donde dieron el asalto al Colegio, y mas abajo por Toledo y Montoliveto hasta Castelnouvo. Los napolitanos que acudieron á aquella especie de entierro publico, estaban tristes, taciturnos, espantados de tantos sacrilegios y horrorizados de ver tanta crueldad.

—Oh! monstruos! exclamaban al rededor de Babeta aquellos hombres del pueblo:

¡oh bárbaros! Tenerlos encerrados en sus cuartos por un dia y una noche con centinelas; perseguir á los pobres que buscaron su salvacion bajando por las ventanas; arrancar del lecho á los enfermos, desterrar á nuestros ciudadanos, pobrecitos, despojados de todo, sin dejarles llevar un poco de ropa blanca ó alguna manta para abrigo!

—¿Qué manta, ni que ropa blanca? decia otro: se lo robaron todo; yo mismo he visto esta mañana vender por nada las servilletas.

—Y yo, añadia otro, ví robar en la despensa manteca, jamon, queso y demas. Al ver aquellas caras patibularias, es imposible creer que sean napolitanos los que tal hacian. Pobres sacerdotes! nos hacian tantos beneficios!

Pero cuando vieron asomar al padre Capelloni—que es el viejo misionero y el padre del pueblo,— hubo tal conmocion entre los que miraban aquella desgarradora escena, oyéronse tales gemidos y viéronse tantas amenazas, con las manos, con los ojos y con el gesto, tales suspiros, tal llanto y murmullo sordo y profundo, que daba verdadera lastima.

Ciertamente que Babeta no era muy tierna de corazon; y sin embargo no pudo ver sin enojo aquel espectáculo, que hacia odiosa la secta á los ojos de los ciudadanos pacíficos. Cuando se despejo el lugar fuése Babeta á la posada, y asomándose a la ventana, vio el pequeño buque de vapor *Flavio Gioia*, lleno de jesuitas.

El cielo estaba oscuro, con grandes y a-

menazadoras nubes, que rompieron en lluvia y granizo, cosa muy rara en el mes de marzo; de modo que parecia una muestra de la indignacion divina. Dos grandes barcas llenas de populacho pagado seguian al vapor; y aquellos hombres embriagados cantaban el *Miserere* con voces roncas y bestiales. Pero el vapor siguió el rumbo hácia el cabo Posílipo, y desapareció de la vista de los que lo estaban observando, sin detenerse hasta Baia, en donde los infelices sacerdotes hallaron seguro refugio en aquel antiguo y solitario castillo; y de allí al cabo de algunos dias se dirigieron á Malta.

Las circunstancias de Nápoles eran poco seguras, tanto por las tramas del interior como por las intrigas exteriores: los malos humores, estancados y corrompidos desde mucho tiempo, ya habian llegado al punto de gangrenarse; pero el verdadero pueblo y el brazo del ejército estaban sanos, y el corazon del rey era fuerte y robusto. Con tanta vida no era el mal desesperado; y si el vado no era muy libre para los monárquicos, tampoco faltaban escollos y tempestades á los liberales, muy difíciles de evitar en vista de la recia corriente que con tal ímpetu los arrebataba. En medio del tumulto de las facciones, Babeta se creia segura en Nápoles, y no tomaba de sí ningun cuidado, pues en la persecucion de los jesuitas veia un triunfo completo y seguro para la libertad.

Pero el dia siguiente, un teniente de la guardia suiza dijo á un compañero suyo:

—¿Sabes, Frontz, que hoy mismo me ha parecido ver una forastera que tiene todas las trazas de Babeta de Interlaken? Subia sola hácia San Telmo para gozar de la maravillosa vista de Nápoles, del Vesubio y del Golfo; mientras que yo bajaba saliendo de guardia por la puerta de la Cartuja. La miré fijamente, pues venia de frente, pero ella iba distraida mirando la cima del monte; en efecto era la misma.

—¿Que estás diciendo, amigo Oswald? Con todo creo que no te has equivocado, pues ayer en la plaza real ví entretenido en examinar el pórtico de San Francisco de Paula al famoso Mathis, que sin duda debe haberse asalariado como criado de Babeta.

—¿Quién es ese Mathis?

—Aquel muchacho de la posada del Oso en Berna, un pícaro de agudo puñal y de carabina infalible; aquel holgazan que se metio despues en los cuerpos francos, y cometió tantos crímenes en los pequeños cantones..... Precisamente debes de conocerle.

—En efecto.

—Pero, repuso Frontz, ¿cómo diablos ha venido á parar acá esa muger? ¿Con que objeto?

—¿Con qué objeto? dijo Oswald; seguramente seguirá la pista á algun desgraciado que debe sacrificar á la venganza de las sociedades secretas. No puede ser otra cosa; ¡y Dios nos libre de su puñal! no quisiera que fuese su víctima algun compañero nuestro, pues sabes que asesina al mas pintado á traicion. Sé de secreto que los

embajadores de varias córtes han dado aviso á sus gobiernos de las hazanas de esta doncellita.

Al dia siguiente de la conversacion que acabamos de referir tenida entre dos oficiales, mucho despues de anochecido, se paró un coche en la plaza de la Victoria, y se apearon dos caballeros, que se pasearon por delante de la puerta de los jardines públicos. Al cabo de media hora entraron á ver al dueño de la posada, y preguntáronle si habia acabado de cenar la señora baronesa Derberg.

—¡Oh! hace ya rato, y su criado acaba de salir para ir al correo.

Estos dos personajes se hicieron anunciar el uno bajo el nombre de conde de Arstelf, y el otro bajo el de baron de Gutz. Halláronla que estaba leyendo la *Gaceta de Augusta*; y presentándosele de improviso delante, le dijo el principal:

—Señora, estais en poder de la justicia.

—¡Como!

—¡Silencio, señora!

—Pero me tomais por otra persona.

—¡Silencio!

—Pero esto es un horror.

—Silencio repito, o sino....

—Al menos permitidme tomar un chal y una pelisa.

—Todo lo tendreis antes de una hora.

Esto dicho, el uno la tomó por el brazo, y el otro le puso el sombrero que tenia encima de la cama; luego cerraron con llave la puerta de la estancia, y subieren al coche.

Abajo en la calle habia otros tres comisarios; uno de los cuales se juntó con el gefe, despues que su compañero volvio á subir á la habitacion, á fin de recoger los papeles, escudriñar las maletas; y los dos restantes quedaron en acecho de Mathis, que no tardó en volver.

XIV.

EL ARPA.

Mediante todo el tiempo que Aser estuvo ausente de Roma, Elisa supo tan bien reprimir los sentimientos de su corazon, que las amigas y conocidas nunca la oyeron pronunciar aquel nombre, y cuando oia hablar de él á otros, se conducia con tal sosiego, y su fisonomía manifestaba tanta serenidad, que unido todo á su compostura y modestia hacia que nunca la envidia pudiese hincar en ella su venenoso diente. Hasta muchas doncellas creian que Elisa no le amaba ya, ó acaso que nunca le habia amado. Esto no obstante, nuestra joven pensaba en él á menudo; y tenia el mas profundo sentimiento al oir los rumores de que acaso era complice en las conspiraciones y trastornos de Europa; pues no hubiera deseado otra cosa que ver en él un joven honrado y virtuoso; y á este fin dirigia á Dios continuamente sus oraciones.

Pero Polisena, multiplicando sus asechanzas, trataba con toda clase de ardi-

des de corromper aquella alma, y en todas sus palabras esparcia el veneno de la impiedad; con todo, así como esa muger perversa, no atreviéndose á expresarse abiertamente, ocultaba el tusigo bajo palabras de virtud, así el alma virginal de Elisa, fijándose mas bien en el sonido de las palabras que en el maligno fin á que tendian, mantenian íntegro en el pecho el tesoro de la educacion religiosa que habia recibido en su infancia; y aunque se le dieron á leer los libros mas nocivos, no la pervertian; lo que fué un verdadero milagro debido á su recto juicio, que no podia gustar del error; y que cuanto peor era el libro, tanto mas asco le causaba y tanto mas lo aborrecia.

Elisa un dia de los primeros de marzo de 1848, despues de comer, estaba sola en su gabinete de estudio; mientras que Polisena habia salido de casa con una princesa húngara que le suplico la acompanase á ver al conde Mamiani para ciertos asuntos propios secretos. Bartolo estaba leyendo en un cuarto inmediato tendido en un sofa. Elisa estaba triste, pues su corazon, siempre que se hallaba libre y entregada á sí misma, le dictaba aquellos buenos sentimientos que entre el tumulto de las pasiones ó callan, ó si hablan no son atendidos. Levantó los ojos y los fijo en su querida Vírgen de los Dolores que estaba encima de su escritorio, la que con sus miradas dulces y ojos humedecidos parecia que la estuviese contemplando.

Cogio Elisa el arpa, y sentada enfrente de la Vírgen teniendo en ella fijos los

ojos, recorrio las cuerdas, empezo á tocar uno de los mas dolientes versículos del *Miserere* de Haiden, acompanándolo con su canto. A los primeros sonidos de aquellas notas, Elisa profundamente conmovida y arrebatada su mente, recorria con suma ligereza con la mano derecha las cuerdas agudas y las graves con la izquierda, y era tal el poder de aquella celestial melodía, y tan suave, clara y triste la voz de aquel canto, que á Bartolo le cayo el libro de la mano, y estuvo escuchándola como estático.

Aquella mano tan linda, aquellos dedos largos y torneados, recorrian las cuerdas con tal agilidad y soltura, haciendo con tanta gracia los saltos, carreras y el paso de una á otra octava, que podia compararse á la industriosa arana trabajando en las sutilísimas hebras de su tela. La voz de Elisa era dulce, aguda y sonora, y se acomodaba á todos los tonos con una suavidad y un sentimiento tan profundo, que la religiosidad de aquellos divinos versículos fluia mas tierna y grave de su melodiosa garganta.

Mientras que Bartolo, medio levantado, saboreaba como en éxtasis el dulcísimo canto de su hija, ceso de repente así la voz como el instrumento sin que pueda atinar con la causa. Levántase en pié, corre á la puerta, y encuentra á Elisa con la mano izquierda abierta sobre las cuerdas bajas, y la derecha apretando las agudas, los lábios entreabiertos, los ojos inmoviles fijos en la Vírgen, la cara encendida y

dos gruesas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Sorprendido Bartolo á semejante vista, contemplaba en silencio aquel rostro angelical casi sin atreverse á preguntar:

—Elisa, ¿qué tienes?

Con todo, despues de un insatnte se adelantó sonriendo y dijo:

—¿Que ha sido esto, hija mia?

Elisa retiró las manos del arpa, inclinó y recogió la cabeza volviéndose á su padre y diciendo:

—Padre mio, ¡ah! ¿qué es esto que pasa hoy en Roma? Tales cosas suceden que no puedo ponderar cuanto me avergüenzo de que me tengan por romana.

—¿Pero que hay de nuevo? exclamó Bartolo, ¿y que cosas son estas de que te avergnenzas?

—¿No estais oyendo, añadió la doncella, como ahora están pasando por el Corso unas turbas furiosas cantando el *Miserere* y gritando: Mueran los jesuitas? Y sin embargo, no se levanta siquiera una voz noble y leal que abogue por esos pobres sacerdotes, ni hay un pecho generoso que tome su defensa! ¡Oh vergüenza! En las reuniones donde pasamos las veladas no se oyen mas que mofas, injurias y sarcasmos de boca de los mismos que debieran hablar de ellos con todo el respeto que se debe á unos maestros y bienhechores de sus hijos. Nuestros amados y graciosos primos Mimo y Lando, van con otros holgazanes á la puerta de Gesu y con un librito en la mano están mirando y anotando en él á las jóvenes romanas que entran

á confesarse y les dirigen miradas y gestos inmodestos. ¡Oh! qué bella hazaña! Y la otra tarde en el cuartel de la guardia cívica todos los jóvenes se estrecharon las manos jurando no casarse jamás con ninguna joven que se confesase con jesuitas. Las doncellas honestas debieran por su parte hacer tambien juramento de no dar nunca su mano á semejantes hombres. Qué mal han hecho los jesuitas para ser así maltratados?

—¿Qué quieres, hija mia? respondió Bartolo; los jesuitas tienen la falta de no amar á la Italia, de ser amigos del Austria, y de defender la ignorancia. Aconsejan á las madres que no permitan que sus hijuelos se alisten en el batallon de la Esperanza; quisieran que Roma volviese á los tiempos de Pio VI: son contrarios de los caminos de hierro. Hé aquí porque el pueblo los considera como perjudiciales al progreso de la actual civilizacion.

—¡Cómo, padre mio! ¿Tambien vos hablais al modo de aquellos impíos? Con todo, años atras hablábais de un modo muy diverso, y alabábais su sabiduría y su virtud. Pero sea de ello lo que fuere, digo que los romanos se envilecen y deshonran en concepto de las demas naciones, no digo cristianas, pero siquiera civilizadas, tratando á sus sacerdotes de una manera tan indigna que no se hiciera tanto con las fieras.

Algunos dias despues de estas juiciosas observaciones de Elisa, regresó Aser á Roma despues de su comision con instruc-

ciones de la *Joven Italia*; y en una secreta reunion con el príncipe de Canino, Sterbini, Galetti, Mamiani y otros, despues de haber dado varias instrucciones y encargos concernientes á los diferentes partidos que debian adoptarse con respecto á Italia y á Roma, en especial relativamente á la guerra de Lombardía, dijo lleno de enojo:

—Si continuamos procediendo como hasta aquí, sin duda todo lo echaremos á perder. Que vayan al diablo los jesuitas, pues así lo ha resuelto el consejo supremo de la *Sacra Alianza*; pero obremos con cordura. Despues de haber trabajado tan obstinadamente para alcanzar el renacimiento de la Italia, y hacernos amar del pueblo que tratamos de regenerar, algunos furiosos nos atraen el odio universal con sus fechorías. En vez de desembarazarnos de estos enemigos de la libertad con cierto aire de noble desden, muchos descienden á actos atroces y á un furor barbaro, dándoles caza en los sitios en donde buscan un refugio, cual si fuesen lobos ó tigres; todo esto nos atrae la fama de impíos y crueles. En Cerdena arrojaron bombas á las bovedas de un colegio de jóvenes con riesgo de sepultarlos debajo de sus ruinas, y de suscitarnos la venganza de sus padres; quemaron libros preciosos, rompieron y destrozaron los gabinetes de física, robaron los vasos sagrados, y apedrearon á cuantos tomaban por jesuitas. ¿Qué locuras son estas? ¿Se trata de dar á los retrogrados estas ventajas? ¿Confirmándolos en la opinion de que la

libertad es sinonimo de impiedades? ¿Que constituciones y republica significan persecucion contra la Iglesia y el sacerdocio? ¿Perderíase la causa de Italia precisamente en el instante de la victoria? Guardaos bien, principalmente con respecto á Roma, de caer en tan crasos y trascendentales errores. Espantad á los jesuitas con gritos; y el Papa por compasion hácia los mismos y para sustraerlos á tantas amenazas, dirá:—Hijos mios, retiraos hasta que haya pasado la borrasca.—Y así se ulabará nuestra moderacion, y cuando llegue su tiempo y sazon les cortaremos las alas.

—Muy bien, Aser, exclamó Sterbini asiéndose las barbas y mirándole por debajo de los anteojos: perfectamente; veo que te has vuelto jesuita.

—Precisamente: lo mismo que tú te has rebautizado cristiano, le replicó Aser en el mismo tono.

XV.

À LA MONTANA.—À LA MARINA.

Cualquiera que desde Pozzuoli sube á la Solfatara siente temblar al suelo bajo sus piés: oye un sordo bramido en lo profundo de los abismos subterráneos; siente sofocarle los hálitos sulfurosos que se exhalan de aquellas hendiduras, y queda con el ánimo sobrecogido de cierto terror, exclamando:

—Me falta la tierra y me hundo.

Todo á su alrededor es fuego, vacío y abismos, y á veces improvisos fulgores de relámpagos, torbellinos y negra oscuridad.

Continuando el camino de aquel pavoroso recinto, siente desmayarse el curioso en la caverna del Perro; y despues que ha dado por ella algunos pasos, se le erizan los cabellos, tiembla, lucha consigo mismo, vuelve la vista en blanco, boquea y esta á punto de muerte; pero el guardian lo retira de aquellos mortíferos vapores del carbono que ahogan y matan.

En Baia, en los corredores de las estufas de Neron, vé á un hombre ennegrecido por el humo, que enciende un pedazo de hacha de viento, y lo conduce por un angosto paso escavado en las entrañas del monte; de aquellas profundidades infernales sale un torrente de aire inflamado, tan ardoroso que corta el aliento; la oscuridad asusta, la angustia es extrema y los abrasados vapores invaden la cara del que frecuenta aquel lugar, inundale el sudor, corre á la entrada, respira, y queda como desmayado.

Desde allí da vuelta por Lucrino al lago del Averno. El lugar solitario, el silencio que reina en torno de aquellas aguas muertas, profundas, oscuras é inmoviles, le traen á la memoria las antiquísimas nieblas que lo rodean, y el Cocito y Flegetonte, rios de fuego que del mismo lago salian; parecíale ver todavía cual se agitan las Furias por aquel oscuro cielo que lo cubre.

Entre las ruinas del templo de Pluton parécele oir los ladridos del Can Cerbero, los silbidos de los dragones, y contemplar las sombras de Minos y Radamanto. Vuelve á la izquierda por la oscura selva; y se le abre la negra boca del infierno, la cueva de la Sibila, negra morada de la eterna noche. Aquella caverna desciende por mil pasadizos subterráneos que desembocan en el misterioso laberinto, y se tuercen, se entrecortan, se angostan y se ensanchan, abriéndose en algunos espacios de los cuales parten otros senderos que se hunden mas y mas en las entrañas de la tierra.

Despues que el viajero ha salido á ver otra vez el cielo, y pasando por Púzzuoli ha recorrido los campos flegreos, acércase á la gruta de Posílipo, la cual atraviesa las entrañas del monte, y lo conduce á Nápoles ó á la hermosa marina de Chiaia. Pero al llegar despues de puesto el sol y á la hora del crepusculo á la entrada de aquella profunda y larga cueva, encuentra una multitud de gente, de caballos y carruages, que entran unos con direccion á la ciudad, y otros salen para ir á Puzzuoli. Así, despues de haber penetrado algo en la cueva, se oye un rumor confuso, un ir y venir, y una oscuridad que va sucesivamente aumentando. El polvo que levantan los que van á pié y los carruajes, los rebaños de cabras, los cencerros de las vacas, y los chasquidos de los latigazos, todo junto contribuye á formar un bullicio espantoso.

Faltando enteramente la luz, al escaso esplandor de los faroles, empañados por

el polvo pegado á ellos, no se ve ninguna objeto á la distancia de dos pasos; pero con la cabeza ya aturdida por los gases sulfurosos de la Solfatara, por el hervor de las termas de Neron, por la misteriosa oscuridad de la cueva Cimmeria, acaba de aturdirle un contínuo gritar por todos lados:

—A la marina.

—A la montana.

Y un responder:

—A la montana.

—A la marina.

—Poco á poco.

—Alto.

—¡Por Dios! A la montana digo.

—A la marina.

Y á estos gritos acompana una barahunda, un tumulto, un desorden y confusion de voces, de pensamientos y de afectos indefinible y espantoso.

Con todo esto, el viajero no advierte que el carruaje ha retardado su carrera; que pasa arrimado á los objetos de frente y chocando con los carros del lado, mientras que el cochero grita:

—A la montana.

Y le responden:

—A la marina.

Y sacudiendo el aire con el látigo, y haciéndolo chasquear, lo lleva á gran trote á la salida de la gruta; y habiéndose aclarado el aire, y divisando á lo lejos el cielo, el corazon se alegra, y sale al fin como por encanto de aquellas oscuras profundidades que tal espanto le infundieron.

Así que el viajero ve el cielo abierto,

pregunta al cochero qué significan aquellos gritos de: A la montana, á la marina. Y el cochero le responde, que no significan otra cosa sino que cada cual se mantenga en su lado para no confundirse y maltratar á los que van á pié pasándoles el coche por encima ó aplastándoles entre la rueda y la pared del subterráneo. Tales gritos bastan á los napolitanos para ir seguros en medio de tanta oscuridad y ruido: los conductores de los carruajes siguen adelante sin retardar el paso; y los que andan á pié pasan libres cargados con cestos y hasta con botellas llenas en la cabeza, llevando de la mano á sus hijuelos, y guian sus pequenos rebanos, y en medio de semejante alboroto algunos se adelantan cantando como si estuviesen en campo abierto.

En medio del torbellino de las vicisitudes humanas, los hombres de poco espíritu, pusilánimes y flacos, se ven muchas veces envueltos de repente en tal oscuridad y delirio, que no ven ni oyen, se confunden, se desconciertan y desesperan del éxito; mientras que al propio tiempo la divina Providencia, como un diestro cochero, conduce las vicisitudes con ojo tranquilo y sereno al través de mil rodeos y aparente desórden, los que sin embargo son á sus ojos caminos sencillos, claros, conocidos y dirigidos al cumplimiento de los designios de lo alto y á aquellas nobles combinaciones cuyo resultado es la admirable armonía del universo.

Si hubo jamás una ocasion mas á propósito para aquilatar la pureza de los cora-

zones humanos en el fuego que acrisola y separa el oro puro del falso, fué ciertamente en las grandes y repentinas revueltas del ano 1848, que llenaron de trastornos y de descontento á la Europa entera. Apenas se tenia noticia de una revolucion cuando se hablaba ya de otra y de otras sucesivamente, en términos de que aun los animos no habian tenido tiempo de volver de su primero, segundo y tercer asombro, cuando venia una mayor catástrofe, mas sangrienta que las anteriores, á llenarlos de espanto y de terror. Conspiraciones, seducciones, levantamientos de pueblos ruinas de tronos, fuga de reyes, incendio de palacios, asalto de fortalezas, hundimiento de monarquías, combates, iras, furores, destruccion de ejércitos y de ciudadanos, todo lo cual puso al occidente en tal conflicto y ruina de ordenes, de instituciones y de leyes, que parecia que el mundo volvia á su primitivo caos.

En medio de tanto desórden, el ojo vigilante de la divina Sabiduría conducia con su clarísima prevision los hilos de esa trama, tan enredada en concepto de los mortales, hácia el cumplimiento de los divinos designios, de manera que todo tendia al triunfo de su gloria, á la purificacion de sus elegidos, al ensalzamiento de su Iglesia, y á la derrota y confusion de la impiedad.

Una mañana del mes de febrero de 1848 en la sala de la legacion prusiana, celebrabase una conferencia de arqueología, entre un pequeno círculo de hombres doctos.

Estos, despues de haber oido una erudita disertacion sobre una nueva lapida consular que ilustraba un punto de la historia romana muy controvertido, pusiéronse á hablar, como ordinariamente suele suceder, de los asuntos del dia.

Habia en aquella reunion, entre otros, un francés, un aleman, Bartolo y el profesor Orioli. Uno de los prusianos, volviéndose al francés, le dijo:

—Vuestro Luis Felipe, o no entiendo yo nada, o pronto se verá cogido en una red cuyas mallas él mismo se ha ido entretegiendo por espacio de diez y ocho años; y quienes le envolverán en ella serán los mismos á los cuales él queria enredar y que le parecia tener tan sujetos que no podian dar un paso fuera de sus lazos.

El francés, levantando la frente y meneando un poco la cabeza como quien no consiente, le replicó:

—¿De que red estais hablando? Luis Felipe es viejo y cazador muy diestro, y no entiendo como puedan los que han caido en sus redes, envolverle en las mismas; tiene en su mano todos los hilos, y sabe tirar de ellos y coger al que se le antoja.

A lo que dijo el prusiano:

—Si quereis que hablemos sin metáforas, en dos palabras os diré lo que yo entiendo: Luis Felipe despues de las jornadas de 1830, para barrer de Francia á los trastornadores y consolidarse en el trono, los envió á sembrar novedades en Polonia, Bélgica, Italia y Suiza, separando estos pueblos de toda ley, destruyendo en ellos

las mas rectas y sábias costumbres, haciéndoles romper juramentos, faltar á las promesas, manchar con sangre de ciudadanos las estancias domésticas, despreciar la suprema autoridad, vínculo del comun respeto entre las gentes, y base de la vida pacífica y tranquila entre las diferentes clases que constituyen la sociedad y el trato de los hombres. El fuego prendio en todas partes; pero no atendio Luis Felipe que dejaba el foco en París, y que mientras la llama ondeaba prepotente, con especialidad en la Helvecia, el fuego doméstico serpenteaba oculto en todas sus instituciones políticas.

—Pero era fuego de amor patrio, añadio el francés, fuego del valor civil y militar, fuego noble que inflamó los corazones de todos los franceses para magnánimas empresas y altos intentos sociales, para adquirir glorias de ingenio, de artes de toda especie, de ciencias, de comercio y de la felicidad publica y privada.

—Todo esta muy bien, repuso Bartolo; pero en este caso soy de la opinion del señor Federico, de que este fuego debe abrasar por fin á Luis Felipe, puesto que lo están soplando todas las malas pasiones. Figuraos que amor patrio ó que amor al orden puede haber en un reino en que hace diez y ocho años que, quitada la enseñanza á la Iglesia y á los buenos, toda la juventud se educa en la impiedad y la disolucion?

—Esta en efecto es la llaga mas venenosa y maligna, dijo el doctor aleman, que corroe toda la sociedad y la gangrena

sin esperanza de curacion siempre que la ciencia no se purifica en la llama vivificante de la religion. Tambien en Alemania se educa á una juventud sin Dios, y por consiguiente sin virtud intrinseca que la guie al bien; por lo que veo que la Alemania corre á su ruina. El ejemplo de la Suiza la ha hecho estremecer á tal punto, que el choque destruirá en ella las mas antiguas y sanas bases de los instintos germánicos, consagrados por el valor y la sabiduría de tantos hombres famosos antiguos.

—Siento decirlo delante del senor Federico y de estos doctos prusianos, interrumpió Orioli, liberal juicioso; pero tambien la Prusia esta amenazada de novedades y tumultos por todas partes, en vista de la efervescencia de la juventud imbuida en las doctrinas mas disolventes, y de que lo mismo que los demas paises de Europa se halla envuelta en las infernales tramas de las sociedades secretas.

—Esta muy bien, replicó el francés: pero la Francia es inatacable, tiene en sí misma una vida, un vigor y una virtud que nada tiene que temer el trono de Luis Felipe: este se halla rodeado de grandes hombres, muy previsores, de brazo fuerte y de ánimo decidido, para contrarestar los golpes de las fieras de la montaña (1): tiene una administracion sábia, y una po-

(1) Los comunistas se dan el nombre de *Hojos* y de *Montañeses* ó de la *Montaña*. Estos amenazaban pasar á fuego y sangre á Francia, peor aun que en 1793.

licía activa y perspicaz. París está fortificado como una ciudadela, y dos mil piezas de artillería están prontas á disparar un torrente de fuego; tiene un ejército valiente y que no vuelve la espalda á las demas naciones de Europa; por lo que mucho menos las volverá á un puñado de furiosos que se reuna en los baluartes, ó en los Campos Elíseos, ó en el Carrousel.

—Como gusteis, dijo Bartolo; pero vuestro *Diario de los Debates*, que ve las cosas de muy lejos y sabe un punto mas que el diablo, hace cosa de un mes que nos anunciaba ciertas noticias oscuras.....

—¿Que noticias? *Los Debates* está pagado por los rojos.

—¡Pagado! Paréceme que tiene tienda abierta y que muestra los generos para venderlos, con grandes letras que dicen: Los banquetes reformistas han desgarrado el velo, y para quien no es ciego voluntario, ó no trata de hacer ciego á los demas, es claro que no se va solamente contra el ministerio Guizot, sino contra la mayoría entera, contra el partido conservador, contra el gobierno; los radicales apenas creen necesario disimular aun detras de Odilon Barrot, estos han precedido de algunos pasos á los *socialistas*, los cuales forman el último batallon de la *anarquía*.

—¡Qué! Luis Felipe se rie de toda esa chusma salvaje, la cual con un soplo que dé desde las ventanas de las Tullerías la barre y dispersa como el viento disipa las nubes.

En aquel mismo instante, hé aquí que

comparecio de repente el secretario de la legacion con la correspondencia en la mano, y con aire grave y pensativo se volvio á los circunstantes, diciendo:

—Senores, al fin ha llegado el correo de París; no sabiamos cómo explicar el extraño retardo que ha experimentado en estos dias; pero ahora es muy claro el motivo en vista de las noticias que nos envia nuestro embajador.

—¿Y que noticias son esas? dijeron todos á una voz y rodeando al secretario, mientras que con la vista fija en él y con la curiosidad pintada en sus fisonomías aguardaban la respuesta.

El secretario abrio lentamente una carta, exclamando para sí:

—Qué acontecimientos! qué trastornos! ¡qué estallido de bombas!.... ¡Sabe Dios donde irán á caer los cascos y el daño que causarán!

—¿Pero que ha sucedido? ¿qué hay?

—Qué ha sucedido! que Luis Felipe no es ya rey, y que la Francia está ardiendo como un volcan.

—¿Ha muerto?

—Mas le hubiera valido, porque entonces hubiera terminado como un valiente su largo reinado; al paso que ahora lo ha terminado en un miserable calesin; y teniendo en su cofre dos millones de francos ha huido sin un sueldo y con la única camisa que llevaba puesta.

—Pero, por favor, descifradnos de una vez este enigma.

—Bastarán poquísimas palabras. Las sociedades secretas, bajo las órdenes de

Caussidiere, Ledru-Rollin, Blanc, Prudhon, Albert y comparsa, en vez de dar un ataque al ministerio Guizot, lo dieron al palacio real, y hasta tambien a las Tullerías. Armaron al populacho sacado de entre los jornaleros de oficios mecánicos de París; pusieron barricadas en las bocas calles, y con procesiones de gentualla con blusa, de verduleras y mugeres publicas, de raterillos de diez á doce años, hicieron trizas el trono constitucional de Luis Felipe.

—Pero vos, senor secretario, replicó el francés algo irritado, nos venís con esos cuentos porque teneis ganas de chancearos sobre nuestras cosas de Francia.

—No son cuentos, y estoy muy lejos de chancearme, dijo friamente el secretario; os refiero las cosas punto por punto como han acontecido. Sabed que la Guardia nacional de París, vuelta desleal por efecto de las artimanas de los facciosos, fué causa de que el ejército permaneciese inmovil, pues se le mandó retirar á sus cuarteles. Fué separado el general Bugeaud, enganado Odilon Barrot; y las sociedades secretas de la Montana, habiendo hecho de modo que la Guardia nacional se mezclase con el populacho cruel y desenfrenado, el dia 23 de febrero impelieron aquellas frenéticas turbas hácia el Palacio real, en donde hicieron anicos los preciosos muebles y adornos, desgarraron las tapicerías, rompieron los espejos, echaron á perder los dorados y esculturas, y destruyeron los cuadros de los grandes maestros, arrojándolo todo por las ventanas; y

no salieron de aquel palacio, que era la admiracion de cuantos lo vieron, hasta que parecia un monton de destrozos y de ruinas.

—Y las sociedades secretas, exclamó Bartolo, han publicado en mas de cien periódicos, que el mundo aun esta sumido en la barbarie, y que ellos se encargarán de civilizarle, de forjarlo de nuevo enteramente, y de alumbrarle con otro sol y otras estrellas; y los que aparentan dudar de ello, son retrogrados, negros y oscurantistas, que tienen bastante con la débil luz de este viejo sol, y con la opaca claridad de gastadas estrellas. Veremos si el dios Prudhon sabra crear unos astros mas refulgentes; pero entretanto se apaga en la tierra tanta belleza, todo orden, todo arte bueno, y con ellos la felicidad así pública como particular.

—El dia 24, continuó el secretario, invadió el palacio de Luis Felipe un enjambre de miserables, hombres, mugeres y pilluelos. Entonces se vio al senor de Girardin correr á la real estancia y casi sin aliento decir al rey:

«—Senor, salvaos! Ya están en palacio!

«—¿Pero quiénes?

«—Los caníbales.»

El rey Luis Felipe exclamó entonces por dos veces:

«—Lo mismo que á Carlos X! lo mismo que á Carlos X!»

La reina María Amalia lo tomó del brazo, y sin poder echar mano de un sueldo siquiera en medio de tantísimos tesoros, fué llevado con inciertos y vacilantes

pasos á una puerta excusada del jardin, que daba á la plaza.

Viendo el pueblo salir de palacio aquel grupo de personas, acudio atropelladamente gritando:

«—Es él!

«—Es el mismo Luis Felipe.

«—¡Hola! ¡eh!

«—¡El viejo!

«—¡Y allí la Nemours con los muchachos!»

Y aumentábanse las turbas, y se aglomeraban al rededor de la verja: en términos, que la reina tomó otra vez á su esposo por el brazo, lo empujó hácia una carretela y entró en ella en seguida en la misma. Entonces el cochero dio latigazos al caballo, atravesó por en medio de los curiosos; y pasando por las calles de París los condujo salvos cerca de la ciudad Eu. Llegado que hubieron á esta ciudad, se vieron en la precision de pedir por favor al maire que les prestase algun dinero para poder continuar su viaje y trasladarse á Inglaterra.»

Aquí empezaron á hablar mucho y simultáneamente los señores de la reunion; uno hacia una observacion, otro otra; pero todos convinieron unánimes en confesar la vanidad de las grandezas humanas, y la debilidad de los gobiernos que no están cimentados en la justicia; hicieron pronosticos con respecto á la nueva situacion de la Francia y de Europa, á las agitaciones de la Alemania, pero en especial acerca de las recientes revueltas de Italia, que infundian esperanza o temor conforme á las condiciones de los espíritus italianos,

divididos en mil opiniones de sistemas, combinaciones y disoluciones, y en mil pareceres sin juicio ni prudencia.

Sicilia es todo fuego: Nápoles echa el guante de la constitucion á los señores de Italia, quienes, o bien por error propio, ó impelidos por las facciones domésticas, clamaban contra el rey que mantenia el pié firme sobre lo antiguo, y aborrecia toda suerte de novedades. Ese guante fué recogido primero por la Toscana, luego por el Piamonte, despues por los Estados centrales, y finalmente por el Papa. Todos juraron una constitucion que en el concepto de los demagogos debia ligar á los reyes en cuanto á la observancia de la misma; pero no á las facciones. Estas la elevaron cuando aun no se habian apagado las antorchas y los castillos de fuego de las fiestas públicas. La libertad de imprenta se convirtió en licencia, en desconcierto, en un diluvio de blasfemias, de difamaciones y de impiedades contra todo derecho divino, natural y humano; la justicia en los lábios, y la iniquidad en el corazon: los pueblos no estaban seguros ni en sus haberes ni en sus personas; ni se respeta el hogar doméstico, ni la vida privada, ni lo sagrado de la fé publica, ni la paz ni el sosiego en casa como fuera: libertad para obrar mal; cadenas para la virtud, para la Iglesia para el sacerdocio y para la santa palabra. En Roma mismo se quito al supremo Gerarca la facultad de valerse á su arbitrio en los asuntos de gobierno de la cooperacion de los cardenales y de los prelados, naturales minis-

tros y coadjutores del pontificado en ambos derechos anexos á aquella augusta corona.

De esta suerte católicos y protestantes hablaban en aquellas circunstancias cada cual segun su propio sentir y segun la abundancia del corazon. Pero Bartolo, todavía estaba alucinado por la utopia de la confederacion itálica, y le parecia que las constituciones debian promoverla mas fácilmente, siendo este el único aspecto bajo el cual las consideraba. En el fondo, y esto no debe olvidarse, queria que el Papa fuese verdadero Papa; pero el pobre hombre no advertia aun que los malos se reunian astutamente para despojarle de la autoridad de príncipe, y reducirle á un barquichuelo y una red para pescar alguna anguila ó barbo en el Tiber, como lo pinta el periódico *D. Pirlone*.

XVI.

DON SILVANO.

Despues que Bartolo salió del palacio prusiano, al bajar por el Capitolio, vió venir de lejos mucha gente con banderas, y reparando en el doctor Muchielli que se dirigia hácia Tordispecchi, le preguntó que significaba aquel gentío que se divisaba hácia Gesu.

—Como! dijo Muchielli, no sabes que el zorrastron de Luis Felipe se ha escapado

dejando la cola en la trampa? El pueblo, amigo Bartolo, tiene gran poder! Estos reyes tienen las leyes en la Carta; pero el pueblo las tiene en los puños. ¿Ves allá abajo aquella plebe? Está celebrando la caida del tirano, y al llegar junto á Gesu hace alto para arrojar cuatro floreos á los reverendos Padres. ¡Y cuidado que el Papa quiera poner un dique al torrente!

A lo que dijo Bartolo:

—Vosotros los del Círculo deberíais conducir al pueblo con moderacion; cuando al contrario no solo le quitais el freno, sino que le soltais la rienda y le dais espolazos.

Muchielli prosiguio su camino hácia la roca Tarpeya, y Bartolo hácia Gesu; pero cuando hubo llegado á la fuente plaza Capitolina, vió salir de San Venancio un anciano sacerdote que se dirigia á su encuentro.

—Ya lo veis, senor Bartolo, ya volvemos á los gritos y á los bramidos! Es una tempestad que nos dejará sordos. ¿Pero que hay de nuevo hoy que tanto vociferan?

—No os espanteis, D. Silvano; pues el pueblo romano celebra la caida del rey de los franceses, á quien los parisienses han enviado á paseo.

—¿Luis Felipe?

—El mismo.

—Lo siento en el alma, replicó el sacerdote; pues aunque el tal Luis Felipe no era ciertamente un cordero sin mancha, era un dique para la anarquía y el latrocinio del comuniemo que está amenazando

inundara y bismar á Europa. Ved ahí al que vos llamais pueblo romano que celebra y solemniza este nuevo desastre social. ¡Pueblo romano! Miradle allá arriba que se dirige hácia el Capitolio, y decidme si tiene cara de pueblo romano: unos miserables desharapados, inmundos, y bandidos que por un vaso de vino reniegan del paraiso. Vos, señor Bartolo, que soi un verdadero romano, decidme: ¿quisieis rais formar parte entre aquellos hombres patibularios?

—Pues es el pueblo.

—Estas caras son del populacho y de la hez de la plebe, pero no del pueblo; semejante especie de plebe en Roma es mas brutal y feroz que en otra alguna ciudad de talia; desciende de la antigua casta de lladiadores, gente vil y cobarde, proterva g sanguinaria, que por dos *baiocos* asesina y un cristiano á traicion. Esa gentuza ha áacido del fango en las calles, y como es soez y asquerosa es ciego instrumento de todo mal. Ved si el pueblo romano, que es la flor de la fé y de la antigua devocion al Papa, hubiera jamás festejado la derrota de Sonderbund; esto es, de los católicos de la Suiza oprimidos por la fuerza brutal y salvaje de los radicales? Ni por sueños. El verdadero pueblo romano lamentó y deploró la cruel persecucion ejercida sobre sus cohermanos suizos; admiró su constancia, alabó su valor, su sacrificio, su heróico desprendimiendo de sí mismos, de sus bienes, de su libertad y de su vida para el sostenimiento de la fé catól-

lica y el triunfo de la Iglesia de Jesucristo,

Quien celebró su derrota fué el diabolico júbilo de las sociedades secretas, las cuales por medio de la buena alhaja de Ciceruachio compraron esa misma turba de viciosos y ébrios que están rugiendo junto á Gesu. Escuchad que blasfemias están vomitando. Quiero evitar el encuentro de aquellas turbas, que á la vista de un sacerdote se enfurecen como el diablo al ver la cruz; así, adios, amigo Bartolo, que me voy por la calle de la Pedacchia.

Bartolo se adelantó algo hácia la encrucijada de los Polacos, y cuando estuvo cerca del palacio de la Academia Tiberina, vio un caudillo con una cara diabólica que daba el tono á aquellos pilluelos diciendo:

—Viva la bula de Ganganelli!

Y ellos contestaban:

—Viva la mula de Ganganelli!

—No es esto, béstias estúpidas, sino, viva la bula!

Y ellos repetian:

—Viva la mula!

Al oir tales despropositos, Bartolo no pudo contener la risa; y volviéndose á un caballero que se hallaba allí entre triste y disgustado de aquellas indignidades, le dijo:

—Vea V. si no son un rebaño sin discernimiento.

—Como esta necedad gritarian cualquier otra, lo que me prueba que están pagados para que aullen como lobos sin que ellos sepan por que. Dias atras me escribieron

de Orvieto, que cuatro hombres de mala vida de aquella buena ciudad pagaron á algunos villanos y los llevaron al Colegio de los jesuitas á gritar: ¡Viva Gioberti!... Vivia casualmente en frente del Colegio un caballero llamado Giberti, y tanto gritaron: Viva el senor Giberti! que el buen caballero tuvo que salir á la ventana á dar las gracias por aquella serenata para que se marchasen á paseo.

En Cerdena fué el caso algo mas sério, pues algun faccioso hizo gritar á aquellos sardos: Viva Gioberti! y preguntando estos quién fuese un hombre tan digno de ser aclamado en la isla, los pícaros hicieron creer á aquella buena gente que el tal Gioberti era un rico comerciante de granos, que habiendo tenido noticia de la suma escasez que reinaba en la isla aquel ano, queria enviar desde Génova dos grandes naves cargadas de granos para alivio del pueblo; pero que los jesuitas, empleando mil artificios por odio que tienen á este mismo pueblo, impidieron el envio de tan abundantes y oportunas provisiones. No se necesito mas para hacer entrar en furor á aquella gente; asaltaron los colegios, y ¡ay! del jesuita que hubiese caido en sus manos, que hubiera salido de ellas despedazado.

Cuando hubo pasado aquella turba que con banderas tricolores se dirigia al Capitolio á solemnizar la caida de Luis Felipe, volvióse Bartolo sumamente disgustado á su casa. No porque fuese amigo de los jesuitas, pues no lo era, como quien los trataba muy poco; pero los estimaba, y

sentia que se ejerciesen en ellos tales crueldades. Hubiera deseado que se fuesen en paz á las misiones de Ultramar; pues los giobertinos le habian hecho creer que los jesuitas se oponian á la confederacion de Italia y eran enemigos constantes de la felicidad de la patria.

Como Bartolo hubo muchos de la misma opinion en aquellos dias, aun entre los que debian conocer de cerca á los jesuitas.

XVII.

EL CAFÈ DE BAGNOLI.

—En resumen, querido Aser, decia un sujeto llamado Meucci, á primeros de marzo, estando en un rincon del café de Bagnoli, á donde fueron á tomar un refresco: en resúmen, eres una cabeza original!.... Mucho te has equivocado viniendo tan tarde al mundo; pues debieras haber nacido en el siglo de Tristan de Cornuailles y del rey Arturo.

—¡Siempre seras poeta! dijo Aser mojando en el café su k*iffel:* ¿con qué objeto, dime, me haces entrar en la Tabla redonda con los paladines de la Francia?

—Porque cuando ruges en asuntos de la Sacra Alianza por la libertad de Italia eres un leon; pero en punto á amoríos eres una liebre. ¿Quién vio jamás que un jóven de tu temple se halle tan perdidamente e-

namorado de una muchacha, que no se atreva á hablarla, y ni aun á mirarle la cara; no es propio esto de Giron Cortés ó de Lancelote del Lago? Tu amas á Elisa, y....

—No prosigas, no profanes este nombre, dijo Aser enojado.

—Con todo, presumo que ella no te quiere mal; y Polisena bien pudiera....

—Cáliate, bruto, ó te arrojo la taza á los hocicos; no te he confiado tanto mis asuntos, que puedas entrometerte en mis secretos.

—Decíalo meramente por hablar..... Perdona, y vamos á otra cosa. ¡Que diabluras hacen en Milan aquellos austriacos, que no pudiendo vender cigarros á los jóvenes italianos se retuercen los bigotes y se muerden los lábios!

—¿De que cigarros hablas?

—¡Cumo! ¿no sabes que los lombardos se han comprometido por juramento á no gastar mas cigarros, ni vestir mas tejidos austriacos, sino tan solo terciopelo, sedería y telas de Italia? De este modo ponen un fuerte dique á la corriente del dinero que iban continuamente á pagar al erario imperial. Han hecho como Napoleon con el bloqueo continental cuando cerro los puertos de Europa á los generos de las colonias inglesas. Recibo cartas de Milan, de Brescia y de Pavía: es de admirar la firmeza con que aquellos jovenes mantienen sus propositos. Hay algunos que por la larga costumbre de fumar, no pudiendo resistir mas, fuman hojas de encina y de otros árboles, y hasta papel. Los oficiales

alemanes fuman delante de ellos; y ellos quietos; les echan el humo á las narices; y ellos callados. ¡Estos son verdaderos italianos!

—Mejor fuera que estos napoleones que no quieren hacer humear la pipa, hiciesen humear las bocas de los fusiles y de las pistolas sobre los croatos: este, amigo, es el verdadero humo de los italianos; lo demas es juego de ninos y tonterías.

Por estos informes secretos sabemos que pronto llegaremos á los fusiles, á las carabinas, y todavía peor. Esta misma noche por nuestros telégrafos vivientes que recorren la Italia relevándose cada diez millas, segun no ignoras, se ha traido la noticia de que los Casati, los Greppi, los Giulini y los Porro están fraguando una revolucion general y simultánea en toda la Lombardía. Carlos Alberto tiene tratados secretos en Milan y siguen pláticas ya desde mucho tiempo entabladas con Venecia. ¡Cuando te digo que toda la Italia esta ansiosa de novedades! Y si los movimientos de Milan tienen buen éxito, el austriaco vera de hoy mas á Lombardía y Venecia en el mapa, pero en cuanto á pisar su suelo, no lo hará ya nunca.

—¿Y de Verona, habeis olfateado algo?....

—Verona! Verona *fidelis!* Esto todos lo saben: con todo, no dudes que tambien allí hay sus buenos y valientes italianos; ¿pero que quieres que hagan? Cada parroquia tiene allí sus oratorios, que son un plantel de sacristanes: todos los niños y

jovenes del pueblo están en manos de una legion de diablos que les enseñan el catecismo; y tanto se lo explican y se lo meten en la cabeza, que á los quince años salen unos perfectos teologos. Siempre sermones, siempre confesiones, y siempre comuniones. ¡Si á lo menos tuviesen libres las tardes! Pero apenas acaban de comer ya están otra vez en el oratorio; y aquellos malditos clérigos se los llevan á pasear y á recrearse en las huertas de las afueras de la ciudad; de manera que ninguno de nuestros consocios puede acercárseles á darles lecciones de libertad, de amor patrio, y de odio á los extranjeros. Por lo mismo me escriben los amigos de alla, que en cuanto á Verona nada hay que esperar.

—Sin embargo, ella es la llave de todas nuestras operaciones. ¿Qué nos importan Milan y Venecia si no tenemos á Verona?

—Dejemos este asunto al cuidado de Carlos Alberto, pues de otro modo, espontáneamente nunca esta ciudad se levantará para chamuscar los bigotes á los austriacos. ¿Sabeis que dijo cierto dia el viejo Papa Gregorio á un joven amigo mio que fué á besarle los pies?

—¿Qué le dijo?

—Preguntóle de qué país era; y como respondiese que era de Verona, el Papa rozándole un poquito la punta del pié por la nariz, anadio chanceándose:

—Vosotros los veroneses nunca hareis revoluciones.

—¿Por qué, santísimo Padre?

—Porque el aire de Montebaldo os mantiene harto alegres y no teneis el ánimo dispuesto á trastornos y traiciones.

Y el alegre veronés le replicó:

—Santo Padre, voy á escribir á mis paisanos que esto en adelante es artículo de fé, pues ha sido sentenciado *ex ore Sanctissimi*.

Sonrióse el Pontífice, pero nosotros nos mordimos los lábios de despecho viendo aquella ciudad convertida en el freno que contiene á toda Italia, y defiende toda la embocadura del Adige; de modo que ni aun el Tirol puede venir á nuestro auxilio.

—Dejemos hacer á Carlos Alberto.... Mientras tanto en mi correría por Alemania recogí todos los hilos de las maquinaciones unidas por la *Sacra Alianza*; y te aseguro que haremos saltar á pedazos la Prusia y el Austria. Las imprevistas revueltas de Francia hicieron estremecer á la Alemania hasta los tuétanos. El ejemplo de Italia le dará el ultimo empuje; y ahora que estamos hablando con sosiego, digo que no á pocos monarcas les dan palpitaciones de corazon, y están temblando como azogados.

—Y tú crees que esté la trama tan bien urdida en Alemania, que luego resulte una tela capaz de envolver á todas las instituciones antiguas, y de guarecer las nuevas.

—Vosotros, romanos, limitais el mundo á Pontemolle: ¿pero ignorais que la Alemania es ya nuestra, cuando vosotros es-

tais aun en el abecé? Weishaupt echo las primeras semillas de las reformas sociales, y todo lo reflexionó, peso y calculó. Ese grande hombre sabia decir con el reloj en la mano:—Hasta la perfecta madurez del fruto del iluminismo, deben trascurrir setenta anos. Sin embargo, antes de treinta anos llenará de espanto á toda esa vieja Europa, y ni un solo rey podrá decir: Mañana aun reinaré,—ni pueblo alguno podrá decir: Manana aun tendre mis leyes y mi religion,—ni habrá ciudadano que pueda asegurar que mañana sus cosas y su dinero ó su poder todavía le pertenecerán.

—Ahora nos hallamos ya en el ultimo desenvolvimiento, pues hace setenta anos que la obra de las sociedades secretas ha sido incesante, y siempre mas activa, vigorosa, perspicaz y osada. Ahora es omnipotente: á las mismas barbas de los hombres políticos, de los grandes publicistas y de los economistas, han roto uno á uno los eslabones de las antiguas instituciones, y han socavado y destruido, por sus cimientos mas solidos, los edificios sociales..... Ahora, salido de sus escondrijos el iluminismo, y sobre los tejados y campanarios habla abiertamente á los pueblos, suena la trompeta vencedora en la gran lucha, y grita:—Hombres nuevos, leyes nuevas, ordenes nuevas: los cristianos vuélvanse paganos, los reyes sean esclavos de sus súbditos, los nobles de los plebeyos, y los ricos de los pobres.

—Este es precisamente el nuevo anuncio que nos hacé José Mazzini.

—Mazzini, amigo, nada de nuevo nos anuncia; de su parte solo pone la franqueza de predicar por los tejados lo que le dijeron al oido; lo demas todo es palabra por palabra lo que escribió Weishaupt en su código secreto de iluminismo. Mazzini nos reproduce uno tras otro sus artículos, añadiendo solamente el estilo nervioso, sentido y apasionado con que agita, anima é inflama los corazones de la Jóven Italia.

Primero tuve yo en Lubecca y despues en Darmstad, por instructor á uno de los que asesinaron á Kotzebue, hecho ya areopagita de la Sacra Alianza; pues bien, los artículos del codigo de Weishaupt que el maestro nos explicaba, escritos en estilo frio y pesado, no tienen la milésima parte de la energía que ofrecen bajo la pluma de Mazzini. Por lo demas, repito que aunque grite tan alto, no desempeña otro papel que el de la bocina que de lejos empuña el almirante.

—Dime, Aser, ¿como fué posible en Alemania proceder con tanta inteligencia y concierto, entre tantos estados pequenos, y de distinta índole é intereses? Témome que ha de resultar la mayor confusion y enredo.

—¿Crees por ventura que los alemanes son tontos como los heróicos hijos de Italia, que continuamente riñen, se disgustan, se muerden y se suplantan; y esto no tan solo los de estados y provincias diversas, sino hasta aquellos *que un solo muro y solo un foso encierra?*

—Es mucha verdad.

—Pasa los ojos por las ultimas *Gacetas de Augusta* y de Francfort, y veras que en estos estados reina un espíritu y un alma sola. Toma y lée:

Hamburgo 4 de marzo.—Tuvimos una gran reunion; tres oradores, á saber, Wurm, Heckscher y Witt, arengaron al pueblo en favor de las reformas, de la libertad de imprenta, y de la publicidad de los preventivos; fueron aclamados con los gritos de: ¡Viva la reforma! ¡Viva la republica!

Berlin 9 de marzo.—Despues de las indicaciones de las ciudades prusianas, el municipio se reunio, y pidió libertad de imprenta, reforma constitucional de la patente régia, creacion de un parlamento nacional germánico, etc., etc.

Leipsick 7 de marzo.—En un decreto extraordinario de los diputados se insiste en la libertad de imprenta, en el cambio del ministerio, y en una nueva organizacion del sistema de gobierno.

8 de marzo.—Wurtemberg, Baden, Nassau, las Anseáticas, Francfort, Brunswick, Anhalt-Dessau pedirán y obtendrán la libertad de imprenta, completas reformas y libertad para el pueblo.

Hannover 6 de marzo.—El magistrado general y el colegio de los gefes de la clase media, piden al rey que se declare la imprenta libre, un parlamento popular germánico, reformas radicales, etc., etc.

¿Pero qué necesidad tenemos, amigo Meucci, de ir peregrinando de uno á otro estado, cuando tenemos aquí resumida toda la condicion actual de la Alemania,

segun trae la Gaceta universal de Prusia, del 9 de marzo? Todos los periodicos alemanes claman por la independencia de la Alemania: este es el lenguaje de los diarios del Rhin, de Silesia, del Mediodía de Alemania y de la Alemania entera.

¿Estás satisfecho? ¿Te parece si los alemanes subdivididos en cien diversos estados, son *cor unum et anima una?*

—Perfectamente, contestá Meucci, frotándose las manos: veo que los valientes alemanes ponen por base de todo nuevo sistema la libertad de la imprenta. Esta es una gran piedra, y tan fundamental que sobre ella pudieran levantarse los muros pelásgicos y ciclopeos.

—Y si todas las prensas fuesen libres como tu espada, fuera cosa de poner encima los montes Pelio y Ossa y escalar el cielo.

—Para nosotros es suficiente poder escalar el Quirinal, apagar los rayos que tiene en la mano el Júpiter con estola, quitarle de la cabeza las tres coronas, del cielo, de la tierra y del infierno, y confinarlo en un rincon de la sacristía de Letran. Mi espada tiene una punta tan aguda, que traspasaria las siete murallas de Tebas. Deja correr la bola.

Aser dijo:

—Que corra' pero entretanto, tu espada da el asalto á Gesu y al Colegio romano, que son dos rocas mas faciles de tomar que el Quirinal.

—Despues de estas dos bicocas, replico Meucci, verás tomar las fortalezas de todos los frailes con avellanas, y allanado el

camino para otras municiones de mayor empuje.

—Despues que tuvieron esta conversacion á solas en aquel rincon retirado, salieron del café cada cual por su lado á caza de noticias, género muy abundante en aquellos dias en que toda la Europa se hallaba envuelta en un universal torbellino.

Aquellos romanos que tenian juicio y conciencia estaban tristes, conmovidos y llenos de asombro de ver tantos y tan graves desordenes como amenazaban exterminar lo mas sagrado, á saber: el imperio divino y humano de la potestad civil y religiosa. Veian que este imperio se veia atacado por un frenesí de libertad política y moral, que es el fruto del principio protestante de la autoridad particular, llevado por grados en el espacio de tres siglos á sus ultimas y mas terribles consecuencias. La opinion privada en materia de fé, por una hilacion inevitable, paso del desprecio de la autoridad civil á la denegacion, luego á la rebelion, despues al odio, á la ira y al furor contra todo cuanto fué establecido por Dios y por los hombres para poner un freno á las pasiones. Así que, conculcada la religion, arrastraron por el lodo los tronos de los reyes, burláronse de las leyes, los delitos se tuvieron por virtudes, la propiedad por un robo, la riqueza por un crímen y la autoridad por tiranía.

XVIII.

LOLA MONTES.

Mientras que el mundo estaba atento aguardando á dónde irian á parar tantos trastornos, representábase en la ciudad de Monaco en Baviera una escena de comedia, que podia tener un trágico desenlace, y que conmovió profundamente á aquella soberana y gentil Atenas de la Alemania.

Hé aquí que junto á una iglesia refugiose, perseguida por la furia popular, una jóven, maltratada, con la cara encendida, la vista torva y los lábios ardientes: tiembla, se enfurece, y dando un brinco, se pone de espaldas á la puerta del templo, y apunta á la turba una pistola gritando:

—¡Ea, canalla! abridme paso inmediatamente, y desgraciado del que intente ponerme la mano encima.

Pero un hombrecillo que habia allí la asalta por el lado, la coge por las trenzas, le arrebata la pistola, y arrastra á esa nueva Pentasilea en medio de la turba que grita:

—¡Matarla! ¡Cortemos las piernas á la bailarina! ¡Torcerle el cuello á esa orgullosa!

—Dejadme, decia otro, que quiero arrancarle el hígado, y arrojarle á mi gato.

Y hubieran pasado á mayores, á no haber aparecido un piquete de caballería li-

gera que rompiendo entre la multitud, rodeo á la desdichada, librándola de que la hiciera pedazos aquella turba alborotada.

Esta jóven era la célebre española Lola Montes (1), que habia llenado el mundo con sus excentricidades, y habia dicho que arrojaria los jesuitas hasta los últimos confines de la tierra; ademas, creyo que podia gastar bromas con los estudiantes de la universidad. ¡Pobrecilla! Antes hubiera podido ella sola vencer á la caballería en una batalla campal, que á una turba de jóvenes; los cuales resultan hoy tan formidables, que en dos horas pueden destruir los reinos mas belicosos, y los imperios mas antiguos y respetables de Europa.

Por lo mismo la señora Lola, la bailarina por excelencia, la hija del aire, la hermana del Zéfiro, reflexionando que el mundo en vez de adorar á Dios, rinde culto á la garganta y á los gorgeos de las cantantes, y á los piés y piernas de las bailarinas, fijos los ojos en las puntas de sus pies, y viéndolos tambien dispuestos para dar brincos y hacer tercerillas y cuartas, metiosele en la cabeza el propósito de hacérserlos divinizar por sus admiradores.

Son las universidades, como siempre lo han sido, el semillero de las sociedades secretas, y principalmente en Alemania

(1) Tanto ha dado que hablar esta bailarina española que fuera inútil añadir algo. Echada de Baviera, parece que pasó á buscar fortuna en America.

los estudiantes se inscriben en las mismas á las claras, y sin hacer de ello un misterio á los gobiernos;- los cuales aparentan no verlo, o no hacer caso, cuando no creen sacar mucha utilidad dominándolas y dirigiéndolas á los fines de una política, que ahora advierten, aunque sobrado tarde, cuan engañosa y fatal es á la verdadera felicidad de los pueblos. En las universidades alemanas todo jóven al entrar debe dar su nombre y prestar obediencia á una sociedad parcial, que tiene sobre él completa autoridad, y le acoge é inscribe en su secta, con ritos y ceremonias místicas y extrañas, con las que queda consagrado á la órden y divisa con que quiere señalarse. Uno toma un nombre, otro toma otro, este tiene por divisa el color rojo, aquel el amarillo, ó el verde, ó el blanco, o el azul. Cada órden tiene su presidente con sus colaterales, el secretario, el cajero, el reclutador, el instructor, con sus estatutos, leyes y costumbres; si faltan á ellas, castigos y multas, y si las observan, premios y grados.

Ahí se ve cómo el espíritu del mal parodia las instituciones católicas. En los buenos tiempos de la piedad cristiana tenian los antiguos en las universidades sus congregaciones de Nuestra Señora; otras para los teólogos, y otras para los juristas, para los médicos, para los filósofos y lo mismo para las otras clases. El ejemplo de los protestantes se propagó miserablemente á las universidades católicas: se reputó por vergonzoso hermanar la ciencia con la religion, y el saber con la piedad, y ¿qué

acontecio? Que en vez de la congregacion de la Vírgen, aparecieron las sociedades secretas; en vez de las santas reuniones, las profanas; con frecuencia inícuos conventículos; en lugar de los divinos sacramentos, los juramentos diabolicos; y en vez de la devocion, la mas evidente impiedad.

Antes el pueblo daba á sus devotas cofradías los nombres del Santísimo, del Rosario, del Cármen y de los Difuntos, que se reunian los dias festivos en la oracion, en el oficio divino, en la comunion y en las vísperas, y tenian la caja de los pobres, de las viudas, huérfanos y enfermos de la cofradía.—¡Simplezas, supersticiones y locuras de la Edad Media!—Pues bien, ahora los pueblos tienen igualmente sus asociaciones; pero se reunen para comilonas, blasfemias, rebeliones; las cofradías se han convertido en clubs o conventículos de la Montana, del socialismo y del comunismo: dentro de aquellas cuevas donde se trata toda maldad, rugen los sectarios como leones que hacen estremecer al mundo. ¡Y luego decid que los retrogrados hacen mal en reanimar en el corazon de los pueblos el santo temor de Dios, á fin de conducirlos respeto de las potestades legítimas y á la sumision á las leyes, á la observancia del septimo y del décimo mandamiento del Decálogo, de no hurtar ni desear los bienes agenos!

Volviendo á las universidades, aunque la de Monaco estaba dividida en varias asociaciones que tenian el nombre y la divisa de las cinco provincias del reino, y se

llamaban de los Palatinos, de los Suevios, de los Franconios, de los Bávaros y de los Isarios, cada faccion de los estudiantes se diferenciaba, ó por la hechura del sombrero, ó por el corte del cabello, ó por el color del corbatin, etc. Hasta la diosa Lola Montes quiso tambien tener sus sàcerdotes iniciados en sus misterios, como los de Isis, de Berecina, y de Eleusis, antiguas diosas de Egipto, Asiá y Grecia. Púsoles el nombre de Sociedad alemana, y les dio una hermosa divisa para que los reconociese por devotos suyos toda la ciudad de Monaco.

¡Pero qué! los adoradores de la cabeza de Minerva no sostuvieron el culto profano de los pies de la bailarina espanola, y abandonando su partido, se coligaron contra los que permanecieron en él. Tomaron sus medidas, se armaron de bastones de estoque y de palos á modo de picas con agudas puntas, y ocuparon las embocaduras de las calles, y las esquinas de las encrucijadas, en las que pusieron una buena guardia de cazadores. El grueso del ejército reunido en masa en la plaza, ataco de firme á la Sociedad Alemana ó á los adictos á Lola. El ataque fue terrible: los lolianos hicieron frente debajo de la posada donde se juntaban para comer; pero cuando vieron relucir los estoques, y que se les daba una lluvia de palos en las piernas para derribarlos, se refugiaron en desorden dentro de la fortaleza de la posada. Así nos pinta Tácito el ataque de los Vitelianos en la puerta Piciana, contra los Otonianos, y el pueblo romano, que como si

asistiese á un espectáculo de gladiadores, permanecia tranquilo en las tiendas y en las puertas contemplando aquella atroz refriega en las calles de Roma, y cuando los Otonianos cargaban á sus contrarios gritaba:

—¡Viva Oton!

Y luego cuando los vitelianos rechazaban á aquellos, exclamaba:

—¡Viva Vitelio!

Pero los héroes de Lola Montes, encerrados y sitiados en aquella roca de Minerva culinaria, enviaron por una puertecita excusada un mozo del posadero á que diese aviso de lo que sucedia á su emperatriz. Como Lola supo aquella batalla, de derrota y de asalto, armóse con pistolas y puñal, y corrió furiosa como una víbora á poner en fuga con una sola mirada á los sitiadores. Cuando advirtió en ella el pueblo, empezó á rodearla á gritos, silbidos y pedradas, mientras que la desdichada no sabia dónde refugiarse en medio de aquella horrorosa tormenta, y gritaba pidiendo socorro: ya corria á una tienda, y era rechazada, ya á una puerta, y se la cerraban en los hocicos. Mientras tanto aumentaba el tumulto, y la gente la maltrataba, rasgábale el vestido, hasta que por último, no teniendo otro amparo, corrio á la puerta de la iglesia, como ya dejamos dicho, en donde vuelta un poco sobre sí, trataba de romper por entre el gentío para salvar á los sitiados; con lo que por poco se pierde á sí misma.

Esta comedia fué en Mónaco el principio de mil agitaciones y tumultos, de faro-

les rotos por la noche, de ventanas apedreadas, de ataques y robos, que pusieron la ciudad en el mayor conflicto. Por fin llegó su dia, y Lola fué arrojada y desterrada para siempre de todo el reino de Baviera.

Pero colmado el tumulto en un estado, estallaba en otro; de suerte que toda la alta y baja Alemania asemejábase á un Océano agitado por impetuosos vientos, el cual levanta sus olas á las nubes rugiendo y reventando con horrorosa furia. Todos los estados proclamaban la unidad germánica; y al paso que gritaban unidad de fueros, todo lo hundian en el desorden, puesto que empezaban por romper la fidelidad á sus príncipes, faltando á los pactos, desobedeciendo á las leyes, derribando los antiguos estatutos para plantar sobre las ruinas de las antiguas y propias constituciones el árbol de la libertad.

Tales motines se encendieron con una sedicion mas manifiesta en Berlin: queríase á la fuerza una libertad desmedida, y el rey habíase empeñado en negarla, acuden los pueblos al palacio; el ejército lo defiende: rabia y furor que no se extinguen con sangre: aséstanse los cañones á la multitud, vomitan metralla; hay muertos, fugitivos, y corre la sangre por calles y plazas. Sin embargo, los que hoy fueron vencidos se amotinan de nuevo mañana: amontonan los cadáveres de la víspera; y aquella carnicería pútrida y hedionda—de la que destilaba sangre y podredumbre que se encharcaban en derredor—se presenta como un espectáculo atroz á la

vista de las turbas aterrorizadas: cojen al asustado monarca, y llevándolo delante de aquellas víctimas le dicen:

—Contèmplalas!

La Providencia por su parte abrio una escuela para que en ella aprendiesen los reyes y los gobiernos, á su gran dano y peligro, que una vez roto el freno de la religion, la plebe se convierte en fieras que despedazan y devoran todo cuanto se les pone por delante: y ni los ejércitos armados, ni todos los instrumentos de guerra pueden por sí solos contrastar el ímpetu de las pasiones desencadenadas en unas almas que han perdido el santo temor de Dios.

A principios del ano 1848, vio asombrada toda la Europa un sacudimiente tan subito y general, que no ha tenido ni tendrá jamás en la historia otro semejante; de manera que todos los hombres, sobrecogidos del mayor pasmo, se hallaban atronados y desconcertados como aquellos que al atravesar por la caverna de Posílipo se hallaban aturdidos con los gritos de:

—A la montaña! A la marina!

No ven, ni oyen, y en medio de tanto ruido y desconcierto, ¿qué significan aquellas voces, que importan aquellos gritos, mientras que en medio de tanto remolino de polvo, de tinieblas y de horrores, el diestro conductor guia tranquilo y seguro á sus viajeros á las amenas riberas de Chiaca?

El único medio de arreglar el mundo y de pacificarlo consiste en que cada cual

se mantenga en su camino, no volviéndose á la derecha cuando debe seguir la izquierda, ni á la izquierda cuando es menester caminar por la derecha, para no ser derribados y hechos pedazos.

—A la montana! A la marina!

XIX.

VIENA Y MILAN.

—Hola, sener Bartolo!.... Con vos hablo, señor Bartolo, ¿estais? ¡Qué cosas! ¡que portentos! Al fin vuelve á veros!

Estas frases interrumpidas procedian de Polisena mientras subia la escalera de la casa de Bartolo. Luego que llego á la primera salita, fatigada y anhelante, se echa el boa (1) suelto en los hombros, y entró en seguida pavoneándose en el gabinete de Bartolo.

Este se hallaba sentado delante de la chimenea con una gran bata de raso azul, acolchada con plumon de oca; estaba fumando un puro de la Habana, y encima de la cornisa de la chimenea tenia su cigarrera de ébano y algo apartada una pipa de espuma de mar y una hermosa bolsa para el tabaco hecha de punto, con fleco colo-

(1) L'ámase *boa* una especie de corbata larga y cilíndrica de piel de marta con que se adornaban las señoras envolviéndola al rededor del cuello, como una serpiente enroscada de las que los naturalistas llaman *boa constrictor*.

rado, que le habia labrado Elisa para el dia de su natalicio. Estaba leyendo el Contemporáneo (1), hundido en un sillon, con las piernas cruzadas, con pantuflas coloradas, y en la cabeza un colbak ó gorro turco, con larga borla violada. Cuando vio entrar á Polisena tan presurosa y admirada, quitose de la boca el puro, y sacudiendo la ceniza con el dedo menique, dijo:

—¿Pues qué sucede que estais tan exaltada?

—¿Qué sucede? No lo adivinaríais en mil años. ¡Viva la Italia! señor Bartolo: ahora sí que se ha roto el dique; somos verdaderamente libres: no mas cadenas, ni esposas, ni grillos; la Italia es libre como el águila. Rotas sus cadenas, se levanta a las nubes, y desde los cielos contempla á sus carceleros atónitos y desmayados.

—Estais robando la poesía á Gherardi y á Tomasoni (2): bajad de vuestros cielos, y decidme lisa y llanamente qué hay de nuevo, qué noticias son esas que os ponen tan alegre y hacen temblar de júbilo; pues en efecto toda temblais y los ojos os centellean.

—¿Por ventura no tengo sobradísimo motivo, señor Bartolo? los votos de Italia al fin se ven atendidos, su dia ha llegado, su estrella ostenta todo el brillo: el Austria no existe.

—¡Qué diablos! ¿creeis que.....? Pero

(1) Periódico romano de espíritu republicano.

(2) Gherardi y Tomasoni eran dos poetas que como Tirteo de Esparta, excitaban en Roma á los italianos á combatir ó morir por la libertad.

os alucinais; ¡el Austria no existe! ¿Y á dónde ha huido? ¿Se ha marchado en diligencia, ó se ha trasladado á la Tartaria ó al Perú?

—Quiero decir que la diligencia la han tomado el emperador, Metternich, los archiduques imperiales, la nobleza de palacio, y principalmente la tremenda policía de Viena, que hacia temblar á la Italia y llenaba de víctimas los plomos y los pozos de Venecia, las torres de Mantua y las cloacas de Spielberg. En fin, el trono de los Césares ha caido en el polvo, y en este instante en que estamos hablando, Viena, la imperial Viena, es democrática....

—Estais sonando, mi buena é italianísima Polisena; ó mejor que un sueño, es una locura, un delirio. Mientras se trata de París, aunque en verdad fué cosa sorprendente, pero para aquellos que conocian el estado de la Francia, y el hervor de las cabezas francesas, la repentina caida de Luis Felipe fué suceso que no salio de los límites de lo posible; pero que Viena se acueste imperial y amanezca democrática, esto se halla fuera de toda posibilidad. Cuidad que no sea una broma de la Palas para burlarse de los tontos.

—Señor Bartolo, no se trata de bromas, sino de un acontecimiento real y positivo; esta misma mañana han llegado dos extraordinarios, el uno al señor Friborn, consul inglés, y el otro al Quirinal; en la plaza de los Santos Apóstoles me encontré á Sterbini que daba el brazo á Galletí, y me de-

tuvieron refiriéndome el hecho tal como ha sido: mas despues al atravesar la plaza Coloma vi que se hallaba atestada de los italianos mas ardientes; todo era correr, agruparse, estrecharse las manos y abrazarse con nunca visto entusiasmo. *Viva la Italia! La Italia es libre! Muera el estranjero! Muera el Croato!*

—En verdad caigo de las nubes....

—Podeis caer de la luna si quereis; pero el hecho es positivo. Y lo mas increible es que el trono imperial se hundio en pocas horas, no solo por los esfuerzos de un poderoso ejército, sino por cuatro mozalvetes desenfrenados que corrian locamente gritando por las calles: *¡Viva la libertad! Muera Metternich!* En Viena todo es confusion, terror y muerte. El pueblo se armo asaltando los arsenales y las armerias; las mas ricas y hermosas fondas son saqueadas, é incendiadas las casas mas espléndidas de los suburbios; la suntuosa quinta de Metternich destruida y pasada a saco; el príncipe se oculto en medio de aquel trastorno, y, o permanecio sepultado bajo los escombros de sus preciosas galerías, ó se disfrazo y huyo. El emperador....

—¡Dejadme respirar, Polisena! Ciertamente me dejais aturdido y sofocado. Elisa! ven, Elisa, oye!

Hallábase Elisa en su estancia hablando con un sacerdote que habia sido su maestro de historia en San Dionisio, é iba alguna vez á conversar con ella llevado del afecto que la tenia desde pequenita, y de los bellos modales y amabilidad que observaba Elisa con todos, y principalmente con

los que habian contribuido a su educacion. Cuando oyo que la llamaban tan aprisa, se levantó, y habiendo hecho sena á D. Severino para que la siguiese, entraron ambos en el gabinete de Bartolo.

Entonces Bartolo, hundido como se hallaba en su sillon, apenas hubo saludado al sacerdote, exclamó:

—Oid lo que esta diciendo Polisena! Yo no sé lo que me pasa! ¿Sabeis que en Viena se ha levantado de improviso una rebelion de las mas fulminantes, que ha trastornado todo el imperio?

—Viva la Italia! grito Polisena, dirigiendo una especie de mueca al sacerdote. Senor D. Severino, esta vez los negros pueden irse á esconder. Vuestro Metternich ha encerrado la coleta entre los viejos protocolos de la diplomacia, y puesto el sello del águila doble de la cancillería imperial: en adelante los dictados de emperador, rey de Hungría y de Bohemia, duque de Carintia, conde de Tirol, y especialmente el de rey de Italia, son cosas propias de un museo de antigüedades egipcias. Tales títulos no los veremos ya mas.—Dios y el pueblo: hé ahí el título de la soberanía universal.

—Señora Polisena, hablais con mucho calor, y en dos palabas estais componiendo una historia; pero las historias son largas.

—Mejor diríais que lo fueron en los tiempos pasados, porque ahora cada dia tiene su historia que necesitaria muchos volúmenes en folio. Hoy en París los hombres de blusa destruyen la monarquía cons-

titucional; pero en Viena bastaron unos cuantos muchachos de la universidad para hacer anicos el macizo trono de los Césares. ¿Lo entendeis? unos cuantos muchachos, para quienes nada valen la majestad de los palacios imperiales, ni las fortificaciones, ni los parques de artillería, ni los numerosos y fuertes ejércitos.

—¿Pero creeis vos, dijo el sacerdote volviéndose á Bartolo [pues en cuanto á Polisena ni aun se digno honrarla con una mirada], créeis que Viena ha caido á mano de unos muchachos?

—Créolo, porque lo dice Polisena.

—Sí, del mismo modo que un nino puede matar á un jigante, tirando del gatillo de un trabuco. Lo mismo ha sucedido en Viena: el trabuco hacia mucho tiempo que estaba cargado, metida la bala y bien atacado, cebado, y preparado: lo que se ha hecho ha sido hacer tirar del gatillo al nino. ¿Qué extrano, pues, que al esfuerzo de tan pequeña mano se haya disparado el arma y el jigante haya caido muerto?

No sabeis cuántos años hace que se estaba cargando esta arma: José II puso la pólvora al deprimir á la Iglesia: el volterianismo en los bancos del departamento imperial metio las balas; una falsa política que dejaba el mal en el imperio por miedo de lo peor, púsole el cebo, pues dejo tomar el barlovento al feroz radicalismo helvético, sin poner un dique á la irreligion que dominaba en las cátedras de las universidades. Cuando la carga estuvo corriente, no faltando mas que disparar el arma, entonces el iluminismo por mano de

las sociedades secretas levanto el pié de gato, tomó la puntería, y dió á tirar del gatillo á cuatro mozalvetes de la universidad. El tiro salió como un rayo; era muy natural: todo lo destruyó; tampoco tiene nada de extraño.

—¿Sabeis, D. Severino, que hablais como un libro? En cuanto á mí nunca me habia detenido á reflexionarlo.

—No sois vos solo; no obstante, por poco que hubiesen fijado la atencion, especialmente aquellos á quienes Dios confió el gobierno de los pueblos, hubieran visto tan claro como el sol que colocada la Europa en tan resbaladiza pendiente, no podria detener el ímpetu de su caida; y solo un milagro podria impedir que se precipitase en el abismo de las mas espantosas revoluciones y de los mayores trastornos que jamás se han visto.

—No obstante, observó Bartolo, de improviso estallaron tantas revoluciones en Sicilia, en Francia, en Austria, en Hungría, en Transilvania, que horroriza solo pensarlo. Y estallaron de un golpe y simultáneamente, como cuando se quiere derrocar un gran monte por medio de una larga série de minas que se comunican entre sí por vías subterráneas.

—¿Qué hay que extrañar en esto? lo extraño fuera que habiendo pegado fuego á la mina por tantos medios y de tantas maneras, no reventase, y que reventando no volase todo por los aires.

—En vista de lo que decís causa ciertamente admiracion que no viesen todos una cosa tan clara y evidente.

—¡Si al menos la viesen despues que estalló ya la mina, y que solo contemplan en derredor escombros y destrozos! Pero no señor, aun ahora mismo, despues del estallido de las primeras ruinas, dejarán reventar las segundas y las terceras, hasta que el mundo se arruine y vuelva á caer en el caos.

—Y esto sucede, respondió en tono acre Polisena, porque vosotros los sacerdotes sois enemigos de la libertad, negros como la media noche, retrógrados como los cangrejos, y perezosos como los caracoles. Dejad libres á los pueblos, y no habrá sacudimientos ni revoluciones.

—Señorita, si tuviese V. tanto juicio como petulancia, le haria tocar con la mano que la verdadera libertad de los pueblos consiste en aquella paz que es el fruto de la sumision razonable á Dios, á la Iglesia y á las autoridades legítimas que los gobiernan. Pero la libertad sin estas tres condiciones es desenfreno y perturbacion de todo orden natural ó civil; ó mejor aun, es verdadera tiranía, y la mas cruel de todas las tiranías, pues con su peso aplasta á las naciones que Dios quiere castigar en su indignacion. Elisa, por caridad no gasteis chanzas con una libertad que huye de nosotros, y que si por desgracia la alcanzamos nos encadena en una triste esclavitud.

Dicho esto, despidiose D. Severino de la reunion; y se fué, dejando á Polisena mordiéndose los lábios.

Bartolo entonces, como despertando de un sueño, despidió á las mugeres, vistióse

y fué á dar una vuelta por la plaza y por el Corso á fin de enterarse de las nuevas del dia.

Mejor que D. Severino sabian los astutos demagogos que NO HAY LIBERTAD SIN RELIGION; y por lo mismo al punto tomaron la máscara de la religion á fin de engañar á los pueblos, á quienes con pesar veian permanecer hijos fieles y obedientes de la Iglesia y estar muy poco dispuestos á prescindir del alma y de la conciencia en favor de una libertad que les arrebataba el precioso tesoro de la fé.

Así, tomando ocasion de los trastornos del Austria, impulsaron á la juventud italiana á una guerra que llamaban *guerra de religion y sagrada*. Gritaban que el extranjero profanaba los templos; que insultaba las venerables imágenes de los santos, que derribaba los altares, perseguia á los obispos, encarcelaba á los sacerdotes, robaba á las mugeres, violaba á las vírgenes, asesinaba y traspasaba con las espadas á los ninos, cuyas carnes tiernas y palpitantes arrojaba á los perros. Por lo mismo debian levantarse y *cruzarse* por la guerra sagrada; Dios y Pio IX les bendeciria, y el valor italiano les aseguraba grandes victorias en el Adige, en el Bachiglione y en el Tagliamento.

El dia 18 de marzo se insurreccionó Milan contra la guarnicion austriaca, y tras una lucha de las mas empenadas y sangrientas, arrojó las tropas de la ciudad, del castillo y de todos los puestos militares.

Las ciudades de Lombardía y Venecia

tomaron tambien las armas, y el ejército del mariscal Radetzki, cogido por sorpresa en sus puestos, vióse rodeado por todos lados; y fué tan de improviso y tan recio el ataque, que no pudo reunirse para hacer frente á la tempestad que les cayo encima.

Los aldeanos de las populosas tierras de la Lombardía cortaron la retirada á los batallones austriacos esparcidos por los campos; y rompieron las vías militares, derribaron los puentes, obstruyeron los pasos con troncos de árboles; de modo que la artillería hundíase al atravesar los sembrados; la caballería caia en las zanjas, y hallaba obstruido el paso; y sobre todo esto, por todas partes las campanas tocaban á rebato, y las mugeres y los muchachos encaramados encima de los tejados, estaban dispuestos á arrojar una nube de piedras sobre los fugitivos que atravesasen la comarca.

Los soldados, apenas acababan de salir de un pantano que caian en otro, despues de vencidas las barreras, caian en las zanjas, quitado un obstaculo, levantábanseles mil; y mientras tanto, faltos de comida, abrasándoles la sed, agobiados de cansancio, exhaustos por las fatigas de la guerra, sin techo ni abrigo en medio de las lluvias y frio de la noche y hostilizados por todas partes, pudieron llegar muy pocos á Verona á refugiarse en los fuertes de la Peschiera, de Mantua y de Legnano.

El Piamonte — aprovechando con afan una ocasion tan propicia para llevar á efecto sus antiguos deseos de ensanchar su es-

tado, y de formar un reino italiano de la Marca, del Panaro, del Pó y de las lagunas hasta todo el circuito de los Alpes desde uno á otro mar,—el Piamonte, decimos, envió sus legiones á la otra parte del Tesino, y marchó en masa hasta el corazon de la Lombardía, llevando á su cabeza al rey Cárlos Alberto y sus hijos el duque de Saboya y de Génova; y apenas habia penetrado por el lado derecho de Cremona, y por el izquierdo á la otra parte del Adda, que los ducados de Parma y de Modena se rebelaron á sus senores; y estos príncipes, precisados á expatriarse, se echaron en los brazos de Cárlos Alberto, quien por medio de sus secretos legados les prometió proporcionarles grandes privilegios y franquicias bajo la insignia de la blanca y gloriosa cruz de Saboya. Mientras tanto la juventud lombarda y toscana, excitada por los gritos de libertad que por toda la Italia proclamaban los corifeos de la independencia, acudio armada desde todas las comarcas para reunirse al ejército subalpino y pelear en la santa guerra italiana.

No podia Roma mirar indiferente el ardor guerrero que inflamaba á los jovenes de las principales comarcas de Italia, con especialidad en aquel tiempo en que esta ciudad se habia convertido en el foco de la mas desenfrenada demagogia, en el receptáculo de los foragidos de todos los estados de Europa, en la gran cloaca y depósito de la hez de las sociedades secretas.

Uno de los primeros pasos que dieron sus pérfidos agitadores—luego que supieron los movimientos de Viena y las revueltas del reino Lombardo-Veneto—fué romper pronto con el imperio de Austria, y poner á Roma y al Papa bajo un aspecto de enemistad, de resentimiento y de violencia, con aquella generosa nacion. Y cualquiera puede figurarse hasta que punto Roma, que antes celebró los execrables triunfos del radicalismo helvético sobre los catolicos de los cantones primitivos, se vio arrebatada de jubilo ahora, viendo destruido por la alemana impiedad un trono tan augusto, y que por mas de tres siglos opuso una barrera á la inundacion de la herejía, que amenazaba sumergir todas las tierras meridionales.

Iluminaciones, algazara, disparos, gritos, vociferaciones de ¡viva la independencia! ¡muera el austriaco! ensordecian á los siete collados. Sin embargo, esto todavía no bastaba; sino que fué necesario hacer al Austria un nuevo ultraje, hollar el derecho de gentes, mancillar la blanca estola de la Iglesia romana, ofender los respetables fueros de la hospitalidad, violar el hogar doméstico del pacífico embajador imperial, y asaltar su palacio, en medio de imprecaciones y gritos de muera el conde Lutzow.

Una horda impúdica con banderas, fajas y escarapelas tricolores, rodeo el palacio de Venecia, morada del embajador, y despues de haberse desahogado con las maldiciones y amenazas que hemos dicho, ar-

rimo las escalas, quito las cadenas y bajo en medio de silbidos las armas de Austria con el águila imperial. Llegado apenas al suelo aquel grande y pesado disco de madera, pasaron dos largas cuerdas por los anillos de las cadenas, cogiéronlas aquellos pícaros agentes de Ciceruachio y fueron arrastrándolas por la plaza con un ruido y algazara infernal.

Con menos entusiasmo ataron los antiguos troyanos las largas y recias maromas para introducir el colosal caballo de los griegos por los rotos muros de la ciudad hasta la roca de Ilion á fin de colocarlo en el templo de Minerva.

Cuando aquellos furiosos vieron por el suelo las grandes águilas sin corona, parecióles ni mas ni menos que todo el imperio estaba postrado en el fango, y a merced del valor romano, y con dolor y vergüenza de los verdaderos romanos, empezaron á cubrirlas de lodo é inmundicia, escupiendo en ellas y arrojándoles piedras recogidas en las calles, golpeándolas con palos, y rompiéndolas y destruyéndolas de mil maneras. Otros beodos se sentaban, ya dos, ya tres, encima del escudo de armas, y se hacian arrastrar por el Corso, y cogidos de las manos figurando una danza, hacian mil muecas y gestos de mofa y de desprecio. Y aquellos cobardes, aquella chusma que llevaba tambien el uniforme de la guardia cívica, traspasaban á bayonetazos el corazon de las pintadas águilas, cortándoles las cabezas con la corona imperial, con el mismo gusto con que les pa-

recia que desafiarian á un regimiento de husares ó de dragones.

—Ved, gritaban triunfantes, ved el caso que hacemos del Austria!

—Mueran los croatos! ¡A ellos! á ellos! al diablo los austriacos!

Los nobles y generosos romanos se cubrian el rostro avergonzados, pesándoles entonces de ser ciudadanos de la ciudad eterna; y hubieran preferido hallarse en el fondo del mar, á tener que presenciar tales abominaciones cometidas por hombres que aturdian á la Italia y al mundo diciendo que deseaban regenerar las toscas costumbres de la barbarie clerical, hermanar íntimamente la libertad, la justicia y la paz, y hacer brillar el sol de la gentileza y cortesía en todas las tierras,

que el Apenino parte, y el mar circunda á los Alpes (1)

El proceder brutal y villano de aquellos desalmados en medio del Corso de Roma ¿no podria figurar dignamente al lado de las bestiales danzas y festejos de los caribes, de los hurones y de las tribus mas feroces de la Australia?

Pero el triunfo no era completo: por lo que llegaron algunos con mazas y hachas, y destrozaron enteramente las armas imperiales; luego cogieron por el cabestro un asno que acerto á pasar, y para mayor desprecio le cargaron aquellos destrozos; en seguida uno le cogio por la cola y otros

(1) Traduccion del verso italiano: *Appenin parte e il mar circonda e l'Alpe.*

dos por el cabestro, gritando con toda su fuerza:

—Esta honra merece el austriaco.

Mientras que otros dandoles golpes añadian:

—A la horca! al fuego!

Así que llegaron á la plaza del Popolo hicieron un monton de paja y de leña, y quemaron en aquella hoguera las destrozadas armas, bailando al derredor de la llama. Entonces un pilluelo vestido á la italiana, echándola de político y de chistoso, dijo á la turba:

—Romanos, es menester matar este asno, pues habiendo llevado encima las águilas imperiales, ha quedado infame y escomulgado.

Pero el dueño del asno, que no era progresista, empezo á exclamarse diciendo:

—Romanos, no es licito matar á ese pobre animal, porque al fin y al cabo es un asno italiano.

—Muy bien dicho, exclamo uno; es sangre sagrada, sangre italiana.

Y el asno fué conducido al Tiber para limpiarle, y despues de bien enjabonado salio del agua limpio de toda contaminacion imperial.

XX.

EL AJEDREZ.

En esto llegaron mas claras noticias de la sublevacion de Lombardía, de la partida de Carlos Alberto y de las escuadras

auxiliares que de todos los puntos de Italia acudian á reunirse al ejército sardo, con lo que reinaba en Roma la mayor fermentacion. Los gefes de la liga secreta no estaban un instante en reposo: y en el Círculo popular habia un incesante flujo y reflujo de agentes, mediadores truchimanes, reclutadores y alistadores de voluntarios. Todo era llamar á los jovenes, y ponerlos, como suele decirse, entre la espada y la pared, para que fuesen á aumentar las filas de los valientes.

Por un edicto del príncipe Aldobrandino, ministro de la guerra, se abrieron los registros de los nuevos alistamientos; el príncipe Rospigliose, general de la Guardia cívica, publico una invitacion á los milicianos romanos. Ciceruachio era el contramaestre de los cuarteles, y sus agentes eran los correos, trompetas y heraldos de las ordenes de la asamblea. Sterbini, Spini, Torre, Masi, el droguero Galleti, oradores y tribunos de la plebe; y el padre Gavazzi, archipámpano de todo aquel movimiento. En todas las esquinas y en las plazas subíanse encima de los bancos y toneles, haciendo ondear los pañuelos y banderas tricolores para atraerse oyentes de entre el pueblo.

Acudia la gente preguntando:

—¿Que hay? ¿qué es lo que quieren decirnos?

—A la guerra, italianos! á la guerra! la patria lo pide á sus valientes. La libertad de Italia os aguarda en los campos de Lombardía.... A las armas, ¡oh romanos! á las armas!

—A las armas! Esto pronto esta dicho, decian ciertos veteranos meneando la cabeza. ¿Qué broma es esta? Hacerse matar por dar gusto a estos senores: ¡habrá locura!....

—Calla, cobarde, díjole un valenton; sin duda debes de ser algun sacristan de Caravita (1).

—Senor guapo, respondio un grupo que tomó el partido de aquel buen hombre; ¿por qué no vais vosotros á haceros levantar los sesos de un balazo?

Unos hacian muecas al orador; otros al oir las altisonantes frases del mismo fruncian el ceño, ó se encogian de hombros, y la mayor parte se volvian a sus tiendas, en donde las mugeres les preguntaban:

—¿Qué es lo que predican aquellos embaucadores? ¡Jesus mio, y qué cosas! Hubo un tiempo en que predicaban en esta plaza sacerdotes con un crucifijo; y ahora les han reemplazado esos alborotadores con sus banderas. ¿Virgen Santísima, qué nos falta que ver aun? El mundo ha llegado á su fin.

No faltaban algunas pobres madres que pasaban las mayores angustias viendo ese afan de atizar á los jóvenes á partir para la guerra; puesto que los astutos enganchadores alucinaban con sus manas á los jovenes de la Sapienza (2), y hasta á los ninos del batallon de la Esperanza y á los

(1) Oratorio nocturno de Roma muy frecuentado.

(1) La *Sapienza* es la universidad romana, de la que salieron muchos héroes á la guerra de la independencia.

mancebos de las tiendas; los acompañaban á los puntos donde se alistaba, y les hacian inscribir sus nombres. Así volvian á sus casas ébrios de furor guerrero, sin que nada valiera el llanto de las madres, ni las caricias de las hermanas, ni la autoridad de los padres para contenerlos... Interrumpidos á lo mejor sus estudios, rotas las esperanzas de las familias, despreciados y conculcados los mas dulces afectos de la primera juventud, de todos modos estaban decididos á ir á la guerra.

Viéronse crueldades é inhumanidades inauditas. Hijos únicos, que eran el sosten de sus madres pobres viudas y de sus hermanas, que no tenian mas recurso que el fruto de sus oficios ó empleos, dejáronlas abandonadas sin ningun auxilio y en el llanto y la miseria. Maridos, y no pocos, que poseidos enteramente del demonio de la guerra, partieron furiosos sin siquiera despedirse de sus jovenes y tiernas esposas, sin dar un beso á sus hijuelos, dejando á aquellas en triste viudedad, y á estos huérfanos y sin pan. ¡Cuántas en el dia de la partida de las legiones se despertaron creyendo que el marido se habia levantado para ir á sus negocios ó á trabajar en su respectivo oficio, y en vez de ser así, mas crueles y desnaturalizados que las fieras, tomaron un fusil y se unieron al tropel de furiosos, ausentáronse de Roma sin dirigir un solo pensamiento á su familia, á pesar de que sabian faltarle todo sustento, y la muger en cinta ó en lactancia, y los niños desnudos sin un pedazo de pan para aquel mismo dia! Cuán-

tes, á mas, antes de ausentarse vendieron lo poco que tenian y hasta la cama, dejando a la muger en un jergon (1).

El verdadero amor patrio esta subordinado á los sagrados deberes de la naturaleza, y un sentimiento no debe destruir el otro; por mas que dijesen los que impeliendo a los demas á la cruzada de la independencia, luego ponian otra vez su cruz en el armario, y procuraban dejarse crecer los bigotes, y se paseaban por el Corso y el Café Nuevo fumando su cigarro, en vez de respirar el humo del canon y el glorioso polvo de las batallas.

Era cosa de ver á aquellos Gracos y Brutos encaramados en sus toneles perorando de lejos contra los croatos, traspasando con la punta y con el corte las compactas falanges, romperlas, dispersarlas, perseguirlas y sembrar en ellas la muerte sin dar á nadie cuartel, y despues de tan estupenda victoria bajar á la fonda del Angel, o á la de Triton, o a la de los Tres Reyes, y hacer grandes y suculentas comilonas, vaciando sendas botellas de Velletri y de Orvieto.

—Viva la Italia!

—Viva la independencia!

—Muera el austriaco!

Abriéronse en Roma todos los almacenes de efectos militares; y como aquel año el Papa habia hecho variar el corte de

(1) Esto, que algunos creerán exageracion, lo saben muy bien los párrocos de Roma y las infelices que se vieron en la necesidad de pedir un lecho porque el marido vendió el suyo por ir á la guerra.

los uniformes de los soldados á la moda de los piamonteses, se sacaron de los depósitos las casacas viejas, los capotes y los morriones para darlos á los reclutas; pero como eran muchos, no hubo para todos y no pocos tuvieron que contentarse con zapatos, correaje, cartuchera y morral. En lo demas iban de paisanos sin otro distintivo militar que la placa pontificia en el sombrero, ó la escarapela tricolor. Todos eran gente allegadiza, cuya mayor parte sabia tanto del arte militar como de urbanidad y de religion.

Mientras tanto decia el carbonero Basílico en la taberna de la Estrella:

—Mozo, tráenos media azumbre del bueno del Genciano, que queremos probarlo con maese Tito. ¿Sabes, amigo, que el padre Gavazzi nos ha ensartado magníficos panegíricos hoy en el Coliseo?

—¿Has estado, replicó maese Tito, en el *Via Crucis* con los *Socconi* (1)? ¡qué milagro! Tus estaciones son siempre en las mejores tabernas de Roma.

—Cómo! ¿ignoras que se ha ido hoy de nuevo al Coliseo?

—Nada sabia de esto.

—Pues bien: sabe que el ejército romano se halla en camino para la Lombardía: van generosamente á dar libertad á Italia, y á destruir á los austriacos; correrán rios de sangre; basta decirte, y esto lo he

(1) La cofradía de los *Socconi*, instituida por el beato Leonardo d'Porto Mauricio para hacer el viérnes el *Via-Crucis* en las estaciones erigidas á lo largo del Coliseo.

oido yo propio, que ciertos jóvenes han jurado traernos acá tantos bigotes de Croatos, que basten á hacer almohadas para sus queridas, á fin de que duerman sobre sus triunfos. ¡Qué juramentos! capaces son de cumplirlos!

—Pero dime, compadre Basilio: ¿tienen los croatos sus fusiles cargados con bala de algodon, y sus sables de papel plateado, como los que venden en la plaza de San Eustaquio en los dias de feria? Yo tengo para mí, que las balas serán de plomo, y los sables de acero bien templado y bien afilados: no quisiera que se volviese la tortilla, y que algunos de estos jóvenes dejasen la piel, y sobre ella sus propios bigotes!

—¡Que! dijo Basilio, el padre Gavazzi nos decia: Romanos, hijos de heroes, sangre troyana, (¿tu entiendes, camarada?) sangre troyana, marchad impávidos hácia un enemigo que huye con solo oir el nombre de Roma; cada uno de vosotros vale por mil de aquellos villanos.—Por consiguiente la cosa es hecha, compadre: uno por mil. Llevad el valor romano á los campos lombardos, y que luego las mugeres italianas vean brillar la cruz roja en vuestros pechos, y admirando vuestros rostros marciales, conciban esperanzas.

—¿Van acaso á buscar mugeres en Lombardía? pregunto Tito.

—Qué loco eres! replico Basilio apurando el vaso.

—Al decir las mugeres, queria significar el P. Gavazzi que vuestros bigotes causarian espanto á los austriacos; y luego a-

ñadió: Paréceme veros volar de victoria en victoria al Tebro, al Pó, al Alice, al Bottiglione, (todo esto son rios, ¿entiendes?) y ¡qué! luego el Brenta, el Piava, el Tallamento.... y tantos nombro, que nunca creí hubiese tanta copia en el mundo.

—Mozo! otra media azumbre, gritó maese Tito.

Y en seguida volviéndose á Basilio anadió:

—¿Y como sabes tú estos terminachos?

—Muy fácilmente: yo nunca falto al Círculo popular con Ciceruaccio, Mecocetto, y maese Geronimo; y en el Círculo todas las noches se oyen panegíricos y poesías. Pero hoy, durante el sermon del Padre Gavazzi en el coliseo, habia unos que nos explicaban los rios, los lagos y las ciudades. Qué abundancia de bienes hay en Lombardía, amigo! Deberias enviar alla como soldado á tu hijo Nanetto y á tu sobrino Toto.

—Yo....dijo Tito, a mis hijos los quiero á mi lado: sabre que mi muger Anunciata, si no los ve en casa entrada la noche, mueve una alarma de mil diablos. La otra noche, que fueron á dar una vuelta para ver las iluminaciones, descargo su furia contra mí de tal suerte, que D. Pepe el vicario, que á la sazon bajaba de visitar á un enfermo del tercer piso, entró y en vano trato de calmarla: ya conoces tu á D. Pepe!

—En verdad, con respecto á la patria... ¡qué cosas decia el Padre Gavazzi: allí en persona ocupaba el pulpito de la *Via Cru-*

cis: tenia dos cruces rojas, una en la sotana, y otra en el manteo, largas de dos palmos.

—Lo mismo que las de los Padres Crucíferos de San Benito.

—Mucho mas largas. A todos nos miraba por encima de la cabeza (y nos hallábamos en el espacio del anfiteatro.) Con la mano izquierda cogia la extremidad del manteo y se lo recogia y apretaba en el costado izquierdo; luego extendia el brazo derecho y decia:

«—Romanos, la patria....que pagina inmortal para la historia! ¡Dios y la patria! Jovenes romanos, ¿no os sentis hervir la sangre, palpitar el corazon é inflamarse el alma?

—Oh! qué cosas!

—Todavía, como soy un ignorante, no sé describirlas bien; y ademas, ¿quién es capaz de acordarse de todas? Despues, oye, despues, volviéndose á las mugeres, empezo á decir:

«—Mugeres romanas, no lloreis; dejad que vuestros hijos vayan a la guerra sagrada; ó mejor, impulsadles y animadlos vosotras mismas, pues habeis infundido en sus venas sangre italiana, sangre noble, sangre de los antiguos Quirinos (¿entiendes, compadre? se trata de Quirino.)—¡Oh madres romanas! si es que recibiéseis la nueva de que vuestros hijos murieron en el campo de batalla, no lloreis; pues todas sus heridas las recibirán en el pecho y ninguna en la espalda.»

Luego hablaba de ciertas madres (por supuesto antiguas) que se hallaban en un

pais en donde llevaban los soldados muertos encima de los escudos, y le daba el nombre de Laci....(y apuraba el vaso): oh! como el buen vino refresca la memoria de ...Lacedemonia.

—¿No dije yo que este era asunto de demonios? No, no, mis hijos los quiero conmigo, no quiero lazos de demonios. Por lo mismo cada noche los encomiendo al ángel de la Guarda para que me los conserve sanos y en un santo temor de Dios y de su santísima Madre. Crées tú, Basilio, que como el P. Gavazzi no tiene hijos, puede muy bien decir: Madres, no lloreis. Si esto lo hubiese oido mi Anunciata, de seguro que le arrancaba los ojos.

El bueno de maese Tito decia la pura verdad: esto muchas madres lo saben, y hoy dia aun lloran el fruto de aquellas peroratas. A lo menos Aser fué mas cuerdo: no arranco los hijos de los brazos de sus madres romanas; pues se hubiera avergonzado de una seduccion tan inícua cual era extraviar á unos jovenes incautos é inexpertos y llevarlos á recibir la muerte en un campo de batalla.

Aser, pues, habia alistado, no á lindos adolescentes; sino todos los vagos y facinerosos que habian venido á Roma de otras comarcas en busca de buena ventura; puesto que el tiempo corria propicio para ellos en esta ciudad, muerta la policía, el gobierno falto de brazos, los buenos desanimados y abatidos, y los facciosos llegados al punto de tener sofocados los firmes deseos y santas y nobles intenciones del

sumo pontífice Pio IX; de cuya mano habian arrancado la espada de la justicia.

Estos malhechores vivian en Roma del robo y de la estafa, ó á expensas de las sociedades secretas. Estos, contentos con poco sueldo por lo que esperaban arrebatar en las ciudades de Lombardía, se alistaron en las filas de Aser, y ardian en deseos de marchar cuanto antes mejor á la guerra de la Independencia.

En la junta secreta se habia resuelto hacer de estos hombres una especie de cuerpos francos, ó de esploradores, colocándolos siempre en la vanguardia y echándolos á los primeros encuentros; pues en verdad sus caras eran las mas propias para infundir terror al enemigo, y mantener á raya á la gente de la comarca, que era á la que mas temian los conspiradores.

Caeria en grande error cualquiera que se figurase que Aser saliese á la campaña de buena gana, y que no alimentase otros afectos que el amor de la libertad y de la gloria italiana; pues estaba traspasado su corazon de una pasion amorosa tan incontrastable, cuanto era mas noble su objeto y se hallaba dirigida á la misma virginal inocencia, por lo que era para él sin esperanza; en terminos que al propio tiempo que llenaba de agitacion su alma, le mantenia encadenado y oprimido. Pero las circunstancias de Aser no eran como las de otros muchos campeones que excitaban á los demas á que partiesen á la guerra, mientras ellos se quedaban en Roma á llenar el vientre y á gozar de las noticias

de la misma; puesto que ligado este jóven á las sociedades secretas de Alemania, debia abrazar los partidos mas audaces á fin de promover y animar con su presencia las empresas mas osadas, y tener al corriente de los movimientos de Italia á los conjurados de Viena, Hungría y de los demas estados alemanes.

Por otra parte la pobre Elisa se hallaba agitada de mil pensamientos; y sentia vivamente que Aser partiese á una guerra tan incierta y llena de peligros, con riesgo de morir en el campo de batalla, abandonado de todo humano consuelo; y cuando menos, de tener que sufrir tantas fatigas de viajes, intemperies, falta de vituallas; que acampar todas las noches en el duro suelo, siempre temorosa de una sorpresa, siempre en medio de privaciones y de toda suerte de peligros. La tierna jóven nunca quiso confesarse á sí misma que amase á Aser, y disfrazaba con los nombres de compasion, de lástima, de reconocimiento, los vagos sentimientos que agitaban su corazon.

Pero cuando supo que debia partir sin tardanza con la vanguardia de las legiones, estuvo luchando consigo misma por decidir si faltaria acaso á su deber dándole una prenda de gratitud por haberla salvado de los pies del caballo que debia aplastarla en la apertura del foro de Trajano. Pensó, reflexionó una y otra vez; sintió incertidumbre, dudas, remordimientos, y luego respuestas interiores del corazon, solucion de sus dudas, nuevas perplegida-

des y nuevas seguridades; hasta que por último, vencido el combate interior, resolvióse á enviarle una medallita de oro con la efigie de la inmaculada Concepcion de María con rayos en las manos llamada *Medalla milagrosa*. Y habiendo pasado por el anillo de la misma un cordoncito de seda encarnada, la colocó en una cajita de marfil, adornada con hermosos arabescos y cercos de oro; la llenó de algodon, y antes de poner ella la medallita la besó suplicando devotamente á la Vírgen que no apartase nunca sus ojos misericordiosos de aquel pobre jóven; que lo protegiese en los peligros, lo defendiese en los ataques, y le diese su especial amparo en todo cuanto pudiese acontecerle; pero sobre todo que no le abandonase en caso de muerte, que le tocase el corazon y le inspirase arrepentimiento, luz y gracia de salvacion.

Hecho esto, cuando llegó su maestro de lengua inglesa, despues de haber tomado la leccion, le dijo:

—Señor Alfredo, ¿quisiérais hacerme un favor particular?

—Disponed de mí, señorita; sois tan buena y amable, respondió Alfredo, que tendré la mayor satisfaccion en complaceros.

Entonces Elisa sacó la cajita, y poniéndose algo colorada y con los ojos bajos, le dijo:

—Segun me insinuásteis, vuestro amigo Aser se halla á punto de partir para la guerra; ¿me haríais, pues, el obsequio de presentarle á nombre de una jóven ro-

mana esta medallita de Nuestra Senora, suplicándole que la lleve pendiente del cuello, y que por ningun caso la separe de sí? Pero os ruego que no le digais absolutamente mi nombre; pues Aser es tan cortés con todo el mundo, que agradecerá el presente cualquiera que sea la persona que se lo envie.

Cuando Alfredo hubo salido de la casa de Elisa, no sosegó hasta encontrar á Aser; y le halló en el instante en que regresaba á su casa, triste y agitado, por cuanto aquella misma tarde debia ponerse en marcha sin que en todo el dia hubiese podido hallar ocasion de ver ni aun de lejos á Elisa, á quien en vano aguardó á que saliese de casa para ir á misa en San Marcelo.

Alfredo entonces, regocijado, aunque con aire misterioso, dijo á Aser:

—Amigo, te traigo una buena ventura.

—¿Cuál? dijo Aser con aire distraido.

—Tal que acaso te hará marchar mas ligero que si tuvieras álas.

—Cállate, que me inquieta mucho el pensar en esta marcha.

Entonces saco Alfredo de su bolsillo la cajita, abriola con toda cachaza, y luego, manteniendo entreabierta con el dedo la tapadera, dijo á Aser, que le estaba contemplando:

—Una doncella romana te envia un bello regalo; y como entre amigos no caben secretos, aunque me haya expresamente encomendado que no declare su nombre, sabe no obstante que esta pequena Vírgen (dijo sacando la medalla) te la envia Elisa,

y te suplica encarecidamente que la lleves siempre pendiente en el pecho por amor de ella.

Temblo Aser de piés á cabeza, sobrecogido ya de calor, ya de frio, ya de sudor, y sintiendo un interior afan y tales palpitaciones, que parecia que el corazon iba á salírsele del pecho. Con manos convulsas tomó de las de Alfredo la medalla, sin atreverse á fijar los ojos en la imágen; y desabrochándose la camisa, paso el cordon al rededor del cuello; en seguida cogio la medalla con la mano derecha y la apretó fuertemente contra su corazon exclamando:

—Alfredo, diras á ese ángel que nunca mas se separará de mí ni siquiera un instante. Díle que con esta égida desafiaré yo solo á los escuadrones de caballería y á todo el fuego de la artillería, seguro de que la espada y el fuego me respetarán... Díle de mi parte adios....y que ruegue por mí.

Y como si tuviese calentura procuró despedir con agrado á Alfredo, para quedarse enteramente entregado á sí mismo.

Apenas se vió solo, postróse de rodillas en medio de su estancia, inclinó la altiva frente hasta el suelo, exhaló una especie de rugido, y levantando de improviso la cabeza y los ojos al cielo, teniendo cogida entre ambas manos la medalla, exclamó:

—¡Oh Dios! tu sabes que no soy cristiano: aplica á la imágen de esta *muger*, que es de la casa de Jacob é hija de David, las bendiciones que prometiste á nuestros pa-

dres. No mires mi iniquidad, considera la inocencia de Elisa, la que imita el candor de esta *alma* de Sion, á quien llamaste por boca de los profetas la *Flor de Jesé*.

Dicha esta oracion, levantóse con el corazon sereno, y por algunos instantes sintió una paz que jamás gozo al salir de las impías juntas de las sociedades secretas: ¡dichoso si nuevamente no se hubiese dejado vencer del espíritu maligno que lo arrastraba por las execrables sendas de los impíos, y por entre los torbellinos de las revoluciones!

Bartolo, siempre tenaz en sus utopias concernientes á la confederacion italiana, que en su concepto debia regenerar los estados de la península y procurarles una felicidad imperecedera, no advertia las nuevas desgracias que le preparaban los diabólicos planes de la Joven Italia; y vencido por la hipocresía con que se llamaba «santa y sagrada» aquella guerra, sentia la mayor satisfaccion al ver las cruces que tomaban por divisa los valientes: no solo esto, sino que se habia metido en la cabeza que el arrojar los alemanes de la Lombardía, era lo mismo que en el tiempo de las cruzadas echar de la Palestina á los sarracenos y conquistar el sepulcro del Salvador. ¡Cuántos sacerdotes, frailes y caballeros romanos cayeron entonces, no solo en Roma, sino en toda la Italia, en este pueril error! Y ¡ay! de aquel que llegase á dudar de ello! tratábasele de desafecto al bien público, de reo de felonía y de sacrilegio.

Mientras que Bartolo estaba enteramente arreglado, é iba á salir de casa vestido con el uniforme de la Guardia cívica para dirigirse al cuartel, entró en el cuarto sin previo anuncio y anhelante su cunada Adela, la cual dejándose caer en un sillon. empezó á llorar diciendo:

—¡Ay, amigo Bartolo! ayudadme por caridad, socorred á una pobre madre, tened lástima de mis entrañas maternales.

—¿Qué es esto, Adela? ¿qué ha acontecido?

—¡Ay Bartolo! mis hijos Mimo y Lando se han empeñado de todos modos en que quieren marchar á la guerra. Venid por piedad de María Santísima á mi casa para quitarles de la cabeza tan funesto como precipitado designio. Mi esposo, mi hija y hasta el nino Severito lloran y se desesperan; los niños se arrojan al cuello ó abrazan las rodillas ya del uno ya del otro; pero nada, ninguno les saca de la cabeza que han de marchar. Corred, Bartolo; yo les he cogido los fusiles y los he dejado cerrados dentro de mi cuarto; pero me amenazan con echar abajo la puerta..... Venid corriendo, Bartolo, por amor de Dios.

Bartolo se puso el yelmo, y se fué con Adela, á quien dió el brazo: pero al llegar á la casa de esta ultima la hallaron sumergida en llantos y gemidos.

—¡Ay mamá! dijo Severito, Lando se irritó mucho con papá porque no queria darle dinero; y luego corrio furioso a la puerta trasera de vuestro cuarto, la abrió

á la fuerza, y cogiendo su fusil y el de Mimo, ambos fueron corriendo á la Sapienza á reunirse á la legion de estudiantes, que habia ya tocado llamada para la partida.

Al oir semejante novedad Adela cayo hácia atras desmayada. La tia y Bartolo la colocaron en un sofá, y la primera llamo á las mugeres y corrio á buscar un vaso con agua y vinagre. Bartolo salio á toda prisa por si podia alcanzar á sus sobrinos; y no hallándolos ya en el cuartel de la Sapienza, alquilo un coche en la plaza de San Eustaquio, y fué corriendo y bajando por el camino de Ripetta, para cogerles la vuelta, á la plaza del Popolo, en cuyo punto debian hacer alto y aguardar la vanguardia de los cazadores de Aser.

Llegados que hubieron los tiradores ó descubridores de la Sapienza, Bartolo se presentó á sus sobrinos y empezó con buenas palabras á persuadirles que se volviesen á su casa: que reflexionasen en el pesar del padre, en las angustias de la madre desmayada y en peligro de muerte, diciendo que fuesen á reanimarla, y que luego despues podrian marchar con mas comodidad con las demas legiones.

Pero los dos mozalvetes, enardecidos por las astutas y sediciosas palabras de los demagogos, y habiéndoseles ya endurecido el corazon, respondieron ágriamente á su tio, diciendo:

—Estamos firmemente resueltos á partir; y anadieron que la patria era primero que las debilidades de una madre; y

que pensase en enviarles dinero á Ancona.

Bartolo quiso insistir; pero varios de los muchachos que le rodeaban, y cuya mayor parte eran hijos escapados de los maternales brazos, empezaron á conmoverse y luego prorumpieron en invectivas y amenazas.

—Id allá, decian, que sois un negro, un papista, un vil sacristan, un traidor jesuita.

—¡A él, muchachos, que es un jesuita! ...

Y el desdichado Bartolo, viendo la tempestad que se levantaba y que empezaban á relucir las dagas, subio de un salto al coche, y se retiró á su casa consternado, empezando á vislumbrar los frutos de religion y cortesía que daba el árbol de la libertad en Italia.

De regreso en su casa Bartolo, triste y ansioso por el estado de su cuñada, Elisa se le puso delante y dijo:

—¿Qué habeis hecho, papá, con los primos?

—¡Oh que tiempos, hija mia, que tiempos! Cuántos perversos, cuántos ingratos, cuántos corazones desnaturalizados! Mimo y Lando, que eran tan buenos hijos y tan amantes de sus padres, se han vuelto peores que osos, peores que dragones: ¡qué crueldad! qué barbarie!

—Bien os lo dijo mi tia que en esos pícaros cuarteles se echa á perder la juventud romana; con todo lo negábais, y casi la tuvísteis por sobrado timorata y escrupulosa: ya veis que tenia razon. ¡Pero Lan-

do, que es tan cándido y religioso! ¡Ay papá!

—Calla, Elisa; tienes mucha razon; pero no creí que se pudiese llegar á tanto...

En esto se presentó á Bartolo el viejo escribiente á hacerle repasar ciertas cuentas; y estaba muy enfadado porque un sobrino suyo se habia ausentado furtivamente de su casa para ir á la guerra.

—¡Ya, ya! decia; señor Bartolo, bien puede gritar el Papa desde la tribuna del Quirinal diciendo: Que bendice á la Italia, que quiere la paz, que no tiene guerra con nadie, que todos los cristianos son sus hijos; que los ama á todos, á todos los abraza, y que ninguno de estos es extranjero para su corazon; que los valientes romanos vayan únicamente hasta las fronteras de sus estados, y que se limiten á defenderse si son atacados, pero que de ningun modo pasen mas allá. Bien puede exclamar, decimos, todo esto el Papa, que bonitos son estos furiosos para obedecer la voz de su padre y de su soberano. Apuesto cualquier cosa á que estos dementes pasarán las fronteras y harán alguna diablura en el reino Lombardo-Veneto.

—No es posible. Pio IX dijo demasiado claro que con nadie quiere guerra, que no pretende ser conquistador; y sobre esto ha dado las ordenes convenientes á los generales Durando y Ferrari. Estos saben que el soldado tiene una obediencia de hierro.

—Sí; ¿acaso han de faltar pretextos á esos atolondrados jóvenes? Capaces son de arrastrar en pos de sí hasta á los gene-

rales; y si por acaso los generales, coroneles y capitanes se empeñasen en no faltar á las órdenes del Papa, me los dejarian plantados como estacas en esta parte del Pó. Pero tened por cierto que los capitanes Masi, Galletti y del Grande no son hombres para quedarse en zaga sentados en la ribera del rio. *Videbimus infra*.... Senor Bartolo, firmad estos papeles.

En aquel instante, Elisa, que se habia retirado á su estancia, entró de nuevo en busca de unas tijeras en el cuarto de Polisena, la cual habia salido á dar un encargo á un criado. Y buscando las tijeras reparé en una silla cubierta con un gran panuelo de seda, que se hallaba en un rincon del aposento; y habiendo levantado algo el pañuelo, vio debajo un uniforme militar muy bien plegado y arreglado. La jóven lo examinó con curiosidad, lo desplegó, midió la longitud de los pantalones colorados, y vió debajo de ellos un cinturon charolado del cual pendia el sable con el puño dorado. Como oyó que volvia Polisena, le preguntó:

—¿Por qué teneis aquí este uniforme militar?

A lo que contestó Polisena, diciendo:

—Me lo hizo remitir aquel jóven de Perusa que debe marchar mañana con la segunda legion; quien ha dado esta mañana una vuelta á Frascati y el sastre no le hubiera encontrado en casa; esta noche mandará por él.

Aquella tarde estaba de guardia Bartolo; por lo que despues de haber tomado

café con Polisena, Elisa y algun amigo, salio con estos saludando á las mugeres y diciéndoles, como de costumbre siempre que pasaba la noche en el cuartel:

—Hasta mañana, Elisa; acuéstate temprano.

—Así lo haré, respondio la doncella, pues me duele algo la cabeza; la partida de los primos toda me ha trastornado.

Roma se hallaba en gran conmocion causada de una parte por una feroz alegría, y de otra por una angustiosa afliccion. Todos los jacobinos alborotaban el Corso, yendo y viniendo sin estar quietos un instante: todo era abrazarse con los que marchaban, besarse y refregarse las barbas; allí se regocijaban; el ruido de los besos se oia de lejos en medio de los gritos de:

—Bravo!

—Adios!

—Vivan los guerreros de Italia!

—Viva la independencia!

—Volved pronto vencedores del extranjero!

—Que ni uno solo quede en el suelo italiano!

—Ninguno quedará, contestaban. Pero vosotros, hermanos, haced de modo que á nuestro regreso no hallemos en Roma ni un solo jesuita.

—Os lo juramos, gritaban aquellos furiosos; idos seguros de que limpiaremos á Roma de semejante contaminacion. ¡Mueran los jesuitas! Viva Pio IX!

Juramento en verdad digno de quien lo hizo, y de quien lo recibio. Y Dios bendecira una guerra emprendida bajo tan

piadosos y santos auspicios, y daba á la Italia una libertad que empieza con la proscripcion?

Por otra parte llenaban la plaza del Pópolo madres desconsoladas, esposas abandonadas, hijas, hermanas llorando, y amantes sin consuelo, lo que formaba un conjunto de gemidos, lágrimas, lamentos y agudos ayes imposible de describir. Veíase un gesticular agitado, un levantar de manos al cielo, y un mesarse los cabellos que hubiera enternecido a las mismas piedras; pero que no hicieron el menor efecto en aquellos hombres desnaturalizados.

A eso de media noche, Bartolo, ansioso por Elisa á quien habia dejado aquella tarde algo pálida y con dolor de cabeza, no sosegó hasta que se resolvió á dar una vuelta por su casa á fin de saber su estado. Estuvo debajo del pórtico, y en el acto de subir la escalera parecióle que alguien hablaba en el pequeño patio del lavadero. Detiénese admirado, pero atento el oido, y percibe la voz de Polisena. Arrimóse á la pequena puerta, y conteniendo la respiracion, se puso á escuchar; pero solo llegaron a sus oidos algunas frases interrumpidas....

—Oh! Elisa duerme..... Ah! Mimo no puede abandonarme....me ama....¿Y yo? ¿abandonarle?

Bartolo se mordia los lábios de rabia...

—¡Ah, infame! traidora! ¡Con que andas en amores con mi sobrino! Le has seducido! Ahora veo! ahora entiendo! aquel venir á horas desusadas....Pero el pícaro se ha marchado dejandote plantada. No te

incomodes, hipócrita, que juro que á su vuelta no te ha de hallar en mi casa. Mañana nos veremos.

Dicho esto salió sin hacer ruido á la calle, y se puso de acecho en una puerta de enfrente para ver si podia conocer al hombre que hablaba con Polisena; cuando hé aquí que salieron dos individuos de la Guardia cívica embozados en sus capotes, de modo que no pudo conocerlos.

—Vaya que la bribona no se contenta con uno, sino que necesita dos! ¡Y quién sabe cuántas noches habrá estado haciendo esa misma jugada! ¡Y quién sabe desde cuándo! Mientras yo y mi angelical Elisa dormíamos con toda seguridad, ella estaba manteniendo relaciones nocturnas con sus queridos.... Pero mañana....

Y se mordia las unas mirando las estrellas.

Toda aquella noche se estuvo paseando por el cuartel fumando su cigarro, que sabia á acíbar; sentábase, volvia á levantarse, apoyábase en una columna inmediata al centinela, daba dos pasos y de nuevo se paraba.

Luego que volvieron las rondas y vistos los partes de la noche, recogió á los soldados y probo de conciliar el sueño. Pero fué en vano, porque la rabia que le agitaba y los tumultuosos pensamientos se lo impidieron.

—Lo haré, sí, lo haré.... La maldita tiene de su parte á todos los campeones de Italia.... Pero la echaré de casa. Ahora lo que se necesita es hallar un pretexto que deje á salvo el honor de Elisa. ¡Pobre án-

gel mio, y en qué manos te hallas!.... El bruto soy yo, que debia haberlo advertido en sus tratos. Hablaba mal, y yo creyéndola una italiana franca y leal, en gracia de la Italia, disimulaba sus correrías; por eso me esta muy bien; aunque mas vale tarde que nunca.

Envuelto en estos pensamientos, entre siete y ocho de la mañana fuése á su casa á tomar café, segun acostumbraba hacerlo siempre que estaba de guardia. Luego que entró se fué directamente al encuentro de Elisa, á quien encontró ya peinada y puesta de rodillas rezando sus oraciones delante de la Vírgen.

—Buenos dias, hermosa: ¿como estamos?

—Muy bien, papa mio: ahora acabo de rezar por mi pobre madre, y vengo al instante.

Bartolo pasó á la salita para tomar cafe, y detrás de él Elisa, la cual, despues de haberle besado la mano, se sento á su lado, presentole la azucarera, y le tomo la cafetera.

—Y la señora Polisena, ¿no viene? preguntó Bartolo; á lo que respondio Elisa, que aun no habia salido del cuarto.

Aguardo Bartolo un poco; luego llamo al criado y le encargó decir á Mariquita que la llamase.

Mariquita, la camarera, fué á llamar á la puerta del aposento de Polisena, y no obteniendo respuesta, dijo en voz alta:

—Nadie me responde; debe haber salido temprano.

Entonces Bartolo llamo al criado y le preguntó:

—¿A qué hora salió esta mañana la señora Polisena?

—Yo no la he visto salir absolutamente, respondió el criado, y no me he movido un instante de la sala en donde he estado limpiando los quinqués.

—Mariquita, añadio Bartolo, entra en la estancia de la senora Polisena, y dila que la esperamos para el café. Se acuesta tan tarde por las noches, que luego le viene cuesta arriba el levantarse.

Al cabo de un rato vino la camarera fuera de sí exclamando:

—No está en su cuarto! Yo en verdad no lo entiendo: la cama se halla intacta, y la senora Polisena no se ha acostado, pues he encontrado la escofieta y la almilla de dormir en el mismo lugar donde anoche las puse. A mas de esto, sus vestidos diarios están dispersos por encima de las sillas; pero me parece que no ha salido de casa, pues su sombrero, sus guantes, y el chal estan en su propio sitio.

Bartolo no supo qué pensar; pero conteniendo su rabia, dijo con semblante tranquilo:

—Ahora voy yo.

Elisa queria acompanarle.

—No; tu quédate á tomar café, que al instante vuelvo.

Dicho esto entró en el cuarto de Polisena, cerró la puerta por dentro, echo una rápida ojeada al rededor de la estancia, y entró en el gabinete, donde encontró abierta la puertecita de la escalera secreta,

como tambien la que daba salida al lavadero; y no le cupo duda de que Polisena habia salido por aquel sitio á alguna nocturna visita. Permaneció un rato detras de la puerta con el fin de sorprenderla en el acto de entrar, pues dijo para sí:

—La pérfida no puede tardar mucho sabiendo que es la hora de tomar el café. ¡Conque yo guardo en mi cuarto las llaves de estas puertas, y esta infame ó me las quito ocultamente, o abrió con ganzúas; y mientras tanto, hé aquí la entrada libre para cualquiera que hubiese querido robarnos o asesinarnos por la noche!

Viendo que tardaba mucho Polisena, subio Bartolo otra vez, por no dar que sospechar á Elisa, y vuelto á la salita, dijo al criado:

—Angel, buen guardian eres ciertamente. La señora Polisena ha salido tempranísimo, y tu, maldito dormilon, no lo has advertido. ¡Muy bien!

—Con todo, mi senor, replicó Angel, eran las siete cuando he abierto la puerta de la sala.

—Lo habrás soñado sin duda.

—Créame, senor.

—¿Todavía respondes, bestia? Vete.

Y el pobre Angel se fué cabizbajo.

Entonces Bartolo dijo á Elisa:

—Yo debo volver al cuartel, pues mi tardanza ha sido mucha; pero cuando venga Polisena, dale los buenos dias y dile que la hemos estado esperando para tomar café.

Despues que hubo salido de casa, caminaba despacio mirando en torno de sí por

ver si descubria á la devota señorita á su vuelta de misa; pero fué en vano. En el cuartel halló un corrillo de oficiales que hablaban todos á un tiempo de la partida de la primera legion, metiendo una bulla infernal.

—Salieron á las cuatro.

—No, que eran las cuatro y cuarto.

—No es verdad.

—Si he oido en la plaza de España el reloj de la Propaganda.

—El coronel con su caballo blanco.

—No señor, que era pardo.

—Hombres, estábais ciegos; pues era bayo; el blanco era del ayudante.

—Que no.

—Qué sí.

En esto repararon en la presencia de Bartolo, y guardaron silencio; y todo era dirigirse señas y guiños.

—Qué buenas noticias tenemos, amigos? dijo Bartolo.

—Tu las tienes en casa, respondió un mozalvete meneando el penacho del yelmo. ¿Has visto á Polisena esta mañana?

—No; ha salido temprano.

[Nuevos guiños entre los oficiales.]

—¿De qué os reis? dijo Bartolo.

Y un capitan le contestó:

—Ciertamente que tu Polisena ha sido muy madrugadora.... En fin, ¿sabes que ha marchado como una amazona en traje de soldado? Y que avispada iba con sus pantalones colorados, y qué bien llevaba el fusil al hombro y el sable al lado.

—¿Como? dijo Bartolo interrumpiéndole, yo estoy sonando.

—Puedes soñar cuanto gustes, dijo otro, pero Polisena ha marchado con la legion á conquistar la libertad de Italia. ¡Caspita y que atrevida! Se le ofrecio un carro para el camino, y lo rehuso obstinándose en ir á pié. Todo el mundo le daba aplausos y alabanzas, y el coronel cobro tal admiracion por el valor de esta doncella, que de buenas á primeras la ascendió á alférez de la primera compañía, y puso en sus manos la bandera tricolor, la cual tomo con alegría; y como allí en la plaza no tenian á mano galones de oro, un sargento del sexto batallon de la Guardia cívica se quitó los suyos, y los cosió en el brazo de la muchacha; mientras tanto todos los soldados gritaban: Viva nuestro alferez de la primera compañía!

Elisa, mientras aguardaba á que volviese Polisena, entro á leer en su gabinete de estudio, y al acercarse á la mesa ofreciosele á la vista una carta con sobre para ella y de letra de la misma Polisena; abriola y leyó lo siguiente:

«Querida mia:

«La patria me llama, y yo respondo; ella me invita á conquistar su libertad, y vuelo á conquistarla; me impone el deber de echar de su suelo al extranjero, y obedezco. El que siente latir en su pecho un corazon italiano no puede permanecer cobardemente ocioso cuando los valientes hijos de Italia van á combatir por su libertad é independencia.

«Tu, Elisa, gracias a tu carácter beato, no sientes estos gritos de la patria, porque no los entiendes. Yo bien quise ha-

certe vigorosa, clásica, heroica, y en una palabra, italiana; pero has salido una muchacha insípida y supersticiosa. Quédate con tus Vírgenes y con tus Agnus Dei, que yo parto á la guerra. Quise inspirarte una virtud que te hiciese magnánima y apreciada de los hombres sábios; pero el cristianismo civil, que adelanta con el progreso de las naciones, no es religion de almas pequeñas o de inteligencias mezquinas. La tuya no es capaz de tener sentimientos humanitarios, ni de profesar el culto de la patria; las monjas te inspiraron una virtud de la Edad Media, una devocion vulgar y plebeya, que se alimenta con rosarios, novenas, misas y comuniones. Este es un cristianismo de jesuita, y tu no puedes elevarte al noble, sublime y divino cristianismo de Gioberti; quédate cual eres.

« Saluda á tu padre: este hubiera debido partir á la guerra; pero tu padre quisiera ver á la Italia libre y senora de las naciones sin mover un dedo para socorrerla, y siendo como es papista, no quisiera otra Italia que la de las mitras y de la tiara, esto es, la de Gregorio VII y de Alejandro III, al paso que nosotros queremos la Italia de Guerrazzi, de Poerio y Mazzini.

« Ruégote, Elisa, que tengas cuidado de mis frioleras que dejo ya encerradas en el baul, y harás decir á Mariquita que las ponga en un rincon del guarda-ropa: la ropa blanca se halla en los cajones del armario, pues no he llevado conmigo mas que pañuelos y calzoncillos, que es lo

único que puede servirme en la guerra Adios.—Tuya Polisena.»

Bartolo no podia volver de su asombro; y dirigiéndose á un capitan de su batallon, le pidió que le sustituyese otro por aquel dia, que él le reemplazaria cuando le tocase ir de guardia.

Luego que se le concedió cortesmente su peticion, fuese de un salto á su casa, en donde encontro á Elisa fuera de sí por aquel inesperado suceso. No pareciéndole prudente dejarla sola en aquellos primeros momentos, mandó disponer el coche. y la envio á casa de su cuñada, donde con la prima se consolarian mútuamente, lo que seria ademas un consuelo para la tia....

Bartolo, mientras tanto se paseaba de una á otra estancia sin permanecer un instante en reposo: reflexionaba en el papel ridículo que representaria en concepto de toda Roma, en la burla que de él harian los ociosos, y en la nota de incauto y de imprudente en que habria incurrido en opinion de los hombres de bien por haber puesto al lado de su hija á una miserable é imprudente aventurera, que tan cruelmente la habia enganado.

Agitado por estos pensamientos, entró en el gabinete de Polisena, y vió en el hogar de la chimenea que esta habia quemado aquella noche varias cartas: cogió algunos pedacitos que el fuego dejo intactos, y en uno leyó:

«Raven.... es necesario que muera Julio Mer....»

Y en otro:

«Quitaremos frailes, clérigos, cardenal... puercos, bribones, ya es tiempo.»

Y en otro:

«Protestant.... Roma, libre y feliz....»

Despues abrio Bartolo un cajoncito del púpitre, y hallo varias carpetas de cartas con sobres ficticios, bajo los cuales se hacia escribir por los conspiradores; los habia con el sello del correo de la alta Italia, otros con los de Toscana, Suiza y hasta de Inglaterra, las cuales la buena alhaja iba ella misma á sacar del correo. Luego despues, abierta la cajita, y habiéndose inclinado algo Bartolo para examinar el fondo de la misma, vio en un rincon otra cajita de chano que Polisena sin duda olvido en medio de su apresuramiento, dejando en ella hasta la llavecita.

Bartolo la abrio lleno de curiosidad, y vió que estaba dividida en tres comparticiones llenas todas de cartas muy bien cerraditas, y algunas atadas con cintas de seda: cogiólas, y el primer papel que le vino á la mano, fué la patente por la que quedó Polisena inscrita en la Joven Italia bajo el nombre de Amatista; en otro papel se la elogiaba por los servicios meritorios que habia hecho á la Sacra Alianza; en otro el comité principal la nombraba reclutadora de primera clase, y le designaba varios distritos á mas del de Roma; en otro, atado con una cinta negra, se hallaban las proscripciones y sentencias de muerte de que se le avisaba para que indicase los nombres de los traidores y de los sospechosos.

Bartolo sentia un sudor frio que le ba-

ñaba todo su cuerpo al leer los nombres de algunas de las víctimas que se designaban, y casi no se atrevia á abrir los demas pliegos. Por fin cobrando ánimo, encontro en la ultima compartícion de la cajita un solo pliego, el cual abrio, y vio que era la lista de los que estaban inscritos en aquella infernal sociedad. ¡Oh! que nombres leyó! cuántos hipócritas vio sin mascara en aquel instante! cuántos traidores que por su empleo ó destino debian á Dios, al príncipe y al Estado, una fé que aparentaban exteriormente inviolable, y á la que faltaban vilmente en secreto! cuántos incautos jóvenes! cuántas mugeres que tenian fama de honestas y piadosas!

Cerro otra vez este pliego apresuradamente, arrepintiéndose de haberlo leido, y hasta queriendo olvidar aquellos nombres que importunos se le presentaban al entendimiento: cerraba los ojos, pero los veia escritos en su imaginacion; meneaba la cabeza como quien desprecia en sí mismo una idea molesta; y al mismo tiempo puso de nuevo cada cosa en su lugar, cerró el cajon, mirando en derredor, cual si temiese haber sido observado, y dijo para sí:

—¿Y si esta muger infernal recuerda haber olvidado abierta la cajita? ¿y si llegase á sospechar que he leido sus papeles? No hay duda que mi muerte fuera segura!

Volvio á abrir el cajon y examinó de nuevo, diciendo:

—En efecto, está en su lugar....así no;

estaba algo mas arrimada al rincon.... muy bien.

Mientras que Bartolo salia sin hacer ruido del cuarto de Polisena, oyó un grande altercado en la sala, y al criado Angel que gritaba:

—Senores, no lo hare..... ó decidme vuestro nombre, ó no os anuncio á mi amo.

Habian acudido el cocinero y el galopin de cocina, y la disputa tomaba mayores proporciones, cuando Bartolo sonó la campanilla.

XXI.

SOR UMBELLINA.

En Florencia, fuera de la puerta de San Galo, corre límpido el rio Munon, el cual bajando de los montes de Fiesole, y mas abajo por entre barrancos, cascadas y vallecitos, dando mil rodeos y murmurando, se apresura á confundir sus aguas con las del Arno. El valle se llama tambien Munon del nombre del rio, y es uno de los mas deliciosos y risueños contornos de Florencia á causa de los hermosos collados que lo circunvalan, llenos de olivares, vinedos y verjeles de árboles frutales de toda especie; de pequenas y agradables quintas, casitas y jardines hermosísimos desde las altas lomas hasta las márgenes del riachuelo.

Casi en el centro de este valle, en el

punto en que mas inmediatas están las faldas de los collados, en que se angosta el cauce del rio, se abre un vistoso llano, y en él entre altos y sombríos árboles, levántase humilde y solitario un monasterio de vírgenes consagradas á Dios. Enfrente y al otro lado del rio, por la parte oriental, levántase el cerro de Camerata, con la magnífica quinta que fué del marqués Pedro Rinuccini, la que mientras vivió este fué el albergue de toda nobleza. Subiendo aun mas por la cuesta de Santo Domingo, se ve la quinta del senador De Mozzi, la cual esta arriba; y completa la belleza del cuadro, la graciosa granja de San Geronimo dulce y amistoso asilo de Pedro Leopoldo Ricasoli, prior de los caballeros de San Estéban, quien la hermoseo con pequenos jardines, siempre llenos de rosas, con galerías y cobertizos por el lado correspondiente al delicioso vallecito de la abadía, los que ofrecen á la vista todo el valle del Arno desde San Miniato hasta Pontedera, con la magnífica perspectiva de Florencia, de sus colinas, y del paraiso de fértiles campinas que por el largo trayecto la embellecen.

El monasterio por sí no ofrece al viajero ningun punto de vista; y el curioso pasa de largo para subir á la majestuosa abadía sin dignarse concederle una mirada, reservándose toda su admiracion para la grande abadía que corona el valle, obra de Cosme el Anciano, padre de la patria, en la que concentró innumerables bellezas artísticas y sublimidades en el templo y en los claustros.

La humilde vírgen que con algunas pocas hermanas, volviendo la espalda al mundo, se encerro dentro de las tristes paredes del humilde monasterio, era del todo desconocida al soberbio desden de la humana grandeza y vanidad, que no considera ni conoce la celestial dulzura de la divina pobreza y desnudez de la cruz.

Esa muger, tan pequeña á los ojos del siglo, tuvo la magnánima resolucion de sembrar en aquella soledad la santa semilla de la primitiva regla de San Benito, con los dulces al par que austeros y árduos frutos de la pobreza, del silencio, de la contemplacion y de la penitencia. Las pocas y animosas doncellas que la acompañaron en tal excelso designio, despues de haber dado un eterno adios á las caricias maternales, á los afectos paternos, á la compañía, de los hermanos, y á las alegres conversaciones con las amigas, se encerraron en aquel reducido claustro, apartadas de la vista, y hasta si fuese posible de la memoria de los vivientes.

Allí, sepultadas en vida, al poner los piés en aquel austero recinto, cada cual se cortaba la cabellera, cubríase la cabeza, poníase el cilicio y cerraba los lábios á todo coloquio: una celda, un crucifijo, un sayal, una lamparilla y unas ásperas disciplinas; hé aquí el precioso ajuar de esas santas vírgenes. Su comida consistia en yerbas, legumbres y pan bazo. Por la media noche interrumpian el sueno para bajar al coro, donde cantaban el oficio divino en pié, con pausas tan largas, y con cadencias tan lentas y prolongadas, que

acaso les sorprendia el alba en el coro...

Durante el dia solo se veian juntas un rato despues de comer, pero guardando el mas profundo silencio, y solamente una, la que señalaba la superiora, hablaba algo acerca de las cosas de Dios, de la suavidad de la vida interior, de la dulzura del padecer, de las inefables delicias de la cruz, de los consuelos de la contemplacion, de los tesoros de la pobreza, de la sublime humildad de Jesucristo, de los frutos de la redencion, y de la voz de aquella inocente sangre que intercediendo de contínuo delante del trono de Dios, lava nuestras culpas y pecados, alcanza nuestro perdon y nos abre las puertas del cielo:—*Breve padecer, eterno gozar*: era la sublime divisa de esas esposas de Jesucristo.

Hacia algunos anos que en los montes mas solitarios de Fiesoli veíase un anciano de aspecto venerable, de rostro macilento y flaco, de cabellos canos, largos y descuidados, vestido de negro, de paño fino, pero viejo y raido. Nadie sabía dónde se recogia por la noche; y muchos creian que vivia como los animales silvestres en alguna cueva, ó debajo de algun peñasco, ó allí donde le cogia la noche (que pasaba casi entera en celestiales contemplaciones) y allí fatigado se echaba en el duro suelo ó debajo de algun árbol.

De dia iba á las casas de algunos campesinos, que por limosna le daban un mendrugo de pan, á lo que correspondia dandoles saludables consejos, ensenando el catecismo á los niños y á las ninas é ins-

pirándoles el santo temor de Dios y horror al pecado. Llegaba á veces á la granja empapado en agua á causa de la lluvia; y la bondadosa aldeana encendia un sarmiento, á cuya llama se secaban los vestidos del solitario encima de su mismo cuerpo, y despedian el vaho del sudor y del polvo en que estaban impregnados: mientras tanto él hablaba de Dios. Luego de enjuto y de haber comido un pedazo de pan duro, retirábase a los sitios mas yermos del monte (1).

Al cabo de algunos años de tan áspera penitencia difundiose el buen olor de su santa conversacion, de modo que no pocos ciudadanos distinguidos de Florencia, durante la temporada del campo, buscaban con la mayor solicitud el medio de visitarle para hablarle de las necesidades de sus almas: hasta que por último se esparció tanto su fama, que los altos personajes de la corte del gran duque subian ocultamente á los montes y se volvian con instrucciones y consuelos admirables para sostener los disgustos y amarguras de las humanas grandezas.

Así pues, ese misterioso solitario (que algunos creian ser noble y soldado de Napoleon cansado de la guerra y del mundo;

(1) En 1820 el autor fué á verle en los montes Fesulanos un dia de San Miguel de setiembre, y lo encontró delante de un pequeño retablo, de rodillas y absorto orando. Era muy de madrugada, y habia llovido mucho durante la noche, de modo que el pobrecillo tenia los vestidos empapados en agua y daba compasion.

y otros un obispo caido en el cisma del emperador, y nuevamente convertido) bajaba á menudo al despuntar la aurora á visitar el monasterio, teniendo largos coloquios con la fundadora y con las demas religiosas sobre la vida espiritual, guiándolas por la angosta senda de la perfeccion y dándoles sábios consejos, amaestrándolas á conservar entero el espíritu interior, el deseo de mortificacion y del humilde retiro de las vírgenes de Dios.

Mientras estas devotas doncellas pasaban una vida celestial, sucedió que en Florencia vivia una hermosísima joven de noble corazon, de elegantes y corteses modales, siendo ademas de muy buenas costumbres: así no habia reunion ó fiesta en que se hallase que todo el mundo no la admirase y celebrase sus gracias. Como tocaba el piano con prodigiosa habilidad, y estaba dotada de una voz en extremo suave para el canto, estas circunstancias anmentaban el atractivo de su hermosura en las placenteras veladas, siendo el alma y la reina de las tertulias, en las que arrebataba todos los corazones. Tales dotes naturales están llenas de peligros para una doncella discreta y modesta, y con frecuencia suelen ser causa de amargas lágrimas y de profundo desconsuelo.

Sucedio, pues, que una noche, entre otras, en que estaba tocando el piano y cantando en una selecta y brillante reunion de senoras y de jóvenes de distincion, habia, entre otros extranjeros, un inglés y riquísimo lord por anadidura, quien desde que vio á Umbellina en el piano y oyo

su dulce canto, quedó tan ardientemente enamorado, que la siguio por todas partes; y como inglés y hombre excéntrico, hacia por ella increibles extrañezas y locuras. Pero Umbellina, á mas de ser sumamente modesta y ruborosa, estaba dotada de tal juicio y discrecion que conocio que aquel noble inglés jamás podria ser su esposo á causa de su esclarecida alcurnia, siendo ella hija de un honrado músico del teatro de la Pergola; y aun cuando hubiese querido cometer el desatino de tomarla á toda costa por esposa, ella jamás lo hubiera consentido.

Los enamorados, en especial si son nobles, ricos, desocupados, prendados por acaso ó capricho de sugetos que no les corresponden por cualquier causa que sea, por lo regular dan á sus amores un colorido de singularidad, de aspereza y de terquedad extraña y algunas veces violenta, y ¡ay! de la jóven que ha tenido la desgracia de agradarles y de inspirarles aquel frenético y loco delirio.

Este lord no tenia un instante de reposo, pasaba mil veces al dia ya á pié ya á caballo por delante de la modesta casa de Umbellina en la calle del Guido. Por la tarde paseábase por los alrededores esperando verla salir ó regresar al lado de su padre; por la noche ya lo teníamos husmeando como un perro por verla al regresar de las reuniones con sus amigas: plantábase como una estaca debajo de sus ventanas, impaciente, inquieto, golpeando el empedrado con las espuelas, haciendo chas-

quear el látigo, silbando entre dientes; de suerte que los vecinos ó se reian ó se indignaban, y los tenderos se preparaban a divertirse con las extravagancias de aquel loco.

Umbellina se hallaba apurada sin saber qué partido tomar para librarse de semejante fastidio y quitarse de delante aquel importuno; pero era tan tenaz el lord, que la pobre criatura no sabia como evitarle.

Una tarde, volviendo Umbellina a su casa, lo vió con la corbata suelta y pendiente del cuello, un sombrero de paja y una especie de blusa de piqué blanco, con los brazos cruzados y el puño derecho bajo del sobaco, mirándola con ojos despavoridos; y habiendo sacado el puño que tenia escondido, dejo ver el cañon de una pistola.

Horrorizose la doncella, de manera que paso aquella noche en contínua zozobra, temiendo que aquel hombre delirante cometiese algun acto de desesperacion. Por consiguiente, al despuntar el dia bajo poco á poco la escalera, y se fué en derechura á la iglesia de los Servitas; arrodillose delante del altar de la Santísima Anunciata; y con el mas profundo recogimiento se le encomendó con una fé tan ardiente y con tan filial amor que edificaba á cuantos la miraban.

Despues se levanto de delante del altar, con grande impulso del corazon, y se fué directamente á la catedral, hallo á su confesor, que era un sábio y piadoso canonigo, y en menos de veinte dias Umbellina no era ya del siglo.

El grave silencio del valle de Munon, el humilde claustro de que acabamos de hablar, la celestial conversacion de aquellas vírgenes, la vida penitente, retirada y austera de aquel santo instituto, acogieron á esa magnánima doncella, que despidiéndose para siempre del mundo, trasplantó la flor de su hermosura y el candor de su inocencia al jardin de Jesucristo.

Una joven de diez y siete años, bella, con talento, llena de gracias, que toca con maestría y canta con dulzura, dotada de todas las prendas que atraen la admiracion del mundo, y que con todo se encierra voluntariamente en un claustro, y en él vive dichosa, es un misterio que la ceguedad humana no puede concebir.

El mundo pregunta á veces con curiosidad á alguna vírgen en el primer fervor de novicia, y la oye decir con el mayor afan que le tarda mil años el dichoso momento de emitir el gran voto de su profesion.

El mundo pregunta á una profesa, y la oye bendecir el instante en que fué elevada al grado y altura de esposa de Jesucristo, asegurando que no cambiara el noble y sublime sacrificio de sí misma con la suerte de la mas envidiada emperatriz de la tierra. Por último, si observa alguna venerable anciana que ha pasado treinta ó cuarenta años en aquel retiro absoluto de los placeres del siglo, la ve llorar de dulzura, dar gracias á Dios de haberla concedido el don de santa perseverancia, y esperar con franca serenidad el tiempo de su disolucion para unirse al celestial

esposo que la aguarda en medio de eternos goces.

Del menosprecio en que ha caido la vida religiosa en concepto de la actual civilizacion, la Iglesia ha sacado la ventaja preciosa de que los que toman la resolucion de consagrarse á Dios, lo hacen de todo corazon, con valor y desprendimiento de todo afecto mundano; asi el entendimiento saborea la entera conviccion que en él produce la luz de la gracia, y el alma goza de las delicias mas puras y suaves. Hoy la monja de Monza es imposible (1); pues muy lejos de halagar y seducir á las jovenes para que entren en el claustro, se les presentan insidiosas reflexiones y artificios para apartarlas de tan santa determinacion; y á donde no llega la astucia, llega tal vez la fuerza de parte de los padres.

No desmayó Umbellina al aspecto de la vida penitente; antes se fortificó en la oracion, y con un santo valor, con su entera consagracion á Dios, sostuvo la batalla con sus enemigos, los oprimio con el brazo del Senor, y teniéndolos en estrecha cadena los hizo esclavos de Jesucristo. Aquellas generosas y antiguas vencedoras de sus afectos quedaban pasmadas viendo el afan de Umbellina en aquella nueva palestra, de suerte que se aventajaba á sus connovicias en el silencio, la humildad, la externa é interna mortificacion de los senti-

(1) Alude el autor á la notable novela histórica titulada: *I promessi Sposi* (*Los Novios*) por Alejandro Manzoni.

dos, y particularmente en la caridad que la convertia en sierva de las siervas de Dios. Asi, habiéndola destinado para ayudar á la enfermera, no se separaba un punto ni de dia ni de noche del lecho de las hermanas; ni habia servicio por bajo que fuera á que no se humillase, ni consuelo que no procurase proporcionarles. En el coro, su voz resaltaba candida y fervorosa sobre las demas: y en las solemnidades acompañaba con el organo los salmos, los himnos, el oficio divino y los afectuosos cánticos de la comunion.

En la noche del 7 de diciembre, á las once dadas, salia solo de una pequeña quinta de lo interior del valle de Munon un gran señor, quien habia pasado una alegre velada con otros amigos forasteros que recorrian el pais para gozar del otoño, que aun se presentaba sereno y placentero, aunque la estacion se hallaba muy adelantada. Los amigos trataban de persuadirle con dulzura que no se arriesgase de aquel modo solo en medio de la oscuridad, en hora tan desusada, y en una noche fria y que se habia vuelto tempestuosa; pero aquel joven temerario, agitado por unos agudos celos que le despedazaban el corazon, se habia metido en la cabeza sorprender infraganti á su rival; por lo que, disimulando y dorando con bastardos pretextos la necesidad de volver aquella misma noche á Florencia, se despidio de los amigos que le habian convidado, y bajó hácia la abadía para pasar el puente.

Iba con ánimo cruel revolviendo en su mente los mas terribles designios; metien-

do á menudo la mano en el bolsillo para asegurarse de su pequeño puñal, y haciendo dar la hora á su repeticion por ver si se acercaba la media noche.

El sordo rumor del torrente que se estrellaba en las rocas, el silbido del viento que azotaba á los olivares, el resonar de los batanes y molinos de las riberas del rio, aumentaban mas y mas la tempestad que bramaba en su corazon.

Llegado á la mitad del puente, oyó de improviso en el fondo del valle el lento tañido de una campana. Sintio un repentino estremecimiento; detúvose, aplicó el oido, y procuró penetrar con la vista las tinieblas; pero bajo un cielo tenebroso y nublado mal podia ver de donde salia aquel sonido

Acortando el paso y continuando el tañido de la campana, penetraba este en el corazon agitado del caballero como una voz amiga que tratase de introducir en él algun sosiego: cedia algo el furor de los celos, y en medio del tumulto de las pasiones, introducíase un poco de calma y alguna direccion en aquel torbellino de pensamientos y de afectos. Así, decia para sí:

—¿Y luego? ¿si lo sorprendo? ¿si lo mato? ¿saldré yo limpio? ¿podré librarme de la justicia? ¡Y mi honor! ¡y el de mi casa! ¡y mi pobre madre que tanto ha sufrido por mí!

El sonido de la campana se iba retardando; mediaba alguna pausa, y luego daban cinco, seis toques acompasados, des-

pues tres ó cuatro acelerados, y en fin el mas absoluto silencio.

Caminaba el caballero con inciertos pasos, chocando á menudo y perdiendo el equilibrio al poner el pié en las desigualdades del terreno, distraido en los profundos pensamientos que le embargaban el ánimo. En esto le parecio oir de lejos una armonía como que saliese de los árboles, ya oscura y profunda, ya clara y aguda. A medida que iba adelantando, mas distinto percibia el canto, hasta que vio blanquear por entre los árboles las paredes del monasterio.

Habian bajado entonces al coro las monjas; y concluido el invitatorio, empezaba el canto del himno acompañado del organo.

Lo yermo y solitario del sitio, la hora solemne de mas de media noche, el profundo silencio de la naturaleza, la oscuridad, todo contribuia á aumentar la dulzura y el misterio de aquellos cánticos, la majestad de la armonía hacia penetrar en el ánimo del pasajero la tristeza y el placer, el remordimiento y la paz, el arrepentimiento y el amor. Detuvo el paso como suspenso sin pestañear, sin soltar el aliento, con el oido atento y el ánimo recogido para gozar del delicioso efecto que producian las armonías celestiales de las vírgenes del Señor. Aquel himno pareciole cantado por ángeles, descendidos del cielo para hacer gozar á los mortales de las alabanzas de aquella Muger bendita, única que fué concebida sin mancha para ser digno albergue del Verbo del Padre.

Aquella noche Umbellina cantaba con mas dulce melodía, y daba á las notas, á los gorgeos y á los sonidos agudos cierta vibracion llena de suavidad, como que procedian de un alma profundamente enamorada de María, y extasiada en la contemplacion celestial; en términos que conmovia con mas fuerza que otras veces á las mismas religiosas.

Acabado el himno, y empezada la salmodia, el caballero, como en éxtasis, permanecia inmovil, apoyado en un árbol de la plazuela frontera á la iglesia, sin que volviese de su estupor hasta que despunto la aurora.

Toda la noche la pasé en una lucha interior entre variados afectos; tales como la reflexion que le llevaba á lo justo, el espíritu que le consolaba y lo conducia á formar nobles propositos, el influjo de la gracia que iluminaba su entendimiento, y la repugnancia de la naturaleza, que presentia el trastorno de nuevos combates. Luego los placeres y seducciones de la juventud, despues la cruz y las espinas de la penitencia; de un lado el remordimiento, de otro el gozo que infunde la virtud y el triunfo de sí mismo.

Apenas vio asomar los primeros albores del dia, que dirigiéndose á la puerta del monasterio, toco la campanilla, y habiéndosele abierto la primera puerta, se acerco al torno, y dijo en tono suave á la tornera, que un forastero tenia urgente necesidad de hablar á la superiora. Hiciéronle entrar en el locutorio, y no tardó en ver bajar y aproximarse á la reja con el

velo caido á la venerable sierva del Señor a quien el caballero abrió enteramente su pecho.

Escuchole la superiora, con grande humildad, hablole con dulzura, le animó para hacer santos propósitos con maravillosa uncion y fuerza de sentimiento; y por fin le dijo que se tomase la molestia de esperar un rato, pues iba á llegar luego quien podia darle las mas saludables instrucciones y consejos para llevar á cabo su magnánima resolucion; cuando hé aquí que llego el santo ermitano de Fiesole, de quien ya hemos hablado, y la superióra le confió aquella nueva conquista de la divina gracia: el la tomo á su cargo para guiarla animosamente por la árdua senda de la perfeccion cristiana.

Paso Umbellina afanosa en la práctica de las mas sublimes virtudes el espacio de mas de diez años, cuando el Señor, deseando purificarla como el oro en el crisol, la puso á prueba con una larga y penosa enfermedad, la cual la tuvo sumida por muchos años en el lecho con una parálisis en ambas piernas, las cuales no podian sostener el cuerpo. Esta alma santa, en médio de los mas penetrantes dolores, no perdió jamás su dulce mansedumbre, ni su celestial alegría, ni la serenidad del semblante, ni los nobles modales con que interesaba á los corazones de las hermanas.

Asi tendida como estaba en la cama, con el cuerpo sostenido por medio de almohadas, no permanecia ociosa un momento, y cuando la obediencia ó la caridad

no le permitia, se ocupaba en hacer hilas para curar las llagas de alguna enferma, o para enviarlas á los heridos del hospital de Santa María la Nueva. Cuando se hallaba sola meditaba en los tormentos de su divino esposo en la cruz; si suspiraba eran suspiros de amor; si hablaba, palabras de bendicion á Dios, por haberse dignado concederle una prueba de su afecto haciendola padecer.

En medio de tan admirable sosiego y gozo espiritual, tenia no obstante Umbellina un pesar secreto en lo profundo del corazon, que le causaba contínuos espasmos, y la impulsaba á pedir á Dios con grande instancia el cumplimiento de un deseo intenso, de un grande anhelo que la oprimia.

Umbellina era hermana de Polisena, y derramaba inconsolables lágrimas por causa de sus extravíos, y especialmente por la falta de fé, que á una vida desordenada añadia en ella la prevaricacion de la impiedad, la dureza del corazon y el desprecio de Dios. Hubiérala tolerado diez veces mas pecadora, como no hubiese perdido la luz vivificante, que mientras esta viva en el pecho, al fin alumbra al entendimiento y enciende la voluntad hácia el bien.

Umbellina, no solo ofrecia tácitamente á Dios en favor de Polisena los dolores de sus enfermedades, sino que todos los votos de su corazon se dirigian á alcanzar la gracia de ablandar aquella roca volviéndola flexible por obra de la misericordia divina

Y aunque Polisena correspondio por su parte con la mayor indiferencia á las suaves y amorosas amonestaciones de su santa hermana, no por ello disminuyeron las esperanzas de Umbellina: antes sus negativas la hicieron llamar con mas ahinco á la puerta de la infinita bondad del Salvador.

Entre los misterios de las contradicciones humanas se observa que ciertas almas, aun cuando están entregadas al vicio, sin embargo, admiran la virtud y la eligen por confidente de las mismas culpas á que se dejan arrastrar por la violencia de las pasiones.

Polisena, siempre sorda á las súplicas de Umbellina, le comunicaba sin embargo con franca sinceridad hasta aquellas acciones que debian merecerla la mas severa reconvencion de parte de su hermana. Por lo mismo, tomada la resolucion de arrojarse locamente á la guerra de la independencia á pelear como soldado, lo escribio á Umbellina en estilo chancero, pidiéndola que dirigiese la contestacion á Bolonia, en cuyo punto dentro de pocos dias debia reunirse á la legion romana.

La sierva de Dios á tal nueva sintio faltarle el aliento, y tal opresion de ánimo, que la obligo á exhalar un gemido angustioso; levanto los ojos al crucifijo, y como fuera de sí, quejóse á su divino esposo, diciendo:

—Vos tambien, Jesus mio! ¿Así cumplís la promesa de entregarme á Polisena?

Y despues de haberse desahogado dulce y largamente con Dios, y de haberle pedi-

do perdon por haber dudado un solo instante de su proteccion, pidió á la hermana enfermera que le acercase una mesita, papel y tintero, y escribió á Polisena lo que sigue:

«Querida hermana:

«La gracia y la caridad del Señor sean contigo con la paz del Espíritu Santo. La dolorosa nueva de tu partida me ha traspasado el alma como envenenada saeta, y por poco me quita la vida, si la fuerza de la virtud divina no hubiese venido pronto á mi socorro.

«Dices, hermana, que vas á arrojar de Italia al extranjero, y á derribar y destruir á los tiranos. Quiera Dios que eches al extranjero de tu corazon, que es el demonio, y que destruyas el tirano que te esclaviza, que es el pecado que se ha apoderado de tu alma, la cual Jesucristo redimió haciéndola libre y señora con derramar su preciosísima sangre. Esta sublime libertad que te hace reina de tí misma, no hay tirano externo que pueda esclavizarla: tú sola puedes aherrojarla con las cadenas del pecado que es el mas fiero y cruel de los tiranos. Este debes procurar echar de tí militando bajo la bandera de Jesucristo que es el gefe de los elegidos.

«Polisena, hace muchos años que lloro por tí, suplico á Dios que guie tu entendimiento, que vivifique las virtudes que sembró en tu alma, que aumente tu fé, y encienda en tu corazon la llama pura y suave de la caridad. No ignoras, querida hermana, que en Florencia fuimos educa-

das cristianamente en el Conventino (1), cuando nuestro padre vivia en la calle de los Serrallos. ¡Eras entonces tan buena, tan ruborosa y amable!

«A los quince años saliste para Milan, á donde te acompañó nuestro padre, dejándote encargada á aquella noble señora á la que debíamos muchos beneficios: ah! ojalá que hubiese vivido mas tiempo y no te habrias perdido!

«Desgraciada! quedaste jóven, huérfana, lejos de los tuyos, colmada de gracias y hermosura y con particular habilidad en la música y el baile. Estas mismas prendas te sedujeron y causaron tu extravio... ¡Cuánto te compadezco! Pero todas las cosas deben tener un termino: ahora has llegado á la edad madura; ¿cómo es posible que todavía te dejes arrebatar por los insensatos antojos de la juventud! Que en el ánimo de una joven se levante como tirano el loco afan de romántica lujuria, puede disimularse á la inexperiencia de la mocedad, al poder de las humanas seducciones, y á la ligereza del juicio; pero á los treinta años! ¡Ah Polisena!

«Y luego, ¿qué mal han hecho los austriacos? ¿Acaso no son cristianos y católicos como nosotros? ¡Y contra ellos te has cruzado cual si fueran turcos ó paganos! ¿Hemos vuelto al tiempo de los albigenses? ¿Por qué profanais el signo de nues-

(1) Dan el nombre de *Conventino* á un conservatorio de jóvenes ciudadanas y nobles de Florencia, dirigido por una especie de Salesianas, virtuosas maestras, que tienen tambien escuelas externas.

tra redencion empleándolo contra verdaderos adoradores de la cruz? ¡Oh buen Dios! qué inaudita ceguedad! ¿Sabes, Polisena, contra quién debiera cruzarse la Italia? Contra el verdadero extranjero, contra el verdadero tirano que la amenaza, y este es el protestantismo; el cual, ¡desgraciados de nosotros si llegase á triunfar de nuestra patria y hacerla esclava, miserable y privada de todo bien, hasta de su único tesoro cual es la santa fé de la Iglesia romana!

«Así pues, Polisena, besa la cruz que llevas en el pecho, adorala con verdadera convicción y vuelve sobre tí misma. Si esta carta mia llega á tus manos en Bolonia, ponla junto á tu corazon, y oirás que te dice: Ven á mí, la caridad de estas hermanas no te apreciará menos. Y luego si te obstinas en ir á la guerra, sea enhorabuena, y Dios y el ángel custodio te acompañen. Yo y otras seis compañeras rogamos contínuamente por tí, y nos relevaremos de dia y de noche llamando incesantes en el corazon maternal de María Santísima para que te cubra con el escudo de su manto.

«Polisena, acepta la invitacion de tu hermana; ven á consolarme, y mientras tanto recibe el beso de paz que te da tu hermana—Umbellina.»

XXII.

LAS MURMURACIONES.

Hace algunos dias que hemos dejado á Bartolo sumamente inquieto por efecto de una curiosidad que hubiera podido costarle la vida; y estaba como fuera de sí, cuando oyó un grande altercado y tocó la campanilla para saber que lo motivaba.

Vino Angel con el rostro encendido y airado. Bartolo le preguntó qué era lo que disputaban en la puerta, con quién y por qué motivo.

—Yo cumplo con mi obligacion, contestó Angel: se me han presentado delante dos figuras con las barbas desgreñadas, que preguntaban por Bartolo Capegli.

—¡Hola! ¿creeis que sea un cualquiera? dije yo; aquí viene el señor Bartolo mi amo.

—Queremos hablarle.

—¿Y ustedes quiénes son? ¿á quién debo anunciar?

—Vamos, animal, despacha: somos quien somos.

—Tengo órden de no introducir á nadie sin que antes me diga su nombre y apellido, ¿lo entienden ustedes?

Entonces frunciéron las cejas y me amenazaron. Yo llamé á Cristobal, que al punto compareció con el delantal y el gorro blanco, y tras él vino el galopin armado con la mano del almirez. Á su vista aquellos fanfarrones se humillaron, y hablaron

como dos frailes mendicantes: empezaban diciendo que venian de parte de la señora Polisena, cuando he oido la campanilla....

—Hazlos entrar, dijo Bartolo, en mi gabinete, y mientras tanto tomo dos pistolas que tenia encima de la chimenea, y las escondió en el pecho por lo que pudiera tronar.

Entraron pues, le saludaron, y dijéronle con aire desvergonzado y mirándole fijamente:

—Venimos, enviados de Storta, por cierto cofrecito de la senora Polisena.

—¿De qué cofrecito hablais, y en donde le ha dejado?

—Se nos ha dicho haberlo olvidado en su gabinete, en un cajoncito á mano derecha hácia la ventana.

—Seguidme y lo buscaremos.... ¿os ha dado la llave del cajoncito?

—Debe estar abierto; y el cofrecillo es de ébano con filetes blancos y una pequena llave de acero.

Bartolo los llevo al cuarto de Polisena y haciendo como que nada sabia, díjoles:

—Senores, buscad.

Ellos abrieron varios cajones, y por fin, en el fondo del de la mano derecha por el lado de la ventana hallaron el cofrecito de ébano. Cogiéronlo diciendo:

—Este es.

Bartolo replico:

—Señores, dispensadme; pero debo cerrarlo delante de vosotros, envolverlo junto con la llave en un lienzo, y sellarlo po-

nicado mi cifra. Ya me escribireis el recibo.

Hízose todo así, y se marcharon alegres, bien persuadidos de que Bartolo no lo habia visto ni tocado. Agradecioselo Bartolo á su buena dicha, pareciéndole que al salir de su casa aquel mueble la libraba de la contaminacion de un espíritu maligno.

Hallándose Elisa en casa de su tia, y tratando de consolarla de la partida de sus hijos á la guerra, paso los primeros dias entre los pésames y las enhorabuenas de las amigas; entre las cuales unas decian que Polisena era muger de mucho talento, de excelente trato y de gran corazon; de modo que Elisa debia estar satisfecha por gozar de su amistad; y otras, por el contrario (y eran las mas prudentes y razonables), la criticaban, sin dejarlo hueso sano.

—Yo siempre lo dije; aquella carita aguda con la nariz pequena cuya punta miraba hácia arriba, maldito lo que me gustaba: traslucíase en aquella fisonomía mucha malignidad y sarcasmo.

—¿Reparásteis en sus ojos de lechuza? añadia otra. La llamaban hermosa; bien que en materia de gustos cada cual tiene el suyo; lo que es para mí no tenia maldita la gracia.

Otra decia:

—Su color mezclado de pálido, lívido y ceniciento, era indicio de mala conciencia: á mas, nunca reia; ni aun cuando mi Bice, que es tan loquilla, hacia desterni-

llar de risa á toda la reunion de las amigas.

—¡Eres muy candida! A estas Marfisas no les interesan las ninas; otra cosa tienen en la cabeza: bigotes y barbas.... y Polisena....basta....debia acabar así.

—¿De veras? ¿Qué decís?

—Yo sé bien lo que digo....Bartolo es demasiado literato.

—Requiérese ser muger como nosotras. Creedme, la fuga de Polisena es para Elisa el acontecimiento mas feliz, y en reconocimiento de esta gracia deberia poner un exvoto en San Agustin.

Pero la buena Adela, sin charlar tanto, se llevó un dia su sobrina á San Marcelo, y pidio á un padre muy docto y secreto que fuese á casa de Bartolo. Fué en efecto, y habiendo entrado en el cuarto que fué de Polisena, llevóse todos las malos libros de que estaba atestado, sustituyéndolos para estudio y entretenimiento de Elisa con otros que al mejor gusto literario reunian una solida y verdadera doctrina. Sobre esto le dijo:

—Senorita, esté bien persuadida que la lectura de los malos libros nada absolutamente enseña; pues o son historias cuyos hechos maliciosamente se altera y llena de falsedades la mente del lector, ó raciocinios filosoficos y morales; y si los envenena la falacia de los sofismas, el que los estudia se llena el entendimiento de errores, tanto mas perniciosos, en cuanto mas sutil es el tosigo que penetra las raices de las principales verdades que se han infundido en el entendimiento de los jóvenes,

echándolo á perder en los puntos princi-- pales.

Las historias bastardas y los falsos ra-- zonamientos son en el dia las armas mas mortíferas de que se vale la impiedad para corromper al mundo. Los Volterianos del siglo pasado acostumbraban mezclar con los errores los asuntos mas lascivos y asquerosos; hoy se obra con mayor astucia, puesto que el vicio se presenta cubierto con la máscara de la virtud y se hace penetrar el veneno en los principios, esto es, emponzonando las raices en lugar de hacerlo con los frutos.

¿Cuál es el resultado de este sutilísimo artificio? El dar á los libros de educacion y de instruccion un aire compuesto, grave y casi modesto. Los padres no ven en ellos descripciones obscenas, amores libertinos, pasiones impúdicas ni pinturas provocativas, y dicen:

—Hé aquí un libro muy á proposito para nuestras hijas: ¡qué bien habla del pudor virginal! como las hace esquivas á toda mirada, recogidas, amables, humanas, y les inspira la admiracion á la virtud! que bien escribe este autor! este es un libro de oro!

Sin embargo, debajo de ese oro esta el arsénico que con el solo hálito turba el entendimiento, corrompe el corazon y deja el alma enferma. Por lo mismo, señorita, debeis poner muchisimo cuidado en lo que leeis; pues si hasta ahora habeis leido tales libros, es menester que busqueis el antítodo toda vez que aun es tiempo.

La buena de Elisa, poniéndose muy colorada, prometió que así lo haria, y la tia, volviéndose al religioso y sonriendo, dijo:

—Mi reverendo padre, dignaos dar la bendicion á esta muchacha.... ¡Que lástima! ¿no es cierto? ¡La Vírgen te ha protegido! Y aquella bribona.... que no se hable mas.... Sobre todo hay algunos padres que las echan de sábios, y ven las cosas por los codos.

No lo digo por el tuyo, hija mia; pero mil veces le dije que aquella maldita le daria mucho que sentir. Que se vaya enhorabuena alegre con sus soldados á la guerra, y que haga alardes delante de los canones para que la coja de lleno alguna bala.

—No hableis mal de ella os ruego, querida tia; fué un capricho, y no dudo que estará ya arrepentida ...Decidme: yo desearia que papa me permitiese pasar algunos dias en San Dionisio; ¿qué os parece?

—Me parece una idea feliz; pues un poco de retiro es provechoso así al alma como al cuerpo. ¡Son tan buenas aquellas monjas! Piensa con cuánta satisfaccion no te recibirán!.... y todavía encontrarias algunas compañeras que te verian con el mayor regocijo.

XXIII.

EL PRIMER DESCANSO.

Mientras tanto las romanas legiones se dirigian alegres á vencer al Austria. Esos drusos caminaban animosos y contentos durante la primera marcha. Gritaban, cantaban, silbaban y alborotaban como estudiantes que salen de la clase en su primer ímpetu para volver al juego. Desde la puerta del Popolo fueron á galope hasta Storta. Aquí dieron mucho que hacer al posadero vaciando muchos toneles, y comiendo gran cantidad de carne, pollos, huevos, queso, etc. esparcidos por el camino y por los campos, formando grupos de diez y de doce hombres, soldados, cabos, sargentos y capitanes mezclados sin distincion.

Polisena, como alférez, se plantó con su bandera al pié de un árbol, sacudióse un poco, extendió los brazos, quitóse el polvo, y empezó á gritar:

—Vamos, camaradas, arreglémonos aquí bajo de esta sombra. Ea, soldado, ve al posadero, y dí que nos traiga algo con que refocilarnos.

Dicho esto recostóse encima de un pañuelo; el oficial se sentó á su lado, y llamaron á algunos soldados, los que vinieron á formar corro.

Un furriel con cinco individuos fué á buscar provision de pan, queso, jamon, y un pollo para el oficial y Polisena. Todo era frascos, botellas y barriles.

—Venga acá.

—Dámelo á mí.

—Yo soy antes.

Y sin vaso, y con la misma botella, ó desde las espitas de los barriles, bebieron como los mismos tudescos contra quienes iban á pelear. Y os aseguro que si la batalla consintiese en apurar botellas, la victoria era nuestra.

Por otro lado se habia empeñado una séria refriega.

—Estos huevos son pasados, gritábase en medio de un corrillo de soldados.

—Uf! parecen hervidos! decia uno.

—¡A la cabeza del posadero! decia otro.

Dicho y hecho: vuelan por el aire los huevos disparados á los mozos de la posada; bájanse estos por evitar el golpe, y los huevos van á estrellarse en la cabeza de otros soldados que se hallaban á la otra parte, poniéndolos como nuevos.

—¿Qué es esto, muchachos? ¿estais en vuestro juicio? ¿qué juegos son estos? gritaba un capitan; ¿en dónde esta la gravedad romana?

—Viva nuestro capitan! gritaban los mas alegrillos por el vino.

Pero mientras tanto, sin saber de dónde, viene á caer un huevo en el sombrero del capitan, y se estrella en la escarapela tricolor cambiando sus colores en blanco y amarillo.

—¡Oh, infames!.... á mí?

Plan....rataplan....plan: las cajas tocan á reunirse para marchar: entonces to-

do se vuelve levantarse, limpiarse la boca, apurar las botellas y arrojarlas al aire, romper platos, y meterse los mas glotones tajadas de carne en los bolsillos, lonjas de jamon y panecillos para la merienda....

—Arriba, vamos á las banderas. Cabo, ¿dónde están vuestros individuos?

—Luego, luego.

—Despacha, béstia, perezoso; si no con un puniapié....

—¿A quién? ¿á mí? Voto á....

—Yo á los cabos me los como: quiero hacer lo que me da la gana.

—¡Como valientes! Alférez, id vos delante.

—Soy de la segunda compañía: ¿en donde está?

—Alla abajo: esta es la primera..

Al mismo tiempo unos saltan un hoyo, otros se echan en una zanja, otro, que aun no ha vaciado la botella, se levanta y la rompe de un puntapié.

Etelos al fin reunidos:

—Arma al brazo!

—Armas á discrecion!

—¡Viva Pio IX! Viva la Italia!

—Muera el tudesco!

Subian hácia Baccano en partidas de seis ó de ocho, y algunos marchaban de frente, dándose el brazo y ocupando toda la anchura del camino.

—Paso á la tropa, el camino es nuestro.

Y esto diciendo, uno de los grupos da una arremetida, y pasa delante de los que se oponian á su paso.

—Mala peste se os lleve, decian estos, canalla grosera.

Y los que tenian de su parte la fuerza, poníanse la punta del dedo pulgar en la nariz, y con la mano extendida y apuntándoles el dedo menique, hacíanles muecas como diciendo:

—Cogenos si puedes.

Y seguian apresurando su marcha. No pasaba carruaje, sin que tres ó cuatro de ellos se subiesen á él por todos los lados. En vano clamaban los conductores, diciendo:

—¿No veis que las pobres béstias tienen sobrada carga con la que llevan, y os añadís vosotros sin compasion?

Pero los legionarios hacian orejas de mercader. Otros por añadidura ponian encima del carro los fusiles ó los morrales, y así sentados con las piernas colgantes daban la mano á otro, que de un brinco se subia al carruaje, y se tendia encima de los sacos.

—Hola! un coche! Muy bien: allí viene hácia Roma! A proposito nos llega! Alto, cochero!

—Por favor.

—Alto ahí.

—Dejadme pasar, os ruego, porque se me ha hecho muy tarde.

Al mismo tiempo otros abrian la portezuela diciendo:

—Señores, los pasaportes.... hola! uno, dos, tres, y tres seis....y todos sin barbas, ¡qué caritas tan modestas! ¡qué bella palidez! Esto huele á jesuita que apesta.....

Y al decir esto el uno tose, el otro escupe.

—¿De donde vienen ustedes, senores?

—De Gubbio.

—¿Y á dónde van?

—A Roma.

—¿Con que objeto?

—Tenemos ciertos negocios....

—¡Oh! vuestros negocios están acabados: en todas partes se cierran las tiendas.

En efecto, aquellos desdichados eran seis jesuitas del colegio de Camerino, en donde fueron maltratados de mil maneras, pues unos querian quemarlos con la casa, otros arrojarlos por la ventana. Uno de ellos llevaba la mano vendada, por tener magullado un dedo de una pedrada. Al pasar por Gubbio cayeron en manos de unos desalmados que querian degollarlos vivos, de suerte que con muchísimo trabajo pudieron escapar de sus unas, gracias á la indignacion que por esto manifestaron algunos ciudadanos. Entonces un compasivo prelado les envió trajes de seglar y algunos guias que los pusieron á salvo por caminos extraviados. Pero como los vestidos no fueron hechos para ellos, se conocia á la legua que eran prestados; lo cual unido principalmente á la palidez y al susto que se leia en sus semblantes, dio á entender á aquellos heroes que eran de buena presa.

—Abajo, infames! fuera del coche.

—Ah! traidores, enemigos de Italia, vendidos al Austria: ¡acabose ya para vosotros!

—Echémolos á los infiernos á todos seis.

—Paso.

—¿Vamos á fusilarles?

—De rodillas, canalla.

Aser de un salto se puso en medio de aquellos asesinos, y desenvainando la espada y dando de llano en las espaldas de los mas bárbaros;

—Atras, villanos, dijo; ataquemos a los croatos, y no manchemos nuestras armas con sangre italiana!

—Pero queremos el coche, lo queremos.

—Tomadlo.

—Cochero, da la vuelta....

—Pero, señores, por piedad!

Y dos se ponen al frente del tiro, y le hacen dar vuelta; luego se meten dentro algunos, otros se colocan fuera en el banquillo, otros arriba, y gritan:

—Adelante, bruto!

Los asendereados sacerdotes, arrojados así del coche, se desviaron del camino, y dispersos por los campos anduvieron todo el dia errantes para llegar salvos á Roma; lo cual no pudieron conseguir hasta una hora avanzada de la noche, y entraron por la puerta Angélica, uno á uno y desfigurados por el susto que habian pasado y por el polvo y el fango de los charcos. Así llegaron al Colegio romana, de donde debian ser arrojados con furor otra vez dentro de pocos dias.

La vanguardia de la legion se habia adelantado al grueso del ejército para disponer los alojamientos: las primeras compañías debian llegar hasta Monterosi, para poder hallar albergue y vituallas, y las ultimas debian hacer alto en Baccano y en

las casas de los alrededores. La compañía de Monterosi se presentó á la municipalidad pidiendo alojamiento y raciones de pan y de carne para media legion; papeletas numeradas segun la capacidad de los cuarteles, establos, paja y cebada para los caballos.

Otra turba entra en la posada principal de Monterosi, y ve las mesas puestas, las camas arregladas y todo preparado para recibir mucha gente.

—A quién aguardais? preguntó un guardia cívico de Trevi al posadero.

—A vuestro coronel y oficialidad, pues ya ayer tarde se nos envió aviso desde Roma.

—Está muy bien, contestó: ¿y está pronta la cena?

—No falta mas que guisarla; lo demas todo está á punto.

—Pues bien, pon inmediatamente la comida al fuego y despacha, gritaron á una voz los de la turba.

—¿Y los oficiales?

—Los oficiales somos nosotros. ¿Qué privilegios, qué tiranía es esta? Para los soldados pan negro, y á los oficiales capones y perdices!

—Venga la cena pronto.

—Pero, senores....

—En efecto, somos senores: venga la cena. ¿No estamos todos aquí por la causa de Italia, y para echar de ella á los austriacos? ¿y los oficiales quieren cena aparte? Anda!

Decir esto, sentarse á las mesas y empezar á poner mano en la manteca, en las

anchoas y en el jamon fué cosa de un abrir de ojos.

Continuamente iban y venian de la sala á la cocina para asegurarse de que el posadero no les defraudaba.

—Aquel estofado, ¿sabes?

—Los pollos.

—Cuidado con olvidar algo, ó sino.... y aquí dos blasfemias capaces de hacer temblar á las piedras.

—Vino! trae vino!

—Pronto!

—Del de Orvieto! Aprisa.

El posadero iba diciendo en voz baja á los mozos:

—¿Y quién paga?

Los mozos se encogian de hombros.

El posadero murmuraba; nuestros héroes bebian y comian de modo que en menos de una hora quedó todo despachado. Al levantar los manteles, se presentó el dueño con mucha gracia diciendo:

—Buen provecho, señores: creo que me pagarán la cuenta del gasto; tambien yo soy progresista, pero un pobre hombre: les he tratado á Vds. bien, ¿no es verdad?

—Muy bien.

—Cual corresponde á unos señores, como Vds. Aquí está la cuenta.

—Muy bien; pagará el furriel.

Y uno tras otro fueron tomando la escalera, bajaron á la plaza, dejando al posadero con la lista en la mano, y diciéndole que pagarian al volver triunfantes de la toma de Viena.

Los oficiales que llegaron despues con el cuerpo de la legion tuvieron que con-

tentarse con una cena muy parca; y con que a lo menos les hubiesen dejado intactas las camas, que no fué poco.

Al dia siguiente, marcharon con buen aliento, festejados en Civita Castellana y se dirigieron hácia Narni, visitando cuantas cantinas hallaron en el camino y brindando por la Italia con gritos que llegaban á las estrellas.

En el puente del Borghetto para pasar el Tiber, los furrieles (se entiende) bajaron a una posada y pidieron al huésped pan y algo de fiambre para almorzar. Entran en la sala, y asomándose á la ventana vieron un coche en el patio.

—¿De donde viene?

—¡Eh! cochero, ¿quién vino en el coche?

—Cuatro senores.

—Queremos verlos.

Eran en efecto cuatro jesuitas del colegio de Fano, á los que hacia algunos dias que daban caza por los montes, y por milagro habian podido escapar hasta Espoleto.

El huésped respondió:

—Ya los verán Vds.; tengan un poco de paciencia, que están descansando.

—No señor; queremos verlos ahora mismo. Aquí, soldados; cruzad las bayonetas en la escalera: centinelas alla en las puertas!

Al mismo tiempo la muger del huésped, que era una muger compasiva y amable, tuvo lástima del peligro que amenazaba á los siervos de Dios, y corrió detras de la casa, por la parte del monte, y arrimó una

escala de mano á la ventana, haciéndoles bajar por ella, y encargando á su hijo mismo que les guiase fuera, y les hiciese esconder detras de los matorrales. Los desdichados, llenos de miedo, anduvieron á gatas por la pendiente del monte, dando vueltas y mas vueltas, hasta que debajo de unas peñas cortadas descubrieron unas cuevas, en las que se cobijaron buscando en ellas su salvacion.

Aquí permanecieron acurrucados todo el dia, viendo por entre el ramaje de los árboles y malezas á las turbas desenfrenadas y crueles que pasaban por debajo en el valle, y desfilaban por el puente, exclamando, ahullando, embistiendo á los carromateros, haciendo apear de los mulos y jumentos á los montaneses de Sabina y quitándoles sus béstias, que luego cargaban sin contemplacion con hombres y bagajes.

Llegada la noche el posadero mandó á buscar los fugitivos, los cuales salieron de sus madrigueras, y vieron que el coche en que vinieron habia dado mal de su grado la vuelta á Narni lleno de soldados. El amo de la posada estaba sobresaltado y de mal humor, no solo por las amenazas que le hicieron por haber hecho desaparecer á los jesuitas; sino tambien por la gran cantidad de vino que la soldadesca habia bebido sin pagar; no obstante dio á aquellos pobres perseguidos algo con que recobrasen sus fuerzas, les hizo dormir algun tiempo á fin de que en el camino no encontrasen las legiones y peligrasen sus vidas, y luego les hizo embarcar en un pe-

queno vapor que desde Sabina llega por el Tiber hasta Roma.

Si no fueran tan recientes los hechos que vamos refiriendo, los cuales muchos han presenciado y la mayor parte son públicos y notorios, no solo habria cierta dificultad en darles crédito, sino que se conceptuarian sueños ó invenciones de imaginaciones románticas, hiperbolicas y delirantes, un necio afan por lo maravilloso, que hace que el escritor cambie a cada paso la naturaleza de los sucesos á fin de alucinar á los lectores lejanos del lugar en que se suponen acaecidos. Pero realmente nadie es capaz de referir todas las maldades, las perfidias y atrocidades de que fueron víctimas los hombres religiosos, arrojados de sus pacíficas moradas con una rabia infernal; robados, despojados, envilecidos y escarnecidos de mil modos, inclusos los mas viles y obscenos, y luego perseguidos, hostigados en todas partes y arrancados de las casas compasivas que les dieron un refugio. Algunos, huyendo de las ciudades, refugiáronse en los montes; otros en casas de campo solitarias, y otros, por último, en lugarejos apartados y olvidados.

Veíase á los exaltados buscándolos en todos los rincones, atacarles por la noche y llevar su persecucion hasta a los lugares mas agrestes é inaccesibles, privándoles de la tierra, del fuego y del aire como á los hombres malditos.

Viése entre las legiones á hombres que iban á combatir con el extranjero, que se

ennoblecian con el nombre augusto de Roma, y se preciaban de magnanimos y de generosos; vioseles, decimos, en medio de sus gloriosos intentos guerreros, hostigar como los perros á las fieras del monte, á algun jesuita que acaso se ocultó por allí cerca, ó que siguió su camino, y echársele encima y maltratarle como un hombre infame y criminal.

Viése á los oficiales Checchetelli, Del Frate y Teodorani, apenas llegados á Espoleto, dar al gonfalonero de la ciudad y al capitan de la guardia cívica la orden de echar los jesuitas de su colegio; y aquella misma noche, pobres y abandonados, se vieron echados de su casa sin la menor compasion. Esto mismo lo vimos publicado en Roma el dia 3 de abril en el periódico *Las Palas* con una cruel satisfaccion y alegría, como si las legiones romanas hubiesen tomado la fortaleza de Mantua ó de Verona.

XXIV.

LA CARTA.

A la mañana ya tarde salia Bartolo de debajo del portico de la casa de correos, y paso á paso se dirigia á la subida de Montecitorio, mirando el sobre de una carta y el sello de la ciudad.

—¿De donde vendrá esta? decia para sí. Estos sellos de correros son muchas veces incomprensibles; les cargan de aceite, que se extiende y borra las letras.

Saca su lente, mira con atencion y dice:

—Me parece que este sello es de Foligno. En efecto, Foligno! No tengo corresponsales en este punto.... Vamos á ver....

Abre la carta, mira la fecha y dice:

—En efecto, Foligno! bien lo dije.

Leyo la firma.

—Oh! Lando! Ahora que ha hecho la fanfarronada de marcharse, se volverá á mí para que lo saque del atolladero. ¡Se habrá visto!.... Oh! bribon! ¡oh ingrato con los suyos! Esto es muy bueno; hacer morir de pesares á aquella pobre muger, y luego....Pero veremos que dice la buena pieza.

Así caminando despacio continuó la lectura de la carta, deteniéndose, y volviendo á leer ciertas frases, y algunas veces irradiaba en sus ojos la alegría que le causaban. Así que acabó de leer cerro la carta, volvio á examinar el sobreescrito, se la metio en el bolsillo y exclamo:

—No puede negarse que nuestros jovenes romanos tienen excelente índole. Vivos como el fuego, caprichosos como un potro, fieros como leones, hacen travesuras propias de su atolondramiento; pero luego....son bonachones y de la mejor pasta del mundo.... Aquí está Lando que me echa los brazos al cuello; pídeme que le perdone la descortesía que uso conmigo en la plaza del Popolo; se lamenta de los pesares que ha causado á su madre, abrázale las rodillas, pídele su bendicion, y quiere besarle la mano: al mismo tiempo le envia dentro de esta un mechon de sus cabellos.... Pobrecito!.... ¡Muchacha-

das! Primero hacen las mayores imprudencias, y luego se arrepienten cuando la cosa no tiene ya remedio.

De este modo hablando entre sí, fuése á casa de su cuñada para darle informes de sus hijos.

La buena Adela, al saber que Lando habia escrito (era en efecto Lando su Benjamin), púsose colorada y pálida alternativamente, sintio trasudores, le asómaron las lágrimas, latiole el corazon con fuerza, tembláronle las rodillas: y sin embargo (como sucede en la lucha entre contrarios afectos), respondio desde luego alterada á Bartolo:

—No, nada quiero saber de él! ingrato! cruel! ¿es modo el suyo de tratar á una madre? Nada deseo saber: que el Señor le bendiga, que yo ya no tengo hijos....

—Con todo, Adela....

—Elisa, Anita, venid acá. ¿No habeis oido?....

—¿Qué es esto, mama?

—¿Que hay, tia?

—Lando ha escrito á Bartolo. Ante todo decidnos, cuñado, ¿están buenos? ¡Pobres hijos! quién sabe cuántos padecimientos! cuántas malas noches!....Criad á los hijos con tanto amor y solicitud, para que luego....vayan á la guerra á ser destrozados por una bala de canon.

—Por Dios, Adela, un poco de calma!

—Mimo se dejó olvidados hasta los calzoncillos, y Lando púso en el morral dos camisas....¿Y que harán ahora, ellos que tan delicados son en punto á ropa blanca?....

Mientras tanto Bartolo abria lentamente la carta. Adela se enjugo los ojos; las dos muchachas se pusieron á un lado para echar tambien su ojeada en el papel, que decia así:

«Estimadísimo tio:

«No tengo valor para presentarme delante de vos, pero sois tan bueno, y teneis un corazon tan generoso que no querreis echarme de vuestra presencia. Sí, querido tio; aquí me teneis postrado de rodillas suplicándoos que me perdoneis. Bien podeis creerme, aun no habia salido de la puerta del Popolo, que ya me traspasaba el corazon el sentimiento de haberos tratado con tanta grosería: caminaba triste, silencioso y apesadumbrado: tenia siempre delante de mí la imágen de mi madre: veíala desmayada: oia sus lamentos y sollozos y queria abrazarla para consolar su pena....»

Aquí Adela prorumpió en llanto; Bartolo suspendió la lectura y observó á las jovenes que, entre conmovidas y curiosas, trataban de leer lo que faltaba. Luego Bartolo prosiguio:

—Aquí Lando continua desahogando su corazon por medio de dulces y sentimentales frases propias de un buen hijo, y os pide la bendicion en su nombre y en el de Mimo. Vamos, Adela, bendecidles.

—Sí, mil veces....

Y los sollozos le cortaron la palabra.

Siguió Bartolo leyendo una parte murmurando entre dientes, y en seguida continué en alta voz diciendo antes:

—Poned atencion en lo que sigue, Adela, y vosotras tambien muchachas.

« Oh! querido tio! como referiros los festejos que por todas partes hemos tenido! Los labriegos van delante de nosotros cosa de media jornada, y dan aviso de nuestra llegada: todas las ciudades se ponen en conmocion con un jubilo inexplicable.

«Los amantes de Italia van de casa en casa y recogen viandas para darnos almuerzos, comidas y cenas suntuosísimas. Por el camino donde debemos pasar mandan poner alfombras en las ventanas, y el que no las tiene las pide prestadas. ¡Ay! del que se niega á prestarlas, pues todos son silbidos y pedradas á sus ventanas; de modo que todos darian hasta las sobrecamas. Sálennos al encuentro con musica, y con la misma nos acompanan, en medio de los gritos de: ¡Vivan las legiones romanas! Vivan los libertadores de Italia! Al mismo tiempo las mugeres nos arrojan flores desde las ventanas y hasta macetas enteras y guirnaldas de laurel. Nosotros al verlas caer las ensartamos en las bayonetas y las guirnaldas cuelgan de los fusiles, mientras que las senoras gritan: Valientes italianos, estas guirnaldas son en premio del valor patrio que os ha obligado á partir; otras reservamos para cuando volvais victoriosos del enemigo.

«En resumen, querido tio, esta es una cucana; pero habeis de saber que nos cuesta muy cara; eso que escriben á Roma, de que llegamos á las estaciones frescos como rosas, y de que apenas llegamos y sa-

cudimos el polvo, estamos tan fuertes y contentos que bailamos toda la noche, son puros cuentos. Llegamos cansados, desvencijados, y los que en el camino pueden encontrar algun carro ó coche arremeten á él como el gato al raton, y no lo cederian al mismo rey.

«No hablo de los plebeyos, gente]dura y acostumbráda á la fatiga, que no teme la lluvia, ni el sol, ni el barro, de robusta complexion y áspero oficio: hablo solo de nosotros que hemos sido criados con blandura, y que á lo mas estamos acostumbrados á dar un paseo por el Corso ó por Villa Borghese. Repito que llegamos molidos hasta los huesos y tan quebrantados, que nos parece que tarda mil años el instante de tendernos sobre cualquier cosa. Hay muchos que asi que llegan se tienden encima de las mesas, de los sofas, de los bancos, boca arriba ó boca abajo ó en mil posiciones diversas,

«Pero lo peor son las ampollas que se nos levantan en los piés, las escoriaciones y las hinchazones; lo primero que hacemos es lavárnoslos con vino ó con rom; algunos los untan con manteca, sebo, ect., y hay ciertas señoritas (italianas hasta los tuétanos) que se los curan, los vendan y arreglan con un amor que á veces les arranca lágrimas.»

—Pobres hijos mios! exclamó Adela interrumpiendo.

Y la hermana con una lagrimita decia;

—Si yo estuviese allí, como se los vendaria! Cuando Mimo volvia de caza siem-

pre era con los pies desollados y con vejigas en los talones.

Bartolo dijo:

—¿Sabeis quién ha descubierto el mejor medio para que no se escorien los pies á los jovenes? El caballero de la Marmora, coronel de cazadores piamonteses. Sucedió que habiendo el rey Cárlos Alberto publicado la guerra contra Austria, todos los jovenes de la universidad de Turin, y muchísimos otros por añadidura, entusiasmados por ir como auxiliares á tan sagrada empresa, juraron alistarse en el ejército. El rey se vió agobiado de suplicas de parte de los padres: unos decian que no tenian otro hijo que aquel, a quien reclamaban; quien exponia la flaca complexion del suyo; quien su demasiada juventud; de manera que el rey se fastidió. Hablaba de esto á sus generales, cuando el coronel de la Marmora añadió:—Señor, dejad a mi cargo este asunto y no paseis cuidado. Consintió el rey, y quedó tranquilo.— Al otro dia de la Marmora mandó hacer un pregon en nombre de S. M. llamando á los jóvenes á que le siguiesen; diciendo que el alistamiento se hacia en Chiavasc; y que los que deseasen tener esta gloria se hallasen al dia siguiente en la plaza de Italia y marcharían con él reunidos á sus cazadores.

Al amanecer presentáronse algunos centenares de jóvenes todos en disposicion de ponerse en marcha. El coronel mandó que las trompetas tocasen el paso de carga, y adelante. Los cazadores no andan, sino que van á galope; y á seis millas los jó-

venes se hallaban inundados de sudor, y tan cansados que sacaban un palmo de lengua. Al llegar al puente de Dorobalte, muchísimos no pudieron ya pasar adelante y se detuvieron; los mas robustos siguieron la marcha, pèro á las doce millas faltaban ya mas de la mitad; ¡por último en Chiavaso eran solamente seis! Los demás dipersos por el camino volvieron á sus casas y trataron de curarse los piés.

Pero sigamos la lectura de la carta de Lando. «Querido tio, decid á mama que no tenga cuidado porque en adelante no volveremos á separarnos de su lado. Aser está encargado de una comision extraordinaria, y se dirige al campo de Carlos Alberto y nos ha ofrecido á Mimo y a mi cedernos un lugar en su coche hasta Bolonia: verá tambien á Polisena para animar á los jóvenes boloneses á marchar á la guerra sagrada contra el estranjero.»

—¡Vírgen Santísima, que escucho! exclamo Adela; mas quiero que se les llaguen los piés y se pongan cojos, que no que se mezclen con Aser y con Polisena!....

Elisa bajó la vista; y Bartolo respondio:

—¿Qué quieres, Adela? *ætatem habent.*

—Sí, hablad en latin! buen consuelo! El latin es que Mimo se halla de buena gana junto á Polisena, y me temo que la maldita me lo haya hechizado.

Bartolo continuó leyendo:

«Nuestras filas se aumentan cada dia: ¡oh, que hermosa juventud se nos reune de todas partes! El joven Bianchi de Re-

canati tuvo encargo de visitar la universidad de Perusa, Camerino y Macerata a fin de invitar á los intrépidos estudiantes á que se uniesen á la legion universitaria, y se nos unió mas de un batallon.»

—Sí, para hacer llorar á un batallon de madres, observó Adela. ¡Ah, cabezas destornilladas! Buenas ciencias aprenderan, y luego, ¿el alma? ¡El alma que se pierda!

—En verdad hablais como desesperada, dijo Bartolo; ¿acaso no es posible ser buen soldado y al mismo tiempo buen cristiano?

—Querido Bartolo, siempre teneis una respuesta para todas las dificultades; pero el que vuelva atras podrá contar muchas cosas de estos cruzados: la cruz en el pecho y el demonio en el corazon.

—Silencio por Dios, Adela....!

XXV.

EL HERIDO.

En el fértil y risueño llano, rodeado de agradables colinas y de magníficas costas, y adornados de vides y de árboles frutales, que se extiende por entre el curso del rio de Livenza y del Tagliamento, habia apartado y solitario en el campo un cortijo; sus habitantes eran unos honrados labriegos, llenos de recelos y de temores relativamente á la guerra que ponia en alarma á todos aquellos contornos. Un pa-

dre de familia habia arrendado allí una hacienda, que cultivaba con sus propias manos, ayudado de su muger y de una hermana, á mas de dos hijos que tenia, el uno de diez y nueve años de edad y el otro de diez y siete, y cuatro doncellas de quince años para abajo, que ayudaban desempeñando las faenas proporcionadas á su edad. La mayorcita guiaba los bueyes siempre que el padre debia labrar el campo: llevaba la comida y la merienda á los trabajadores, y los menores llevaban á pacer los pequeños rebaños, la vaca y el cerdo....

Despues de una recia batalla que tuvo lugar en aquellas inmediaciones á dos leguas de distancia entre los austriacos del general Nugent y las legiones italianas del general Zucchi, Antonio, el segundo hijo del labriego, que era el boyero de la casa, salia de la cuadra que habia debajo del portico para sacar los bueyes y se dirigia á un zaguan que habia en el fondo de dicho portico junto á los establos. Llevaba en la mano un farol, y caminaba despacio y algo medroso, puesto que durante todo el dia habia estado hiriendo sus oidos el estampido del canon y el incesante fuego de fusilería, y hasta en las lejanas tierras habia divisado los grupos de cazadores disparando hacia el valle, bajando, volviendo á subir, ya reuniéndose, ya dispersándose.

Estas imágenes habian hecho honda impresion en su fantasía; de modo que aun le parecia retumbar en sus oidos los cañonazos, estremeciéndose todo su cuerpo

cada vez que esto le sucedia; y las hermanitas se tapaban los oidos y corrian á esconder la cara entre las rodillas del padre ó en el regazo de la madre, la cual tambien se ponia palida y temblaba.

Mientras, pues, que Antonio caminaba en silencio por el portico, parecióle oir en el fondo del zaguan como unos lamentos ó gemidos, ya agudos ya profundos. Detiénese, y un sudor frio recorre todo su cuerpo, palpítale el pecho, para el oido....pero nada; todo queda silencioso. Avanza algunos pasos, párase, escucha, y despues de un instante oye como un....Dios mio! lamentable, prolongado y que se perdia en la paja.

El mancebo, en vez de gritar: ¿quién va alla? retrocede temblándole las rodillas; abre enteramente la puerta y se pone á gritar:

—Ah! padre mio!

El padre se levanta y dice:

—¿Qué sucede?

—¡Ay, padre!

—¿Pero qué ha sucedido?

—Alla en el zaguan encima de la paja hay un alma del purgatorio que se lamenta: yo mismo acabo de oirla.

—¿Qué alma? replicó el padre. Durante el octavario de los difuntos hemos rogado por ellas; mandé celebrar una misa para tus abuelos mi padre y mi madre, que Dios tenga en su gloria; durante los ocho dias hicimos limosnas de medio saco de habichuelas y un moyo de harina; y sobre todo cada noche se reza el rosario; conque no hay que temer de las benditas al-

mas. ¿Sabes que habrá sido? que te han metido miedo los tiros de canon y de fusilería. Anda á dar la yerba á los bueyes y no tengas cuidado.

Obedecio Antonio, y se fué diciendo:

—Dejad la puerta abierta.

Y al instante los muchachos abrieron de par en par la puerta y adelantaron la cabeza dirigiendo la vista al fondo del portico.

En un pilar que habia delante del establo, como es costumbre en la Marca trevisana, habia pegada á la pared una estampa de Nuestra Señora de Loreto, con la cara morena, y el vestido tieso y de color encarnado, con círculos blancos, azules y verdes que representaban los diamantes, topacios y esmeraldas que adornan á la imágen en el altar de la Santa Casa. Debajo de la estampa se veia una mesita, en la que de dia ponian un vaso de flores y de plantas olorosas, y de noche una lámpara hecha con un vaso lleno de agua y aceite.

Mientras que las doncellas miraban á la Vírgen, Antonio retrocede y con los brazos extendidos hácia delante y la vista despavorida grita:

—Allí, padre mio, allí!

—¿Pero que es lo que hay allí?

—La voz: yo mismo la he oido gemir, suspirar y exclamar ¡Dios mio!

El intrépido labriego dijo á su hijo mayor:

—Dame acá la horca y toma tu el bieldo. Antonio vé delante con el farol.

—Pero, padre!

—Ah! entiendo; dámelo acá.

Siguiéndole el hijo mayor, fué avanzando el padre paso á paso, deteniéndose cada dos ó tres, y parando el oido. En efecto, en medio de la oscuridad y del silencio percibíase en el fondo del zaguan un gemir prolongado que participaba del llanto, del suspiro y del sollozo.

Avanzan, páranse de nuevo y los gemidos se perciben mas agudos. Entonces Marcos avanza resuelto, y mirando á la Vírgen dice:

—Madre de misericordia, ruega por nosotros.

Luego se acerca al emparrado del zaguan algo de lado, diciendo en alta voz;

—¿Quién anda ahí?

Luego oye en un gran monton de paja una voz flaca que decia:

—Socorro, cristianos!

Marcos se adelanta, levanta el farol, y ve un soldado hundido en la paja, con las piernas dobladas sobre el pecho, que con una mano se apretaba el costado y tenia la otra pendiente en el borde del manton de paja. Acércase mas, y ve á un jóven pálido y desmayado, con los ojos lánguidos, hundidos y moribundos, incapaces de sostener la luz. Reanímase el soldado á la vista del labriego, se apoya en la mano para levantarse un poco; pero vuelve á caer mas hondo en la paja.

El labriego, justamente asustado y lleno de compasion, lo observa y ve que está herido en el costado derecho; quiere quitarle la ropilla; pero el soldado le detiene

la mano, y le dice en medio de afanosos sollozos:

—Buen hombre, teneis muger?

Marcos le responde afirmativamente.

—Pues entonces, hacedme la caridad de decirla que venga y me traiga unos trapos.

—Y no puedo haceros yo este servicio?

—No; os suplico que venga vuestra muger.

—Bien; vendra con mi hermana, pues sola tendria miedo.

—Que vengan las dos, y vos permaneced mientras tanto delante de la estampa de la Virgen.

Marcos, sumamente pasmado y conmovido, fuése á la cocina, y explicó de prisa á las mugeres lo que pasaba... Ellas disputan, tienen miedo; Marcos las anima, y al mismo tiempo saca de un cajon dos tohallas y una faja de criatura, diciendo:

—Vamos que el infeliz herido quiere que vayais vosotras: yo no me apartaré mucho, no tengais cuidado.

—¿Solo? preguntole Matea su muger.

—Pues, solo. Tú, Esperanza, toma el farol y alumbra. Tengo para mí que ese pobre joven no llegará á manana. Sera sin duda un gran senor, pues es blanquísimo, tiene las mas hermosas formas y unas facciones sumamente delicadas. Pobre juventud! Quieren ir á la guerra y luego..... viene una bala y adios.

Marcos tomó el candil de la cocina, y dijo al mayor y á Antonio que tuviesen cuidado de las hermanas, y se fué con las

mugeres, que temblaban y sudaban de miedo.

Marcos se aproximó al zaguan y dijo al soldado:

—Aquí esta mi muger y mi hermana; ánimo, que no queremos mas que seros útiles. Si alguno de mis hijos estuviese herido (que no lo permita Dios) mucho me holgaria de que hallase caridad en el projimo.

Las dos mugeres, luego que vieron al joven en tal abandono, sintiéronse desmayar, y Matea dijo á Esperanza (robusta muchacha de unos veinte y un anos):

—Levántale un poco, que esta muy hundido en la paja.

Esperanza subióse al monton, y cogiendo suavemente al soldado por los sobacos lo levantó en peso; mientras que Matea con la mano que tenia libre del farol removia la paja apoyándola con la rodilla para que no se derramase.

Luego que el herido estuvo algo incorporado, volviése con ojos tristes á las mugeres, que estaban mirándole compasivas, y les dijo:

—Queridas mugeres, os pido perdon de haberos causado esta molestia; pero no queria que hombre alguno pusiese en mí la mano, puesto que bajo ese uniforme militar teneis en mí una muger como vosotras.

Las dos mugeres se asustaron, y ambas á un tiempo exclamaron:

—Vírgen Santísima! ¿sois en efecto muger?

—Sí, queridas, desatadme la tunica, y

soltadme los corchetes del pecho, que estoy empapada en sangre.

Matea fué soltando con tiento la hebilla del cinturon, y luego uno por uno los corchetes del pecho. Debajo del uniforme halló un corsé con la abertura por delante, y cogiendo las tijeras, que traia colgantes de la cintura, cortó el cordon, é hizo un rasguño en la camisa para descubrir la herida.

Esta era producida por una bala de fusil, que entró por debajo de las costillas y salió por los lomos: habíase irritado, y la sangre corria á lo largo del costado, por debajo de la costra que coagulándose habia formado entre la camisa y la piel. Empezaron las mugeres á lavar los bordes de la herida y el cuajo de la sangre con agua caliente, y la sangre fluyó mas abundante.

Matea acudió con la tohalla y algunos trapos para restañarla; pero como no pudo conseguirlo, dijo á su marido que fuese á la cocina y pusiese á calentar en un pucherito un poco de vino puro, trayéndolo luego que estuviese tibio.

Al mismo tiempo Esperanza con la otra tohalla limpiaba el sudor á la paciente, tratándola con amor y animándola á que tuviese confianza en Dios.

El herido de que se trata era la misma Polisena, que peleando con intrepidez detras de un castaño, en el acto de enservarse para disparar, fué herida en el costado por una bala de mosquete.

Era cerca del anochecer; en el hervor de la sangre, pudo bajar la colina, y echo

á correr por el valle que salia á los campos en que se hallaba situada la granja de Marcos. Pero al fin la pérdida de sangre y el espanto acabaron sus fuerzas y cayó casi desmayada. Vuelta luego en sí, y animándose mas y mas, volvió á levantarse, dió algunos pasos corriendo y volvio á caer; entonces no volvio á levantarse sino que se fué arrastrando hasta el zaguan, y allí se abandono sin fuerzas encima de la paja.

Mientras que Esperanza la animaba, y que Matea le mantenia cerrada la herida aguardando el vino para lavarla, Polisena exclamo:

—Justicia y misericordia divina! Hermanas, yo soy una pecadora, una impía; he cometido grandes culpas y causado muchos males, por lo que merezco ser abandonada de todo el mundo. He vivido como una bestia, y debiera morir como un perro y caer en el infierno.... Pero no, Dios no me ha abandonado....me ha enviado vuestra caridad.... ¡Las oraciones de mi hermana....de aquella santa!....Sí, Umbellina, te veo, te oigo, da gracias por mí á estas bondadosas mugeres, y ruega á Dios por tu hermana....para que sea ...

Las dos mugeres se miraron mútuamente pasmadas, y dijeron:

—Señora, ¿con quién estais hablando?

—Con mi hermana; ¿no la veis?

—¿En donde?

—Allí, allí; ved como me señala el pilar en que está la Virgen Santísima, y me dice que tenga esperanza, puesto que la Vírgen me ha perdonado. Oh! la Vírgen

antes que vosotras viniéseis me ha mirado fijamente....la luz se hacia mas viva y otra luz mas radiante brilló en torno de María! En un instante sentí palpitar mi corazon y experimenté un cambio completo.... Ah! cuántos pecados he cometido, hermanas!.... María, perdon!.... Ah! si tuviese un confesor!

—Senora, el cura vive á mas de una milla de aquí: ¿como irá buscarle á estas horas? y sobre todo con el miedo de esta guer-

—Paciencia, Jesus mio!....me arrepiento de todo corazon!.... Ven, Umbellina, abrázame; siéntome desfallecer.... Y vosotras, hacedme promesa de que despues de muerta, nadie me tocará....solo vosotras....vosotras.... ¿me lo prometeis?

—Contad con ello, le respondieron sumamente conmovidas aquellas pobres mugeres; no lo dudeis, os damos palabra de que nadie os tocará.... Sin embargo, esperamos que curareis....

Polisena quiso coger la mano de Esperanza y luégo la de Matea; pero la de esta ultima no pudo pues le dio un acceso de frio y se desmayó.

—Pronto, Esperanza, trae un poco de agua y vinagre, gritó Matea, y en el mismo instante pareció Marcos con el vino.

Matea arrojó de pronto la tohalla encima del afanoso pecho de Polisena, le derramó un poco de vino entre los lábios, le frotó con el mismo las sienes; y la doliente abrio de nuevo los ojos, arrojó un profundo suspiro, y exclamó:

—Dios mio!

—Aquí estamos, señora, no lo dudeis; é hizo seña á su marido para que se retirase.

Entonces Matea mojo un cabo de la tohalla en el pucherito que tenia Esperanza, y con gran tiento empezo á lavar la herida, la que luego que estuvo desembarazada de la sangre que se habia coagulado á su rededor, se abrió y se ensancho. Matea la lavo del todo, y desgarrando un pedazo de la camisa de Polisena, lo puso en varios dobleces y lo mojo en vino; luego junto los lábios de la herida, y la vendo lo mejor que pudo, en atencion á la posicion incomoda de la paciente.

Así que la doncella sintió aquel poco de refrigerio, se rehizo un tanto, miro con ojos mas animados á sus bienhechoras, y con una dulce sonrisa parecio que decia:

—Pobres mugeres! cuán agradecida os estoy! cuánta molestia os causo! Pero sois tan bondadosas y caritativas, que Dios y la Santísima Vírgen os recompensaran. No me abandoneis en lo poco que me queda de vida....sí, muy poco....¿Como os llamais, amigas mias?

Y respondieron la una Matea y la otra Esperanza: lloraban, le prestaban afectuosos cuidados y decian:

—Señora, estad segura de que no os abandonaremos. Somos unas pobres, pero buenas cristianas; tambien tenemos un corazon sensible y sentimos el mayor gusto en auxiliaros y socorreros como nuestro Señor nos manda. Si á lo menos pudiésemos trasladaros á nuestra cama! pero si

os movemos corremos el riesgo de perderos.

Polisena fijaba con frecuencia la vista en la sagrada imágen, alargábale los brazos y decia con grande ansiedad:

—Misericordia!

Otras veces cerraba los ojos, arrugaba la frente y le rechinaban los dientes; eran los remordimientos que la despedazaban; el enemigo que le ponia por delante todas sus iniquidades, y las hacia ver á aquella alma espantada en toda su fealdad y con todo el horror de que van acompañadas; se las presentaba como gigantes crueles, como monstruos terribles que la acometiesen para despedazarla y hacerla anicos. La infeliz se encogia toda, cerraba los puños, crugíanle los dientes, y abria desmesuradamente los ojos; pero cayendo sus miradas en la Vírgen, todo su terror se desvanecia, calmábase su afan y ansiedad, y reconocia en su corazon una dulce esperanza.

Despues de una lucha larga y porfiada, alargó la mano á Matea y le dijo:

—Ayudadme á rezar el Ave María. Ah! Matea, ved á esta pecadora contrita, que apenas se acuerda de esta santa oracion! Hace tantos años que mis lábios no la han pronunciado! Muy al contrario, en lugar de bendecir á María, blasfemé de ella.... pero ayudadme, no me abandoneis....persignadme....

Creian aquellas mugeres que la herida estaba delirando, y la acariciaban y la animaban: decían el Ave María, y Polisena repetia sus palabras entre los lábios; y sen-

tia derramarse en su alma una nueva suavidad, una calma desconocida, una esperanza y un amor inefable. Veia á Umbellina con un semblante claro, sereno y risueno, y la saludaba diciendo:

—Oh! bendita hermana, ven, tocame y quedaré sana, bésame y me volveré cándida y pura, y los pecados huirán de mi alma!

¿Fué esto una vision? ¿fué un sentimiento interior? ¿un rapto del espíritu que hizo que Polisena viese delante de sí á su hermana Umbellina? ¿Quién es capaz de penetrar los misterios de la gracia y los abismos de la misericordia? No hay duda que Umbellina en aquella hora en su lecho de dolores rogaba á Dios por la infeliz hermana. La santas monjas cantaban en el coro; y mientras que los impíos velaban en sus infernales conciliábulos para hacer mas cruda guerra á Jesucristo y á su Iglesia, sus devotas siervas, sus amadas esposas, levantaban su voz enamorada que penetra los cielos alabando su santo nombre, rogándole que convierta á los que van errados, venciendo y castigando con la fuerza de su brazo el poder de sus enemigos, reduciéndolos á polvo, confundiéndolos en sus malvados designios, humillando su soberbia y ablandando su dureza.

Aquellas humildes plegarias, que salen de unos corazones sencillos y se elevan como olorosa nube de incienso hasta el trono del Omnipotente, nunca son desoidas. Cada noche cae del cielo el rocío de la divina misericordia para regar algunas almas pecadoras: ¡dichoso quien le da acogida, el

que gusta de su fragancia y suavidad y prueba su celestial virtud! En un instante aquel corazon sufre una completa mudanza, adquiere una nueva vida; se rejuvenece como el águila; bórranse las manchas del pecado; disípanse las oscuridades, y sánanse las enfermedades. En un abrir de ojos aquella alma rompe las cadenas de Satanás, huye de la culpa, y con dilatado vuelo y á impulsos de la caridad se lanza al seno de Dios Omnipotente, y en él se inunde, se embriaga y se anega en aquel Océano de dulzuras, de esperanzas y de amor.

El que hubiese visto á Polisena por la mañana de aquel mismo dia, sin religion ni pudor, mezclada entre soldados, blasfemando con el odio de sus semejantes en el corazon, y con la venenosa rabia que les impulsaba á matar á los siervos de Dios, y la viese por la noche en aquel zaguan encima del monton de paja, herida y en medio de las ansias de la muerte cuidada por aquellas compasivas labradoras, delante de la imágen de la Vírgen, que la contemplaba con ojos de la mas tierna de las madres, sin duda no la hubiera conocido.

El bondadoso Marcos se hallaba fuera, enfrente del pilar, apoyado en la puerta del establo, con los brazos cruzados, silencioso y admirado oyendo que sus mugeres respondian:

—Sí, señora.

—No, señora.

Le parecia entender algo y queria entrar; pero no osaba. Veia allí algun misterio; pero respetaba la súplica que le habia hecho

aquel pobre herido, tan hermoso, cuya voz era tan dulce y que le habia rogado con acento tan lastimoso.

—¿Quién podrá ser? decia para sí. ¡Parecióme un joven tan delicado! ¿Sí será algun príncipe? Pero oigo que Matea le dice: No dudeis, señora.... y aun a mí su voz me ha parecido de muger. Pero.... ¿quién ha visto jamas una muger en traje de soldado?—Con todo, vemos hacer tantas necedades contra esos pobres alemanes! Pasan y vuelven tantos jóvenes que andan como locos, semejantes a una partida de caza corriendo tras las liebres.... Si, liebres!.... Pobres muchachos, no sabeis que los alemanes son mas que osos ó leones; y no van á la guerra con guantes como vosotros; no son barbilampiños, ni tienen el cutis blanquísimo y los cabellos olorosos y bien peinados, sino que tienen la piel bronceada, los bigotes erizados y las manos callosas....

Para pelear con ellos se necesitarian labradores como nosotros; pero en esta guerra no veo mas que hermosos mozalvetes de las ciudades, y hasta algunos que parecen mugeres; y si acaso hay entre ellos algun labriego, tiene toda la traza de vagabundo ó de hombre de mala vida. ¿Qué significará que hoy hacen la guerra los señores que antes permanecian en la ciudad pasando su vida en medio de placeres, mientras que los aldeanos y artesanos, gente robusta y guerrera, se halla tranquila observándolos porque no tienen odio ni rencor á los alemanes? En efecto es cierto el refran que dice que todos los senores

tienen algo de loco. Ahora les ha dado la locura de ir á la guerra; pero acaso los austriacos tendrán la medicina que habrá de curarlos.

Mientras Marcos revolvia en sí estos pensamientos, Matea le llamo diciendo:

—Marcos, este jóven (y le hizo seña para que se acercase diciendo en voz baja: Es una señora, pero, psit.) Este jóven necesita algo que le reanime; ¿cómo haremos? Somos pobres, no tenemos caldo, y de aquí á la posada de la aldea hay mas de una milla, es de noche, la guerra en el contorno y los caminos peligrosos. ¿Sabes lo que se puede hacer? ordeña un poco de leche de la vaquilla, y tráela pronto.

Marcos entró otra vez en la casa, halló que las ninas se habian acostado; y á los muchachos adormecidos el uno encima de un banco y el otro tendido en la mesa; toma un vaso, entra en el establo y ordeña á la vaca, cuela la leche en un lienzo para quitarle la espuma y se dirige al zaguan, pensando siempre entre sí;

—Una señora! pobrecilla! ¡que gusto el de venir á morir encima de un monton de paja, cuando quién sabe cuántas comodidades tenia en su casa! ¿Y esto para qué? Para matar austriacos algo mas se necesita que señoritas.... ¿Y quién sabe de donde es? ¡Acaso vino de muy lejos! Y si no lo sabemos, y esta noche se muere, sus parientes la estarán esperando eternamente. .. ¡Qué locuras! qué locuras!.... Y se nos viene á morir precisamente aquí..... Pero, Dios mio, os doy gracias porque á

menos morirá en compañía de cristianos, sin haber caido en una zanja ó en un foso como tantos otros.

Mientras que Marcos estaba sumido en las anteriores reflexiones, y avanzaba con el candil pendiente de una mano y en la otra el vaso de leche hácia el pórtico, oyo un rumor por la parte exterior. Detiénese, y ve correr por debajo del portico un soldado.

—¿Quien hay aquí? gritó entre temeroso y resuelto.

—Buen hombre, tened lástima de mí: soy un soldado de la legion romana: hallábame de ronda con una patrulla nocturna, cuando de improviso se nos echo encima un cuerpo de austriacos, nos rodeo, é hizo prisioneros á la mayor parte de mis compañeros. Yo por dicha me levanté, y corriendo y brincando como un gamo por enmedio de los valles, campos y barrancos, he estado corriendo por mas de dos horas sin saber á donde voy; pero habiendo visto una luz debajo de esta boveda vengo á refugiarme en vuestros brazos. Prestadme ayuda, recogedme por esta noche; un poco de heno me basta....el pajar ...

—Senor soldado, dijo Marcos como buen hombre, si os contentais, un rincon siempre lo encontraremos....Pero alla en el zaguan hay quien se halla á la muerte. Si quereis venir conmigo, ¿quién sabe? acaso le conozcais y sepais quien sea.

El soldado iba siguiendo á Marcos, que decia interlormente:

—Aquí tenemos otro; ¡pobres muchachos! Son en efecto como un rebaño dis-

perso.... Y este tambien, ¡qué hermoso! qué delicado y qué agraciado es! Estos señores han dado en la manía de hacerse matar; y no parece sino que les pesa demasiado la piel: no obstante, ¡la tienen tan fresca, suave y juvenil!

Luego que hubieron entrado, las mugeres levantaron la cabeza y viendo un soldado al lado de Marcos, se asustaron y perdieron el color. El soldado se acerca, contempla al herido, quien por su parte tambien le mira y exclama tendiendo las manos:

—Ah! Mimo! ¿tú....aquí? ¿cómo?

Mimo apenas pudo pronunciar el nombre de Polisena: tal fué el pasmo que le sobrecogió, la angustia interior y el afan que le embargó enteramente. Permaneció inmovil delante de aquella cara pálida y desfigurada, y de aquellos ojos hundidos, lánguidos y moribundos.

Las mugeres, recobradas ya del susto, tomaron el vaso de las manos de Marcos; levantaron suavemente la cabeza de la doncella, y le introdujeron á sorbos la leche en la boca. La infeliz en medio del dob e afan causado por el mal que se iba agr'avando, por la presencia de su amante, y por los remordimientos que la agobiaban, solo gota á gota pudo tragar la leche: parábase, miraba en torno de sí como temerosa; por entre los que la rodeaban veia la Vírgen del pilar; fijaba en ella la vista, se calmaba un rato y podia entonces beber un poco mas libre.

Despues de haber tomado la leche y un tanto reanimada, alargó la mano casi be-

lada á Mimo, quien la estrecho lánguidamente entre la suya, y la retiro diciendo:

—Mimo, la Vírgen Santísima te ha traido aquí, no sé de que manera: como ves, voy á morir, pues estoy herida de parte á parte en el costado; ya no tengo sangre, y el corazon y el aliento me abandonan.... Pero esta muerte para mí es la vida. María Santísima, abogada de pecadores, en sus misericordias, ha alcanzado de Jesus el perdon de mis pecados, borra mis maldades, y mi corazon ha experimentado un cambio completo. ¡Oh! mi Umbellina ha obtenido para mí esta gracia! Tanto ha rogado por mí! Mírala aquí que no se aparta un instante de mi lado.

Mimo echa una ojeada al rededor de sí como atonito buscando con la vista á esa Umbellina; lo mismo hacen Marcos y las mugeres: todos lloran, pero no ven mas que la gran sombra de los arcos del portico, y la lámpara de encima de la mesita, que alumbra á la estampa de la Vírgen, y que empezaba á apagarse rozando la llama entre el aceite y el agua que estaba debajo.

Polisena exhalo un profundo suspiro (Esperanza le enjugaba el sudor frio que le banaba la frente), y luego continuó:

—Mimo, perdoname el mal ejemplo que te he dado; las burlas de Jesucristo y de los objetos sagrados que tantas veces escuchaste de mi maldita lengua; y principalmente las instancias que te he hecho para que entrases en la sociedad secreta, en los sacrílegos sacramentos y en los perver-

sos y execrables tratos. Júrame que no te inscribirás nunca; júramelo, Mimo.

—Te lo juro, respondia Mimo con voz interrumpida por los sollozos.

—Dame la mano, y júramelo por la Vírgen.... Vuélvete, y mírala allí que nos oye y nos observa.

—Sí, te lo juro por esa santa imágen.

—Mimo, entre todas mis iniquidades, la que en este instante mas me escuece y roe mi corazon es el remordimiento por haber impulsado á que partiesen á la guerra las infelices y mal aconsejadas doncellas de Forli y de Bolonia, y principalmente la traicion de Julita de Pádua.... Querida jóven! de quince años! arrebatada á su bondadoso padre! ¿Como llorará aquel buen señor? ¡Oh! buscala y procura devolverla á los brazos paternales! Julita vendrá, pues se halla tan arrepentida la pobre criatura!

—Sí, tranquilizate; hare cuanto me sea posible.

—Mimo, si Dios te concede la gracia de regresar á Roma, diras á esa alma cándida de Elisa, á ese ángel, que me postro á sus pies; que le pido encarecidamente por María Santísima que me perdone los escándalos que le he dado; que arroje al fuego los malos libros que compré para pervertirla, y que eche en completo olvido ciertas maximas irreligiosas y corruptoras....

Aquí la infeliz se turbo toda, contrajéronse sus facciones, aumentaron sus ansias, y en medio de su afan queria seguir hablando, pero no podia. Mimo se echa á

sus plantas, oculta la cara entre las manos, inclina la cabeza sobre el monton de paja, y llora y solloza. Polisena hace seña á Matea para que se acerque, le coge la mano y la lleva al bolsillo de su sobrevesta, le hace sacar una carterita y le dice en voz baja:

—Matea, en esta cartera hay diez gregorinas de oro, cincuenta escudos: empleadlos en hacer celebrar algunas misas en sufragio de mi alma y de las de tantos pobres italianos como hoy han muerto en la batalla: lo demas recibidlo vos y Esperanza en memoria de tanto bien como habeis hecho.

Dicho esto calló, volvió los ojos como saludando á otra persona que tuviese cerca de sí, y el rostro se le serenó al mismo tiempo que decia entre dientes:

—Sí, ya vengo, Umbellina....oh!.... ruega por mí!

Volvió un poco la cabeza hácia la Vírgen, abrio todavía los ojos por dos veces, la miró, se sonrió y exclamó:

—María!

Plegó las manos, que volvieron á caerle sobre el pecho. Su aliento iba debilitándose y se volvia mas sutil y tardo, con cierta ronquera; abrio la boca, inclinó la cabeza, y espiró.

Hasta á Marcos le brotaron las lagrimas; cogió á Mimo por el brazo, lo levantó, y le dijo:

—Venid conmigo.

Mimo, como estúpido, no hablaba y se dejó llevar hasta la cocina. En esto empezaba á despuntar el dia.

XXVI.

EL CAMPO PIAMONTÉS.

Por ese mismo tiempo todo el pais traspadano estaba inundado por las legiones italianas; las cuales despues de haber pasado el Po, se derramaron por Venecia, Rovigo, Vibenza, Padua, Treviso y hasta el Tagliamento; en todas partes hormigueaban los soldados, que iban y venian sin que tuviesen un punto de sosiego. El general Durando estaba mas cerca del alojamiento del rey Carlos Alberto (1) para ver el modo de reunirse al ejército piamontés, ó para disfrutar á lo menos de los refuerzos que le llegaban de parte del rey para ponerse en marcha en derechura á romper la retirada de la columna que bajaba por el Carnia al socorro de Verona, en donde se hallaba el mariscal Radetzki disponiéndose á envolver los movimientos del rey, que acampaba entre el Adige y el Mincio.

(1) El general piamontés Durando fué dado al Papa por el rey Carlos Alberto para que reorganizase el ejército pontificio: el Papa le confirió juntamente con el general Ferrari, el mando de las legiones romanas para guardar las fronteras de los Estados de la Iglesia. El general Zucchi que se halló implicado en los movimientos de la Romanía en 1831, ahora al frente de los sublevados italianos hostigaba al ejército austriaco en Friuli. Zamboccari, caballero bolonés, se habia hecho gefe y gefe de un cuerpo de voluntarios recogidos en la Romanía.

El general Ferrari, con las legiones romanas, se marchó directamente á Treviso á fin de animar á la legion del general Zucchi, el cual gobernaba con mucho trabajo la fortaleza de Palmanova; y caida ya Udina en poder de las armas austriacas, y él tambien metido en contínuas refriegas y ataques, habiendo perdido mucha gente, se hallaba tambien como sitiado en aquella plaza.

Zambeccari con los boloñeses y romaninos rompio el primero los límites del campo entre los generales pontificios, cayo sobre Modena en ayuda de los rebeldes del Duque; de ahí torcio el camino, y se echó á la otra parte del Pó para acudir al auxilio de los lombardos-vénetos, sublevados contra el Austria; pero dejados por Carlos Alberto á merced de su valentia y temiendo á cada paso verse acometidos por el ejército de la Carnia y de Pontieba.

Venecia, despues de haberse sacudido del mariscal Zucchi, dueña ya de sí y habiendo proclamado la republica, hacia ondear en las antenas de la plazuela de San Marcos el antiguo leon del Adriatico, al que se habian vuelto y dedicado las ciudades de tierra firme, esperando que las protegeria y defenderia con sus rugidos. Pero el leon de Venecia, viéndose con las unas gastadas y romas, aunque rugia fuertemente, no era para defender á las ciudades confederadas, sino llamando para sí la ayuda y el socorro de las legiones romanas y de los valientes de las guarniciones de Nápoles y de Lombardía.

Sucedio, pues, una mañana dé mayo.

que hallándose dos jovenes veroneses de estancia en Treviso con otros voluntarios de la universidad de Pádua, y paseándose por diversion á lo largo de las deliciosas riberas del Silo, les vino el deseo de entrar en los Dominicos para admirar el cuadro de Fr. Sebastian del Piombo, que es un prodigio del arte.

Así caminando despacio, y mientras que el aire de la manana jugueteaba con las plumas de los penachos, dijo uno de ellos llamado Mezzusbergo á otro llamado Antenor:

—Anoche no estuviste en el café de la plaza, y por lo mismo no oiste las grandes nuevas que nos llegaron del campo del rey por boca del comisario de las legiones romanas invitadas por el general Ferrari.

—¿Y qué trajo de bueno?

—La desgraciada Peschiera se encuentra en los mayores apuros, y están á punto de arruinarla los grandes canones de sitio, los cuales con sus boquitas les envian ciertos besos que á donde caen no queda titere con cabeza. Rebellines, medias lunas, escarpas y contraescarpas, baluartes y cortinas, todo lo desmoronan sus disparos, todo lo hunden y reducen á escombros..... Existen ya grandes aberturas, y la brecha es mas ancha que la boca de un horno; de suerte que si el duque de Génova prosigue en atacarla tan rudamente, aquella pobre fortaleza esta perdida, y manana esperaremos que nos traiga la noticia el correo.

—Si así sucede, Mantua y Verona pronto verán encima á los piamonteses.

—Ciertamente; y ya el rey ha situado el cuartel general en Mozzambano. Es menester convenir en que los piamonteses son guerreros y valientes como los mejores italianos.

—En cuanto á mí, hasta que vea á Cárlos Alberto comiendo con sus generales en el terradito del palacio Canosa, que corresponde al Adige, tengo poquísimas esperanzas. Radetzki es gato viejo. ¿Qué dice el comisario de lo que sucede en el campo?....

—Dice que los oficiales y los soldados son unos leones, y que tienen á la Lombardía y á Venecia en el puno.

—¡Quiéralo Dios!

—¿Sabes, Antenor, quién es el comisario?

—Anoche le ví un rato entre una porcion de cazadores rumanos que le acompañaban al alojamiento. En el barrio se extendio la voz de que era un valiente que acababa de llegar de las ciudades Anseáticas para promover la guerra de la independencia, y todos creyeron que era un príncipe sueco ó dinamarqués.

—Te engañas, amigo, pues es un ciudadano nuestro, y tú debes de acordarte muy bien de él.

—Bien; ¿pero en resúmen, quién es?

—Acuérdaste de Aser, de aquel hebreo rico que estudiaba retorica en las escuelas del colegio imperial de santa Anastasia cuando nosotros estudiábamos tambien?

—Perfectamente; ¿pero qué tiene que ver con Dinamarca y con Suecia?

—Nada por cierto: no obstante, tendrás tambien presente que era el único hebreo de quien no se burlaban los estudiantes, haciéndole gestos, ó simulando con las faldas del vestido dobladas unas orejas de asno y arrimándolas á su cabeza por detras, ó mofándose de él de cualquier otra suerte? En efecto, tenia tanto talento que poquísimos le igualaban, y á mas era tan elegante y cortes que no se traslucia en él nada de judío; antes parecia todo un caballero. Paseábase siempre fuera de la Puerta Nueva y á lo largo de la ribera de la Victoria, siempre solo leyendo y pensativo.

—Oh! bien me acuerdo! En efecto, Aser me convidaba muchas veces al café de la esquina de las dos Torres. De repente desaparecio, y yo creí que habia ido á la universidad.

—No; su padre, que es banquero, que tiene frecuentes relaciones con el mio, y aun el último otono vino á vernos en la quinta y permanecio algunos dias con nosotros: este, pues, nos refirio que Aser, despues de haber estudiado el primer año de filosofía, le llamo á Hamburgo un tio suyo, que vive allí riquísimo, y tiene buques en la mar y tráfico con todas las costas del Báltico y del mar Blanco hasta Arcángelo; en cuyos puntos abre almacenes y bancos que tienen gran curso en las bolsas de Estokolmo, de Cristianía y de Copenhague. Aser en casa del tio se dió muy buena vida; viajo, aprendió varias lenguas

y se presentó con un tren y un boato correspondiente á su mucha riqueza. Su padre nos dijo que en las córtes del Norte nadie le aventajaba en faustó y esplendor: era íntimo amigo de los príncipes y duques. Sin embargo, se entusiasmó luego tanto por la libertad germánica, y contrajo tan estrecha intimidad con los principales agitadores, que dirigiendo su exuberante ardor juvenil á mas altos intentos, se consagró enteramente á la resurreccion europea: y para esta derrama y gasta todas sus riquezas y su talento. En la actualidad lleva alistados á su sueldo y de las sociedades alemanas á muchísimos jóvenes para esta guerra de la independencia italiana....

—Entiendo: y entre las legiones romanas se hace pasar por un príncipe.

—Muy al contrario: lo cierto es que Aser se mantiene desconocido: pero como es rico y generoso, viene de lejanos paises, y ademas es hermoso, viste con lujo y se trata á lo grande, lleva fama de príncipe.

—*¡Príncipes Nephtáli, príncipes Judá, príncipes Zabulon!* Será un segundo Sanson, y los austriacos serán los filisteos: pero no sé si se les podrá derrotar con una quijada de asno.

—Siempre estas de broma como buen veronés. Muy bien, Antenor!

—¿Qué hemos de hacer? hemos cometido ya la necedad de interrumpir los estudios para arrojarnos á esta guerra: y en Verona si no entra Cárlos Alberto, no será

posible poner las pies, aun cuando las balas austriacas tuviesen la cortesía de pasar por encima de nuestras cabezas. Pero, querido Mezzusbergo, bueno es matar el fastidio divirtiéndonos y entregándonos algo á los placeres y á la buena vida.

—¿Quieres que busquemos á Aser y que renovemos nuestra antigua familiaridad?

—De muy buena gana, pues tengo indecible curiosidad de saber á punto fijo los sucesos de Lombardía.

Aser, despues de haber dado una larga vuelta con los generales Ferrari y Guidotti, con los coroneles de las legiones y con los mayores de batallon en que tomaron el partido de desembarazar del sitio á Palmanuova y de arrojar las tropas austriacas no solo de Udina, sino hasta cien millas mas allá de Piava, Aser, ¡decimos, se volvio á la posada á comer en medio de una regocijada reunion de legionarios romanos.

Allí, mientras que el huésped disponia unas chuletas y una fritura de hígado y de crestas de pollo á la milanesa, los dos jovenes de Verona se hallaron en la sala en que estaba hablando con sus amigos; por lo mismo, despues de haberle saludado cortesmente, le pidieron que tuviese la bondad de oirles un rato aparte.

Aser, despues de haberles estrechado familiarmente la mano, se los llevó á su aposento; en donde despues de haberle dicho la patria y el nombre, manifestó el mayor júbilo y les preguntó acerca de mil objetos y de mil personas.

—¿Que hace Alejandro de Vianueva?

—Ha tomado esposa, y tiene ya dos niños, mientras está aguardando la ocasion de ganar dinero.

—¿Y Gigio de la calle Mayor?

—Este tuvo mas juicio que los otros; pues siendo muy rico; pensó quitarse de encima todas las molestias de factores, administradores y contadores entregándose desesperadamente al juego, á la crápula y la lujuria mas brutal.

—¿Es posible?

—Tan posible que de lo alto de su riqueza cayó en una profunda miseria: de modo que quedé libre y desembarazado de toda la molestia y afan que suele causar el tener que estar siempre ahorrando. Ahora de tanta hacienda solo le ha quedado un pequeño vitalicio, lo bastante para no morir de hambre.

—Muy bien: ¿y Checco, el de la calle de Santo Tomás, y su primo Cárlos, que eran inseparables? Eran dos muchachos garbosos, muy bien educados y de talento y aplicacion; ¿qué se han hecho?

—Checco se dió al estudio de las lenguas orientales: viajó por la Siria, por la Palestina y el Líbano; pasó el Tigris, llegó hasta la Persia, y el año próximo pasado volvió á Verona, en donde vive sumido en sus investigaciones etnográficas. Nos refirió prodigios de las escavaciones de Nínive, y nos enseñó algunas de aquellas piedras con bajo-relieves, varios cilindros y símbolos de los cultos asirios, de manera que su conversacion es de lo mas instructivo y agradable.

—Es necesario un génio especial para dedicarse á semejantes estudios: ¿no os acordais que nosotros nos burlábamos de él cuando al salir de la clase se iba diariamente debajo de Santa Libera á examinar las escavaciones del teatro romano: y que cuando acaso encontraba un amigo, este pobre no se desprendia de él tan fácilmente?

—«¿Ves? decíale: este fué el Odeon: aquí en efecto estaba el proscenio; aquellas bocas esparcidas entre los escalones eran los vomitorios; y allá arriba debieron de estar los palcos de las familias patricias. Allí veo sus nombres grabados en los nichos, y aquellos agujeros servian para sostener las barras del telon.»

—¿Y en el anfiteatro? ¡qué satisfaccion era la suya! como se revolvia por debajo de aquellos arcos, de aquellas extensas bovedas, y de aquellos oscuros sótanos que se perdian debajo del suelo! Muchas veces le ví suspirar en la esplanada de la ciudadela delante de las amontonadas piedras del arco de Vitrubio, y exclamar:—¡Cuándo se levantarán estos clásicos mármoles para recomponer el arco mas magnífico que quedó á la Italia del siglo de oro de Augusto! No se contentaron los franceses con derribar y destruir los baluartes de San Miguel, era necesario que arruinasen tambien el arco de los Gavios, que era la admiracion del mundo! (1)

(1) El arco de la familia Gavia, erigido por Vitrubio en Verona, obra maravillosa de arquitectura y escultura, hallábase situado en el Corso cerca de Castel

—Pobre Checco: tengo para mí que tendrá que suspirar por mucho tiempo.

Aquí Aser varió el rumbo de la conversacion llevándola hácia otros objetos que le interesaban mas, con respecto al actual estado de Verona, á las opiniones, tendencias y propensiones de los ciudadanos, á las fortificaciones militares, á las vituallas y al ejército de Radetzki; pero aquellos muchachos solo sabian donde vendian los mejores cigarros, en que fonda daban mejor comida, ó donde vivia alguna buena moza, no pasando de aquí toda su estrategia. Por lo mismo Aser, asegurándoles de su afecto, les cogió por el brazo y los acompañó otra vez á la sala, instándoles vivamente para que se quedasen á comer con la reunion de amigos.

Durante la comida se habló de varios asuntos; pero la mayor parte referíanse á las esperanzas fundadas en el ejército sardo; sobre lo que Aser dijo cosas verdaderas y asombrosas del valor de aquellos héroes y del fuego de que estaban animados para arrojar de Italia al extranjero.

—Debiérais ver al rey, decia, y las grandes aspiraciones que animan su corazon cuando se ve en medio de sus generales! Yo pertenecí á su séquito cuando desde las alturas de Mozzambano miraba los collados y debajo de estos los dilatados llanos que rodean á Verona; los majestuosos

---

Vichia; fue derribado por los franceses con el fin de ensanchar el camino, ó porque impedia á las baterías de hácia el teatro.

giros del Adige, las alturas de San Máximo y á la izquierda las de Bussolengo.... Veíase entonces brillar en su semblante la estrella de la victoria: esa estrella que mira con amor hace tantos años en su escudo un leon cuyo hocico descansa en las garras, y mirando al cielo contempla aquella suave luz diciendo:

—Espero a mi hermoso astro.

Este astro, os digo, brilla en su frente como encendido rubí, y le promete triunfar de los opresores de Italia. No le arredra la vista de las invictas fortificaciones que cercan á Verona por el lado del Norte, ni los profundos fosos, ni las empalizadas, ni las líneas de mosqueteros que forman su frente por la parte del Mediodía. Contempla los torreones de Maximiliano, que desde las sierras de Avesa se encadenan hasta el collado de San Leonardo y dice á sus edecanes:

—Alla abajo, en aquella plataforma quiero que brindemos por la salud de Italia.

Si el rey tiene tan altos pensamientos y tan brillantes esperanzas, no le van en zaga sus oficiales de todas armas; de suerte que les he visto despedir fuego por el ardor de entrar en combate; y en la pelea se arrojan como leones. Una mañana me encontré en el campo de la vanguardia, junto al Mincio, y todos los oficiales de faccion estaban formando corro al pié de un gran tilo en las altas riberas que miran á Valegio por la parte del puente de Borghetto,

¡Qué briosa juventud! ¡qué aire tan ale-

gre, tan jugueton! Aquí estaban mezclados los tenientes de artillería con los dragones, cerca de un grupo de guardias de caballería ligera; por otro lado la caballería de Aosta y Novara y con ellos un capitan del regimiento de Génova y un teniente del de Niza con otros oficiales de la brigada de Saboya y de Pinerolo. Era un gusto verlos comer en la yerba como en la mas rica mesa, uno á horcajadas encima de un cañon, dos sentados en un mortero, y otros tres encima de un monton de bombas; otro tendido y apoyado con el codo, otro cortando la vianda, y tres ó cuatro empinando las botellas y gritando:—¡Viva el rey!

Al mismo tiempo todos rien y charlan: este cuenta una accion de guerra, aquel refiere sus hazanas y las de otros diciendo:

—Yo cargué sobre el flanco derecho.

—Y yo con una contramarcha me abrí paso en medio de una columna de bohemios.

—Y yo, deslizándome con solo treinta hombres, de improviso sorprendí á un batallon y le hice volver la espalda, persiguiéndole hasta debajo de las mismas baterías enemigas.

—Así debeis confesar, gritaba un jóven robusto, que aquel socarron nos calumnió grandemente cuando dijo que la educacion de los jesuitas nos ha afeminado! Quisiéramos verle aquí en medio de los combates, y entonces le demostraríamos si somos ovejas ó leopardos.

—Muy bien! ¡Vivan los jesuitas!

—Vivamos nosotros y nuestra valentia. O si no decidme: ¿no somos en el ejército mas de doscientos oficiales de todas armas educados por jesuitas? ¿y no combatimos con tanto valor como vosotros que procedeis de la academia militar?

—Sois un prodigio, pero oleis á fraile.....

—Olemos á polvora, y al sudor glorioso de los campos de batalla: ¿quién fué el que primero salto el puente de Goito, y murió por la gloria de Italia? Fué un pensionista del Colegio real de Turin, que servia en el regimiento de Real Navi.... Aquel oficial de dragones que cargo el primero, desafiando las bayonetas austriacas, que espoleo el caballo y fué arrojado en medio de las filas contrarias con asombro de los enemigos, fué tambien un condiscípulo nuestro. Y del mismo modo, otros muchos, así en las baterías como en los parques volantes, en peligrosas esploraciones y en los mas formidables asaltos muestran claramente que los afeminados son ellos, ó el que escribio tales necedades sentado en un blando sillon en la mas completa seguridad.

—Perfectamente: es muy cierto lo que dices: bebe un trago; no sea que el demasiado perorar te sofoque.

—*Contagi* (1) exclamaba otro alumno, y nosotros que por la empresa de Italia hemos arrojado nuestros lauros doctorales

(1) Contagi es una esclamacion favorita de los piamonteses, y la usan lo mismo chanceándose que cuando se enfadan.

al pináculo de San Lorenzo, cambiándolos con el yelmo, ¿no nos hemos unido [illegible] ejército y combatido como valientes? Los jesuitas nos enseñaron á rezar el rosario, pero no por esto extinguieron de nuestros corazones el amor de la patria. Apenas vimos al rey pasar el Tesino, sentimos palpitar en nuestros pechos un corazon piamontés, y recordamos que la nobleza del Piamonte nació mas bien para las armas que para la toga: las glorias de nuestros antepasados se ven representadas en nuestros viejos castillos: la casa de Saboya los ha visto siempre á su lado llevando la cruz blanca á donde les llamaba el campo del honor para pelear, vencer ó morir.

—Cuánta retórica! [illegible] ahí un fragmento de Tito Livio; ¿y decian que fuiste reprobado en los exámenes de tercer ano de jurisprudencia?

—Reprobado en leyes, pero laureado en el campo de batalla: este es el lauro del verdadero noble piamontés. Y tú no ignoras que yo me fuí con otros muchos condiscípulos, todos como soldados rasos, cuando ahora llevamos charreteras de teniente ganadas en el paso de Mincio, y en las acciones de Goito, Villafranca, Sommacampana, Sona y Pastrengo. ¡Viva el rey!

De esta suerte continuaron zahiriéndose, con réplicas y contra-réplicas, esgrimiendo con las manos, pateando el suelo y haciendo resonar las espuelas.

—En fin, amigos, os aseguro que nunca he disfrutado dias mas felices que los que pasé en el campo del rey Cárlos Alberto.

Ojalá pudiera decir lo mismo de las legiones romanas, que á fé mia nunca he visto ni pienso ver jamás una aglomeracion tan desordenada, y que me fastidia mas de lo que puedo decir.

En seguida, levantándose de la mesa y estrechando la mano á los dos jovenes de Verona, fué á dar una vuelta al café de la plaza, donde debian entablarse otros negocios concernientes á la guerra con los comandantes de las legiones.

Aser oia verdad cuando ponderaba el valor de los oficiales piamonteses; de modo que para los buenos italianos fué sumamente sensible verlos comprometidos en una guerra tan injusta. Si los que so color de gloria, de libertad y del renacimiento de Italia, arrojaron al rey Cárlos Alberto á esa desgraciada empresa, no hubiesen estado ciegos por causa del espíritu de partido, debieran haber visto que si era lícito á los lombardos llamar en auxilio de su rebelion al Piamonte, segun la misma ley debia ser lícito á los genoveses y saboyardos solicitar el auxilio de la Francia y de la Inglaterra para rechazar la dominacion piamontesa. Ahora, la antigua ley: no hagas á otro lo que no quisieras que él hiciese contigo, es una ley natural de que se hace muy poco caso.

XXVII.

HABLADURIAS Y MENTIRAS.

Antes de ir mas adelante en la relacion de nuestra historia, debemos detenernos á considerar qué sendas es necesario seguir para llegar á la mansion de la verdad; cosa mas difícil de lo que pueden creer algunos; pues tiempo de guerra, tiempo de habladurías y de mentiras, segun cierto antiguo refran; como si la charla y la mentira no fuesen señoras del mundo en todos los tiempos y situaciones. Pero si tal dice ese refran, es porque nunca es mas visible y general el prurito de charlar y mentir que en época de turbulencias y discordias: entonces cada cual dice la suya; y pinta los sucesos segun le dicta la pasion, sus esperanzas ó sus temores; aunque no pocas veces tambien, sin esperar ni temer cosa alguna, se echan á hablar por hablar, y estos son los que mas bulla meten, pues repiten los dichos de todos los partidos y facciones.

Sin embargo de lo dicho, en la guerra de la independencia italiana, las cosas iban de otra suerte, gracias á que el campo de las habladurías y de las mentiras le recorrian particularmente, como en una cacería reservada, tan solo los que deseaban muertos á los austriacos, y la Italia renaciendo á una nueva vida de libertad. Pero á todos aquellos que no tomaban interés

en esta resurreccion, o porque nunca creyeron que la Italia estuviese muerta, ni que fuese esclava; ó porque no podian concebir la felicidad de las nuevas instituciones; ó porque con tanta luz se quedaban á oscuras; ó porque les aturdian los incesantes gritos y confusion de voces, de vivas y de mueras: o porque se obstinaban en el antiguo Credo, y no veian todavía bautizado al Cristianismo civil, teniéndole en consecuencia por pagano, por turno, por hebreo; ó porque, en medio de tantas alabanzas á la religion, oian tales inculpaciones á sus ministros; o porque no sabian conciliar los vivas á Pio IX con los mueras al Papa; ó porque veian en Roma y en las legaciones, que en lugar de cardenales, gobernaban ciertos buenos cristianos, que hasta entonces habian hablado mal de Jesucristo y le habian perseguido; ó porque en medio de tantos encantos de la felicidad publica, oian decir en voz baja que se hallaba exhausto el Erario, aumentada la deuda del Estado, muerto el comercio, pobres, flacas, trémulas y despreciadas las artes; o porque observaban que el oro y la plata habian desaparecido, y en su fuga habia salido del seno de la libertad tanta cantidad de papel-moneda, que con él podria cubrirse todo el Vaticano así exterior como interiormente; o porque veian algunos bolsillos poco antes flacos, enjutos y arrugados; y ahora lisos, abultados y repletos; o porque....

—¡Que diablo! no se nos tenga en suspenso con tanto porque, pues nos cansa en verdad.

—¡Oh! *porques* los son todavía muchísimos, tantos que con los que faltan formaríase una procesion desde aquí á Milan: pero si los dichos os bastan me contentaré con decir que á todos los que no creian en la regeneracion de Italia, por cualquier causa que fuera de las dichas, ó de las que dejo en el tintero, le estaba prohibido hablar conforme á sus opiniones; sino que debian permanecer mudos y agobiados bajo aquel cumulo de *porques* en la imaginacion, y así podian no desembuchándolos, hincharse ó reventar á su gusto, que era lo mismo. Y si alguno, confiado en la libertad, se atrevia a despegar los lábios, caíale encima un chubasco de injurias, ultrajes y amenazas, así en publico como en particular; y á mayor abundamiento pegábanse en las esquinas ciertos pasquines impresos ó manuscritos, en que se leia: «Fulano es un negro.—Citano un retrógrado. —Si Ticio no calla, en adelante se le pondrá un babador.—Si Cayo sigue hablando, se le pondra una mordaza.—Y si fulano de tal, que vive en tal calle, piso 3º, número 36, no pone un termino á su charla, encontrará un estoque que se lo pondra á su vida.»

Los romanos leian estos papeles, y cada cual, ya se sabe, hacia el aturdido y decia á los que hacian grupo con él:

—Asi va bien; que mueran los negros.

Pero interiormente sentia ciertos trasudores, y decia para su sayo:

—Ya entiendo; este aviso tan cortés va dirigido á mí, conque calla, lengua, o grita viva la libertad.

Y pasaba adelante con aire determinado. De suerte que los liberales tenian de su parte á todo el pueblo; y si alguien lo duda, atienda á que querian que la palabra fuese libre como el pensamiento, y así el voto general era espontáneo; esto bien lo saben.

—Sí; pero, ¿y aquellos pedazos de papel de color de rosa, verdes ó amarillos pegados á las esquinas, con los nombres arriba dichos y con los cumplimientos mencionados?....

—Eran cosa de chanza, puestos allí por pasatiempo ó por gana de bromear.

—¿Y aquel desdichado á quien se encontró muerto la otra noche en la plaza de España?....

—Cayo borracho, y se abrio los sesos.

—¿Y aquel otro allá abajo en Banqui?

—Resbaló, y cayo de pecho en el corte de un guarda-canton.

—Sin embargo, á aquel se le encontro con la cabeza íntegra y el costado abierto de un bayonetazo; y el segundo tenia cortado el gaznate; pero el uno habia dicho mal de la guerra y de Ciceruachio en la fonda de la Escalinata de la Trinidad de los montes, y el otro en la taberna de Monserrate.

Fueron dos tontos: en las tabernas se requiere prudencia; puede decirse cuanto mal se quiera de los sacerdotes, de los cardenales, del Papa, de Jesucristo: pero de la guerra, de Ciceruachio ó de Sterbini, de ninguna manera.

—¿Y si fuera un pobre padre de familia que se lamentase de que le habian arre-

batado su hijo único para enviarlo a la guerra?

—Repito que fuera un majadero, un bestia. La guerra es sagrada; Ciceruachio es el tribuno de la plebe; Sterbini el padre de la patria: desgraciado del que hable mal de estos objetos; ¡mueran los negros!

Pero los que tenian real privilegio para charlar y mentir á su sabor en pro de la guerra de Italia eran los periodicos. En efecto, los diarios tenian carta blanca, pasaporte para todos los puntos, billetes para toda mercadería, cédula para toda aduana, y salvo-conducto para toda contumacia: nadie les pedia sus gabelas, ni las multas por contrabando; nadie les exigia el peaje; al contrario, pasaban seguros y libres de todo impuesto, contribucion ó multa; y cuanto mas monstruosas, colosales y tremendas eran las mentiras, tanto mas debia dárseles un certificado de fidedignas, el visto bueno de exactas, el diploma de sinceras y la bula de oro de veraces.

Todo el mundo dice á una voz que tales nuevas echadas á volar por cien periodicos, y caidas de las nubes como un chubasco encima de todas las ciudades de Italia, son sueños, delirios y fanfarronadas. Pero nada importa esto; y todos se lo tragan como una quinta esencia capaz de animar á los cerebros mas frios, y de infundirles la ciencia. Esas mentiras conducen á la Italia hácia la felicidad, por la que suspira hace tantos años, le comunica la robustez y la decision para combatir á los austriacos hasta exterminarlos. ¡Ya podeis figuraros! á cada cañonazo de *La Palas* a cada

bomba de *D. Pirlone* (1), las falanges austriacas se disminuyen de millares de hombres; el mariscal Radetzki cae muerto y es arrastrado á la cola de un caballo por todas las ciudades lombardas, ó ahorcado, ó descuartizado, y colocados sus miembros en las puertas de Milan, Lodi, Bérgamo y Brescia, de la misma manera que se clavaban en las puertas de los antiguos castillos las lechuzas, los gavilanes ó los buhos.

Dígase luego que los periodistas tienen las piernas cortas, los brazos mancos y el cuerpo inerte, cuando mas de cuatro veces condujeron á Cárlos Alberto triunfante á Verona.

Hicieron rebelar contra el emperador de Austria al Tirol, y sublevarse los valles de Judicaria, Ledro, Nona, Fiema y la Folguería.

Cortaron la retirada á Radetzki.

Mataron al general Aspre.

Derribaron los muros del fuerte de Legnago.

Hicieron temblar y henderse de miedo los baluartes de Mántua.

Tomaron diez veces á Viena, y otras diez Udina fué recobrada por los italianos de Zambeccari.

Ciento veinte toscanos hicieron emprender la fuga á mil húsares; inutilizaron con su artillería ocho canones, y cogieron un parque entero, que se hallaba tomando el

(1) Periódicos que se publicaban entonces en Roma

fresco en las esplanadas exteriores de Mantua.

¡Dígase luego que las mentiras no son guerreras y que no arrojan balas de á sesenta!

Finalmente, en menos de un mes, entre batallas campales, acciones nocturnas, escaramuzas imprevistas, refriegas al hacer aguada ó recoger forraje, y emboscadas preparadas junto á los vados de los torrentes, perdieron los austriacos tantos millones de hombres, que su número superaba diez veces á los mas grandes ejércitos de que habla la historia.

¿Pero en donde estaba la fragua de que salian tan prontas y estupendas mentiras? ¿y como lo hacian para difundirse con tal rapidez, para hablar tan claro, gritar con tal osadía é imponer fé en el inmenso número de los tontos? Véase como esto se explica:

Cierta tarde solicitó audiencia de un célebre prelado un jóven vestido de terciopelo negro á la moda italiana. Fué admitido e introducido, y despues de haber hecho un respetuoso saludo, dijo:

—Vengo á pedir un socorro, en primer lugar á Dios, y luego á vos; puesto que estoy arruinado y me muero de hambre si no me alargais algo la mano. Soy periodista, ó escribia en un periódico, con que me iba perfectamente y nadaba en la abundancia; pero como aun no vendí enteramente mi alma al diablo, me separé de la redaccion, pues me parecia ir en derechura al infierno.

El prelado, hombre muy sutil y perspi-

caz así de vista como de entendimiento, le dijo:

—Amigo, los periódicos son como los conductos de las fuentes, que llevan el agua tal como la reciben del manantial; si el agua es pura, límpida, cristalina, fresca y dulce, la llevan y derraman en la pila con las buenas cualidades que tenia al recibirla los conductos; y tambien si el manantial es impuro, si el agua es cenagosa, corrompida y amarga, la llevan del mismo modo á la fuente, y las gentes que van á buscarla, deterioran con ella los manjares y se envenenan la sangre. A esto vienen á parar los periódicos: son como las fuentes públicas, que riegan y dan de beber á las ciudades: pero vuestras fuentes no llevan otra agua que la que corre por los conductos: si las doctrinas son sanas, y las máximas son puras, el que las bebe refresca el entendimiento y el corazon; de lo contrario bebe un tosigo y con él su perdicion y su muerte.

—Senor, las aguas que corren por nuestros conductos son cenagosas, pútridas, sosas; y no puede dejar de ser así, en atencion a los perversos manantiales de que brotan para daño de la Italia. El manantial nace del centro del infierno, que tal pueden considerarse las sociedades secretas, de las que fluye por las hendiduras y rendijas de sus cuevas un agua ponzonosa, la cual llega al publico por conducto de los periodicos y contagia á todo el mundo.

Sabed que su principal centro esta en Roma. Cada noche los directores y com-

piladores de nuestras efemérides se reunen y leen las ordenes de Mazzini, las que luego se trasmiten á los demas comités centrales de Nápoles, Florencia y Bolonia. En lo respectivo al Piamonte y la Lombardía, la Joven Italia obra desde la Helvecia directamente. En seguida dichos directores hablan de lo que conviene hacer: en estos comicios cada cual dice la suya, propone, alega y ventila los partidos que deseen tomarse; y segun lo que resulta de la discusion y de la aprobacion de la mayoría, se senalan las materias para los periódicos. El *Contemporáneo* se complace en tratar las altas razones de Estado; la *Balanza*, la *Epoca* y la *Esperanza* abren sus polémicas: uno dice sí, otro contesta no; y mientras tanto, al propio tiempo que disputan, y aparentan dirigirse á la tetilla izquierda; todos van á un mismo fin, que es traer engañado al publico; y si por la mañana se enfurecen por medio de la imprenta, por la tarde les encontrareis en la fonda comiendo juntos en buena compañía y brindando á la salud de los tontos que les creen.

—Tu dirás que no queremos república.

—Tu, sin impugnar la tésis, iras rodeando y dando un golpe en el clavo y otro en la herradura.

—Tú clamarás contra Mazzini, diciendo que Italia no quiere tutores: que cuando la Italia era joven, la pobre no podia conducirse sino bajo la tutela de Mazzini; pero que ahora ha crecido y ha llegado á su mayor edad, siendo un verdadero diablo, alto, valiente y decidido, que puede

hacer por sí sus negocios sin ayuda de curadores ni de consejeros (1).

—Tú ensalza hasta las nubes la constitucion.

—Tu, en fin, dí que Mazzini ama á la Italia mas que á su alma, y que Guerrazzi daria hasta su última gota de sangre por la libertad de la patria.

De esta suerte hacemos lo mismo que los fulleros, que aunque de dia rinen, luego por la noche se juntan y reparten el botin. De esta suerte se van preparando los caminos para la república sin que los nécios lo adviertan, los cuales, impelidos por nuestros discursos, andan, andan, andan, y luego caen de cabeza en la red.

—Tú, *Palas*, chancéate, recreate con jocosidades; da caza á los retrogrados, inventa conspiraciones, sediciones y motines de negros y de jesuitas.

—Tu, *Epoca*, y tu, *Esperanza*, no ceseis de gritar alto á la Italia que vuelva la vista á Roma; que en ella se cifran todas sus esperanzas, que en ella esta la salvacion: proclama que Carlos Alberto es la primera espada de Italia; y especialmente procura que las frases sean elevadas, los conceptos nobles, la diccion elegante y los períodos enérgicos y retumbantes.

Luego de haber dado estas recomendaciones, ¿lo creereis, señor? entonces vienen las burlas, los sarcasmos, las gesticulaciones y el decir sin cumplimientos y

(1) Palabras de *La Palas*, periódico muy hábil [illegible] para engañar al pueblo.

con la mayor llaneza: A nosotros toca engañar á todo el mundo.—Aguardad un poco y vereis que reemplazará á la tiara el gorro colorado! con otras baladronadas de esta misma especie: ¡y luego van erguidos por las calles y plazas haciendo gritar al pueblo: ¡Viva Pio IX!

Vivia yo entre ellos para medrar y sacar buenos escudos de cada artículo que escribia, y cuando mas colosales eran los embustes, tanto mejor me iba con ellos. Fingia noticias procedentes de Viena, de Berlin, de Milan ó de Venecia: hacia morir emperadores, reyes, príncipes y generales, aunque dentro de algunos dias debiese decir lo contrario; hacia pronosticos, inventaba sucesos favorables á la causa italiana, y siempre tenia en la manga algun caso atroz para achacarlo á la crueldad de los austriacos: los asesinatos cometidos en diferentes ciudades de la Romanía, de la Umbría y de la Marca, atribuíalos á los negros, y principalmente á los jesuitas, los cuales se vengaban de aquellos generosos italianos que los habian echado de sus cuevas; sonaba millones escondidos por los mismos reverendos, é derramados á manos llenas en las poblaciones de Italia para conmoverlas y amotinarlas en favor de los croatos.

Despues que los mismos fueron echados de Roma, unas veces hacia viajar su general al campo de Radetzki con los tesoros robados á esta ciudad; otras al campo piamontés á corremper á los gefes; otras veces á la corte imperial á maquinar en daño de Italia: así lo trasladé en peso hasta

San Petersburgo y dentro del palacio del emperador Nicolas, para tratar de que hiciese venir los cosacos á ensartar con sus lanzas todas las constituciones como pollos en el asador.

¡Ya veis que locuras! No obstante, no faltaban mil políticos que enarcaban las cejas, las referian y comentaban con una profundidad de investigacion y una sutileza de silogismos cual jamás se vieron iguales. Los demas periódicos de Italia las recopilaban, y las hacian resonar y formar eco en todos los rincones de esta nacion crédula é ignorante.

Hasta aquí, señor, confieso que todas estas bromas de charlatan en mi concepto eran simples jocosidades; pero no paró aquí el asunto; sino que teniendo yo un estilo enérgico, ácre y satírico, quisieron que me desenfrenase contra Dios y su Iglesia; que predicase desembozadamente el protestantismo, el panteismo y el socialismo. Consentir era difícil; negarme á ello peligroso, por lo que me fingí enfermo, esparcí la voz de que adolecia de irritaciones de nérvios que no me dejaban escribir ni siquiera pensar. Entonces todos me volvieron la espalda, y si antes me halagaban, ahora no hay un perro que me dé un escudo, ó que me convide á comer.

Señor, si pudiéseis proporcionarme colocacion, en cualquier parte que fuere, procuraré serviros con fé. Pero en cuanto á escribir es diferente, puesto que la cosa se ha vuelto imposible: la buena causa no puede en adelante imprimir una sola línea en defensa de la verdad y de la justi-

cia. Los facciosos han cerrado el campo del error y de la mentira por todas partes, y le han fortificado con barrera, contrabarrera, y antemural; de tal suerte que están libres de cualquier asalto. Han corrompido á todos los impresores de Italia y se han unido á la falange de la impiedad. A los pocos buenos o neutrales se les intimó bajo grandes penas que ninguno osase imprimir una sílaba sin la vénia de su maestro del sacro palacio, como llaman por imitacion á los revisores de la secta.

Estos exclaman sin cesar contra el tribunal de la Inquisicion; pero la suya deja muy en zaga á la misma de España ó de Portugal. Tendreis presente, señor, que no hace mucho tiempo salió á luz en Roma no sé que hoja volante en defensa de algunas personas que habian sido calumniadas. De repente se reunió la junta secreta: y hubo en ella tales imprecaciones, gritos, aullidos y blasfemias, que no parecia sino que el mundo se venia abajo.

—Que se amenace de muerte al impresor, decian unos.

Otros respondian:

—No señor; que muera.

—Que no viva un solo dia mas

—Esta noche, en casa.

—No, en la calle, para terror y escarmiento.

—Pero mientras tanto el folleto se vende por el Corso: corrase allá y arránquese de las manos de los vendedores; que se les coja y apalee hasta que digan de donde lo han sacado.

Dicho y hecho: echáronse como perros rabiosos encima de aquellos muchachos, y gritando y amenazando se hicieron llevar á casa del impresor. En seguida confiscaron todos los ejemplares; habiéndolos reunido, los echaron al fuego, y al mismo echaron las cajas de los caractéres, los bancos, las prensas, y en el mismo quisieron abrasar vivos al dueño de la imprenta, al regente y á los cajistas y prensistas.

Ved, pues, señor, si es posible imprimir nada de provecho en Italia! La gente clama diciendo: «Pero las autoridades debieran hacer ó decir esto y aquello.» Y no ven que no hay en el mundo fuerza alguna que pueda oponer un dique a semejante marea. Esto se reserva para el brazo divino, el cual cuando se mueva á misericordia en favor de su Iglesia, quebrantará á los impíos como á vasijas de barro, y aventará el polvo maldito por los cuatro vientos.

Esto dijo el periódista.

Pero acaso diga alguno:

—¿De que sirve toda esa dolorosa historia concerniente á las picardías de los periodistas del ano 1848? ¿No veis que expresiones tan duras? ¿Dichas con aire de tanta gravedad y publicadas en tono tan plañidero contra un arte tan noble y saludable? En este año de 1850 se obra de otro modo.

¿Cierto? Nos alegramos, y damos la enhorabuena á este ano de 1850; pero en 1848 las cosas sucedian como aquel buen hijo las refirió al prelado; y nosotros lo repetimos porque son muy preciosas para apli-

carlas á ciertas noticias que á la sazon se juraban por tan ciertas, notorias y averiguadas, que solo dudar de ellas parecia un crímen.

Con frecuencia se oia en Roma:

—¿Que parecer ha manifestado el Papa?

—¡Cómo el Papa! Habiéndolo dicho y publicado el *Contemporáneo*, ya nada hay que decir; es como la luz del sol.

—No obstante me permitireis....

—El *Contemporáneo*, lo repito; y extraño que vos.... Un periódico de tanta autoridad sabe muy bien lo que dice.

—Pero el Papa jamás dijo ni siquiera pensó en tal cosa; piensa todo lo contrario.

—Sois un imbécil: el *Contemporáneo* no se engaña ni puede engañarse, es como la bula.

—O como una bola de jabon: adios.

XXVIII.

LA CROATA.

En la parte mas angosta del corazon de la Croacia, y al pié del ramal occidental de los altos montes de Bellovar, se ve la pequeña ciudad de Ivanich, en una situacion sumamente amena en la confluencia de los plateados riachuelos de Chasma y de Illova. Las lomas de aquellos montes, que se elevan con suavísima pendiente hasta las sonorosas selvas de hayas, alerces y abetos, son en extremo alegres, amenas y abundantes en pastos, los cuales son fa-

mosos por las vecinas comarcas á causa de la infinita muchedumbre de yerbas olorosas y aromáticas de que están llenos. Allí se apacientan los numerosos rebaños de ovejas, tan buscadas y apreciadas en Hungría, en Benato y en Italia, á causa de lo suave y largo del vellon que las cubre y por ser en extremo fecundas y abundantes en leche. La dilatada extension de los valles que por el lado del Mediodía descienden hácia la Esclavonia, la Dalmacia y la Erzegovina turca, son sumamente fértiles en grandes pastos, con que se crian los potros ligeros y enjutos de carnes que luego corren con tal rapidez en las batallas, soportan grandes fatigas en los viajes, y se apoyan con gran seguridad y fijeza en las peñas y pendientes de los montes, y en los escarpados ribazos.

En la parte superior de dichos montes y en los valles del territorio de Ivanich se ven dispersas un sin numero de cabanas, que tienen sus cimientos y las primeras piedras que forman su base con ángulos y resaltes interpuestos los unos dentro de los otros con sumo arte y simetria, lo que aumenta su solidez. Encima de las paredes del recinto, las que solo tienen algunos palmos de altura, se fijan por medio de travesaños afianzados en las piedras unas tablas de madera anchas y macizas que forman la altura de la pared externa de la habitacion. El envigado del techo esta cubierto de paja, de helecho y de estopa, tan bien arreglado, que ni la lluvia filtra, ni la nieve al liquidarse por la primavera....